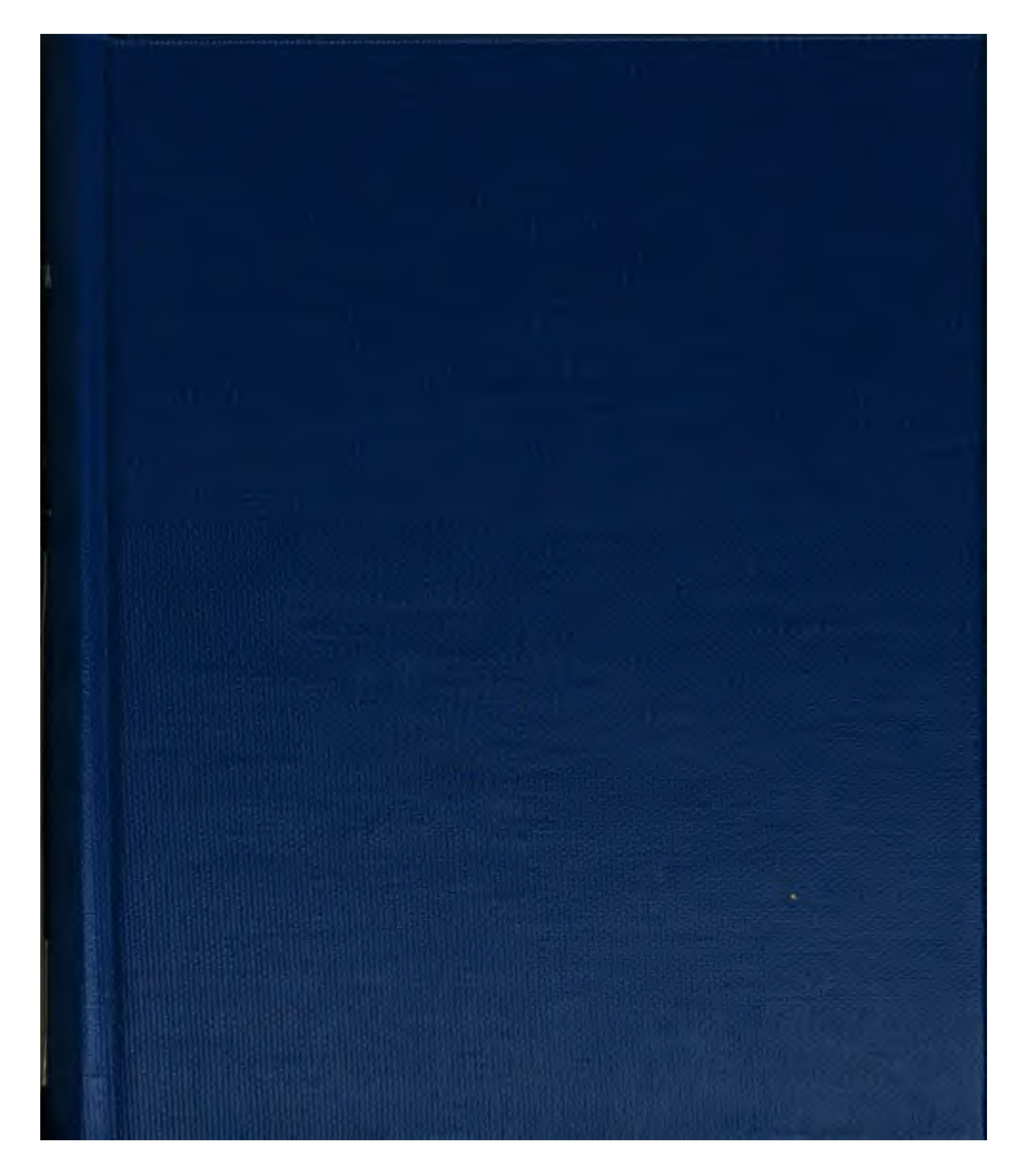
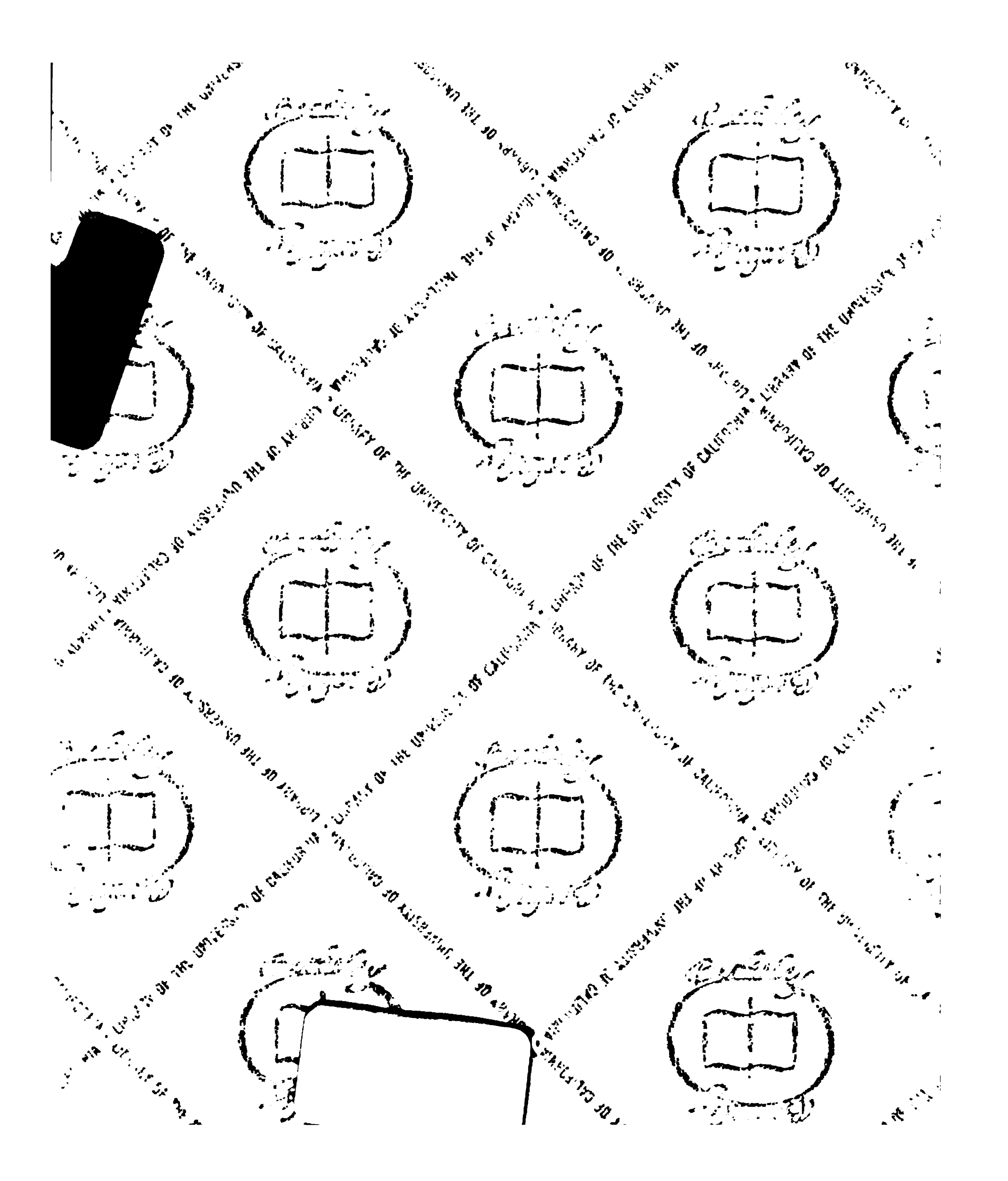
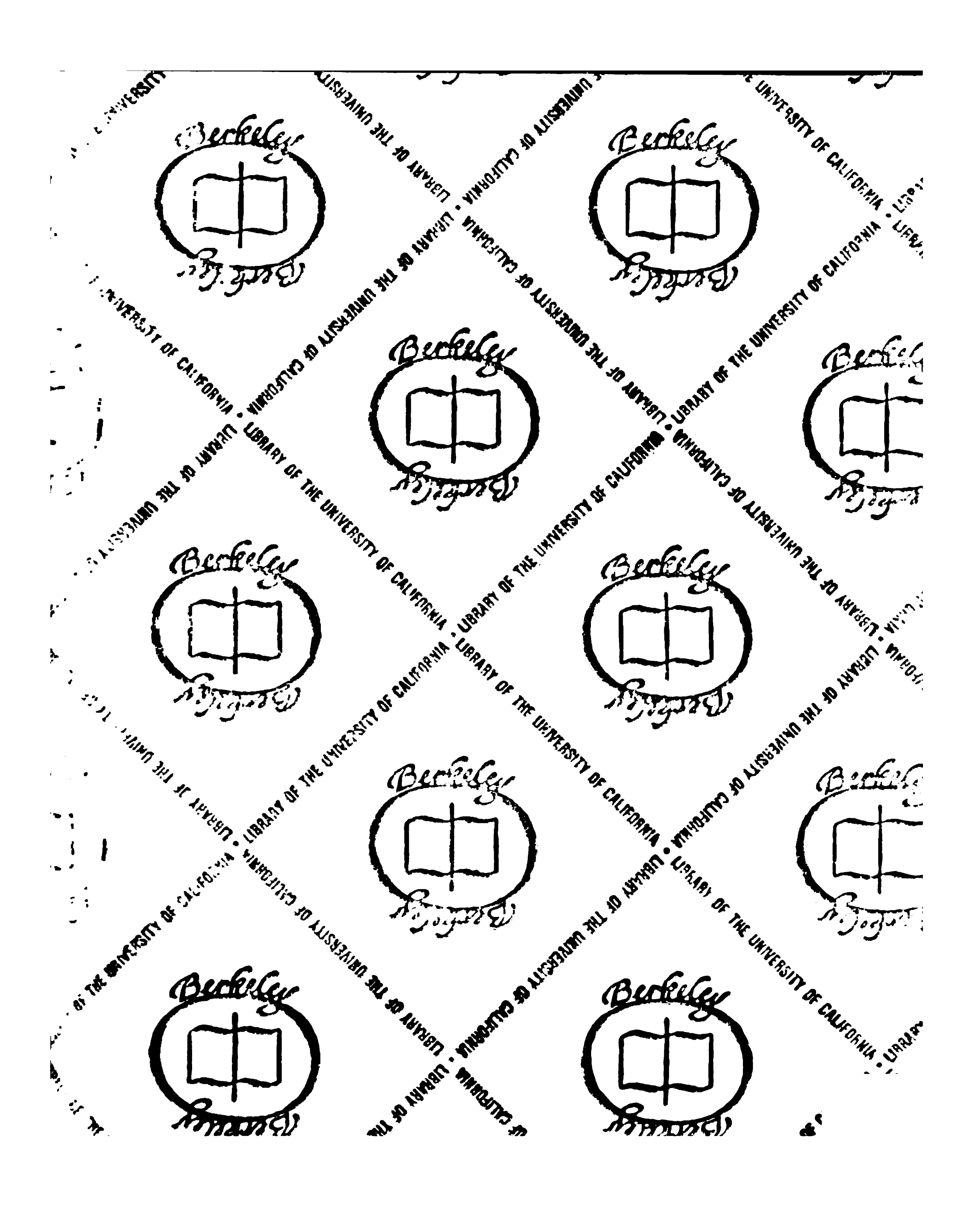
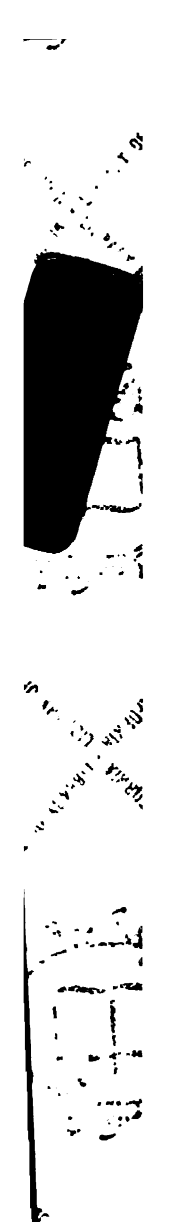
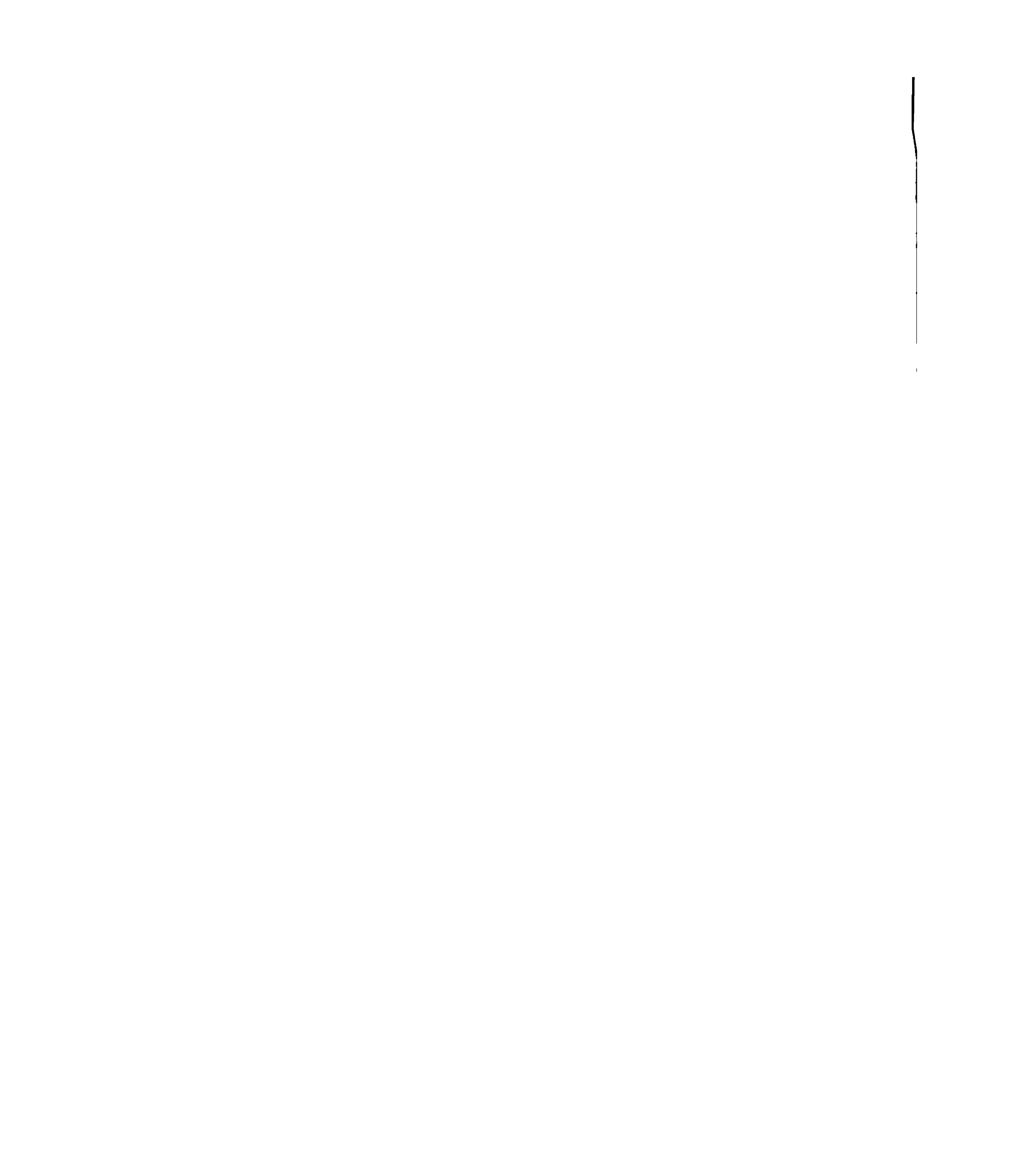



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA


Berkeley
LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA







CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA

OBRAS POÉTICAS

DE

JOSÉ DE ESPRONCEDA



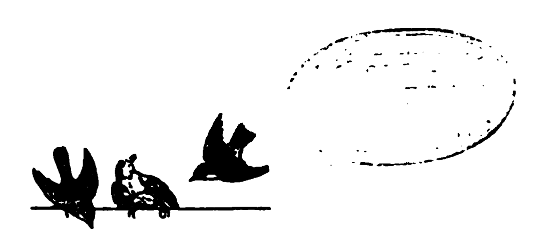
OBRAS POÉTICAS

DE

JOSÉ DE ESPRONCEDA

PRECEDIDAS

DE LA BIOGRAFIA DEL AUTOR



BARCELONA

Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES

Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1906

Edición autorizada por los herederos de
D. José de Espronceda

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.

BIOGRAFIA

DE

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

Triste, muy triste es ver al cristalino y murmurante arroyo transformado en impetuoso torrente, que cae y se quebranta de peña en peña hasta arrastrarse en el llano, cuyas arenas lo absorben antes de convertirse en espaciosa laguna para retratar en su diáfana superficie todas las bellezas que la creación hacina en sus márgenes privilegiadas. Triste, muy triste es ver cómo desciende al sepulcro en la flor de sus años el hombre que se eleva en alas del genio y de la poesía á excelsas regiones y habita mundos desconocidos, á que dá animación su mente y donde le sustenta su imaginación de fuego; así cede el robusto roble al soplo de los vendavales y se derrumba con hórrido estruendo; no de otro modo se sumerge deshecho por las tormentas el empavesado buque, gala y orgullo de los mares.

Tal es el bosquejo, la vida del cantor del *Diablo mundo;* pasaremos con la celeridad posible por los sucesos que más le caracterizan, temerosos de que se apodere de nuestra alma la amargura, y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos.

A uno de esos acasos de la guerra debe la gloria de contar entre sus ilustres hijos á *don José de Espronceda* la patria de Francisco Pizarro y de Diego Paredes. Se-

guía su padre la honrosa profesión de la milicia; se hallaba empeñado en la memorable campaña de la Independencia como coronel de un regimiento de caballería en la provincia de Extremadura; acompañábale su esposa, ya en cinta, y en una de las continuas y penosas marchas de la tropa, hubo de quedarse, oprimida por vivísimos dolores, en la villa de Almendralejo, donde dió á luz al que más tarde había de ser honra y prez de la poesía castellana. Corría á la sazón el año 1810 y era la estación de los céfiros y las flores.

Acabada la guerra, se establecía en Madrid la familia de Espronceda, y ya tenía éste algunos rudimentos de enseñanza al abrirse el colegio de San Mateo. Discípulo de Lista y tempranamente afecto al cultivo de las musas, su primera oda se dirigía á celebrar la jornada del 7 de Julio: enseñósela á su buen maestro; á cada verso que cantaba, á cada imagen medianamente descrita, exclamaba Lista regocijado:—Oye, ¡esto es magnífico! A cada locución trivial, á cada frase impropia é incoherente, decía sin fruncir el ceño:—Mira, esto es de mal gusto. Ponderaba las bellezas, corregía los defectos y animaba el naciente numen del vate: así, para llevar por un sendero á sus alumnos, nunca empleaba la rígida autoridad de maestro, pues sabía granjearse su infantil cariño, y las blandas insinuaciones hacían el oficio de expresos mandatos. Espronceda estudiaba privadamente con Lista después de cerrado el colegio; también figuraba entre los que, aplicándose poco, lucían mucho; miembro de la academia del *Mirto*, progresaba en la poesía; con vocación á la política, y liberal por el convencimiento de que es capaz un joven de catorce años, pertenecía á la sociedad de los *Numantinos*, en clase de tribuno. Preso como Vega y otros compañeros suyos al recaer en aquella causa el fallo de los tribunales de justicia, salía de Madrid con destino á un convento de Guadalajara, ciudad donde residía á la sazón su padre.

Allí, en la soledad del claustro, se enaltecía su mente juvenil y lozana por las regiones de la epopeya. Alentado por su inspiración vigorosa, no se detenía á indagar si los sonidos de la trompa épica hallarían eco en la sociedad

de nuestro siglo. Recorriendo la historia de España y fijándose en el adalid de Covadonga, le parecía asunto grande, sublime y capaz de interesar á un pueblo, la restauración floreciente y el guerrero empuje de los sectarios de Mahoma. Ofrecía este magnífico cuadro el contraste de dos creencias, de dos civilizaciones, de dos enseñas, la cruz y la media luna: cabían excelentes episodios en que alternaran las rudas costumbres de los esforzados montañeses luchando por su independencia, y la muelle vida de los orientales soñando amores en sus gabinetes embalsamados con olorosas esencias y enriquecidos con sedería y oro, ó arrojándose á las lides para propagar la ley de su profeta á sangre y fuego. Acertado anduvo Espronceda en elegir á *Pelayo* por héroe de su poema, argumento tan digno y grandioso como la *Conquista de Granada y el Descubrimiento del Nuevo Mundo*. Si hubiéramos de calificar el mérito de su epopeya por los cantos insertos en la colección de sus poesías, nuestro voto le sería favorable, pues hay allí pasajes que admiran por la verdad y atrevimiento de sus pinturas como el *Cuadro del hambre* y el fatídico *Sueño del Rey don Rodrigo*. A don Alberto Lista le agradó sobremanera el pensamiento, y aun son suyas algunas octavas en los fragmentos contenidos. No había renunciado Espronceda á terminar *El Pelayo*, y constantemente poseído de la belleza del asunto, es probable que, al darle cima, hubiera variado de metros á fin de amenizar más el conjunto de la obra.

Cumplida su condena, vino á la corte: bajo la recelosa mirada de la policía le amagaban persecuciones, y ansioso de sacudir tan cruel desasosiego, no menos que de correr mundo, determinó salir de España, y encaminándose á Gibraltar, puso su planta en el primer país extranjero sin apartarse de nuestro territorio. Cómo se trasladó de allí á Lisboa, nos lo ha referido con jovial tono y fácil gracejo, distante ya de los peligros y miserias que le acosaran entonces. Por no eclipsar la brillantez de su relato reduciéndolo á más estrechos límites de los que ocupa en el *Pensamiento*, nos basta deducir de aquel artículo un dato importante. Después de echar el ancla en el puerto de Lisboa, el desmantelado falucho que condu-

cía al joven emigrado, lo abordó la falúa de sanidad: exigieron á los pasajeros el pago de una gabela: cuando á Espronceda le llegó su turno, sacó del bolsillo un duro, única moneda que componía todo su erario; le devolvieron dos pesetas y las arrojó desenfadadamente al agua, porque *no quiso entrar en tan gran capital con tan poco dinero.*

Para el que al anochecer de un día nebuloso ó sereno vaga por las calles de una ciudad extraña sin pan que le sustente, ni techo que le abrigue, ni amigo que le tienda una mano, no son todas penas y angustias como acaso imaginan los que en sedentaria vida vegetan ó con la comodidad de la opulencia viajan. Un espíritu henchido de fuego y ávido de aventuras, un corazón resuelto y una voluntad firme triunfan siempre de este trance congojoso y amargo para los que se anegan en poca agua. No perteneció Espronceda á esta clase: pobre como Homero, desembarcaba en el país del cantor de Vasco de Gama; allí, entre privaciones y escaseces, tuvo origen esa pasión embellecida por su imaginación ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos absorbe gran parte de su existencia. Propio de una novela sería narrar las diversas alternativas de tan ardientes amores; omitiríamoslas nosotros aun cuando se adaptasen á la índole de esta obra, porque acaecen lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio.

Eran por aquella época los emigrados la continua pesadilla de los consejeros del rey de España, y no los consentían á la puerta de casa; por eso Espronceda y otros se vieron en la necesidad de trasladarse á Londres, cuyo suelo fué para todos más hospitalario. Dividía el poeta extremeño las horas entre sus desvaríos amorosos y sus estudios. Leía á Shakespeare, á Milton y á Byron, y si consultamos sus inclinaciones, sus costumbres, sus poesías, no sería difícil demostrar que Espronceda se propuso por modelo al último de estos tres escritores: entonaba cánticos de apasionada ternura á su dama y dedicaba á su país acentos, no lánguidos y pobres de valen-

tía como los de Martínez de la Rosa en ocasión semejante, sino bien sentidos y expresados á estilo del profeta de las lamentaciones, deplorando el abatimiento de la nación que había dictado leyes al mundo, y en cuyas posesiones nunca descendía el sol á su ocaso.

Tal vez en Londres gozaba Espronceda el período más feliz de su vida, aun cuando no abundase en recursos. Cruzaba después el canal de la Mancha, fijando en París su residencia y entusiasta por la libertad de los pueblos, se batía en el puente de las Artes y detrás de las barricadas durante los tres días de Julio. Venía más tarde entre aquel puñado de españoles que más acá del Pirineo dieran estériles señales de bizarría, asistiendo á la infeliz jornada en que sucumbiera heroicamente don Joaquín de Pablo. Vuelto á París, se inscribía en la gloriosa cruzada que espíritus nobles imaginaron por salvar á la oprimida Polonia, sublime y heroica empresa, contrariada por Luis Felipe con la voluntad inflexible de un soberano bien quisto de su pueblo. A la mágica voz de amnistía regresaba Espronceda al suelo patrio, y dirigiendo ya los negocios el ministro Cea, entraba en el cuerpo de Guardias de la real persona. Amado de sus compañeros y querido de sus jefes, sin duda hubiera sido uno de los más pomposos vástagos de aquel rico plantel de la milicia española, si un imprevisto suceso no viniera á cortar en flor sus esperanzas. Hubo de escribir unos versos alusivos á la política militante, y aplaudidos en un banquete, deslizándose de mano en mano, es fama que llegaron á las del primer ministro, quien no se descuidó en mostrárselos al monarca: llamó éste al capitán del cuerpo, y aunque al principio abogó con energía por su subordinado, apoyándose en su puntualidad para el servicio y en sus felices disposiciones para la milicia, doblóse al fin á las exigencias ministeriales y el poeta dejó de ser guardia. Desterrado á la villa de Cuéllar, reunió materiales y compuso una colección de bellos cuadros, á que dió el nombre de novela: si corresponde al título que tiene, dista mucho de figurar *El Sancho de Saldaña* en primera línea entre esa clase de producciones.

Apenas apuntó en España la aurora de libertad con la

promulgación del Estatuto, se hizo Espronceda periodista; su altivo pensamiento no podía soportar el yugo de la previa censura. Contábase entre los redactores de *El Siglo,* de que era director don Bernardino Núñez Arenas, propietario el señor Faura y censor el señor González Allende. Prohibidos por éste los materiales destinados al número 14 del periódico más caliente de entonces, no sabían los redactores cómo salir de aquel apuro. Espronceda tuvo la oportuna idea de proponer que se publicara *El Siglo en blanco:* asintieron todos sin dificultad á la propuesta, y al día siguiente se repartía su diario con los epígrafes de: *La Amnistía.—Política interior.—Carta de don Miguel y don Manuel María Hazaña en defensa de su honor y patriotismo.—Sobre cortes.—Canción á la muerte de don Joaquín de Pablo (Chapalangarra).* De resultas fué vedada la publicación de *El Siglo,* y sus redactores tuvieron que andar á salto de mata para desorientar á los que de orden del gobernador civil iban en su busca.

Tuvo Espronceda gran parte en los movimientos de los años de 1835 y 1836, haciendo barricadas en la Plaza Mayor de esta corte y pronunciando fogosas arengas. Como en ambas ocasiones pudo la autoridad militar contener en pocas horas el fuego que había cundido de provincia en provincia, se vió obligado á esconderse el poeta revolucionario. Hallábase en los baños de Santa Engracia cuando el Ayuntamiento de Madrid dió en 1840 el grito de Septiembre, que forzosamente había de prevalecer, secundándolo el caudillo de los ejércitos nacionales á la cabeza de cien mil combatientes. Luego que lo supo tomó la posta y vino á incorporarse á la octava compañía de cazadores de que era teniente. Sonaba su voz en el jurado, defendiendo un artículo del *Huracán* denunciado por aquellos días. Del modo más explícito hizo alarde de sus opiniones republicanas; temía que del pronunciamiento no se obtuviesen grandes resultados, y exclamaba: «Yo »bien sé que después de violentas borrascas quedan in»sectos sobre la tierra que corrompen la atmósfera con »su fétido aliento.» Justificando aquel trastorno y recalcando la precisión que había de variar de rumbo, decía: «Hasta ahora ha visto la nación que sus representantes

»se han arrojado sobre ella para devorarla como una »horda de cosacos.» Creía que si todos se persuadieran de la excelencia del gobierno republicano y se tratara luego de imponer castigos á sus defensores, habría que «fusilar á la humanidad entera». Abundaba su discurso en frases de esta especie: obtuvo diversos aplausos y el artículo del *Huracán* fué absuelto.

Por el mes de Diciembre de 1841 se dirigía á La Haya á desempeñar la secretaría de la legación española: regresaba poco después á Madrid como representante de Almería en el Congreso. Ya decaída su salud en gran manera por lo azaroso y desordenado de su vida, había sufrido doble quebranto con el viaje hecho á la fría Holanda en lo más crudo del invierno.

Bien conocían sus admiradores que no cubrirían canas aquella erguida frente, y sus temores se realizaron mucho antes de lo que imaginaban. Atacado de una inflamación en la garganta, expiró á los cuatro días de enfermedad, á las nueve de la mañana del 23 de Mayo de 1842, en los brazos de sus predilectos amigos. Profunda sensación causó tan temprana muerte: numeroso cortejo seguía al ataúd del poeta, acompañándolo hasta el cementerio de la puerta de Atocha; y nuestro amigo don Enrique Gil conmovía á todos los concurrentes con la lectura de una tierna elegía recitada entre sollozos.

Poeta de esplendorosa fantasía, de numen potente, de entonación robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia á su nervioso estilo. Dotado de singular arrojo, capaz del más férvido entusiasmo, amaba los peligros y se esparcía su ánimo imaginando temerarias empresas. En la Edad Antigua y en la patria de Sócrates hubiera sido rival de Alcibíades ó hubiera muerto en las Termópilas con Leónidas: en la Edad Media hubiera merecido la ínclita gloria de que se leyesen sus hazañas en el poema del Tasso: al principio de la Edad Moderna le hubiera visto Cristóbal Colón á bordo de su carabela. Mas no simbolizan por cierto la virtud sublime y la fe religiosa el siglo de Espronceda: siglo en que de todo se hace mercancía, en que todo se reduce á guarismo y se pesa y se quilata;

siglo, en fin, de mezquindad y prosa. Impetuoso el cantor de Pelayo y sin cauce natural á su inmenso raudal de vida, se desbordó con furia gastando su ardor bizarro en desenfrenados placeres y crapulosos festines: á haber poseído inmensos caudales, fuera el «Don Juan Tenorio» del siglo décimo nono.

Una de las canciones más celebradas de Espronceda es *El Pirata*, donde pinta admirablemente al hombre que tiene el «mar por patria». Nosotros hemos hecho largas navegaciones: bella es la perspectiva del sol brotando chispas de oro del seno de las aguas, ó escondiéndose al término de su triunfal carrera entre grupos de caprichosas nubes que semejan la mole de almenado castillo ó el contorno de pirámide gigantesca, ó la arcada de macizo puente, ó el muro de ciudad antigua. Magnífica de encantos desciende la noche; ya se ostente tranquila con su fúlgida cohorte de estrellas, ya aparezca entre nubes de negro celaje, que desvanece la primera luz del alba ó rasga á deshora el resplandor de la luna, surgiendo roja de las tinieblas y mostrando su disco como el cráter de un volcán preñado de ardiente lava. Recrean al navegante el fosfórico brillo de las ondas estrellándose en el costado del buque, la luminosa estela que se dilata por la popa, y el ruido de la quilla hendiendo las aguas, semejante al fragor de umbroso bosque agitado por el viento ó al soberbio hervir de majestuosa catarata quebrantándose de roca en roca. Todos esos goces los habíamos concebido antes de surcar los mares: nos los revelaba la canción de Espronceda; muchas veces la hemos repetido sobre cubierta á tiempo de rielar en el Océano la luna y de gemir en la lona fresca brisa alzando olas de plata y azul en blando movimiento: ni nos ha faltado ocasión de recitarla teniendo por música los huracanes y el estrépito y temblor de los cables sacudidos. Espronceda blasona de su amor á los peligros en la canción del *Pirata*. Su espíritu belicoso se halla patente en el *Canto del Cosaco:* lo acrisolado de su patriotismo en la *Despedida del joven griego de la hija del apóstata:* sus delirios de socialista en *El Mendigo* y en *El Verdugo:* en el *Himno al Sol* su elevación de ideas: cuando canta *A un Lucero*, llora la pér-

dida de sus ilusiones: cuando en una «orgía» se dirige á *Jarifa,* el hastío le devora: cuando compone *El Estudiante de Salamanca,* dibuja en don Félix de Montemar su propio retrato. Con leer este precioso tomo de poesías publicado en 1840, estudia uno al poeta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen á ser un exacto compendio de su historia.

Existen en los periódicos algunas de estas poesías sueltas: en *El Español* dos fragmentos de una leyenda, *El Templario;* en *El Pensamiento* un romance á *Laura:* en *El Iris,* estrofas de una oda á la *Traslación de las cenizas de Napoleón* y un fragmento de *El Diablo mundo,* titulado *El ángel y el poeta:* en *El Labriego,* una composición al *Dos de Mayo.* De ésta parece oportuno indicar alguna cosa.

Desde que el general en jefe de las tropas de Isabel II escribió su célebre manifiesto sobre la cureña de un cañón en el Mas de las Matas, no se avenían los hombres del progreso á agitarse sin fruto entre el polvo de la derrota, y no desperdiciaban momento de maquinar contra sus triunfantes adversarios. Abiertas las cortes del 1840, eligieron por campo de batalla la discusión de actas electorales, impugnándolas una por una con proligidad enfadosa, y repitiendo hasta la saciedad unos mismos cargos, como para dar tiempo á que madurase algún proyecto de trastorno. Ya muy avanzada la sesión del 23 de Febrero, hervía la multitud á las puertas del Congreso; descansaba sobre las armas un piquete de infantería en el solar de las monjas de Pinto: pedía la palabra don Joaquín María López, y al decir, en el exordio de su arenga incendiaria, que iba á *arrancar muchas máscaras y á llamar las cosas por sus verdaderos nombres,* estallaba en las galerías y en las tribunas ruidoso y universal aplauso: percibíase dentro la gritería de las gentes agrupadas en torno de la parte exterior del edificio: se refugiaba el jefe político de Madrid al salón de columnas. Continuando la sesión, aseguraba el Gabinete que había adoptado las medidas convenientes para restablecer el público sosiego; algún diputado replicaba: *todavía no oigo el estampido de los cañones:* uno de los alcaldes constitucionales se

sonreía con calma, sin moverse de su escaño, y se hacía de nuevas tal individuo que había intervenido en los preliminares del alboroto. Mientras se representaba en el salón de las sesiones tan pobre farsa, ocurrían escenas más tristes en la calle: en medio de infinitos grupos la segunda autoridad militar de esta corte los invitaba al orden, hablándoles afectuosamente y con el sombrero en la mano.—Respetad la ley, hijos.—Usted es el que ha de respetar al pueblo—le decía alguno.—Orden, señores, repetía el gobernador de la plaza.—¡Miren quién proclama el orden!—respondía otro,—el segundo de Bessieres.—Pálido como la cera y siguiendo sus amonestaciones contestaba el general: Sí, señores, he sido segundo de Bessieres; pero ahora sirvo la causa de Isabel II y he derramado mi sangre por ella.—Con la misma lealtad servirá usted esta causa que la otra.—Tan escandaloso diálogo no se podía prolongar por más tiempo. A la llegada del capitán general empezaban á llover piedras sobre la tropa: aquel jefe declaró á Madrid en estado de sitio al son de trompetas; como el pueblo no despejase la plazuela de Santa Catalina, mandó cargar á algunos caballos: lo hicieron á media rienda y lanza en ristre; salvá-ronse con la fuga todos, menos un miliciano, que por lucir su serenidad ó por no haberse metido en nada, quiso aguardar á pie firme y cayó al suelo sin vida. Al día siguiente fué también la sesión borrascosa: hubo otras parecidas antes y después de constituirse el Congreso, con motivo de la discusión de la ley sobre ayuntamientos y especialmente del artículo relativo al nombramiento de alcaldes. No perdonaba medio la minoría de concitar el descontento de las masas y de provocar disturbios: ofrecióle á aquel gobierno poco previsor ó sobradamente temerario una propicia coyuntura al designar para inspector de la milicia ciudadana al capitán general de Castilla la Nueva, y debía presentarse al frente de sus batallones, escuadrones y brigadas el día 2 de Mayo. Entonces iba á reventar la mina cargada de combustible hasta la boca, y para que la explosión fuera más terrible y espantosa, compuso Espronceda la poesía que hemos citado. Allí describía con mágica vehemencia el afrentoso espectáculo

de la corte de Carlos IV vendida á los franceses, como se creía en 1808, y la heroicidad del pueblo madrileño como lo reconoce la historia. Para significar el esfuerzo de España en la lucha de la Independencia, decía arrebatado por su inspiración vigorosa:

Del cetro de sus reyes los pedazos
del suelo ensangrentados recogía,
y nuevo trono en sus robustos brazos
levantado á su príncipe ofrecía.

Tronaba después, fieramente indignado, por el triste galardón otorgado á tanto sacrificio y ardimiento, de este modo:

El trono que erigió vuestra bravura
sobre huesos de héroes levantado,
un rey ingrato de memoria impura
con eterno baldón dejó manchado.

Aludía á la segunda época constitucional, y bramando de ira exclamaba con solemne acento:

¡Ay! Para hollar la libertad sagrada
el príncipe, borrón de nuestra historia,
llamó en su auxilio la francesa espada
que segase el laurel de vuestra gloria.

Ni perdonaba en sus violentos arranques al rey de los franceses, ni omitía señalar los enemigos á quienes era fuerza combatir para obtener el triunfo. Sus palabras eran estas:

Hoy esa raza desgraciada, espuria,
pobre nación, que esclavizarte anhela,
busca también por renovar tu injuria
de extranjeros monarcas la tutela.

Tras de la voz enérgicamente dolorosa al recordar las antiguas glorias y la supuesta servidumbre del momento, venía el apóstrofe desdeñoso y el tono de menosprecio para herir el amor propio y azuzar el coraje del pueblo, impeliéndole al combate. Así concluía su inspiración volcánica y tremebunda:

Verted, juntando las dolientes manos,
lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
mares de eterno llanto, castellanos,
no bastan á borrar vuestra mancilla.
Llorad como mujeres, vuestra lengua
no osa lanzar el grito de venganza;
apáticos vivís en tanta mengua
y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira
el pueblo en torno avergonzado calle,
y estallando las cuerdas de mi lira,
roto también mi corazón estalle.

Esta composición, expresamente escrita para producir efecto, no lo alcanzó por la circunstancia de no haberse presentado en formación el capitán general de Castilla la Nueva como inspector de la milicia, y aun es fama que semejante conducta le costó su empleo. De estos incidentes hemos hablado no de oídas, sino como testigos presenciales.

A la muerte de Espronceda nos quedaron siete cantos del *Diablo-mundo:* según el plan de este poema, elástico sin medida, aun cuando el cielo hubiera concedido largos años de vida al bizarro vate, nunca al fin coronara su obra, grandioso engendro de una imaginación fecunda y

de un desgarrador escepticismo. De esta suerte exponía su pensamiento en el primer canto:

Nada menos te ofrezco que un poema
con lances raros y revuelto asunto,
de nuestro mundo y sociedad emblema,
que hemos de recorrer punto por punto.
Si logro yo desenvolver mi tema,
fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
de la vida del hombre, y la quimera
tras de que va la humanidad entera.

Conociendo lo escabroso de tan triste senda, quería alfombrarla de flores; por eso prometía desenvolver su asunto.

En varias formas, con diverso estilo,
en diferentes géneros, calzando
ora el coturno trágico de Esquilo,
ora la trompa épica sonando,
ora cantando plácido y tranquilo
ora en trivial lenguaje, ora burlando,
conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
y allá van versos donde va mi gusto.

Su héroe, con cuerpo de hombre y alma de niño, debía pasar por situaciones altamente originales entre las diversas jerarquías de vivientes. Preso al amanecer rejuvenecido, cuidado con esmero en la cárcel por una mujer del pueblo bajo, instruído por sus padres con máximas propias de un presidio, arrastrado sin saberlo á un robo y embelesado en contemplar la hermosura de una dama reclinada en su lecho, mientras sus camaradas saquean joyas en aquel palacio; fugitivo y oculto en una morada

donde se compran placeres, y cuya dueña llora la muerte de una hija; ansioso por restituirla á la existencia, *Adán* es un personaje de interés sumo. Exactitud y tono conveniente resaltan en los diferentes cuadros de este poema, que por su índole no hubiera alcanzado popularidad sino en un país de filósofos y pensadores. Espronceda había intercalado un canto *A Teresa;* según su expresión propia puede saltarlo el que guste, pues es un desahogo de su corazón y nada tiene que ver con el poema; pero tiene que ver mucho con sus amarguras y con su hastío. Obra maestra es en el género fantástico el prólogo del *Diablo mundo*. Espronceda lo leía de una manera admirable y en tono de grata y solemne canturia.

Atribuyeron algunos á falta de costumbre su escasa brillantez oratoria en la tribuna del Parlamento. Verdad es que ya no tenía fuerzas físicas y sólo su portentoso espíritu le alentaba; sin embargo, Espronceda no hubiera sobresalido en el curso de las discusiones; en tal vez momentos dados fascinara á sus oyentes mezclando agudezas y sarcasmos en su decir, de ordinario balbuciente y mal seguro, y sólo por intervalos nervioso y prepotente: nunca hubiera sido paladín muy temible en la liza parlamentaria.

Gallardo de apostura, airoso de porte y dotado de varonil belleza, le hacía más interesante la tinta melancólica que empañaba su rostro; cediendo á los impulsos de su corazón, centro de generosidad y nobleza, pudiera haber figurado como rey de la moda entre la juventud de toda ciudad donde fijara su residencia; mas abrumado por sus ideas de hastío y desengaño, pervertía á los que se doblaban á su vasallaje. Hacía gala de mofarse insolente de la sociedad en públicas reuniones, y á escondidas gozaba en aliviar los padecimientos de sus semejantes: renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse solo se quedaría sin un real por socorrer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemía desolado y afligido por el cólera morbo, se metía en casas ajenas á cuidar los enfermos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venía á ser una joya caída

en un lodazal, donde había perdido todo su esmalte y trocádose en escoria. Se hacía querer de cuantos le trataban, y á todos sus vicios sabía poner cierto sello de grandeza. Hace tres años y medio que le lloramos sus amigos: desde entonces luce de continuo sobre su sepulcro una guirnalda de siemprevivas.

Madrid 1845.

Antonio Ferrer del Río.

ENSAYO ÉPICO

FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO (1)

FRAGMENTO PRIMERO

De los pasados siglos la memoria
trae á mi alma inspiración divina,
que las tinieblas de la antigua historia
con sus fulgentes rayos ilumina:
virtud contemplo, libertad y gloria,
crímenes, sangre, asolación, ruina,
rasgando el velo de la edad mi mente,
que osada vuela á la remota gente.

Tornan los siglos á emprender su giro,
de la sublime eternidad saliendo,
y antiguas gentes y ciudades miro
súbito ante mi vista apareciendo:
de ellos á par en mi ilusión respiro,
oigo del pueblo el bullicioso estruendo,

(1) Este poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido han extraviado la mayor parte de los manuscritos, y sólo le es dado ofrecer al público como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfía de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.

y lleno el pecho de agradable susto,
contemplo el brillo del palacio augusto.

Al blando son de la armoniosa lira
oigo la voz de alegres trovadores,
el aura siento que fragancia aspira,
y al eco escucho murmurando amores;
al sol contemplo que á occidente gira
reverberando fúlgidos colores,
do la corte del godo poderío
se alza orgullosa sobre el áureo río.

Toledo, que de mágicos jardines
cercada, eleva su muralla altiva
no guardada de fuertes paladines,
ornada sí de juventud festiva:
allí entregado á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
copas de néctar de fragancia pura,
al deleite brindando y la hermosura:

Allí con ojos lánguidos respira
dulce placer beldad voluptuosa,
y aroma exhala, si feliz suspira,
del puro labio de encarnada rosa:
Rodrigo en ella codicioso mira
la que á su amor se muestra desdeñosa,
que más que todas es cándida y linda,
la dulce, bella, celestial Florinda.

El ruido crece del festín en tanto
y el grato néctar al deleite llama;
su pecho inunda deleitoso encanto,
y el fuego impuro del amor le inflama:
ebrio Rodrigo, desceñido el manto,
alza la mano trémula, derrama
el áureo vaso, y atrevido sella
dulce beso en el rostro á la doncella.

Todo es placer: de su mansión de rosa
la primavera cándida desciende,

y en el regazo de la tierra ansiosa
el fuego animador de vida enciende:
templa del mar la furia recelosa,
el viento en calma plácido suspende;
y derrama la aurora en sus albores
luz regalada y regaladas flores.

Abre la flor naciente el lindo seno,
y recibiendo el encendido rayo,
en la esmeralda del otero ameno
vierte su dulce olor, gloria del mayo:
pasa el arroyo plácido y sereno,
solícito besándola al soslayo;
ella en vivos colores se ilumina
y al dulce beso la cabeza inclina.

Y en el pensil do con rosada frente
el halagüeño abril pasa riendo,
á la sombra de un árbol eminente
está la juventud danzas tejiendo:
cual á la margen de la herbosa fuente
canta, blando laúd diestro tañendo,
y cual del baile y del candor se aleja,
y á su dulce beldad tierno se queja.

Allí Rodrigo con incierta huella
lascivo sigue á la fatal Florinda;
ciego, arrastrado de ominosa estrella,
intenta audaz que á su furor se rinda.
No oye ¡infeliz! su mísera querella;
la ve humilde á sus pies, la ve más linda,
y con lascivos ojos, con desdoro
mancha la hermosa flor de su decoro.

En tanto encubre pavorosa nube
el cielo enantes trasparente y terso,
y relumbra la espalda del querube,
ministro del Señor del universo;
que ya la voz de la inocencia sube
que en llanto el gozo trocará al perverso,

y á la luz del relámpago se muestra
del rayo armada la divina diestra.

Súbito un trueno retumbar se siente:
«¡Himnos, vivas al rey! la danza siga,
y nuestra dicha y júbilo acreciente
el mutuo ardor que nuestras almas liga.»
Tal grita aquella juventud demente,
y al rey ensalza que Jehová castiga.
«¡Himnos, vivas al rey!» Súbito un rayo
heló sus pechos con mortal desmayo.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
las densas nubes agitando, ondean
con sus olas los genios del profundo,
que con cárdeno surco centellean;
y al ronco trueno, al eco tremebundo
de los opuestos vientos que pelean,
se oye la voz de la celeste saña:
«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España!»

Todo despareció: lóbrego luto
reina y silencio do el placer ardía,
do el mísero monarca disoluto
en vil torpeza y embriaguez yacía.
Guerra y desolación el triste fruto
al fin será de su lascivia impía,
y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto
verterá entre sus hembras débil llanto.

¡Maldición, maldición! Yertas las flores
del huracán violento arrebatadas;
el alegre pensil de los amores
verá sus hojas por doquier sembradas;
la música, el banquete, los favores
dulces de amor. las danzas animadas.
el canto de las damas y galanes
trocados miro en lágrimas y afanes.

Tal otro tiempo en la soberbia cena
donde mofaba de Jehová el impío,

ya la medida al sufrimiento llena,
rebosó de ira caudaloso río;
y el rey asirio con amarga pena
vió en el muro de mármol, con sombrío
fuego animarse escrito sobrehumano,
trazado allí por invisible mano.

FRAGMENTO SEGUNDO

. . . .
. . . .

Era la hora en que el mundano ruido
calma, en silencio el orbe sepultado;
yacía el rey, apena interrumpido
del dulce sueño su mortal cuidado,
cuando un fúnebre oyó largo alarido,
entre angustiosos sueños congojado,
triste presagio de su infausta suerte,
y luego ante sus ojos vió la Muerte.

La amarillenta mano descarnada,
blandiendo al aire la guadaña impía,
la aterradora vista al rey clavada,
su cetro y su corona recogía,
mientras en torno extraña gente armada
sus despojos alegre dividía:
y oyó sus quejas y escuchó sus voces
y sus semblantes contempló feroces.

Y el ángel de tinieblas levantarse
súbito vió, como la inmensa cumbre
del alto Chimborazo, y al llegarse
lanzando rayos de ominosa lumbre;
y su manto sintió, que al acercarse
en su frente cargó su pesadumbre,
grabando allí tremendo sobrescrito
que le marcara por de Dios maldito.

Y luego oyó rumor de cien cadenas,
crujir los huesos, rechinar los dientes,
y abismos contempló de eternas penas

inmensurables, lóbregos y ardientes:
oyó voces de horror y espanto llenas,
batieron palmas las precitas gentes,
y oyó también por mofa en su agonía
bárbaras carcajadas de alegría.

Mas luego el sueño se trocó en su mente,
y amantes dichas disfrutar figura
en brazos de Florinda dulcemente
entre flores, aromas y frescura;
y cuando más su corazón consiente
que estrecha la deidad de su hermosura,
se halla en los brazos de Julián, fornidos,
ahogándole á su cuello retorcidos.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
fiero puñal que el corazón le hiela:
procura desasirse, y más le junta
pecho á pecho Julián, que ahogarle anhela.
Así fiero dragón trilingüe punta
vibra y se enlaza al animal que cela,
é hincando en él la ponzoñosa boca,
le enrolla, anuda, oprime y le sofoca.

Los brazos alza y lleva á su garganta,
del bárbaro enemigo á desprenderse:
cuanto con más ahinco los levanta,
los ve volver sin ánimo á caerse:
crecen sus bascas, y en angustia tanta.
falto de aliento, sin poder valerse,
yerto, rendido y con mortal congoja,
ya con lívida faz espuma arroja.

En medio á su delirio y agonía
trémulo y fatigoso se despierta;
un helado sudor su cuerpo enfría,
su carne toda horripilada y yerta:
siente el robusto brazo que porfía
aun por ahogarle; á desprender no acierta
el lienzo que á su cuello él mismo riga,
y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

. . . .

FRAGMENTO TERCERO

—

BATALLA DEL GUADALETE

En vano con prodigios espantosos
el justo cielo le anunció su ruina,
y fúnebres ensueños milagrosos
le intimaron la cólera divina:
ronco trueno á los pueblos temorosos
á deshora estallando, vaticina
desventuras sin fin; y el rey en tanto
derrama entre sus hembras débil llanto.

Orgulloso torrente de guerreros
pueblos, montañas y ciudades hunde;
tintos en sangre brillan sus aceros,
y el estrago y terror do quiera cunde:
así al impulso de aquilones fieros
llama voraz por selvas se difunde,
consume antiguos troncos, arde el suelo
y amenaza abrasar al mismo cielo.

Rompe el alarbe y fiero desbarata
cuanto encuentra, y los campos raudo asuela;
al labrador sus mieses arrebata;
pavoroso terror las gentes hiela;
la virgen triste al vencedor acata,
y hondo suspiro de su pecho vuela
al trono de Rodrigo descuidado,
que en infame placer yace embriagado.

Mas al fin despertó: lució ya el día
en que á tan grandes crímenes el cielo
el merecido premio disponía:
nublóse el sol, encapotóse el velo
del ancha esfera: el trueno estremecía
la amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entonces, respirando apenas,
quiere romper las bárbaras cadenas.

Al deleite se arranca, el hierro viste,
cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
con fatiga tal vez débil resiste,
de esfuerzo el corazón y ardor desnudo:
pálido el rostro, acongojado y triste,
parte á lidiar contra el alarbe rudo;
vierten sus ojos lágrimas, suspira,
y por última vez su alcázar mira.
. . . .

El grito escucha de venganza y guerra,
gozoso de su estruendo el mahometano,
y ansioso aguarda en la vandalia tierra
do baña el Lete el muro jerezano.
¡Ay! á la lid del ocio se destierra,
¡oh, cara patria! y se prepara en vano,
Rodrigo, de su ejército á la frente,
que los vicios de un rey vician su gente.

Desapareció del godo la osadía
y el antiguo valor: las armas ora,
noble ejercicio de su esfuerzo un día,
cansado blande y los deleites llora,
mientras la enseña de la luna impía
tremolan á los aires vencedora
los que el mundo, belígeros varones,
turbaron con sus bárbaras legiones.

Rodrigo en carro de marfil ostenta
corona de oro y perlas en su frente:
la regia pompa y galas aparenta
que en los banquetes le adornó luciente.
¡Mísero! en vano el corazón alienta;
no ve sobre él, ¡oh, Dios omnipotente!
tu diestra levantada; arder no mira
tu rayo á la palabra de tu ira.

Llegamos ya del Lete á la ribera,
y en su fértil llanura el campamento
fijamos frente á la morisma fiera:
resuena el campo en pavoroso acento,

al aire va tendida la bandera,
la trompa agita el sonoroso viento,
armas y carros resonantes giran,
y ambas huestes atónitas se miran.

La noche el cielo en su sombroso manto
lóbrega encapotó: tal vez brillaba
relámpago sombrío, que el espanto
y el horror de la noche acrecentaba;
lúgubre, sola y temerosa en tanto
la voz de los vigías se escuchaba,
y en torno de los campos tenebrosos
volaban mil espectros espantosos.

El sol temprano cual rubí encendido
dejaba el golfo del rosado oriente,
y el rayo, de su disco despedido,
doraba de Jerez la alzada frente:
quiebra entre tanto morrión bruñido,
dardo mortal y arnés resplandeciente
su luz, y cada raudo movimiento
de ominoso esplendor inunda el viento.

La extensa vega de Jerez coronan
el uno y otro ejército fronteros:
guerra las trompas hórridas pregonan,
y al ruido late el pecho á los guerreros.
Armas, carros, caballos se amontonan,
zumba el viento al rumor y estruendo fieros;
los ríos su curso con pavor reprimen
y los montes al son medrosos gimen.

Triste Rodrigo su carroza guía
ligera entre sus fuertes escuadrones:
radiante en vano su corona envía
el antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones
¡cuán otro rige ya de aquel que un día
Toledo vió entre nuevos campeones,
augusto vencedor en los torneos,
coronada su frente de trofeos!

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo
el corazón anima, y su flaqueza
esconde ante su ejército, y altivo
muestra en su acento bélica fiereza.
Sancho, su hijo, el hierro vengativo
blande á su lado y rige la aspereza
de un gallardo trotón con diestra mano,
mancebo hermoso, intrépido y lozano.

Por vez primera la robusta lanza
blande su brazo juvenil, y ansioso
hiérvele el pecho en bélica esperanza,
ceñir pensando el lauro victorioso:
probar de solo á solo su pujanza
con el mismo Tarif ansía animoso:
párase en tanto el rey, alza la frente,
y así en guerrera voz grita á su gente:
. . . .

Entre tanto el clarín súbito suena
en nuestro campo, y fiera corresponde
con trompas y atabales la agarena
hueste que al ruido en ronco son responde.
Tarif su gente á arremeter ordena;
la nuestra se adelanta; el cielo esconde
densa nube de polvo, el viento inflama,
y el suelo á nuestros pies retiembla y brama.

Sus caballos los moros recogiendo,
rápidos se aperciben á lanzarse;
súbito á un tiempo en alarido horrendo
arrancan con nosotros á encontrarse;
el ímpetu, las voces, el estruendo
tornan en son confuso á redoblarse:
el acero saltando centellea,
la sangre hirviendo en derredor humea.

Retumba el valle: al golpe repetido
sobre las armas de la hendiente espada,
salta el arnés al suelo sacudido,
la cimera gentil gime abollada:

no más veloz, cuando el metal ardido
labra el martillo en la caverna ahumada,
sobre el fornido yunque horrendo bate,
y forja el fiero rayo del combate.

Hombres con hombres con furor se estrellan
con golpes reciamente redoblados,
lo arrasan todo y todo lo atropellan,
hienden, rajan, destrozan irritados;
armas, muertos, caballos, carros huellan
con espantoso estruendo derribados:
yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
envuelve el Guadalete juntamente.

Así en recio rumor bramando el viento
en las hondas cavernas de la tierra,
á deshora con ímpetu violento
rompe la cárcel que su furia encierra;
retiembla al choque el duradero asiento
en el orbe firmísimo se aferra,
abre su abismo el mar, su estrago cunde,
é imperios al no ser súbito hunde.

En confusa revuelta la batalla,
todos ardiendo en ira se encarnizan,
vuela en pedazos la rompida malla,
crudos golpes los cuerpos martirizan:
no hay ceder, no hay calmar; inmoble valla
cruzados hierros mil contino erizan;
hiérense, á herirse tornan y desprecian
la muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

En tanto el sol en su carroza de oro
vibrando del cenit vívida lumbre,
padre y monarca del luciente coro,
mediaba el día en la celeste cumbre.
Dura incierto el combate: altivo un moro
de entre la espesa, envuelta muchedumbre
aguija su bridón, la lanza agita,
y en nosotros audaz se precipita.

Arrolla á Atanagildo: la pujanza
del fiero Teudis á sus plantas yace,
rinde de Ervigio la terrible lanza,
y su cólera en sangre satisface:
sobre vencidos muertos se abalanza,
opuestos hierros su furor deshace;
pavor, desolación, muerte, ruina
su alfanje en alto aterrador fulmina.

Sancho, Sancho le ve: su pecho late
venturoso en hallar digna contienda;
tercia su lanza, las ijadas bate,
y al fogoso bridón suelta la rienda:
parte á do el moro intrépido combate;
llámale en alta voz á lid tremenda:
vuelve el árabe á Sancho, el trotón para,
responde al grito y su furor prepara.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo
sobre el arzón el cuerpo amenazante,
al héroe amaga el bárbaro sañudo,
fijos los ojos, lívido el semblante:
sereno el rostro, en ademán forzudo
blande el mancebo el hierro centellante,
y envueltos entre el polvo que levantan,
la tierra en torno al embestirse espantan.

No más pronto entre humo y fuego y trueno
rayo veloz del cielo se desata:
ni así fiero en la mar de su hondo seno
las turbias olas Bóreas arrebata:
ni montaraz torrente al valle ameno,
ni súbito huracán, ni catarata
de ondisonante río, ni lava ardiente
su arranque asemejaran impaciente.

Al encuentro fatal con ruido infando
las lanzas saltan: la áspera coraza
el rechinante hierro penetrando,
la robusta armadura despedaza:
la mitad de la lanza retemblando

el pecho al musulmán fiero ataraza;
á torrentes la sangre humeante brota
por la abertura de la hirviente cota.

«¡Maldición sobre ti!» grítale el moro,
y ya su alfanje en alto resplandece;
desploma el golpe en el metal sonoro,
parte á Sancho el arnés y en furia crece.
No así mugiendo fiero andaluz toro
el circo en torno horrísono estremece;
ni iracundo león, ni tigre hircano
iguala en ira al bárbaro africano.

Presto otra vez al héroe se adelanta,
suelto el veloz caballo en la carrera,
el roto escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera;
descarga el musulmán, rompe y quebranta
adarga y yelmo y barras y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
la sangre mana en hervorosa fuente.

Y audaz tirando de la cruda espada,
que cual cometa cuando deja el lecho
del mar, resplandeció desenvainada,
la esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada,
dando un gemido de mortal despecho,
aquel alma feroz, y vuela impía
del negro averno á la región sombría.

Crece entonces el ímpetu; el ruido
dóblase en ambas huestes: Sancho grita:
su acento deja al moro estremecido,
y ansia de gloria en el hispano excita.
¿Quién dirá tu valor, ni el encendido
ardor dirá que el corazón te agita?
¡Oh, Sancho! si yo dividí tu gloria,
tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

En medio la morisma enfierecida
revuelve el héroe su tajante acero:
cada golpe una herida, cada herida
una muerte: y brioso, audaz, ligero,
mil muertes lanza en cada arremetida;
cede á su esfuerzo el árabe altanero,
redobla el choque el animoso hispano,
y gime el moro y lidia y lucha en vano.

Apenas con fatiga ronca alientan,
yertos los fuertes brazos, los guerreros,
y en vano el bruto que animar intentan
siéntese hincar los acicates fieros;
ora si aun con altivez sustentan
en las cansadas manos los aceros,
no es ya valor, ni esfuerzo ni osadía,
mas requemada furia y rabia impía.

. . . .

Héroe del español, alta memoria
allí alcanzaste, ¡oh, hijo de Rodrigo!
y altivo yo las palmas de victoria
me esforcé en vano en dividir contigo;
astro menor, siguiéndole en su gloria
fuí de su esfuerzo y su valor testigo.
Al eco torna del clarín que siente,
y tardo sigue el último á su gente.

Cual rojo alano á las batallas hecho,
si hubo el toro sujeto entre sus dientes,
de la fiera arrancado, su despecho
muestra con ademanes impacientes;
y ora pára tal vez de trecho en trecho,
ora en torno los ojos vuelve ardientes,
ó lento sigue al conocido dueño
con oscuro murmullo y torvo ceño.

Así el héroe se aparta desdeñoso,
rotas las armas y el almete hundido,
y descubre, marchando perezoso,

con palabras su ardor mal reprimido.
No es ya el diestro y galán joven hermoso,
de plumas, oro y perlas revestido;
ora guerrero intrépido le muestra
la ajena y propia sangre y faz siniestra.

De monte en monte retumbando atruena
el fragor lejos del pasado estruendo:
el campo en son confuso en torno suena,
lamentos moribundos repitiendo;
el Guadalete férvido resuena,
su curso entre cadáveres rompiendo,
y entrambas huestes á la lid preparan
las rotas armas, y el vigor reparan.

EL CONSEJO

Habló apenas y presto del asiento
cercano á la del rey la augusta silla
Sancho, su hijo, con brioso aliento,
en pie y armado reluciente brilla.
«Con esta, dijo en varonil acento,
y de la vaina alzó media cuchilla,
al punto aquí castigaré al medroso
que vil demande hasta triunfar reposo.

«¿Tregua? ¡Jamás! ó vencimiento ó muerte:
que nunca fatigó, ni impuso miedo
continua guerra al corazón del fuerte,
ni abatió de su espíritu el denuedo.
Quien ora intente abandonar la suerte,
que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
es un cobarde y vil, y ahora le digo
que ya me cuente á mí por su enemigo.»

Dijo, y fuego su vista derramada
en torno de nosotros despedía:
la mano en el recazo de su espada
ministra de la muerte, sostenía,

y en su ademán y vívida mirada
el genio de la noche parecía
sobre la tempestad, cuando destina
el mundo todo á funeral ruina.

«¡O triunfo ó muerte!» en grito altisonante
clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
los jóvenes mi voz, y en arrogante
aspecto las espadas empuñaron:
con muestra humilde y plácido semblante,
cuando á la voz del rey todos callaron,
Opas el labio de dulzura lleno,
abrió, exhalando su infernal veneno.

«¡Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
miro en vosotros, de la patria escudo,
el noble ardor que vencen los afanes
y el pecho incita á combatir sañudo!
Tímidas ven las huestes musulmanes
vuestro hierro fatal brillar desnudo,
y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
mortal temor sus corazones hiela.

»Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
y el lauro ciñe de inmortal victoria:
goza, heredada al contemplar la llama
que hará á tu hijo fatigar la historia:
por cuanto ardiente el sol su luz derrama
himnos alzando en tu alabanza y gloria,
de siglo en siglo esparcirá tu nombre
la fama en voz que al universo asombre.

Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
no marchites tu honor puro y radiante
volver acaso al riesgo aventurado
cual bisoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado
jefe sagaz, y el ánimo arrogante
de tus ínclitos jóvenes serena,
y su ardimiento generoso enfrena.

Llegaba aquí cuando en redor se extiende
sordo murmullo que al malvado espanta
é interrumpe su voz; que el pecho enciende
en fiera indignación audacia tanta:
el rey, que el rubio amenazante entiende
en la alta silla adusto se levanta,
y acallado el tumulto y todo atento
Opas siguió con simulado aliento:

«No, guerreros ilustres, ora pido
largo reposo, ni penséis siquiera
que, menos que vosotros encendido,
al viento dé mi espada la postrera;
que aun no mi corazón gime abatido,
ni tanto helado de los años fuera,
que el alta llama que en vosotros arde
yo desconozca mísero y cobarde.

«Mas ¿qué vale triunfar, qué el ardimiento,
ni qué vale el esfuerzo y la osadía,
si ciegos y con loco pensamiento
á cierto daño su imprudencia guía?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,
¿qué al español valdrá su valentía,
si ni el hierro mellar podrá su espada
de tan continuos golpes fatigada?

«Volved la vista ¡oh nobles campeones!
á ese campo de gloria y ved tendidos
tintos en sangre intrépidos varones
en medio de los árabes caídos;
hollados ved del moro los pendones,
los pendones jamás antes vencidos:
luego decid si galardón merecen
pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.

«Descanso os pide el esforzado ibero,
si á moveros mi voz sola no alcanza;
descanso, sí, para después más fiero
blandir su brazo la robusta lanza:
sus acentos oid, ved al guerrero

cansado ya de sangre y de matanza;
os pide sólo de reposo un día,
y os promete después nueva osadía.

«Un día solo, y cuando ya mañana
el orbe el sol con su esplendor encienda,
la voz de guerra elévese inhumana
y el sonoro clarín los aires hienda:
gózate en tanto ¡oh rey! gócese ufana
tu heroica hueste y su furor suspenda,
y vosotros ¡oh nobles compañeros!
dad á la vaina un punto los aceros.»

Así robando á la virtud su acento,
dijo el inicuo. y de su labio impuro
encubierto expiró letal aliento,
de infausta muerte precursor seguro,
llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Cesó de hablar, y de su antro obscuro
lanzó tronido horrísono el averno,
y el rayo asolador vibró el Eterno.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado
y en daño suyo consintió gozoso;
tembló al traidor el corazón malvado,
cumplido al ver su intento criminoso.
Todos también con pecho confiado
(que nunca recelara el generoso),
crédito noble á sus razones dimos,
y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION

—

Abierta entonces de Jerez ofrece
la altiva puerta el pueblo en su contento,
y marchando magnífico aparece
sacro concurso en tardo movimiento.
El aura en ondas el incienso mece,
umildes gracias al empíreo asiento

un virgen coro armónico levanta,
y «hosana, hosana,» sonoroso canta.

Inmenso pueblo el simulacro santo
atiende en pos del Salvador del mundo,
resuena sólo reverente el canto,
reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
y en paz trocado el ánimo iracundo,
la hueste sigue en muestra respetosa,
y desnuda la frente y humildosa.

Preceden la alta pompa los pastores
sacros ministros de Jesús divino,
parte su estola auríferos colores
sobre la veste cándida de lino:
orlas de lauro y de vistosas flores
penden al asta del cruzado sino,
y allí Rodrigo respetuoso guía
en pos la augusta ceremonia pía.

Las tiendas cercan y el glorioso acento
se siente al eco resonar suave,
calma su ruido misterioso el viento,
suspende el canto embebecida el ave,
bendice el campo de la lid sangriento
el sacerdote en aparato grave,
tornan y al muro majestuoso giran
¡míseros! ¡ay! y júbilo respiran.

El campo todo venturoso ríe:
allí la virgen tímida y atenta
la vista esparce, y el mancebo engríe
su noble pecho y animarla intenta.
El padre anciano con placer sonríe
si el ternezuelo infante, cuando ostante
á sus ojos las armas, temeroso
se abriga al seno de su madre ansioso.

Tremolan desplegadas las banderas
guerreros nuestros en el campo moro,

y relumbran gallardas las cimeras
y armas y petos enmoldados de oro;
suenan confusas voces placenteras,
himnos alza tal vez juvenil coro,
y fiesta y triunfo y algazara y canto
presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO

. . . .
. . . .

Un alcázar de pórfido luciente
junto al famoso Betis se levanta,
do la riqueza y esplendor de oriente
los muros y artesones abrillanta;
las puertas son de bronce refulgente,
y con soberbia y aparato espanta
fuerte escuadrón en torno de guerreros
con sendas lanzas y semblantes fieros.

Allí entre el oro y seda que atavía
aromática estancia y opulenta,
trono de bullidora pedrería
al moro rey con majestad sustenta:
torvos los ojos y la faz sombría
ora el monarca pensativo ostenta;
que arde su pecho en bárbaro coraje
del rey de Murcia al temerario ultraje.

En torno de él respetuosa imita
la corte toda su silencio triste,
y de la sombra que su faz marchita
su rostro cada cual cubre y reviste;
la saña misma que al monarca irrita
en muchos nobles con furor asiste,
y oculta á otros la cristiana injuria,
del airado Aldaimón tiemblan la furia.

Con ceño adusto un árabe altanero
y de estatura y miembros de gigante,
junto á la silla del monarca fiero

fija en él su mirada centelleante;
el silencio fatal rompe el primero
con formidable muestra y arrogante,
y sin respeto y con acento airado
al fin prorrumpe, de callar cansado:

«Aldaimón, Aldaimón, ¿adónde el brío
del musulmán está? ¿dónde la guerra
y del profeta santo el poderío
que á las naciones míseras aterra?
¡Maldiga Alá la paz que da al impío
segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
y adornen sus cabezas nuestras lanzas.

«Arma tus fuertes, junta tus varones,
que yo á su frente por Alá te juro
en un lago de sangre las legiones
y el odio ahogar del Nazareno impuro:
del profeta los cándidos pendones
brillan de Murcia en el vencido muro,
y en aquel de su Dios altar maldito
la espada eleve nuestro santo rito.»
Dijo, y rugando la ceñuda frente.
. . . .
. . . .

«Mas no tú solo, intrépido mancebo,
irás á dar á mi furor templanza,
que yo cual tú también el ansia apruebo
de gloria y de combate y de matanza;
sienta ese rey, que con insulto nuevo
mi corazón excita á la venganza,
que si perdono al mísero enemigo,
del rebelde también doblo el castigo.

«Vé, Solimán: las huestes agarenas
manda aprestar, y la trompeta al viento
de Córdoba publique en las almenas,
á España mi terrible mandamiento.»
Dijo, y le escucha el musulmán apenas,

cuando por medio en ademán violento
rompe, y á obedecerle se retira,
y celoso del rey se abrasa en ira.

Con grata muestra entonces del tirano
todos humildes el intento aprueban,
y sobre el pecho, al uso mahometano,
inclinando la faz, las manos llevan:
luego un murmullo con semblante ufano
unos con otros razonando elevan;
mas ya Aldaimón á hablarles se prepara,
y el sordo ruido de repente para.

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes
del ínclito Ismael! la luz primera
verá de nuestras glorias esplendentes
al aire tremolada la bandera.
Ella guió el valor de los creyentes,
cuando del Guadalete en la ribera
en manos de Tarif brilló aquel día,
que extendió la agarena monarquía.

«Ella miró vencidos desplomarse
los altos muros de la gran Toledo,
y la altivez de Mérida humillarse;
y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
y al alma infunda el celestial denuedo
que intimida al infiel: Dios le condena
á eterna muerte ó á servil cadena.»

Dijo, y del trono aurífero desciende
con lento paso y ceño majestuoso,
y á un lado y otro del salón se extiende
y ante él se postra el séquito humildoso.
Tal si en ignota soledad sorprende
obscura noche al labrador medroso
si de repente ve fada divina,
en mudo pasmo la rodilla inclina.

. . . .
. . . .

FRAGMENTO QUINTO

—

DESCRIPCION DE UN SERRALLO

. . . .

De mágicos jardines rodeado,
se alza un rico salón, donde descansa
el moro rey, cuando el fatal cuidado
y cortesano estrépito le cansa:
en él ahora al júbilo entregado,
del fiero pecho la crueldad amansa
plácido canto que deleite inspira
al són de blanda, regalada lira.

Allí cercado del amable coro,
que el de las hourís célicas no iguala,
quemada en pipa de ámbar y de oro,
planta aromosa el gusto le regala;
y mientra en hombros de su amada el moro
la sien reclina, de su labio exhala
humo suave, que en fragante nube
en leves ondas á perderse sube.

Cien lámparas de plata el opulento
soberbio harem con su esplendor encienden
y, en partes horadado el pavimento,
aromas mil á derramarse ascienden;
las luces multiplica ciento á ciento
el oro y alabastro en que resplenden,
y de cristal y azogue relucientes
en jaspe bullen imitadas fuentes.

Lánguida acaso mora peregrina
en blando lecho de damasco y flores
allí voluptuosa se reclina,
y en sus ojos amor prende de amores;
en tanto que otra de beldad divina
con aguas de riquísimos olores

baña la negra cabellera riza,
que por la airosa espalda se desliza.

Otra de silfas mil tropa lasciva
con diademas de oro y de esmeralda
saltando en danzas ágiles, festiva
gira y se enlaza entre gentil guirnalda
y deshaciendo el lazo fugitiva
desnudo el pecho y la gallarda espalda,
la leve seda al movimiento vuela
y sus formas bellísimas revela.

El ojo en vano penetrar desea
la en torno casi trasparente gasa,
y aunque nada tal vez entre ella vea,
rápido el pensamiento la traspasa;
y en tanto en vueltas fáciles ondea
la bella tropa y por las orlas pasa,
al son suave de las arpas de oro
resuena el canto en armonioso coro.

Sonríe acaso y su esperanza olvida
viéndolas Aldaimón, y tierno lazo
téjele en tanto su beldad querida
con dulce beso y con amante abrazo;
á grata calma y á placer convida
y á deleite suavísimo el regazo
donde reposa, y por mayor delicia
blanca y hermosa mano le acaricia.

. . . .
. . . .

CUADRO DEL HAMBRE

—

. . . .
Mas todo en vano fué: bárbaro estrago
mientras el hambre en la ciudad hacía;
la muerte ya con silencioso amago
señalaba sus víctimas impías:
busca en la madre cariñoso halago



el tierno infante que en su amor confía,
seco el pecho encontrando: ella le mira,
y horrorizada el rostro de él retira.

Gime el anciano en lecho de tormento,
y ya sintiendo la cercana muerte,
al hijo tiende el brazo amarillento,
y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento,
feliz creyendo su infelice suerte,
á su padre su misma sangre lleva
para que de ella se alimente y beba.

Viérase allí grabada en los semblantes
la desesperación: triste suspira
y eleva aquél las manos suplicantes;
cual mordiendo en sí mismo en ansia expira,
tal, clavados los ojos penetrantes,
morir sus hijos y su esposa mira
con risa horrible, y muere recrujiendo
los dientes y las manos retorciendo.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
paso camina el moribundo hispano,
sobre su lanza carga el macilento
cuerpo y se apoya en la derecha mano;
los ojos con horror, sin movimiento,
ávidos fija sobre el muerto hermano,
y hambriento goza y lo devora, en donde
avaro cre que á los demás se esconde.

Las calles en silencio sepultadas
sólo ocupan algunos moribundos,
las manos reciamente enclavijadas,
despidiendo tal vez ayes profundos:
laten en torno entrañas destrozadas
y miembros de cadáveres inmundos,
que forzado del hambre asoladora,
cuál como grato pasto los devora.

Para mayor martirio les presenta
con recuerdo fatal su fantasía
los manjares tal vez de la opulenta
mesa que desdeñaron algún día:
ora las aves de rapiña ahuyenta
ávido el moribundo en su agonía
disputando el festín, y sus gemidos
se mezclan con los fúnebres graznidos.

Cuál al lanzar el postrimer aliento,
ve feroz buitre que sobre él se arroja
y en la angustia del último momento
lucha con él en su mortal congoja:
los dedos hinca con furor violento
en la entraña del pájaro, que, roja
la corva garra en sangre, aleteando,
va con su pico el pecho barrenando.

El moribundo, lívido el semblante,
los ojos vuelve en blanco su agonía,
mientras tenaz el buitre devorante
ahonda el pico con mayor porfía;
mas el hombre le aprieta á cada instante;
el ave más profundizar ansía,
hasta que así, y el uno al otro junto,
muertos al fin quedaron en un punto.
. . . .
. . . .

FRAGMENTO SEXTO

Era la noche: el trueno pavoroso
ronco estallando en torno retumbaba,
y en mar inmenso el cielo tenebroso
con violento turbión se desgajaba:
el rápido relámpago lumbroso
al aire desprendido serpeaba,
y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría,
del orbe la honda base estremecía.

Todo era horror, y en la común tristeza
único asilo el templo sacrosanto:
el muro abandonaba en su flaqueza
el guerrero español bañado en llanto;
el tardo incierto paso allí endereza
inmensa turba con horror y espanto,
y ante la imagen de Jesús postrados,
no osan alzar sus ojos aterrados.

Lejos de todos solitario gime,
cerrado en una lóbrega capilla,
y negra pena el corazón le oprime,
el noble jefe de la gran Sevilla:
ya no alienta su ejército; no esgrime
ya triunfador la intrépida cuchilla,
que embebecido en su pensar doliente
apenas mis cercanos pasos siente.

Yelmo y escudo aparte descuidados,
el anciano á sus pies tendidos tiene,
y los ojos de lágrimas cargados,
su diestra el rostro lánguido sostiene;
sus exánimes miembros fatigados
contra un altar inmóviles mantiene,
y tan solo los ojos á mi acento
tornó hacia mí con leve movimiento.

«Noble anciano, exclamé, dura es la muerte
cuando se acerca inevitable y lenta,
y no sirve el valor contra la suerte,
y antes más bien el infortunio aumenta.
Mas ¿quién resistirá si un pecho fuerte,
como es el tuyo, desmayado alienta?»
Dije, y en tanto el mísero gemía,
y con endeble voz me respondía:

«Triste en verdad estoy: mas ¡ay! no es leve
la causa de mis lágrimas: ¡dichoso
tú mil veces, oh joven, que harto breve
será tu padecer y harto glorioso,
por más que en ti con ímpetu se cebe

la cólera del hado riguroso!
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.

«Mísero y solo en tanta desventura,
su dulcísima voz no oiré, expirando,
ni con trémula mano en su tristura
me cerrará los párpados llorando;
inútil viejo, de la muerte dura
en mi amargo dolor el golpe ansiando,
solo y en bien de mi ciudad confío,
¡oh gran Pelayo! en tu prudencia y brío.»

Mi corazón de lástima llagado,
mi rostro algunas lágrimas cubrieron,
el noble anciano al ver acongojado,
que tantas lides animoso vieron:
su grave rostro del dolor marcado
do á par las penas que la edad pusieron
la mano que su frente encanecía,
pálido aún con majestad lucía.

«Teudís, le dije, el ánimo sustenta:
álzate y viste la luciente malla,
y el último respiro que te alienta
esfuércese á la voz de la batalla.»
«¡Oh joven! respondió: dime, ¿qué intenta
tu inextinguible ardor? ¿qué medios halla
de salvación tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo,
tu voz me reanimó: parto contigo.»

Y esforzándose el héroe á levantarse,
sostenido de mí marchó tardío,
y en sus lánguidos ojos inflamarse
se vió la llama de su antiguo brío:
como suelen de lumbre colorarse
las nubes de tormenta en el estío,
el fuego que su espíritu animaba.
en su pálido rostro reflejaba.

. . . .

Entretanto en el templo amontonados
hombres, mujeres, niños se veían,
y flaco el rostro pálido, aterrados,
espantosos espectros parecían:
á la luz de los rayos apagados
de las ondeantes lámparas lucían:
á par del trueno el huracán bramaba,
y del templo en las bóvedas zumbaba.

Los dos entonces tristes contemplando
aquellos fuertes, míseros varones,
el llanto de mis ojos enjugando
por alentar sus fuertes corazones.
«¡Noble esperanza del cristiano bando,
exclamé, generosos campeones!
alzad el pecho á contrastar la suerte:
muramos, sí, pero con digna muerte.

«Si es fuerza perecer como valientes,
perezcamos al pie del patrio muro:
no es tiempo, amigos, ya de ser prudentes:
la paz, la sumisión, nada hay seguro;
ora mandan los hados inclementes
morir. ¿Preferiréis al trance duro,
que á cierta gloria y á venganza guía,
tan dilatada y mísera agonía?

Dije, y aquellos héroes á mi acento
el yerto fuego renacer sentían,
que aun no apagado el generoso aliento
ni el entusiasmo bélico tenían:
todos al punto luego en movimiento
mi voz en derredor sólo atendían.
«Guiad, dijeron; á morir marchemos:
ansia de perecer todos tenemos.»

«Alto, dije, á la lid: la noche obscura
protege ¡oh bravos! el intento mío:
ó de una vez muramos con bravura,
ó camino nos abra nuestro brío,

tal vez nuestro valor logre ventura,
tal vez venganza del alarde impío.»
Dije, y al punto un escuadrón formaron
y en medio á los inermes encerraron.

Con tardo paso, con silencio y calma
á la luz del relámpago partimos,
llena de angustia y de zozobra el alma,
y el ánimo á la muerte apercibimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palma
á campo abierto impávidos salimos:
en torno todo de tinieblas lleno,
rugen tan sólo el huracán y el trueno.

Entre las densas sombras temerosos
en cieno y agua hundidos avanzamos,
y con ansia y fatiga cuidadosos
cerca del campo musulmán llegamos:
dóblase la zozobra, y silenciosos
ante sus tiendas lóbregas paramos:
prestas las armas, próximo el combate,
de miedo el pecho y de esperanza late.
. . . .

Mas á su voz por otra repetida,
pronto su hueste se presenta armada,
y con bárbaro ardor y arremetida
fulmínase á nosotros agolpada:
en las cristianas lanzas recibida
fué su improvisa cólera estrellada.
Torna al asalto y dobla la pelea:
el tercio ibero resistiendo ondea.

Sigue el rumor, la confusión se aumenta:
cuál hunde en las entrañas del amigo,
que apartado de él lidiando cuenta,
el arma destinada al enemigo;
éste si descargar el golpe intenta,
por alto precipicio da consigo;
tal piensa allí que á su escuadrón se junta,
y halla en el pecho la imprevista punta.

Cuál allí solo contra mil pelea,
y al frente y al redor hiere y maltrata;
y en tanto que la maza aquel rodea,
otro le oprime el brazo y la arrebata.
Ya un escuadrón cejando titubea,
y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
ora cedemos ya; ya paso abrimos;
ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.
. . . .

POESIAS LIRICAS

—

A...

Dedicándole sus poesías

SONETO

Marchitas ya las juveniles flores,
nublado el sol de la esperanza mía,
hora tras hora cuento, y mi agonía
crece con mi ansiedad y mis dolores.

Sobre terso cristal ricos colores,
pinta alegre tal vez mi fantasía,
cuando la triste realidad sombría
mancha el cristal y empaña sus fulgores.

Los ojos vuelvo en inocente anhelo,
y gira en torno indiferente el mundo,
y en torno gira indiferente el cielo.

A ti las quejas de mi amor profundo,
hermosa sin ventura, yo te envío:
mis versos son tu corazón y el mío.

A DON DIEGO DE ALVEAR

Sobre la muerte de su amado padre

ELEGÍA (1)

¿Qué es la vida? ¡gran Dios! plácida aurora
cándida ríe entre arreboles, cuando
brillante apenas esclarece una hora;

pálida luz y trémula oscilando,
baja al silencio de la tumba fría,
del pasado esplendor nada quedando:

allí la palma del valor sombría
marchítase, y allí la rosa pura
pierde el color y fresca lozanía:

no alcanza allí jamás de la ternura
el mísero gemido ni el lamento,
ni poder, ni riqueza, ni hermosura.

Sobre yertos cadáveres su asiento
erige, y huella la implacable muerte
armas, arados, púrpuras sin cuento.

Mísero Albino, doloroso vierte
lágrimas de amargura, á par contigo,
yo lloraré también tu infausta suerte.

Y si el nombre dulcísimo de amigo,
si un tierno corazón alcanza tanto,
tus penas ¡ay! consolarás conmigo.

El tormento, el dolor, la pena, el llanto,
débitos son de un hijo cariñoso
al triste padre de quien fué el encanto.

Mas no siempre con lluvias caudaloso
el valle anega montaraz torrente,
ni encrespa el mar sus olas borrascoso:

(1) Esta poesía la escribió Espronceda á los 19 años, muy ajeno de que pudiera publicarse.

no siempre el labrador tímido siente
el trueno aterrador, ni el aire mira
desprenderse veloz rayo luciente.

Ahora lamenta, sí, tierno suspira
desahogo que dió naturaleza,
que el pecho al suspirar tal vez respira.

Lágrimas, sólo el áspera dureza
calman el infortunio: ellas la herida
bálsamo son que cura y su crudeza.

¡Cuánto sería mísera la vida
si, envuelta con el llanto, la amargura
no brotara del alma dolorida!

Trocada en melancólica dulzura,
sólo queda después tierna memoria,
y aun halla el pecho gozo en su tristura.

Tú así lo probarás, ya la alta gloria
de tu padre recuerdes, coronada
su frente del laurel de la victoria;

ó ya vibrando la terrible espada,
en medio el ancho piélago, triunfante,
miedo y terror de la francesa armada,

ó el arnés desceñido de diamante,
en oliva pacífica trocando
el hierro en las batallas centelleante.

Aun hoy miro á los vientos flameando
las ricas apresadas banderolas,
augusta insignia del francés infando:

y aun hoy resuenan las medrosas olas
al azotar de Cádiz la alta almena,
de sus glorias á par las españolas.

Tintas en propia sangre y sangre ajena,
en la ceñuda lid siempre miraron
brillar su frente impávida y serena;

y en torno amedrentadas rebramaron
cuando al morir sus prendas más amadas,
impávido también le contemplaron.

Cayeron á su vista, y casi ahogadas

las vió tenderle los ansiosos brazos
y súbito al profundo sepultadas;
 y en desigual combate hecho pedazos,
aun su corazón fuerte y altivo
del anglo esquiva los indignos lazos.
 Busca con ansia entre la lid la muerte
y huye la muerte de él, y ¿quién, quién pudo
penetrar los secretos de la suerte?
 Nuevo y dulce placer, más dulce nudo
grata le aguarda su feliz ventura
cuando más de favor se cree desnudo.
 ¡Cuánto gozo sin fin! ¡Cuánta ternura
probó en los brazos de su nueva esposa
el beso al recibir de su dulzura!
 Ya agradable á su prole numerosa,
vuelto otra vez á los paternos lares
daba lecciones de virtud piadosa.
 Ya calmaba del triste los pesares
con labio afable y generosa mano,
ya llevaba la paz á sus hogares.
 Y en tanta dicha el corazón ufano,
de lágrimas colmado y bendiciones,
tornaba alegre el venerable anciano:
 los timbres á aumentar de sus blasones
á vosotros, sus hijos, animaba,
recordando sus ínclitas acciones.
 Y en todos juntos renacer miraba,
de nombre á par, su antigua lozanía,
y tierno en contemplaros se gozaba.
 ¿Por qué tú ¡oh muerte! arrebataste impía
al que de tantos tristes la ventura
y el noble orgullo de la patria hacía?
 Fuente á eterno llorar abrió tu dura
mano, y tu saña y cólera cebaste
á un tiempo en la inocencia y la hermosura.
 Y ¿qué cítara triste habrá que baste

lúgubre á resonar en sordo acento
cual de su dulce esposa le arrancaste?

La noble faz serena, el pecho exento
de tormento roedor, dulce y tranquilo
dió entre sus hijos su postrer aliento.

Y ya cayendo de la parca al filo,
cual se obscurece el sol en occidente,
va del sepulcro al sosegado asilo.

Gemidos oigo y lamentar doliente
y el ronco son de parches destemplados
y el crujir de las armas juntamente.

Marchan en pos del féretro soldados
con tardo paso y armas funerales
al arco de los bronces disparados.

Y entre fúnebres pompas y marciales,
en la morada de la muerte augusta
las bóvedas retumban sepulcrales.

¡Ay! para siempre ya la losa adusta,
oh, caro Albino, le escondió á tus ojos;
mas no el bueno murió; la parca injusta

roba tan sólo efímeros despojos,
y alta y triunfante la alcanzada gloria
guarda en eternos mármoles la historia.

SERENATA

—

Delio á las rejas de Elisa
le canta en noche serena
sus amores:
raya la luna, y la brisa
al pasar plácida suena
por las flores.

Y al eco que va formando
el arroyuelo saltando
tan sonoro,
le dice Delio á su hermosa

en cantinela amorosa:
«Yo te adoro.»

En el regazo adormida
del blando sueño, presentes
mil delicias,
en tu ilusión embebida,
feliz te finges, y sientes
mis caricias.

Y en la noche silenciosa
por la pradera espaciosa
blando coro
forman, diciendo á mi acento,
el arroyuelo y el viento:
«Yo te adoro.»

En derredor de su frente
leve soplo vuela apenas
muy callado,
y allí esparcido se siente
dulce aroma de azucenas
regalado,

que en fragancia deleitosa
vuela también á la diosa
que enamoro.
El eco grato que suena,
oyendo mi cantilena:
«Yo te adoro.»

Del fondo del pecho mío
vuela á ti suspiro tierno
con mi acento:
en él, mi Elisa, te envío
el fuego de amor eterno,
que yo siento.

Por él, mi adorada hermosa,
por esos labios de rosa
de ti imploro
que le escuches con ternura,
y le oirás cómo murmura:
«Yo te adoro.»

Despierta y el lecho deja;
no prive el sueño tirano
de tu risa
á Delio, que está á tu reja
y espera ansioso tu mano,
bella Elisa.

Despierta, que ya pasaron
las horas que nos costaron
tanto lloro;
sal, que gentil enramada
dice á tu puerta enlazada:
«Yo te adoro.»

A UNA DAMA BURLADA

—

Dueña de rubios cabellos,
tan altiva,
que creéis que basta el vellos
para que un amante viva
preso en ellos
el tiempo que vos queréis:
si tanto ingenio tenéis
que entretenéis tres galanes,
¿cómo salieron mal hora,
mi señora,
tus afanes?

Pusiste gesto amoroso
al primero;
al segundo el rostro hermoso
le volviste placentero;
y con doloso
sortilegio en su prisión
entró un tercer corazón:
viste á tus pies tres galanes,
y diste, al verlos rendidos,
por cumplidos
tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas
diligente!
Ya tu voz al viento dabas,
ya mirabas dulcemente,
ó ya hablabas
de amor, ó dabas enojos;
y en tus engañosos ojos
á un tiempo los tres galanes,
sin saberlo tú, leían
que mentían
tus afanes.

Ellos de ti se burlaban;
tú reías;
ellos á ti te engañaban,
y tú, mintiendo, creías
que te amaban:
decid, ¿quién aquí engañó?
¿quién aquí ganó ó perdió?
Sus deseos los galanes
al fin miraron cumplidos,
tú fallidos
tus afanes (1).

A LA NOCHE

ROMANCE

Salve, oh tú, noche serena,
que el mundo velas augusta
y los pesares de un triste
con tu obscuridad endulzas.

El arroyuelo á lo lejos
más acallado murmura,
y entre las ramas el aura
eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras

(1) De la novela histórica Sancho Saldaña ó El Castellano de Cuéllar.

que las praderas anublan,
y las estrellas apenas
con trémula luz alumbran.

Melancólico ruido
del mar las olas murmuran,
y fatuos, rápidos fuegos
entre sus aguas fluctúan.

El majestuoso río
sus claras ondas enluta,
y los colores del campo
se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas
lleva el pastor con presura,
y el labrador impaciente
los pesados bueyes punza.

En sus hogares le esperan
su esposa y prole robusta,
parca cena preparada
sin sobresalto ni angustia.

Todos suave reposo
en tu calma ¡oh noche! buscan,
y aun las lágrimas tus sueños
al desventurado enjugan.

¡Oh, qué silencio! ¡oh, qué grata
obscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros
en sí recogida gusta!

Del mustio agorero buho
el ronco graznar se escucha,
que el magnífico reposo
interrumpe de las tumbas.

Allá en la elevada torre
lánguida lámpara alumbra,
y en derredor negras sombras,
agitándose circulan.

Mas ya el pértigo de plata
muestra naciente la luna,

y las cimas del otero
de cándida luz inunda.

Con majestad se adelanta
y las estrellas ofusca,
y el azul del alto cielo
reverbera en lumbre pura,

deslízase manso el río,
y su luz trémula ondula
en sus aguas retratada,
que, terso espejo, relumbran.

Al blando latir del remo
dulces cantares se escucha
del pescador, y su barco
al plácido rayo cruza.

El ruiseñor á su esposa
con vario cántico arrulla,
y en la calma de los bosques
dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algún caserío
se ve subir en confusas
ondas el humo, y por ellas
entreclarear la luna.

Por el espeso ramaje
penetrar sus rayos dudan,
y las hojas que los quiebran
hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa suave
entre las flores susurra,
y de sus gratos aromas
el ancho campo perfuma.

Ora acaso en la montaña
eco sonoro modula
algún lánguido sónido,
que otro á imitar se apresura.

Silencio, plácida calma
á algún murmullo se juntan
tal vez, haciendo más grata
la faz de la noche obscura.

¡Oh! salve, amiga del triste,
con blando bálsamo endulza
los pesares de mi pecho,
que en ti su consuelo buscan.

EL PESCADOR

—

Pescadorcita mía,
desciende á la ribera.
y escucha placentera
mi cántico de amor;
sentado en su barquilla,
te canta su cuidado,
cual nunca enamorado,
tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre
y calla manso el viento,
y el mar sin movimiento
también en calma está:
á mi batel desciende,
mi dulce amada hermosa:
la noche tenebrosa
tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,
sin otros pescadores,
suavísimos amores,
felice te diré,
y en esos dulces labios
de rosas y claveles
el ámbar y las mieles
que vierten libaré.

La mar adentro iremos,
en mi batel, cantando
al son del viento blando
amores y placer;
regalaréte entonces
mil varios pececillos

que al verte, simplecillos,
de ti se harán prender.

De conchas y corales
y nácar á tu frente
guirnalda reluciente
mi bien, te ceñiré;
y eterno amor mil veces
jurándote, cumplida
en ti, mi dulce vida,
mi dicha encontraré.

No el hondo mar que espanta,
ni el viento proceloso,
que al ver tu rostro hermoso
sus iras calmarán;
y sílfides y ondinas
por reina de los mares
con plácidos cantares
á par te aclamarán.

Ven ¡ay! á mi barquilla:
completa mi fortuna:
naciente ya la luna
refleja el ancho mar.
Sus mansas olas bate
suave, leve brisa;
ven ¡ay! mi dulce Elisa
mi pecho á consolar.

OSCAR Y MALVINA

Imitación del estilo de Osián

(A tale of the times of old)

LA DESPEDIDA

—

Magnífico Morven, se alza tu frente
de sempiterna nieve coronada:
al hondo valle bramador torrente

de tu cumbre enriscada
se derrumba con ímpetu sonante,
y zumba allá distante.
La lira de Osián resonó un día
en tu breñosa cumbre:
tierna melancolía
vertió en la soledad, y repetiste
su acento de dolor, lánguido y dulce
como el recuerdo del amante triste
de su amada en la tumba.
El eco de su voz clamando «guerra,»
al rumor del torrente parecía,
que en silencio retumba.
Aun figura tal vez que las montañas
de nuevo esperan resonar su acento,
cual. muda la ribera,
de las olas que tornan
el ronco estruendo y el embate espera.
¿Dónde estás, Osián? ¿En los palacios
de las nubes agitas la tormenta,
ó en el collado gira allá en la noche
vagarosa tu sombra macilenta?
Siento tierno quejido,
y oigo el nombre de Oscar y de Malvina
del aura entre el ruido,
si el alta copa del ciprés inclina;
y al resonar el hijo de la roca,
cuando su voz se pierde
cuál la luz de la luna entre la niebla,
mi mente se figura
que escucho tus acentos de dulzura.
Miro el alcázar de Fingal cubierto
de innoble musgo y hierba,
y en silencio profundo sepultado
como la noche el mar, el viento en calma.
¿Dó las armas están? ¿Dónde el sonido
del escudo batido?
¿Dó de Caril la lira delicada,
las fiestas de las conchas y tu llanto,
Moina desconsolada?
Blando el eco repite

segunda vez el nombre de Malvina
y el de su dulce Oscar: tiernos se amaron:
gime en su losa de la noche el viento,
y repite sus nombres que pasaron.
Oscar, de negros ojos: en las paces
dulce su corazón como los rayos
del astro bello precursor del día;
y fiero en la batalla de la lanza.
A la suya seguía
la muerte que vibraba su pujanza.
Llamó el héroe la guerra
que el tirano Cairvar fiero traía,
y su Malvina hermosa,
tierno llanto vertiendo, le decía:
¿Dónde marchas, Oscar? Sobre las rocas,
donde braman los vientos,
me mirarán llorar mis compañeras:
no más fatigaré, vibrando el arco,
por el monte las fieras,
ni á ti cansado de la ardiente caza
te esperaré cuidosa,
ni oiré ya más la voz de tus amores,
ni mi alma estará nunca gozosa.
«¿En dónde está mi Oscar?» á los guerreros
preguntaré anhelante;
y ellos pasando junto á mí ligeros
responderán: «¡Murió!» Dice y expira
en sollozos su acento, más suave
que del arpa el sonido,
al vislumbrar la luna
el solitario bosque y escondido.
«Destierra ese temor, Malvina mía.»
Oscar responde con fingido aliento:
«muchos los héroes son que Fingal manda:
caiga el fiero Cairvar y yo perezca,
si es forzoso también: mas tú, Malvina,
bella como la edad de la inocencia,
vive, que ya destina
himnos el bardo á eternizar mi gloria.
Mis hazañas oirás, y entre las nubes
yo sonreiré feliz, y vagaroso

allá en la noche fría
bajaré á tu mansión: verás mi sombra
al triste rayo de la luna umbría.»
Y dice, y se desprende de los brazos
de su infeliz Malvina:
á pasos rapidísimos avanza,
y á la llama oscilante
de las hogueras del extenso campo
brillar se ven sus armas cual radiante,
rápida exhalación. Yace en silencio
el campamento todo,
y solo al eco repetir se siente
el crujir, al andar, de su armadura
y el blando susurrar del manso ambiente.
Cual por nubes la luna silenciosa
su luz quebrada envía
trémula sobre el mar que la retrata,
que ora se ve brillar, ora perdida,
pardo vellón de nube la arrebata,
cielo y tierra en tinieblas sepultando,
así á veces Oscar brilla y se pierde,
la selva atravesando.

EL COMBATE

Cairvar yace adormido
y tiene junto á sí lanza y escudo,
y relumbra su yelmo
claro á la llamarada reluciente
de un tronco carcomido,
casi despojo de la llama ardiente,
mitad de él á cenizas reducido.
«Levántate, Cairvar,» Oscar le grita;
«cual hórrida tormenta
eres tú de temer; mas yo no tiemblo:
desprecio tu arrogancia y osadía:

la lanza apresta y el escudo embraza,
álzate pues, que Oscar te desafía.»
Cual en noche serena
súbito amenazante, inmensa nube
la turbulenta mar de espanto llena,
se levanta Cairvar, alto cual roca
de endurecido hielo.
«¿Quién osa del valiente,»
en voz tronante grita,
«ora turbar el sueño? ¿y quién irrita
la cólera á Cairvar armipotente?»
«Vigoroso es tu brazo en la pelea,
rey de la mar de aurirrolladas olas,»
Oscar de negros ojos le responde,
. . . .
«hará ceder tu indómita pujanza.»
Como el furor del viento proceloso
ondas con ondas con bramido horrendo
estrella impetuoso,
los guerreros ardiendo se arremeten
y fieros se acometen.
Chispea el hierro, la armadura suena:
al rumor de los golpes gime el viento,
y su són dilatándose violento,
al ronco monte atruena.
Cayó Cairvar como robusto tronco
que tumba el leñador al golpe rudo
de hendiente hacha pesada,
y cayó derribada
su soberbia fiereza,
y su insolente orgullo, y aspereza.
Mas ¡ay! que moribundo,
Oscar yace también: ¡triste Malvina!
Aun no los bellos ojos apartaste
del bosque aquel que le ocultó á tu vista,
y del último adiós aun no enjugaste
las lágrimas hermosas,
tú más dulce á tu Oscar que las sabrosas
auras de la mañana.
Siempre sola estarás: si entre las selvas,
pirámide de hielo

reverbera á la luna,
en tu ilusión dichosa
figurarás tu amante,
pensando ver su cota fulgurosa:
pasará tu delirio,
y verterás el llanto de amargura
sola y desconsolada...
«¡Ay! ¡Oscar pereció!» gemirá el viento
al romper la alborada,
y al ocultar el sol la sombra obscura
de la noche callada.



AL SOL

HIMNO

Pára y óyeme ¡oh! sol! yo te saludo
y extático ante ti me atrevo á hablarte:
ardiendo como tú mi fantasía,
arrebatada en ansia de admirarte,
intrépidas á ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
sublime resonando,
del trueno pavoroso
la temerosa voz sobrepujando,
¡oh sol! á ti llegara
y en medio de tu curso te parara.
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
diera también su ardor á mis sentidos,
al rayo vencedor que los deslumbra,
los anhelantes ojos alzaría,
y en tu semblante fúlgido atrevidos
mirando sin cesar los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡con qué sencillo anhelo,
siendo niño inocente,

seguirte ansiaba en el tendido cielo,
y extático te vía
y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
que ciñe el rico en perlas Oceano
al término sombroso de Occidente,
las orlas de tu ardiente vestidura
tiendes en pompa, augusto soberano,
y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el día,
y, alma y vida del mundo,
tu disco en paz majestuoso envía
plácido ardor fecundo,
y te elevas triunfante,
corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cenit dorado
al regio trono en la mitad del cielo,
de vivas llamas y esplendor ornado,
y reprimes tu vuelo:
y desde allí tu fúlgida carrera
rápido precipitas,
y tu rica encendida cabellera
en el seno del mar trémula agitas,
y tu esplendor se oculta,
y el ya pasado día
con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
en su abismo insondable desplomarse!
¡cuánta pompa, grandeza y poderío
de imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío
secas y leves hojas desprendidas,
que en círculos se mecen
y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de tu cólera divina,
viste anegarse el universo entero,
cuando las aguas por Jehová lanzadas,
impelidas del brazo justiciero
y á mares por los vientos despeñadas,
bramó la tempestad: retumbó en torno
el ronco trueno y con temblor crujieron

los ejes de diamante de la tierra:
montes y campos fueron
alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
y entonces tú, como señor del mundo,
sobre la tempestad tu trono alzabas,
vestido de tinieblas,
y tu faz engreías,
y á otros mundos en paz resplandecías.
Y otra vez nuevos siglos
viste llegar, huir, desvanecerse
en remolino eterno, cual las olas
llegan, se agolpan y huyen del Oceano.
y tornan otra vez á sucederse:
mientra inmutable tú, solo y radiante
¡oh sol! siempre te elevas,
y edades mil y mil huellas triunfante.
¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
pierda su resplandor, siempre incansable,
audaz siguiendo tu inmortal carrera
hundirse las edades contemplando,
y solo, eterno, perenal, sublime,
monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
si de lejos te sigue,
no menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
eres tú de otro sol que otro universo
con nuestra humilde y plácido semblante,
mayor que el nuestro un día
con doble resplandor esclarecía?...
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡oh sol! que cuando el pavoroso día
llegue que el orbe estalle y se desprenda
de la potente mano
del Padre soberano,
y allá á la eternidad también descienda,
deshecho en mil pedazos, destrozado
y en piélagos de fuego
envuelto para siempre y sepultado:

de cien tormentas al horrible estruendo,
en tinieblas sin fin tu llama pura
entonces morirá: noche sombría
cubrirá eterna la celeste cumbre:
¡ni aun quedará reliquia de tu lumbre!...

LA VUELTA DEL CRUZADO

El que ansioso de alta gloria
joven dejó sus hogares
y lanzándose á los mares
voló á buscar la victoria:

vencedor del turco fiero
vuelve el valiente cruzado,
del sol el rostro tostado
y tinto en sangre el acero.

Allí, su lanza en la lid
dió á su renombre esplendor,
y le cantó el trovador
como á impávido adalid.

Ora vuelve, en su semblante
con cicatrices de heridas
en honra y pró recibidas
de la que adora constante.

Tal vez al verle á su reja
le desconozca la hermosa
que sensible y cuidadosa
oyó otro tiempo su queja:

mas si no vuelve de Oriente,
cual antes joven hermoso,
vuelve intrépido y brioso
y ornada en lauros la frente.

Y las lunas abatidas
de los árabes altivos.

cien caballos, cien cautivos,
cien cimitarras vencidas,

el soldado de Sión
rendirá ante su hermosura,
y con humilde ternura
su constante corazón.

Que por la cruz y en su honor
ha alcanzado la victoria;
y su nombre y su memoria
realzó en la lid su valor.

Y buscando donde ir
á hacer su nombre famoso,
vuelve á sus pies venturoso
sus laureles á rendir.

EL TEMPLARIO

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA

Ya tarde en la noche la luna escondía,
cercana á Occidente, su lívida faz,
y al Norte, entre nubes, relámpago ardía.
que el cielo inundaba de lumbre fugaz.
El tajo sus aguas con ronco bramido
despeña, y el eco redobla el fragor,
el bosque se mece con ronco ruido,
de negras tormentas fatal precursor.
Al fuego que el raudo relámpago enciende,
que el monte y la selva parece abrasar,
un hombre á caballo la margen desciende,
y al trote se sienten sus armas chocar.
Tal vez á su paso con viva vislumbre

la cruz en su escudo radiante brilló,
mas luego en tinieblas la rápida lumbre
al hombre y caballo consigo ocultó.
De un monte en la altura levanta su frente,
soberbio castillo de ilustre señor,
brillantes antorchas le adornan luciente,
y de arpas y fiestas se escucha el rumor.
Abiertas las rejas las luces se agitan
y alegre banquete se deja entrever,
los néctares dulces al júbilo excitan
y á cien caballeros cantando á beber.
Cual negro fantasma de forma medrosa
que á tímida virgen de noche aterró,
así en la alta cumbre del monte escabrosa,
el hombre á caballo veloz pareció.
Al pie del castillo llegando el guerrero,
alegre relincha su noble trotón:
la rienda recoge, desmonta ligero,
y para y escucha sonar la canción.

. . . .

Del arpa sonora los dulces concentos,
aplauden con bravos y vivas sin fin,
y en coro resuenan alegres acentos,
en alto las copas á honor del festín.
Mas luego en silencio la mágica lira
vibrando suave se torna á escuchar,
y sigue á su acento, que plácida inspira,
la voz regalada de aqueste cantar.

. . . .

En tanto el guerrero que el cántico oía,
con fuerza en las puertas su lanza chocó
y allá en las almenas al punto el vigía
«¿Quién llama á estos muros?» audaz preguntó.
«Asilo en la noche demanda un guerrero
que errante camina» gritó el paladín:
«Abridle,» de adentro mandó un caballero,
«y encuentre acogida y asiento al festín.»

. . . .

Las gruesas cadenas que el puente suspende
con ronco bramido se siente crujir,

y bajan el puente, y algunos descienden,
armados guerreros las puertas á abrir.
Su nombre preguntan; responde el soldado:
«Mi nombre, aunque ilustre, me es fuerza ocultar;
saber es bastante que soy un cruzado
que vuelve de tierras de allende la mar.»
So un manto sencillo de cándido lino,
do rojo aparece la espléndida cruz,
su rostro y sus armas cubrió el paladino,
los ojos tan sólo quedando á la luz:
en ellos ostenta con fiera altiveza
fijándolos firmes intrépido ardor;
mas luego se apaga con fría tristeza,
ó usando descuido su noble esplendor.
En tanto dos pajes, sirviendo de guía,
conducen al huésped adentro el salón,
y sale á su encuentro con faz de alegría,
dejando el banquete, gallardo infanzón;
su mano, por muestra de dar bienvenida,
tendiéndolo, dice: «Llegad aquí en paz,
os dé mi castillo sabrosa acogida,
y halléis con nosotros placer y solaz.»
El huésped, en tanto que el noble le hablara
mantiene los ojos clavados en él,
así que en su rostro, semblanza encontrara
que antiguos recuerdos preséntale fiel.
«¿Sois vos, le pregunta, gentil castellano,
de aquesta comarca tal vez el señor?
¿Sois vos el que nombran el conde Lozano
honor de Castilla, del moro terror?»
El noble modesto responde al guerrero:
«Yo soy el que llaman como vos decís,
empero la fama da un nombre á mi acero
más alto que nunca por él merecí.
«Entrad con nosotros, partid el contento,
ilustres soldados de la alta Sión;
dirás de tus viajes el plácido cuento,
y oiremos tus hechos con grata atención.»
«Mi vida y mis hechos, el huésped responde,
ansiara yo mismo por siempre olvidar;»

y dice, y su rostro moreno se esconde
so nube sombría de negro pesar.
Del sol de la Libia quemado el semblante,
sus ojos un punto centellear se ven,
más luego se apaga su brillo al instante
y al fuego que lanzan sucede el desdén.
. . . .

CANCIONES

LAS QUEJAS DE SU AMOR

Bellísima parece
al vástago prendida
gallarda y encendida
de Abril la linda flor;
empero muy más bella
la virgen ruborosa
se muestra, al dar llorosa
las quejas de su amor.

Suave es el acento
de dulce amante lira,
si el blando són suspira
de noche el trovador;
pero aun es mas suave
la voz de la hermosura
si dice con ternura
las quejas de su amor.

Grato es en noche umbría
al triste caminante
del alba radiante
mirar el resplandor.

empero es aun más grato
al alma enamorada
oir de su adorada
las quejas de su amor.

SERENATA

Despierta, hermosa señora.
señora del alma mía:
den luz á la noche umbría
tus ojos que soles son.
Despierta, y si acaso sientes
tu corazón conmovido,
es que responde al latido
de mi amante corazón,
oye mi voz.

La flor más pura y galana
que el abril fecundo adora,
al despuntar de la aurora
perfuma el primer albor:
pero es mil veces más puro
de tu boca el blando aliento,
si perfuma en torno el viento
tierno suspiro de amor,
oye mi voz.

Adiós, mis dulces amores,
que envidiosa el alba fría
ya raya en Oriente el día
por turbar nuestro placer:
adiós, señora; mi alma
dejo, al partirme, contigo:
amante triste, maldigo,
aurora, tu rosicler,
guárdame fe.

EL HACHA DEL REY

ROMANCE

Raya la naciente luna
en la cumbre del Oreb,
y armado un fuerte guerrero
en la campiña se ve.

Al melancólico rayo
brilla una cruz en su arnés;
paladín es, que defiende
la santa Jerusalén.

Del Jordán camina al paso,
siguiendo el curso tal vez,
ricamente enjaezado
su gallardo palafrén.

En tanto á su encuentro sale
un árabe en su corcel,
con lanza corta y alfanje
y reluciente pavés.

Al trotar crujen sus armas,
y el paladín, que le ve,
suelta al caballo la rienda
y arranca contra el infiel.

Pronto el árabe se apresta,
ganoso de gloria y prez,
y el diestro brazo á la espalda
tira gallardo á ofender.

La lanza vuela silbando
y del cristiano á los pies
perdido el tiro, penetra,
la tierra haciendo tremer.

Ríndete moro, le grita,
tu recio furor detén;
yo soy Ricardo.—¿Qué importa,
si yo soy Abenamet?»

Y un bárbaro golpe fiero
le descarga al responder,
y su alfanje damasquino
el yelmo taja á cercén.

Ya un hacha tremenda agita
sañudo el monarca inglés,
que hiende el turbante. y hiende
la cabeza del infiel:

hacha grave que ninguno
de cuantos visten arnés,
ni aun puestas entrambas manos,
pudiera apenas mover.

LA CAUTIVA

—

Ya el sol esconde sus rayos,
el mundo en sombras se vela,
el ave á su nido vuela,
busca asilo el trovador.
Todo calla: en pobre cama
duerme el pastor venturoso;
en su lecho suntuoso
se agita insomne el señor.

Se agita; mas ¡ay! reposa
al fin en su patrio suelo;
no llora en mísero duelo
la libertad que perdió:
los campos ve que á su infancia
horas dieron de contento,
su oído halaga el acento
del país donde nació.

No gime ilustre cautivo
entre doradas cadenas,

que si bien de encanto llenas
al cabo cadenas son.
Si acaso triste lamenta,
en torno ve á sus amigos,
que, de su pena testigos,
consuelan su corazón.

La arrogante erguida palma
que en el desierto florece,
al viajero sombra ofrece
descanso y grato manjar:
y, aunque sola, allí es querida
del árabe errante y fiero,
que siempre va placentero
á su sombra á reposar.

Mas ¡ay triste! yo cautiva,
huérfana y sola suspiro,
en clima extraño respiro,
y amo á un extraño también.
No hallan mis ojos mi patria,
humo han sido mis amores;
nadie calma mis dolores,
y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar?... no puedo
ni ceder á mi tristura,
ni consuelo en mi amargura
podré jamás encontrar.
Supe amar como ninguna,
supe amar correspondida;
despreciada, aborrecida,
¿no sabré también odiar?

¡Adiós, patria! ¡adiós, amores!
La infeliz Zoraida ahora
sólo venganzas implora,
ya condenada á morir.
No soy ya del castellano
la sumisa enamorada:

soy la cautiva cansada
ya de dejarse oprimir (1).

LA CANCION DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
viento en popa á toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman
por su bravura el *Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la loma gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
y allá á su frente Stambul (2).

«Navega velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo á torcer alcanza
ni á sujetar tu valor.
Veinte presas
hemos hecho
á despecho

(1) Esta canción tambien se insertó en la citada novela de *Sancho Saldaña*.

(2) Nombre que dan los Turcos á Constantinopla.

del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
á mis pies.
»Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad;
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

«Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra:
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
y á quien nadie impuso leyes.
»Y no hay playa
sea cualquiera
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho,
y dé pecho
á mi valor.
»Que es mi barco mi tesoro...

»A la voz de «¡barco viene!»
es de ver
cómo vira y se previene
á todo trapo escapar:
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.
»En las presas
yo divido
lo cogido
por igual:
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.
»Que es mi barco mi tesoro...

»¡Sentenciado estoy á muerte!
yo me río:
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navío.
»Y si caigo,
¿qué es la vida?
por perdida
ya la dí,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo
sacudí.
»Que es mi barco mi tesoro...

»Son mi música mejor
aquilones:
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.
»Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por la mar.
»Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.»

EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los piés
no vuelve á nacer yerba.
Palabras de Atila.

CORO

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín:
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.
¡Hurra! ¡á caballo, hijos de la niebla!
suelta la rienda, á combatir volad:
¿veis esas tierras fértiles? las puebla
gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
todo es hermoso y refulgente allí:
son sus hembras celestes serafines,
su sol alumbra un cielo de zafir.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros sean su oro y sus placeres,
gocemos de ese campo y ese sol;
son sus soldados menos que mujeres
sus reyes viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro,
vedlos cobardes lágrimas verter...
¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro
huellen nuestros caballos con sus pies.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Dictará allí nuestro capricho leyes,
nuestras casas alcázares serán,
los cetros y coronas de los reyes
cual juguetes de niños rodarán.
¡Hurra! ¡volad! á hartar nuestros deseos.
Las más hermosas nos darán su amor,

y no hallarán nuestros semblantes feos,
que siempre brilla hermoso el vencedor.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Desgarraremos la vencida Europa
cual tigres que devoran su ración;
en sangre empaparemos nuestra ropa
cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
regias habitaciones morarán;
cien esclavos, sus frentes inclinando,
al mover nuestros ojos temblarán.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Venid, volad, guerreros del desierto,
como nubes en negra confusión,
todos suelto el bridón, el ojo incierto,
todos atropellándoos en montón.
Id en la espesa niebla confundidos
cual tromba que arrebata el huracán,
cual témpanos de hielo endurecidos
por entre rocas despeñadas van.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros padres un tiempo caminaron
hasta llegar á una imperial ciudad;
un sol más puro es fama que encontraron
y palacios de oro y de cristal.
Vadearon el Tíber sus bridones,
yerta á sus pies la tierra enmudeció;
su sueño con fantásticas canciones
la fada de los triunfos arrulló.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse
hambrienta en vuestras manos de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
visiones mil que el parabién nos dan?
Escudo de esas míseras naciones
era ese muro que abatido fué;

la gloria de Polonia y sus blasones
en humo y sangre convertidos ved.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿quién sus hijos triunfante encadenó?
¿quién puso fin á sus gloriosos días?
¿quién en su propia sangre los ahogó?
¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!
esos hombres de Europa nos verán:
¡hurra! nuestros caballos en su frente
hondas sus herraduras marcarán.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

A cada bote de la lanza ruda,
á cada escape en la abrasada lid,
la sangrienta ración de carne cruda
bajo la silla sentiréis hervir.
Y allá después en templos suntuosos,
sirviéndonos de mesa algún altar,
nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
hartará nuestra hambre blanco pan.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Y nuestras madres nos verán triunfantes
y á esa caduca Europa á nuestros pies,
y acudirán de gozo palpitante,
en cada hijo á contemplar un Rey.
Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
las coronas de Europa heredarán,
y á conquistar también otras regiones
el caballo y la lanza aprestarán.
¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
sangrientas charcas sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.

EL MENDIGO

Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo:
todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña
son mi asilo,
si del ábrego el furor
trocha el roble en la montaña
ó que inunda la campaña
el torrente asolador.
Y á la hoguera
me hacen lado
los pastores
con amor,
y sin pena
y descuidado
de su cena
ceno yo,
ó en la rica
chimenea,
que recrea
con su olor,
me regalo
codicioso
del banquete
suntuoso
con las sobras
de un señor.

Y me digo: el viento brama,
caiga furioso turbión;
que al són que cruje de la seca leña,
libre me duermo sin rencor ni amor.
Mío es el mundo: como el aire libre...

Todos son mis bienhechores,
y por todos

á Dios ruego con fervor;
de villanos y señores
yo recibo los favores
sin estima y sin amor.

Ni pregunto
quiénes sean
ni me obligo
á agradecer;
que mis rezos
si desean,
dar limosna
es un deber.
Y es pecado
la riqueza;
la pobreza
santidad;
Dios á veces
es mendigo,
y al avaro
da castigo,
que le niegue
caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
todos al verme plañir,
sin ver son mías sus riquezas todas,
que mina inagotable es el pedir.
Mío es el mundo: como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso
entre harapos
del lujo sátira soy,
y con mi aspecto asqueroso
me vengo del poderoso,
y adonde va, tras él voy.

Y á la hermosa
que respira
cien perfumes,
gala, amor,
la persigo
hasta que mira.

y me gozo
cuando aspira
mi punzante
mal olor.
Y las fiestas
y el contento
con mi acento
turbo yo,
y en la bulla
y la alegría
interrumpen
la armonía
mis harapos y mi voz.
Mostrando cuán cerca habitan
el gozo y el padecer,
que no hay placer sin lágrimas, ni pena
que no traspire en medio del placer.
Mío es el mundo: como el aire libre...

Y para mí no hay *mañana*,
ni hay *ayer*;
olvido el bien como el mal.
nada me aflije ni afana;
me es igual para mañana
un palacio, un hospital.
Vivo ajeno
de memorias,
de cuidados
libre estoy;
busquen otros
oro y glorias,
yo no pienso
sino en hoy.
Y doquiera
vayan leyes,
quiten reyes.
reyes den;
yo soy pobre,
y al mendigo,
por el miedo
del castigo,

todos hacen
siempre bien.
Y un asilo donde quiera
y un lecho en el hospital
siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
mi cuerpo miserable al expirar.
Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo:
todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

EL REO DE MUERTE

¡Para hacer bien por el alma
del que van á justiciar!

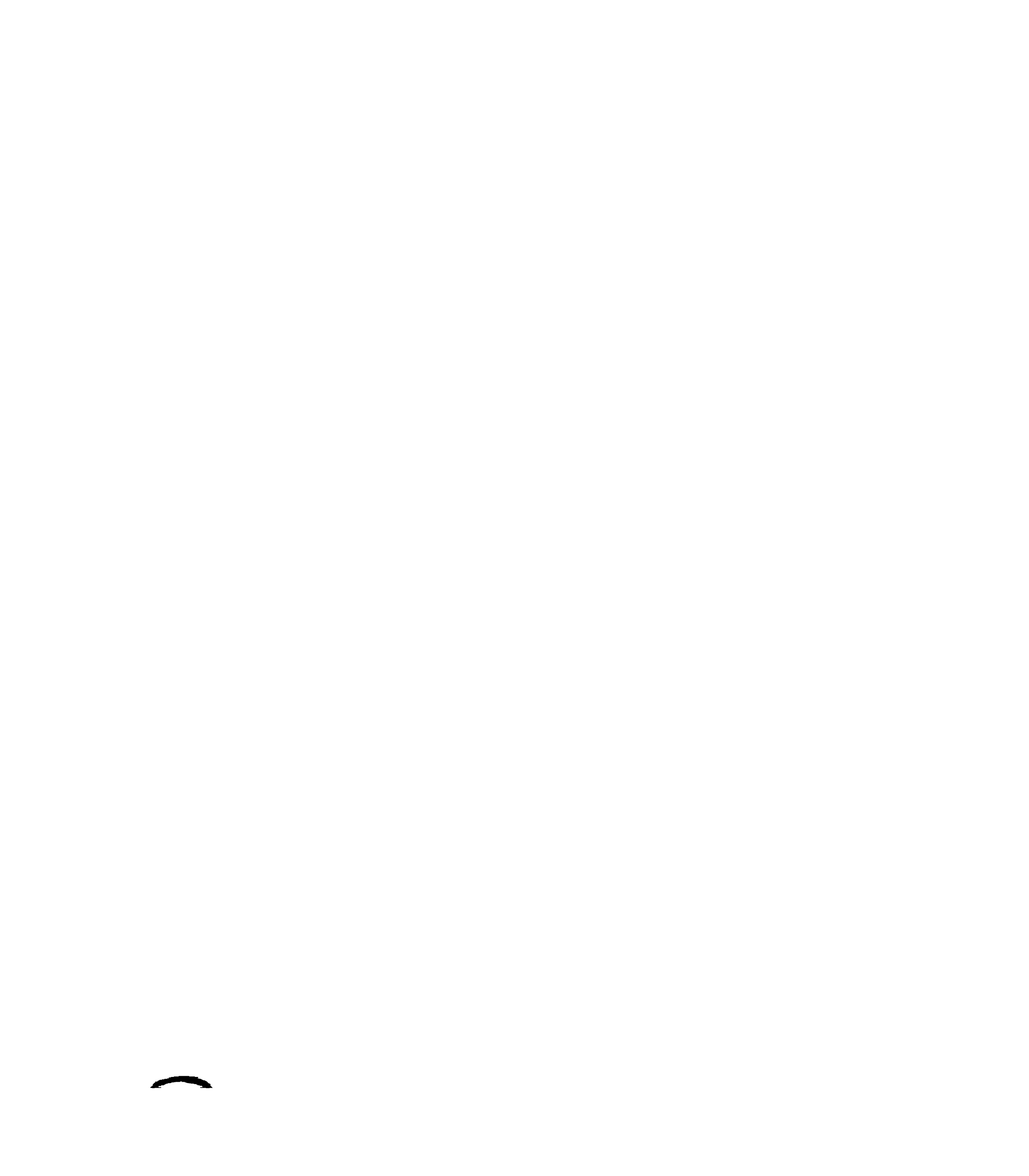
I

Reclinado sobre el suelo
con lenta amarga agonía,
pensando en el triste día
que pronto amanecerá;
en silencio gime el reo
y el fatal momento espera
en que el sol por vez postrera
en su frente lucirá.
Un altar y un crucifijo
y la enlutada capilla,
lánguida vela amarilla
tiñe en su luz funeral;
y junto al mísero reo,
medio encubierto el semblante
se oye el fraile agonizante
en són confuso rezar.
El rostro levanta el triste
y alza los ojos al cielo;
tal vez eleva en su duelo



En silencio gime el reo
y el fatal momento espera...

El reo de muerte.—*(Pág.*



la súplica de piedad.
¡Una lágrima! ¿es acaso
de temor ó de amargura?
¡Ay! ¡á aumentar su tristura
vino un recuerdo quizá!
Es un joven, y la vida
llena de sueños de oro,
pasó ya, cuando aun el lloro
de la niñez no enjugó:
el recuerdo es de la infancia,
¡y su madre que le llora,
para morir así ahora
con tanto amor le crió!
Y á par que sin esperanza
ve ya la muerte en acecho,
su corazón en su pecho
siente con fuerza latir;
al tiempo que mira al fraile
que en paz ya duerme á su lado,
y que ya viejo postrado,
le habrá de sobrevivir.
¿Mas qué rumor á deshora
rompe el silencio? resuena
una alegre cantilena
y una guitarra á la par,
y gritos y de botellas
que se chocan el sonido,
y el amoroso estallido
de los besos y el danzar.
Y también pronto en són triste
lúgubre voz sonará:
¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!
Y la voz de los borrachos,
y sus brindis, sus quimeras,
y el cantar de las rameras,
y el desorden bacanal,
en la lúgubre capilla
penetran y carcajadas
cual de lejos arrojadas
de la mansión infernal.

Y también pronto en són triste
lúgubre voz sonará:
¡Para hacer bien por el alma
del que vań á ajusticiar!
¡Maldición! al eco infausto,
el sentenciado maldijo
la madre que como á hijo
á sus pechos le crió;
y maldijo el mundo todo,
maldijo su suerte impía,
maldijo el aciago día
y la hora en que nació.

II

Serena la luna
alumbra en el cielo,
domina en el suelo
profunda quietud;
ni voces se escuchan,
ni ronco ladrido,
ni tierno quejido
de amante laúd.
Madrid yace envuelto en sueño,
todo al silencio convida,
y el hombre duerme y no cuida
del hombre que va á expirar;
si tal vez piensa en mañana,
ni una vez piensa siquiera
en el mísero que espera,
para morir, despertar:
que sin pena ni cuidado
los hombres oyen gritar:
¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!
¡Y el juez también en su lecho
duerme en paz! ¡y su dinero
el verdugo placentero.
entre sueños cuenta ya!
Tan sólo rompe el silencio

en la sangrienta plazuela
el hombre del mal, que vela
un cadalso al levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
sueños de angustia y fiebre y devaneo,
el alma envuelven del confuso reo,
que inclina al pecho la abatida frente.
Y en sueños
confunde
la muerte,
la vida:
recuerda
y olvida,
suspira,
respira
con hórrido afán.
Y en un mundo de tinieblas
vaga y siente miedo y frío,
y en su horrible desvarío
palpa en su cuello el dogal:
y cuanto más forcejea,
cuanto más lucha y porfía
tanto más en su agonía
aprieta el nudo fatal.
Y oye ruido, voces, gentes,
y aquella voz que dirá:
¡*Para hacer bien por el alma*
del que van á ajusticiar!
O ya libre se contempla
y el aire puro respira,
y oye de amor que suspira,
la mujer que un tiempo amó
bella y dulce cual solía,
tierna flor de primavera,
el amor de la pradera
que el abril galán mimó.
Y gozoso á verla vuela,
y alcanzarla intenta en vano.

que al tender la ansiosa mano
su esperanza á realizar,
su ilusión la desvanece
de repente el sueño impío,
y halla un cuerpo mudo y frío
y un cadalso en su lugar:
y oye á su lado en són triste
lúgubre voz resonar:
¡Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!

EL VERDUGO

—

De los hombres lanzado al desprecio,
de su crimen la víctima fuí,
y se evitan de odiarse á sí mismos.
fulminando sus odios en mí.
Y su rencor
al poner en mi mano, me hicieron
su vengador:
y se dijeron:
«Que nuestra vergüenza común caiga en él;
se marque en su frente nuestra maldición;
su pan amasado con sangre y con hiel,
su escudo con armas de eterno baldón
sean la herencia
que legue al hijo,
el que maldijo
la sociedad.»
¡Y de mí huyeron,
de sus culpas el manto me echaron,
y mi llanto y mi voz escucharon,
sin piedad!
Al que á muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo
imaginan los hombres tal vez?

¡Y ellos no ven
que soy de la imagen divina
copia también!
y cual dañina
fiera á que arrojan un triste animal,
que ya entre sus dientes se siente crujir,
así á mí, instrumento del genio del mal,
me arrojan el hombre que traen á morir.
Y ellos son justos,
yo soy maldito;
yo sin delito
soy criminal:
mirad al hombre
que me paga una muerte; el dinero
me echa al suelo con rostro altanero,
¡á mí, su igual!
El tormento que quiebra los huesos
y del reo el histérico ¡*ay*!
y el crujir de los nervios rompidos
bajo el golpe del hacha que cae,
son mi placer.
Y al rumor que en las piedras rodando
hace, al caer,
del triste saltando
la hirviente cabeza de sangre en un mar,
allí entre el bullicio del pueblo feroz,
mi frente serena contemplan brillar,
tremenda, radiante con júbilo atroz.
Que de los hombres
en mí respira
toda la ira,
todo el rencor:
que á mí pasaron
la crueldad de sus almas impía,
y al cumplir su venganza y la mía,
gozo en mi horror.
Ya más alto que el grande que altivo
con sus plantas hollara la ley,
al verdugo los pueblos miraron,
y mecido en los hombros de un rey:

y en él se hartó
embriagado de gozo, aquel día
cuando expiró;
y su alegría
su esposa y sus hijos pudieron notar;
que en vez de la densa tiniebla de horror,
miraron la risa su labio amargar,
lanzando sus ojos fatal resplandor.
Que el verdugo
con su encono
sobre el trono
se asentó:
y aquel pueblo
que tan alto le alzara bramando,
otro rey de venganzas, temblando,
en él miró.
En mí vive la historia del mundo
que el destino con sangre escribió,
y en sus páginas rojas Dios mismo
mi figura imponente grabó.
La eternidad
ha tragado cien siglos y ciento,
y la maldad
su monumento
en mí todavía contempla existir;
y en vano es que el hombre do brota la luz,
con viento de orgullo pretenda subir:
¡preside el verdugo los siglos aun!
Y cada gota
que me ensangrienta,
del hombre ostenta
un crimen más.
Y yo aun existo,
fiel recuerdo de edades pasadas
á quien siguen cien sombras airadas
siempre detrás.
¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
presta gracia á tu risa infantil.

¡Ay! tu candor,
tu inocencia, tu dulce hermosura
me inspira horror.
¡Oh! ¿tu ternura,
mujer, á qué gastas con ese infeliz?
¡Oh! muéstrate madre piadosa con él;
ahógale y piensa será así feliz.
¿Qué importa que el mundo te llame cruel?
¿Mi vil oficio
querrás que siga,
que te maldiga
tal vez querrás?
¡Piensa que un día
al que hoy miras jugar inocente,
maldecido cual yo y delincuente
también verás!

MADRIGAL

—¿Qué buscas, marinera, en esta playa?
—Una ilusión.—¿No puedo yo saberla?
—Señor, busco una perla;
mas mi suerte mal haya,
que fué á sacarme de mi humilde centro,
en pos de perla, que á la fin no encuentro.
—¿Cómo la has de encontrar?
Búscala, hermosa niña, mar adentro;
mas yo, yo soy el mar.

CANCION BAQUICA

¡Oh! ¡caiga el que caiga! ¡más vino! ¡brindemos!
A aquel que más beba loores sin fin:
con pámpanos ricos su frente adornemos,
aplausos cantemos al rey del festín.

Alegre los ojos
borracho el semblante
la copa espumante
en alto á brindar:
rebosen los labios
en risas y vino,
y al néctar divino
dé fuerza el azahar.
CORO. ¡*Oh*! ¡*caiga el que caiga*! etc.

Volcanes requeman
mi frente encendida;
más alma, más vida
crecer siento en mí:
torrentes de vino
las mesas esmalten,
en mil piezas salten
cien copas y mil.
CORO. ¡*Oh*! ¡*caiga el que caiga*! etc.

Fosfórico el globo
en torno á mí gira,
su asiento retira
la tierra á mis pies:
y al aire en confuso
rumor me levantan
furiosos que cantan
al Chipre y Jerez.
CORO. ¡*Oh*! ¡*caiga el que caiga*! etc.

ASUNTOS HISTÓRICOS

Á la muerte de
TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS

SONETO

Hélos allí: junto á la mar bravía
cadáveres están ¡ay! los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al cielo, á España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles, llorad; mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue á siervos y opresores,

y los viles tiranos con espanto
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

Á la muerte de
DON JOAQUIN DE PABLO

(CHAPALANGARRA)

Desde la elevada cumbre
do el gran Pirene levanta
término y muro soberbio

que cerca y defiende á España,
un joven proscrito de ella
tristes lágrimas derrama,
y acaso tiende la vista
por ver desde allí su patria,
desde allí do á su despecho,
llorando deja las armas
con que del Sena al Pirene
se lanzó por libertarla;
y al ver la turba de esclavos
que sus hierros afianzan,
de infame triunfo orgullosos,
alejarse en algazara,
sólo entonces contemplando
el suelo que ellos pisaran
y que aun torrentes de sangre
recién derramada bañan,
en su rápida carrera
volcando cuerpos y almas,
se sienta en la alzada cima,
á un lado la rota espada,
y al rumor de los torrentes
y del huracán que brama,
negra cítara pulsando,
endechas lúgubres canta.

Llorad, vírgenes tristes de Iberia,
nuestros héroes en fúnebre lloro;
dad al viento las trenzas de oro
y los cantos de muerte entonad.

Y vosotros ¡oh nobles guerreros,
de la patria sostén y esperanza!
Abrasados en sed y venganza,
odio eterno al tirano jurad.

CORO DE VÍRGENES

Danos, noche, tú lóbrego manto,
nuestras frentes enlute el ciprés;
el robusto cayó: su sepulcro
del inicuo mancharon los pies.

Enrojece ¡oh Pirene! tus cumbres
pura sangre del libre animoso,
y el tropel de los siervos odioso
en su lago su sed abrevó.

Cayó en ellas la gloria de España,
cayó en ellas De Pablo valiente,
y la patria, inclinada la frente,
su gemido al del héroe juntó.

Sus cadenas la patria arrastrando
y su manto con sangre teñido,
tardamente y con hondo gemido
va á la tumba del fuerte varón.

Y el ajado laurel de su frente
al sepulcro circunda llorosa,
mientras ruje en la fúnebre losa,
aherrojado á sus pies, el león.

CORO DE MANCEBOS

Traición sólo ha vencido al valiente;
sénos astro de triunfo y de honor,
tú, que siempre á los déspotas fuiste
como á negras tormentas el sol.

DESPEDIDA
DEL PATRIOTA GRIEGO
DE LA
HIJA DEL APÓSTATA

Era la noche: en la mitad del cielo
su luz rayaba la argentada luna,
y otra luz más amable destellaba
de sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron
su amante y ella con mortal angustia,
y su voz en amarga despedida
por vez postrera la infeliz escucha.

«Determinado está; sí, mi sentencia
para siempre selló la suerte injusta,
y cuando allá la eternidad sombría
este momento en sus abismos hunda,

»¡ojalá para siempre que el olvido,
suavizando el rigor de la fortuna,
la imagen ¡ay! de las pasadas glorias
bajo sus alas lóbregas encubra!

»¿Por qué al nacer crueles me arrancaron
del seno de mi madre moribunda,
y salvo he sido de mortales riesgos
para vivir penando en amargura?

»¿Por qué yo fuí por mi fatal destino
unido á ti desde la tierna cuna?
¿Por qué nos hizo iguales en riqueza
y en linaje también mi desventura?

»¿Por qué mi infancia en inocentes juegos
brilló contigo, y con delicia mutua
ambos tejimos el infausto lazo
que nuestras almas míseras anuda?

»¡Ah! para siempre adiós: vano es ahora
acariciar memorias de ventura;
voló ya la ilusión de la esperanza,
y es vano amar sin esperanza alguna.

»¿Qué puede el infeliz contra el destino?
¿Qué ruegos moverán, qué desventuras
el bajo pecho de tu infame padre?
Infame, sí, que al despotismo jura

»vil sumisión, y en sórdida avaricia
vende su patria á las riquezas turcas.
El apellida sacrosantas leyes
el capricho de un déspota: él nos juzga

»de rebeldes doquier: su voz comprada
culpa á su patria y al tirano adula:

él nos ordena ante el sultán odioso
humilde miedo y obediencia muda.

»Mas no, que el alma de la Grecia existe
santo furor su corazón circunda,
que ávido se hartará de sangre hirviente,
que nuevo ardor le infundirá y pavura.

»No ya el tirano mandará en nosotros:
tristes ruinas, áridas llanuras,
cadáveres no más serán su imperio:
será sólo el señor de nuestras tumbas.

»Ya osan ser libres los armados brazos
y ya rompen la bárbara coyunda:
y con júbilo á ti, todos ¡oh muerte!
y á ti, divina libertad, saludan.

»Gritos de triunfo, sacudido el viento
hará que al éter resonando suban,
ó eterna muerte cubrirá á la Grecia
en noche infanda y soledad profunda.

»Ese altivo monarca, que embriagado
yace en perfumes y lascivia impura,
despechado sabrá que no hay cadena
que la mano de un libre no destruya.

»Con rabia oirá de libertad el grito
sonar tremendo en la obstinada lucha,
y con miedo y horror su sed de sangre
torrentes hartarán de sangre turca.

»Y tu padre también, si ora impudente
so el poder del Islam su patria insulta,
pronto verá cuán formidable espada
blande en la lid la libertad sañuda.

»Marcha y dile por mí que hay mil valientes
y yo uno de ellos, que animosos juran
morir cual héroes ó romper el cetro
á cuya sombra el pérfido se escuda.

»Que aunque marcados con la vil cadena,
no han sido esclavas nuestras almas nunca,
que el heredado ardor de nuestros padres
las hace hervir aun; que nuestra furia

»nos labrará, lidiando, en cada golpe
triunfo seguro ó noble sepultura.
Dile que sólo en baja servidumbre
puede vivir un alma cual la suya,

»el alma de un apóstata que indigno
llega sus labios á la mano impura,
que de caliente sangre reteñida
nuevos destrozos á su patria anuncia.

»Perdóname, infeliz, si mis palabras
rudas ofenden tu filial ternura:
es verdad, es verdad: tu padre un tiempo
mi amigo se llamó, y ¡ojalá nunca

»pasado hubieran tan dichosos días!
¡Yo no llamara injusta á la fortuna!
¡Cómo entonces mi mano enjugaría
las lágrimas que viertes de amargura!

»Tu padre ¡oh Dios! como engañoso amigo
cuando la Grecia la servil coyunda
intrépida rompió, cuando mi pecho
respiraba gozoso el aura pura

»de la alma libertad, pensó el inicuo
seducirme tal vez con tu hermosura,
y en premio vil me prometió tu mano
si ser secuaz de su traición inmunda

»y desolar mi patria le ofrecía.
¡Esclavo yo de la insolente turba
de esclavos del sultán! Antes el cielo
mis yertos miembros insepultos cubra

»que goce yo de ignominiosa vida
ni en el seno feliz de tu dulzura.
¡Ah! para siempre adiós: la infausta suerte
que el lazo rompe, que las armas junta,

»y va á arrancar tu corazón del mío,
tan solo ahora una esperanza endulza.
Yo te hallaré donde perpetuas dichas
las almas de los ángeles disfrutan.

»¡Ah! para siempre adiós... tente... un momento
un beso nada más... es de amargura...

es el último ¡oh Dios!... mi sangre hiela...
¡Ah! los martirios del infierno nunca
»igualaron mi pena y mi agonía.
¡Terminara la muerte aquí mi angustia,
y aun muriera feliz! ¡Mis ojos quema
una lágrima ¡oh Dios! ¡y tú la enjugas!
»¡Quién resistir podrá!—Basta, la hora
se acerca ya que mi partida anuncia.
¡Ojalá para siempre que el olvido
suavizando el rigor de la fortuna,
la imagen ¡ay! de las pasadas glorias
bajo sus alas lóbregas encubra!»
Dice, y se alejan: á esperar consuelo
la hija del Apóstata en la tumba;
él batallando pereció en las lides,
y ella víctima fué de su amargura.



¡GUERRA!

—

¿Oís? es el cañón. Mi pecho hirviendo
el cántico de guerra entonará,
y al eco ronco del cañón venciendo,
la lira del poeta sonará.
El pueblo ved que la orgullosa frente
levanta ya del polvo en que yacía,
arrogante en valor, omnipotente,
terror de la insolente tiranía.
Rumor de voces siento,
y al aire miro deslumbrar espadas
y desplegar banderas,
y retumbar al són las escarpadas
rocas del Pirineo;
y retiemblan los muros
de la opulenta Cádiz, y el deseo

crece en los pechos de vencer lidiando;
brilla en los rostros el marcial contento,
y donde quiera generoso acento
se alza de PATRIA y LIBERTAD tronando.

Al grito de la patria
volemos, compañeros,
blandamos los aceros
que intrépida nos da.
A par en nuestros brazos
ufanos la ensalcemos
y al mundo proclamemos:
«España es libre ya.»
¡Mirad, mirad en sangre
y lágrimas teñidos
reir los foragidos,
gozar en su dolor!
¡Oh! fin tan sólo ponga
su muerte á la contienda,
y cada golpe encienda
aun más nuestro rencor.
¡Oh siempre dulce patria
al alma generosa!
¡Oh siempre portentosa
magia de libertad!
Tus ínclitos pendones
que el español tremola,
un rayo tornasola
del iris de la paz.
En medio del estruendo
del bronce pavoroso,
tu grito prodigioso
se escucha resonar.
Tu grito que las almas
inunda de alegría,
tu nombre que á esa impía
caterva hace temblar.
¿Quién hay ¡oh compañeros!
que al bélico redoble
no sienta el pecho noble
con júbilo latir?

Mirad centelleantes,
cual nuncios ya de gloria,
reflejos de victoria
las almas despedir.

¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los carlistas!
y al mar se lancen con bramido horrendo
de la infiel sangre caudalosos ríos,
y atónito contemple el Oceano
sus olas combatidas
con la traidora sangre enrojecidas.
Truene el cañón: el cántico de guerra,
pueblos ya libres, con placer alzad:
ved, ya desciende á la oprimida tierra,
los hierros á romper, la libertad (1).

A LA PATRIA

—

ELEGÍA

¡Cuán solitaria la nación que un día
poblara inmensa gente!
¡La nación cuyo imperio se extendía
del ocaso al oriente!
Lágrimas viertes, infeliz ahora,
soberana del mundo,
¡y nadie de tu faz encantadora
borra el dolor profundo!
Obscuridad y luto tenebroso
en ti vertió la muerte,
y en su furor el déspota sañoso
se complació en tu suerte.

(1) Estos versos fueron leídos en una función patriótica celebrada en Madrid en el teatro de la Cruz el día 22 de Octubre de 1835.

No perdonó lo hermoso, patria mía:
cayó el joven guerrero,
cayó el anciano, y la segur impía
manejó placentero.
So la rabia cayó la virgen pura
del déspota sombrío,
como eclipsa la rosa su hermosura
en el sol del estío.
¡Oh vosotros, del mundo habitadores!
contemplad mi tormento:
¿igualarse podrán ¡ah! qué dolores
al dolor que yo siento?
Yo desterrado de la patria mía,
de una patria que adoro,
perdida miro su primer valía,
y sus desgracias lloro.
Hijos espúreos y el fatal tirano
sus hijos han perdido,
y en campo de dolor su fértil llano
tienen ¡ay! convertido.
Tendió sus brazos la agitada España,
sus hijos implorando;
sus hijos fueron, mas traidora saña
desbarató su bando.
¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡Oh mi patria querida!
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
está el rubor grabado;
á sus ojos caído tristemente
el llanto está agolpado.
Un tiempo España fué: cien héroes fueron
en tiempos de ventura,
y las naciones tímidas la vieron
vistosa en hermosura.
Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
su frente se elevaba;
como el trueno á la virgen amedrenta,
su voz las aterraba.
Mas ora, como piedra en el desierto,

yaces desamparada,
y el justo desgraciado vaga incierto;
allá en tierra apartada.
Cubren su antigua pompa y poderío
pobre hierba y arena,
y el enemigo que tembló á su brío
burla y goza en su pena.
Vírgenes, destrenzad la cabellera
y dadla al vago viento;
acompañad con arpa lastimera
mi lúgubre lamento.
Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,
lloremos duelo tanto.
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

Londres, 1829.

SONETO

—

Fresca, lozana, pura y olorosa,
gala y adorno del pensil florido,
gallarda puesta sobre el ramo erguido,
fragancia esparce la naciente rosa:

mas si el ardiente sol lumbre enojosa
vibra del can en llamas encendido,
el dulce aroma y el color perdido,
sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
en alas del amor, y hermosa nube
fingí tal vez de gloria y de alegría,

mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura
y deshojada por los aires sube
la dulce flor de la esperanza mía.

A UNA ESTRELLA

—

¿Quién eres tú, lucero misterioso
tímido y triste entre luceros mil,
que cuando miro tu esplendor dudoso
turbado siento el corazón latir?
¿Es acaso tu luz recuerdo triste
de otro antiguo perdido resplandor,
cuando engañado como yo creíste
eterna tu ventura que pasó?
Tal vez con sueños de oro la esperanza,
acarició tu pura juventud,
y gloria y paz y amor y venturanza
vertió en el mundo tu primera luz.
Y al primer triunfo del amor primero
que embalsamó en aromas el Edén,
luciste acaso, mágico lucero,
protector del misterio y del placer.
Y era tu luz voluptuosa y tierna
la que entre flores resbalando allí
inspiraba en el alma un ansia eterna
de amor perpetuo y de placer sin fin.
Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
en llanto y desventura se trocó:
tu esplendor empañó niebla sombría:
sólo un recuerdo al corazón quedó.
Y ahora melancólico me miras
y tu rayo es un dardo del pesar:
si el amor aun al corazón inspiras,
es un amor sin esperanza ya.

¡Ay, lucero! yo te vi
resplandecer en mi frente
cuando palpitar sentí
mi corazón dulcemente
con amante frenesí.

Tu faz entonces lucía
con más brillante fulgor,
mientras yo me prometía
que jamás se apagaría
para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante
¡oh lucero! te robó,
que obscureció tu semblante,
y á mi pecho arrebató
la dicha en aquel instante?

¿O acaso tú siempre así
brillaste y en mi ilusión
yo aquel esplendor te dí
que amaba mi corazón,
lucero, cuando te vi?

Una mujer adoré
que imaginara yo un cielo;
mi gloria en ella cifré,
y de un luminoso velo
en mi ilusión la adorné.

Y tú fuíste la aureola
que iluminaba su frente,
cual los aires arrebola
el fúlgido sol naciente,
y el puro azul tornasola.

Y astro de dicha y amores,
se deslizaba mi vida,
á la luz de tus fulgores,
por fácil senda florida,
bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrías,
tantos mágicos ensueños
¿dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
deleites tan halagüeños
¿qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusión
para nunca más tornar,

y pasaron,
y sólo en mi corazón
recuerdos, llanto y pesar
¡ay! dejaron.

¡Ah lucero! tu perdiste
también tu puro fulgor,
y lloraste;
también como yo sufriste,
y el crudo arpón del dolor
¡ay! probaste.

¡Infeliz! ¿por qué volví
de mis sueños de ventura
para hallar
luto y tinieblas en ti,
y lágrimas de amargura
que enjugar?

Pero tú conmigo lloras,
que eres el ángel caído
del dolor,
y piedad llorando imploras,
y recuerdas tu perdido
resplandor.

Lucero, si mi quebranto
oyes, y sufres cual yo,
¡ay! juntemos
nuestras quejas, nuestro llanto;
pues nuestra gloria pasó,
juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada
y un vago padecer mi pecho siente:
que está mi alma de sufrir cansada,
seca ya de mis lágrimas la fuente.

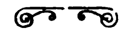
¡Quién sabe!... tú recobrarás acaso
otra vez tu pasado resplandor,
á ti tal vez te anunciará tu ocaso
un oriente más puro que el del sol.

A mí tan solo penas y amargura
me quedan en el valle de la vida:

como un sueño pasó mi infancia pura,
se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores
para el que luz te preste en su ilusión,
y ornado el porvenir de blancas flores,
sienta latir amor su corazón.

Yo indiferente sigo mi camino
á merced de los vientos y la mar,
y entregado en los brazos del destino,
ni me importa salvarme ó zozobrar.



A JARIFA, EN UNA ORGÍA

—

Trae, Jarifa, trae tu mano,
ven y pósala en mi frente,
que en un mar de lava hirviente
mi cabeza siento arder.
Ven y junta con mis labios
esos labios que me irritan,
donde aun los besos palpitan
de tus amantes de ayer.

¿Qué es la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
Mentida ilusión de niño,
que halagó mi juventud.
Dadme vino; en él se ahoguen
mis recuerdos; aturdida
sin sentir huya la vida:
paz me traiga el ataúd.

El sudor mi rostro quema,
y en ardiente sangre rojos
brillan inciertos mis ojos,
se me salta el corazón.

Huye, mujer; te detesto,
siento tu mano en la mía,
y tu mano siento fría
y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,
inventad otras caricias,
otro mundo, otras delicias,
ó maldito sea el placer.
Vuestros besos son mentira,
mentira vuestra ternura:
es fealdad vuestra hermosura,
vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
quiero un deleite divino,
como en mi mente imagino,
como en el mundo no hay.
Y es la luz de aquel lucero
que engañó mi fantasía,
fuego fatuo, falso guía
que errante y ciego me trae.

¿Por qué murió para el placer mi alma
y vive aún para el dolor impío?
¿Por qué si yazgo en indolente calma,
siento, en lugar de paz, árido hastío?

¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?
¿Por qué este sentimiento extraño y vago,
que yo mismo conozco un devaneo,
y busco aún su seductor halago?

¿Por qué aun fingirme amores y placeres
que cierto estoy de que serán mentira?
¿Por qué en pos de fantásticas mujeres
necio tal vez mi corazón delira,

si luego, en vez de prados y de flores,
halla desiertos áridos y abrojos,

y en sus sandios ó lúbricos amores,
fastidio sólo encontrará y enojos?

Yo me arrojé cual rápido cometa,
en alas de mi ardiente fantasía:
doquier mi arrebatada mente inquieta
dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo
fuera del mundo en la región etérea,
y hallé la duda, y el radiante cielo
vi convertirse en ilusión aérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria,
busqué con ansia y delirante amor,
y hediondo polvo y deleznable escoria
mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza
entre albas nubes de celeste lumbre;
yo las toqué, y en humo su pureza
trocarse vi y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno é insaciable mi deseo:
palpé la realidad y odié la vida;
sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso,
y aun deleites el alma finge y quiere:
pregunto y un acento pavoroso
«¡Ay! me responde, desespera y muere.

»Muere, infeliz: la vida es un tormento,
un engaño el placer: no hay en la tierra
paz para ti, ni dicha, ni contento,
sino eterna ambición y eterna guerra.

»Que así castiga Dios el alma osada,
que aspira loca, en su delirio insano,
de la verdad para el mortal velada
á descubrir el insondable arcano.»

¡Oh! cesa; no, yo no quiero
ver más ni saber ya nada;

harta mi alma y postrada,
sólo anhela descansar.

En mí muera el sentimiento,
pues ya murió mi ventura,
ni el placer ni la tristura
vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
y otras jóvenes almas engañad:
nacaradas imágenes de gloria,
coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas
con danza y algazara en confusión:
pasad como visiones vaporosas
sin conmover ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía
los brindis y el estruendo del festín,
y huya la noche y me sorprenda el día
en un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
como yo; tú nunca lloras;
mas ¡ay triste! que no ignoras
cuán amarga es mi aflicción.

Una misma es nuestra pena,
en vano el llanto contienes...
tú también, como yo, tienes
desgarrado el corazón.

CUENTO

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

PARTE PRIMERA

> **Sus fueros, sus brios,**
> **sus premáticas, su voluntad.**
> QUIJOTE.—*Parte primera.*

Era más de media noche,
antiguas historias cuentan,
cuando en sueño y en silencio
lóbrega envuelta la tierra,
los vivos muertos parecen,
los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
temerosas voces suenan
informes, en que se escuchan
tácitas pisadas huecas,
y pavorosas fantasmas
entre las densas tinieblas
vagan, y aullan los perros
amedrentados al verlas;
en que tal vez la campana
de alguna arruinada iglesia
da misteriosos sonidos
de maldición y anatema,
que los sábados convoca
á las brujas á su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
no vislumbraba una estrella,
silbaba lúgubre el viento
y allá en el aire, cual negras
fantasmas, se dibujaban

las torres de las iglesias,
y del gótico castillo
las altísimas almenas,
donde canta ó reza acaso
temeroso el centinela.
Todo en fin á media noche
reposaba y tumba era
de sus dormidos vivientes
la antigua ciudad que riega
el Tormes, fecundo río,
nombrado de los poetas,
la famosa Salamanca,
insigne en armas y letras,
patria de ilustres varones,
noble archivo de las ciencias.
Súbito rumor de espadas
cruje y un ¡ay! se escuchó;
un ¡ay! moribundo, un ¡ay!
que hasta los tuétanos hiela
y da al que lo oyó temblor.
Un ¡ay! de alguno que al mundo
pronuncia el último adiós.

El ruido
cesó,
un hombre
pasó
embozado,
y el sombrero
recatado
á los ojos
se caló.
Se desliza
y atraviesa
junto al muro
de una iglesia,
y en la sombra
se perdió.

Una calle estrecha y alta,
la calle del Ataúd,

cual si de negro crespón
lóbrego eterno capuz
la vistiera, siempre obscura
y de noche sin más luz
que la lámpara que alumbra
una imagen de Jesús
atraviesa el embozado
la espada en la mano aun,
que lanzó vivo reflejo
al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
con franjas de plata bordarla en redor,
y luego si el viento la agita, la sube
disuelta á los aires en blanco vapor:

así vaga sombra de luz y de nieblas,
mística y aérea dudosa visión,
ya brilla, ó la esconden las densas tinieblas,
cual dulce esperanza, cual vana ilusión.

La calle sombría, la noche ya entrada,
la lámpara triste ya pronta á expirar,
que á veces alumbra la imagen sagrada
y á veces se esconde la sombra á aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,
y acaso se acerca con rápido pie,
y acaso en las sombras tal vez desparece,
cual ánima en pena del hombre que fué,

al más temerario corazón de acero
recelo inspirara, pusiera pavor;
al más maldiciente feroz bandolero
el rezo á los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aun sangre su espada
destila, el fantasma terror infundió,
y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,
alma fiera é insolente,
irreligioso y valiente,

altanero y reñidor
 siempre el insulto en los ojos,
en los labios la ironía,
nada teme y todo fía
de su espada y su valor.

 Corazón gastado mofa
de la mujer que corteja,
y, hoy despreciándola, deja
la que ayer se le rindió.
 Ni el porvenir temió nunca,
ni recuerda en lo pasado
la mujer que ha abandonado,
ni el dinero que perdió.

 Ni vió el fantasma entre sueños
del que mató en desafío,
ni turbó jamás su brío
recelosa previsión.
 Siempre en lances y en amores,
siempre en báquicas orgías,
mezcla en palabras impías
un chiste á una maldición.

 En Salamanca famoso
por su vida y buen talante,
al atrevido estudiante
le señalan entre mil;
 fueros le da su osadía,
le disculpa su riqueza,
su generosa nobleza,
su hermosura varonil.

 Que su arrogancia y sus vicios,
caballeresca apostura,
agilidad y bravura
ninguno alcanza á igualar:
 que hasta en sus crímenes mismos,
en su impiedad y altiveza,
pone un sello de grandeza
don Félix de Montemar.

Bella y más pura que el azul del cielo
con dulces ojos lánguidos y hermosos,
donde acaso el amor brilló entre el velo
del pudor que los cubre candorosos;
tímida estrella que refleja el suelo
rayos de luz brillantes y dudosos,
ángel puro de amor que amor inspira,
fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,
tierna y feliz y de su amante ufana,
cuando al placer su corazón se abría,
como al rayo del sol rosa temprana:
del fingido amador que la mentía,
la miel falaz que de sus labios mana
bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
de que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
más descuidado el candoroso infante,
que ella en los falsos lisonjeros lazos
que teje astuto el seductor amante;
dulces caricias, lánguidos abrazos,
placeres ¡ay! que duran un instante,
que habrán de ser eternos imagina
la triste Elvira en su ilusión divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto
con nacarado sueño en su pureza,
todo lo juzga verdadero y santo,
presta á todo virtud, presta belleza.
Del cielo azul al tachonado manto,
del sol radiante á la inmortal riqueza,
al aire, al campo, á las fragantes flores,
ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Félix la infeliz doncella
toda su dicha, de su amor perdida;
fueron sus ojos á los ojos de ella
astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus labios con sus labios sella,

cuando su voz escucha embebecida,
embriagada del dios que la enamora,
dulce le mira, extática le adora.

PARTE SEGUNDA

. . . Except the hollow sea's,
Mourns o'er the béauty of the Cyclades.

BYRON.—*D. Juan*, canto 4.º

Está la noche serena
de luceros coronada,
terso el azul de los cielos
como transparente gasa.

Melancólica la luna
va trasmontando la espalda
del otero: su alba frente
tímida apenas levanta,

y el horizonte ilumina,
pura virgen solitaria,
y en su blanca luz suave
el cielo y la tierra baña.

Deslízase el arroyuelo
fúlgida cinta de plata
al resplandor de la luna,
entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan
entre las espesas ramas,
y en el seno de las flores
tal vez aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,
y al desplegarse sus alas,
mecen el blanco azahar,
mueven la aromosa acacia.

Y agitan ramas y flores

y en perfumes se embalsaman:
tal era pura esta noche
como aquella en que sus alas

los ángeles desplegaron
sobre la primera llama
que amor encendió en el mundo,
del Edén en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso
blanca silfa solitaria,
que entre el rayo de la luna
tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea
suelto el cabello á la espalda,
hojas tras hojas las flores
que lleva en su mano, arranca.

En su paso incierto y tardo,
inquietas son sus miradas,
mágico ensueño parece
que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,
ora suspira y se para:
una lágrima sus ojos
brotan acaso y abrasa

su mejilla; es una ola
del mar que en fiera borrasca
el viento de las pasiones
ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez
azorada se levanta:
el jardín recorre ansiosa,
tal vez á escuchar se para.

Es el susurro del viento,
es el murmullo del agua,
no es su voz, no es el sonido
melancólico del arpa.

Son ilusiones que fueron:
recuerdos ¡ay! que te engañan.

sombras del bien que pasó...
ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna
las mismas son que miraran
indiferentes tu dicha,
cual hora ven tu desgracia.

¡Ah! llora, sí, ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
esas hojas de esas flores
que distraída tú arrancas,

¿sabes adónde, infeliz,
el viento las arrebata?
donde fueron tus amores,
tu ilusión y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,
¡pobres flores de tu alma!

Blanca nube de la aurora,
teñida de ópalo y grana,
naciente luz te colora,
refulgente precursora
de la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó
tu pureza virginal,
tu encanto al aire llevó
cual la ventura ideal
que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas
juguetes del viento son:
¡las ilusiones perdidas
¡ay! son hojas desprendidas
del árbol del corazón!

¡El corazón sin amor!
¡Triste páramo cubierto
con la lava del dolor,
obscuro inmenso desierto
donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,
el sol cayendo en la mar,
en la playa un aduar,
y á lo lejos un navío
viento en popa navegar;

óptico vidrio presenta
en fantástica ilusión,
y al ojo encantado ostenta
gratas visiones, que aumenta
rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal
trasparente de hermosura:
¡ay de ti si por tu mal
rompe el hombre en su locura
tu misterioso cristal!

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,
en tu misma desventura,
que aun deleites te procura,
cuando tu pecho suspira,
tu misteriosa locura:

que es la razón un tormento,
y vale más delirar
sin juicio, que el sentimiento
cuerdamente analizar,
fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va, que sueña en su locura
presente el bien que para siempre huyó,
dulces palabras con amor murmura:
piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
cual si presente le mirara allí:
vedla que sola se contempla y llora,
miradla delirante sonreir.

Y su frente en revuelto remolino
ha enturbiado su loco pensamiento,
como nublo que en negro torbellino
encubre el cielo y amontona el viento.

y vedla cuidadosa escoger flores,
y las lleva mezcladas en la falda
y, corona nupcial de sus amores,
se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío
triste recuerdo el alma le importuna,
y al margen va del argentado río;
y allí las flores echa de una en una;

y las sigue su vista en la corriente,
una tras otras rápidas pasar,
y confusos sus ojos y su mente
se siente con sus lágrimas ahogar:

y de amor canta, y en su tierna queja
entona melancólica canción,
canción que el alma desgarrada deja,
lamento ¡ay! que llega al corazón.

¿Qué me valen tu calma y tu terneza,
tranquila noche, solitaria luna,
si no calmáis del hado la crudeza,
ni me dais esperanza de fortuna?
¿Qué me valen la gracia y la belleza,
y amar como jamás amó ninguna,
si la pasión que el alma me devora,
la desconoce aquel que me enamora?

Lágrimas interrumpen su lamento,
inclina sobre el pecho su semblante,
y de ella en derredor susurra el viento
sus últimas palabras, sollozante.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Murió de amor la desdichada Elvira,
cándida rosa que agostó el dolor,
suave aroma que el viajero aspira
y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores
reflejó en su cristal la luz del día,
mas la tierra empañó sus resplandores,
y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente:
alma celeste para amar nacida,
era el amor de su vivir la fuente,
estaba junta á su ilusión su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
llena de amor murió y de juventud:
despertó alegre una alborada hermosa,
y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó también de su locura
al término postrero de su vida,
y al abrirse á sus pies la sepultura,
volvió á su mente la razón perdida.

¡La razón fría! ¡la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!...
¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga
sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
su mejilla una lágrima abrasó;
y así al infiel con temblorosa mano,
moribunda su víctima escribió:

«Voy á morir: perdona si mi acento
vuela importuno á molestar tu oído;
él es, don Félix, el postrer lamento
de la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento,
adiós: ni amor ni compasión te pido...
Oye y perdona si al dejar el mundo
arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

«¡Ah! para siempre adiós. Por ti mi vida
dichosa un tiempo resbalar sentí,
y la palabra de tu boca oída
éxtasis celestial fué para mí.
Mi mente aun goza en la ilusión querida

que para siempre ¡mísera! perdí.
¡Ya todo huyó, despareció contigo!
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

«Yo las bendigo, sí, felices horas,
presentes siempre en la memoria mía,
imágenes de amor encantadoras,
que aun vienen á halagarme en mi agonía.
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras
sombras, por siempre; mi postrero día
ha llegado: perdón, perdón, ¡Dios mío!
si aun gozo en recordar mi desvarío.

«Y tú, don Félix, si te causa enojos
que te recuerde yo mi desventura,
piensa están hartos de llorar mis ojos
lágrimas silenciosas de amargura,
y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
concede este consuelo á mi tristura:
estos renglones compasivo mira
y olvida luego para siempre á Elvira.

«Y jamás turbe mi infeliz memoria
con amargos recuerdos tus placeres;
goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
dichas el mundo, amor otras mujeres,
y si tal vez mi lamentable historia
á tu memoria con dolor trajeres,
llórame, sí: pero palpite exento
tu pecho de roedor remordimiento.

«Adiós por siempre, adiós: un breve instante
siento de vida, y en mi pecho el fuego
aun arde de mi amor; mi vista errante
vaga desvanecida... ¡calma luego,
oh muerte, mi inquietud!... ¡Sola... espirante!...
Amame: no, perdona: ¡inútil ruego!
adiós, adiós ¡tu corazón perdí!
¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida
momentos antes de morir, y al pecho

se estrechó de su madre dolorida,
que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
y á su madre sus brazos se apretaron
con nervioso y convulso movimiento,
y sus labios un nombre murmuraron,

y huyó su alma á la mansión dichosa
do los ángeles moran... Tristes flores
brota la tierra en torno de su losa;
el céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
sombra le presta en lánguido desmayo
y allá en la tarde, cuando el sol declina,
baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA

CUADRO DRAMATICO

Sardo. **¿Tenéis más que parar?**
Franco. **Paro los ojos**
. . . .
Los ojos, sí, los ojos: que descreo
del que los hizo para tal empleo.

Moreto.—*San Francisco de Sena.*

PERSONAS. { D. Félix de Montemar.
D. Diego de Pastrana
Seis Jugadores.

En derredor de una mesa
hasta seis hombres están,
fija la vista en los naipes,
mientras juegan al parar;

y en sus semblantes se pintan
el despecho y el afán:

por perder desesperados,
avarientos por ganar.

Reina profundo silencio,
sin que lo rompa jamás
otro ruido que el del oro,
ó una voz para jurar.

Pálida lámpara alumbra
con trémula claridad
negras de humo las paredes
de aquella estancia infernal.

Y el misterioso bramido
se escucha del huracán,
que azota los vidrios frágiles
con sus alas al pasar.

ESCENA I.

JUGADOR 1.º El caballo aun no ha salido:
JUGADOR 2.º ¿Qué carta vino?
JUGADOR 1.º La sota.
JUGADOR 2.º Pues por poco se alborota.
JUGADOR 1.º Un caudal llevo perdido:
¡Voto á Cristo!
JUGADOR 2.º No juréis,
que aun no estáis en la agonía.
JUGADOR 1.º No hay suerte como la mía.
JUGADOR 2.º ¿Y como cuánto perdéis?
JUGADOR 1.º Mil escudos y el dinero
que don Félix me entregó.
JUGADOR 2.º ¿Dónde anda?
JUGADOR 1.º ¡Qué sé yo!
No tardará.
JUGADOR 3.º Envido.
JUGADOR 1.º Quiero.

ESCENA II.

Galán de talle gentil.
la mano izquierda apoyada
en el pomo de la espada,

y el aspecto varonil:
alta el ala del sombrero
porque descubra la frente,
con airoso continente
entró luego un caballero.

JUGADOR 1.º (*Al entrar*).
Don Félix, á buena hora
habéis llegado.

D. FÉLIX. ¿Perdisteis?

JUGADOR 1.º El dinero que me disteis
y esta bolsa pecadora.

JUGADOR 2.º Don Félix de Montemar
debe perder. El amor
le negará su favor
cuando le viera ganar.

D. FÉLIX. (*Con desdén*).
Necesito ahora dinero
y estoy hastiado de amores.
(*Al corro, con altivez*).
Dos mil ducados, señores,
por esta cadena quiero.

(*Quítase una cadena que lleva al pecho*).

JUGADOR 3.º Alta ponéis la tarifa.

D. FÉLIX. (*Con altivez*).
La pongo en lo que merece.
Si otra duda se os ofrece,
decid. (*Al corro*).
Se vende y se rifa.

JUGADOR 4.º (*Aparte*).
¿Y hay quien sufra tal afrenta?

D. FÉLIX. Entre cinco están hallados.
A cuatrocientos ducados
os toca, según mi cuenta.
Al as de oros. Allá va.

(*Va echando cartas que toman los jugadores en silencio*).

Uno, dos... (*Al perdidoso*).
Con vos no cuento.
JUGADOR 1.º Por el motivo lo siento.
JUGADOR 3.º ¡El as! ¡el as! aquí está:
JUGADOR 1.º Ya ganó.
D. FÉLIX. Suerte tenéis.
A un solo golpe de dados
tiro los dos mil ducados.
JUGADOR 3.º ¿En un golpe?
JUGADOR 1.º (*A don Félix*).
Los perdéis.
D. FÉLIX. Perdida tengo yo el alma,
y no me importa un ardite.
JUGADOR 3.º Tirad.
D. FÉLIX. Al primer envite.
JUGADOR 3.º Tirad pronto.
D. FÉLIX. Tened calma,
que os juego más todavía,
y en cien onzas hago el trato,
y os lleváis éste retrato,
con marco de pedrería.
JUGADOR 3.º ¿En cien onzas?
D. FÉLIX. ¿Qué dudáis?
JUGADOR 1.º (*Tomando el retrato*).
¡Hermosa mujer!
JUGADOR 4.º No es caro.
D. FÉLIX. ¿Queréis pararlas?
JUGADOR 3.º Las paro.
Mas ganaré.
D. FÉLIX. Si ganáis. (*Se registra todo*).
No tengo otra joya aquí.
JUGADOR 1.º (*Mirando el retrato*).
Si esta imagen respirara...
D. FÉLIX. A estar aquí, la jugara
á ella, al retrato y á mí.
JUGADOR 3.º Vengan los dados.
D. FÉLIX. Tirad.
JUGADOR 2.º Por don Félix cien ducados.
JUGADOR 4.º En contra van apostados.
JUGADOR 5.º Cincuenta más. Esperad,
no tiréis.

JUGADOR 2.º Van los cincuenta.
JUGADOR 1.º Yo, sin blanca, á Dios le ruego
por don Félix.
JUGADOR 5.º Hecho el juego.
JUGADOR 3.º ¿Tiro?
D. FÉLIX. Tirad con sesenta
de á caballo.

(*Todos se agrupan con ansiedad alrededor de la mesa. El tercer jugador tira los dados*).

JUGADOR 4.º ¿Qué ha salido?
JUGADOR 2.º ¡Mil demonios, que á los dos
nos lleven!
D. FÉLIX. (*Con calma al* PRIMERO).
¡Bien, vive Dios,
vuestros ruegos me han valido!
Encomendadme otra vez,
don Juan, al diablo; no sea
que si os oye Dios, me vea
cautivo y esclavo en Fez.
JUGADOR 3.º Don Félix, habéis perdido
sólo el marco, no el retrato,
que entrar la dama en el trato,
vuestra intención no habrá sido.
D. FÉLIX. ¿Cuánto dierais por la dama?
JUGADOR 3.º Yo, la vida.
D. FÉLIX. No la quiero;
mirad si me dais dinero,
y os la lleváis.
JUGADOR 3.º ¡Buena fama
lograréis entre las bellas
cuando descubran altivas
que vos las hacéis cautivas,
para en seguida vendellas!
D. FÉLIX. Eso á vos no importa nada.
¿Queréis la dama? Os la vendo.
JUGADOR 3.º Yo de pinturas no entiendo.
D. FÉLIX. (*Con cólera*).
Vos habláis con demasiada

altivez é irreverencia
de una mujer... ¡y si no!...
JUGADOR 3.º De la pintura hablé yo.
TODOS. Vamos, paz; no haya pendencia.
D. FÉLIX. (*Sosegado*).
Sobre mi palabra os juego
mil escudos.
JUGADOR 3.º Van tirados.
D. FÉLIX. A otra suerte de esos dados;
y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III.

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,
y torva la mirada, aunque afligida,
y en ella un firme y decidido empeño
de dar la muerte ó de perder la vida,
un hombre entró embozado hasta los ojos,
sobre las juntas cejas el sombrero:
víbrale al rostro el corazón enojos,
el paso firme, el ánimo altanero.
Encubierta fatídica figura.
Sed de sangre su espíritu secó,
emponzoñó su alma la amargura,
la venganza irritó su corazón.
Junto á don Félix llega... y desatento
no habla á ninguno, ni aun la frente inclina;
y en pie y delante de él y el ojo atento,
con iracundo rostro le examina.
Miró también don Félix al sombrío
huésped que en él los ojos enclavó,
y con sarcasmo desdeñoso y frío
fijos en él los suyos, sonrió.
D. FÉLIX. Buen hombre, ¿de qué tapiz
se ha escapado el que se tapa,
que entre el sombrero y la capa
se os ve apenas la nariz?
D. DIEGO. Bien, don Félix, cuadra en vos
esa insolencia importuna.

(*Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego*).

D. FÉLIX. Perdisteis.
JUGADOR 3.º Sí. La fortuna
se trocó: tiro y van dos.
(*Vuelven á tirar*).
D. FÉLIX. Gané otra vez.
(*Al embozado*). No he entendido
qué dijisteis, ni hice aprecio
de si hablasteis blando ó recio
cuando me habéis respondido.
D. DIEGO. A solas hablar querría.
D. FÉLIX. Podéis, si os place, empezar,
que por vos no he de dejar
tan hermosa compañía.
Y si Dios aquí os envía
para hacer mi conversión,
no despreciéis la ocasión
de convertir tanta gente,
mientras que yo humildemente
aguardo mi absolución.
D. DIEGO. (*Desembozándose con ira*).
Don Félix, ¿no conocéis
á don Diego de Pastrana?
D. FÉLIX. A vos no, más sí á una hermana
que imagino que tenéis.
D. DIEGO. ¿Y no sabéis que murió?
D. FÉLIX. Téngala Dios en su gloria.
D. DIEGO. Pienso que sabéis su historia
y quién fué quien la mató.
D. FÉLIX. (*Con sarcasmo*).
¡Quizá alguna calentura!
D. DIEGO. ¡Mentís vos!
D. FÉLIX. Calma, don Diego,
que si vos os morís luego,
es tanta mi desventura,
que aun me lo habrán de achacar.
Y es en vano ese despecho.
Si se murió, á lo hecho, pecho,
ya no ha de resucitar.
D. DIEGO. Os estoy mirando y dudo
si habré de manchar mi espada
con esa sangre malvada,

ó echaros al cuello un nudo
con mis manos, y con mengua,
en vez de desafiaros,
el corazón arrancaros
y patearos la lengua.
Que un alma, una vida, es
satisfacción muy ligera,
y os diera mil si pudiera
y os las quitara después.
Jugo á mi labio han de dar
abiertas todas tus venas,
que toda tu sangre apenas
basta mi sed á calmar.
¡Villano!

(Tira de la espada: todos los jugadores se interponen).

TODOS. Fuera de aquí
á armar quimera.

D. FÉLIX. *(Con calma, levantándose).*
Tened,
don Diego, la espada y ved
que estoy yo muy sobre mí,
y que me contengo mucho,
no sé por qué, pues tan frío
en mi colérico brío
vuestras injurias escucho.

(Con furor reconcentrado y con la espada desnuda).

D. DIEGO. Salid de aquí; que á fe mía,
que estoy resuelto á mataros,
y no alcanzara á libraros
la misma Virgen María.
Y es tan cierta mi intención,
tan resuelta está mi alma,
que hasta mi cólera calma
mi firme resolución.
Venid conmigo.

D. FÉLIX. Allá voy,
pero si os mato, don Diego,
que no me venga otro luego
á pedirme cuenta. Soy
con vos al punto. Esperad
cuente el dinero... *uno... dos...*
(A don Diego).
Son mis ganancias: por vos
pierdo aquí una cantidad
considerable de oro
que iba á ganar... ¿Y por qué?
Diez... quince... por no sé qué
cuento de amor ¡un tesoro
perdido!... voy al momento.
Es un puro disparate
empeñarse en que yo os mate:
lo digo como lo siento.

D. DIEGO. Remiso andáis y cobarde
y hablador en demasía.

D. FÉLIX. Don Diego, más sangre fría:
para reñir nunca es tarde.
Y si aun fuera otro el asunto
yo os perdonara la prisa:
pidierais vos una misa
por la difunta, y al punto...

D. DIEGO. ¡Mal caballero!...

D. FÉLIX. Don Diego,
mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa:
la vi, me amó, creció el fuego,
se murió, no es culpa mía;
y admiro vuestro candor;
que no se mueren de amor
las mujeres hoy en día.

D. DIEGO. ¿Estáis pronto?

D. FÉLIX. Están contados.
Vamos andando.

D. DIEGO. ¿Os reís?
(*Con voz solemne*).
Pensad que á morir venís.

D. FÉLIX. *(Sale tras de él embolsándose el dinero con indiferencia).*
Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV.

Los jugadores

JUGADOR 1.º Este don Diego Pastrana
es un hombre decidido.
Desde Flandes ha venido
sólo á vengar á su hermana.
JUGADOR 2.º ¡Pues no ha hecho mal disparate!
me da el corazón su muerte.
JUGADOR 3.º ¿Quién sabe? Acaso la suerte...
JUGADOR 4.º Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA

Salió, en fin, de aquel estado, para caer en el dolor más sombrío, en la más desalentada desesperación y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á trocar los bienes ligeramente y de pasada.

(*La protección de un sastre:* novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

Spiritus quidem promptus est: caro vero infirma.

(S. Marc. Evang.)

Vedle, don Félix es, espada en mano,
sereno el rostro, firme el corazón:
también de Elvira el vengativo hermano
sin piedad á sus pies muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta
por la calle fatal del Ataúd;
y ni medrosa aparición le espanta,
ni le turba la imagen de Jesús.

La moribunda lámpara que ardía
trémula lanza su postrer fulgor,

y en honda obscuridad noche sombría
la misteriosa calle encapotó.

Mueve los pies el Montemar osado
en las tinieblas con incierto giro,
cuando ya un trecho de la calle andado,
súbito junto á él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,
y á su pesar sus nervios se crisparon;
mas pasado el primero movimiento,
á su primera rigidez tornaron.

«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,
que ni finge valor, ni muestra miedo,
el alma de invencible vigor llena,
fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impío jura,
y á mover vuelve la atrevida planta,
cuando hacia él fatídica figura
envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas
ya disipa y se anima y va creciendo
con apagada luz, ya en las tinieblas
su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,
astro de clara lumbre sin mancilla,
el horizonte lóbrego dilata
y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,
con más asombro que temor la mira;
tal vez la juzga vagorosa estrella
que en el espacio de los cielos gira:

tal vez engaño de sus propios ojos,
forma falaz que en su ilusión creó,
ó del vino ridículos antojos
que al fin su juicio á alborotar subió.

Mas el vapor del néctar jerezano
nunca su mente á trastornar bastara,
que ya mil veces embriagarse en vano
en frenéticas orgías intentara.

«Dios presume asustarme, ¡ojalá fuera,
dijo entre sí riendo, el diablo mismo!
que entonces, vive Dios, quién soy supiera
el cornudo monarca del abismo.»

Al pronunciar tan insolente ultraje,
la lámpara del Cristo se encendió,
y una mujer velada en blanco traje,
ante la imagen de rodillas vió.

«Bienvenida la luz,» dijo el impío,
«gracias á Dios ó al diablo:» y con osada,
firme intención y temerario brío,
el paso vuelve á la mujer tapada.

Mientras él anda, al parecer se alejan
la luz, la imagen, la devota dama:
mas si él se para, de moverse dejan:
y lágrima tras lágrima derrama

de sus ojos inmóviles la imagen.
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira
su planta audaz, ni su impiedad atajen,
rostro á rostro á Jesús Montemar mira.

—La calle parece se mueve y camina,
faltarle la tierra sintió bajo el pie;
sus ojos la muerta mirada fascina
del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,
y achaca él al vino que al fin le embriagó,
la lámpara alcanza con mano insolente
del ara do alumbra la imagen de Dios;

y al rostro la acerca, que el cándido lino
encubre con ánimo, asaz descortés;
mas la luz apaga viento repentino,
y la blanca dama se puso de pie.

Empero un momento creyó que veía
un rostro que vagos recuerdos quizá
y alegres memorias confusas traía
de tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un ángel que viera en su sueño
como un sentimiento que el alma halagó,



...y una mujer velada en blanco traje
ante la imagen de rodillas vió.

El estudiante de Salamanca.—(*Pág 138*

que anubla la frente con rígido ceño,
sin que lo comprenda jamás la razón.

Su forma gallarda dibuja en las sombras
el blanco ropaje que ondeante se ve,
y cual si pisara mullidas alfombras,
deslízase leve sin ruido su pie.

Tal vimos al rayo de la luna llena
fugitiva vela de lejos cruzar,
que ya la hincha en popa la brisa serena,
que ya la confunde la espuma del mar.

También la esperanza blanca y vaporosa
así ante nosotros pasa en ilusión,
y el alma conmueve con ansia medrosa
mientras la rechaza la adusta razón.

D. Félix. «¡Qué! ¿sin respuesta me deja?
¿No admitís mi compañía?
¿Será quizá alguna vieja
devota?... ¡Chasco sería!

En vano, dueña, es callar,
ni hacerme señas que no:
he resuelto que sí yo,
y os tengo que acompañar,

y de saber dónde vais,
y si sois hermosa ó fea,
quién sois y cómo os llamáis,
y aun cuando imposible sea,

y fuerais vos Satanás
con sus llamas y sus cuernos,
hasta en los mismos infiernos,
vos delante y yo detrás,

hemos de entrar ¡vive Dios!
y aunque lo estorbara el cielo,
que yo he de cumplir mi anhelo
aun á despecho de vos;

y perdonadme señora,
si hay en mi empeño osadía,
mas fuera descortesía
dejaros sola á esta hora:

y me va en ello mi fama,
que juro á Dios no quisiera
que por temor se creyera
que no he seguido á una dama.»

Del hondo del pecho profundo gemido,
crujido del bazo que estalla al dolor,
que apenas medroso lastima el oído,
pero que punzante rasga el corazón;

gemido de amargo recuerdo pasado,
de pena presente, de incierto pesar,
mortífero aliento, veneno exhalado
del que encubre el alma ponzoñoso mar;

gemido de muerte lanzó, y silenciosa
la blanca figura su pie resbaló,
cual mueve sus alas sílfide amorosa
que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay! el que vió acaso perdida en un día
la dicha que eterna creyó el corazón
y en noche de nieblas, y en honda agonía
en un mar sin playas muriendo quedó!...

Y solo y llevando consigo en su pecho,
compañero eterno su dolor cruel,
el mágico encanto del alma deshecho,
su pena, su amigo, su amante más fiel;

miró sus suspiros llevarlos el viento,
sus lágrimas triste perderse en el mar,
sin nadie que acuda ni entienda su acento,
insensible el cielo y el mundo á su mal...

Y ha visto la luna brillar en el cielo
serena y en calma mientras él lloró,
y ha visto los hombres pasar en el suelo
y nadie á sus quejas los ojos volvió.

Y él mismo, la befa, del mundo temblando,
su pena en su pecho profunda escondió,
y dentro en su alma su llanto tragando
con falsa sonrisa su labio vistió...

¡Ay! quien ha contado las horas que fueron,
horas otro tiempo que abrevió el placer,

y hoy solo y llorando piensa cómo huyeron
con ellas por siempre las dichas de ayer;

y aquellos placeres, que el triste ha perdido,
no huyeron del mundo, que en el mundo están,
y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
y aquellos placeres para él no son ya.

¡Ay! el que descubre por fin la mentira,
¡ay! el que la triste realidad palpó,
el que el esqueleto de este mundo mira,
y sus falsas galas loco se arrancó...

¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado
¡ay! el que su alma nutre en su pesar,
las horas que huyeron llamará angustiado
las horas que huyeron y no tornarán...

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
quien noches enteras contó sin dormir
en lecho de espinas, maldiciendo el cielo,
horas sempiternas de ansiedad sin fin.

quien haya sentido quererse del pecho
saltar á pedazos roto el corazón;
crecer su delirio, crecer su despecho:
al cuello cien nudos echarle el dolor;

ponzoñoso lago de punzante hielo,
sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,
reventando ahogarle, sin hallar consuelo,
ni esperanza nunca, ni tregua en su afán...

Aquel, de la blanca fantasma el gemido
única respuesta que á don Félix dió,
hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,
hubiera pesado su inmenso valor.

D. Félix. «Si buscáis algún ingrato
yo me ofrezco agradecido:
pero ó miente ese recato,
ó vos sufrís el mal trato
de algún celoso marido.

¿Acerté? ¡Necia manía!
Es para volverme loco,
si insistís en tal porfía:

con los mudos. reina mía,
yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,
una voz de suave melodía
el estudiante oyó que parecía
eco lejano de armonioso canto:

de amante pecho lánguido latido,
sentimiento inefable de ternura,
suspiro fiel de amor correspondido,
el primer sí de la mujer aun pura.

«Para mí los amores acabaron:
todo en el mundo para mí acabó:
los lazos que á la tierra me ligaron,
el cielo para siempre desató.»

Dijo su acento misterioso y tierno,
que de otros mundos la ilusión traía,
eco de los que ya reposo eterno
gozan en paz bajo la tumba fría.

Montemar, atento sólo á su aventura,
que es bella la dama y aun fácil juzgó,
y la hora, la calle y la noche obscura
nuevos incentivos á su pecho son.

—Hay riesgo en seguirme.—¡Mirad qué reparo!
—Quizá luego os pese.—Puede que por vos.
—Ofendéis al cielo.—Del diablo me amparo.
—Idos, caballero, no tentéis á Dios.

—Siento me enamora más vuestro despejo,
y si Dios se enoja pardiez que hará mal:
véame en vuestros brazos y máteme luego.
—¡Vuestra última hora quizá esta será!...

Dejad ya, don Félix, delirios mundanos.—
—¡Hola me conoce!—¡Ay! ¡temblad por vos!
¡Temblad no se truequen deleites livianos
en penas eternas!—Basta de sermón,

que yo para oirlos la cuaresma espero,
y hablemos de amores, que es más dulce hablar;
dejad ese tono solemne y severo,
que os juro señora que os sienta muy mal;

la vida es la vida: cuando ella se acaba,
acaba con ella también el placer.
¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora
ó en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mí?
goce yo el presente, disfrute yo ahora,
y el diablo me lleve siquiera al morir.

—¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mío!—
la figura fatídica exclamó:
y en tanto el pecho redoblar su brío
siente don Félix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,
plazas solitarias,
arruinados muros,
donde sus plegarias
y falsos conjuros,
en la misteriosa
noche borrascosa,
maldecida bruja
con ronca voz canta,
y de los sepulcros
los muertos levanta,
y suenan los ecos
de sus pasos huecos
en la soledad:
mientras en silencio
yace la ciudad,
y en lúgubre són
arrulla su sueño
bramando Aquilón.

Y una calle y otra cruzan,
y más allá y más allá:
ni tiene término el viaje,
ni nunca dejan de andar,
y atraviesan, pasan, vuelven,
cien calles quedando atrás,
y paso tras paso siguen,

y siempre adelante van:
y á confundirse ya empieza
y á perderse Montemar,
que ni sabe á dó camina,
ni acierta ya dónde está:
y otras calles, otras plazas
recorre y otra ciudad,
y ve fantásticas torres
de su eterno pedestal
arrancarse, y sus macizas
negras masas caminar,
apoyándose en sus ángulos
que en la tierra, en desigual,
perezoso tranco fijan;
y á su monótono andar,
las campanas sacudidas
misteriosos dobles dan;
mientras en danzas grotescas
y al estruendo funeral
en derredor cien espectros
danzan con torpe compás:
y las veletas sus frentes
bajan ante él al pasar,
los espectros le saludan,
y en cien lenguas de metal,
oye su nombre en los ecos
de las campanas sonar.
Mas luego cesa el estrépito,
y en silencio, en muda paz
todo queda, y desparece
de súbito la ciudad;
palacios, templos, se cambian
en campos de soledad,
y en un yermo y silencioso,
melancólico arenal,
sin luz, sin aire, sin cielo,
perdido en la inmensidad.
Tal vez piensa que camina,
sin poder parar jamás,
de extraño empuje llevado
con precipitado afán;

entretanto que su guía
delante de él sin hablar,
sigue misteriosa, y sigue
con paso rápido, y ya
se remonta ante sus ojos
en alas del huracán,
visión sublime, y su frente
ve fosfórica brillar
entre lívidos relámpagos
en la densa obscuridad,
sierpes de luz, luminosos
engendros del vendaval!
Y cuando duda si duerme,
si tal vez sueña ó está
loco, si es tanto prodigio,
tanto delirio verdad,
otra vez en Salamanca
súbito vuélvese á hallar,
distingue los edificios,
reconoce en donde está,
y en su delirante vértigo
al vino vuelve á culpar.
Y jura y siguen andando;
ella delante, él detrás.

«¡Vive Dios! dice entre sí,
ó Satanás se chancea,
ó no debo estar en mí
ó el Málaga que bebí
en mi cabeza aun humea.

«Sombras, fantasmas, visiones...
dale con tocar á muerto,
y en revueltas confusiones,
danzando estos torreones
al compás de tal concierto.

«Y el juicio voy á perder
entre tantas maravillas,
que estas torres llegué á ver,

como mulas de alquiler
andando con campanillas.

«¿Y esta mujer quién será?
Mas si es el diablo en persona,
¿á mí qué diantre me da?
Y más que el traje en que va
en esta ocasión, le abona.

»Noble señora, imagino
que sois nueva en el lugar:
andar así es desatino:
ó habéis perdido el camino,
ó esto es andar por andar.

»Ha dado en no responder,
que es la más rara locura
que puede hallarse en mujer,
y en que yo la he de querer
por su paso de andadura.»

En tanto don Félix á tientas seguía,
delante camina la blanca visión,
triplica su espanto la noche sombría,
sus hórridos gritos redobla Aquilón.

Rechinan girando las férreas veletas
crujir de cadenas se escucha sonar,
las altas campanas, por el viento inquietas,
pausados sonidos en las torres dan.

Ruido de pasos de gente que viene
á compás marchando con sordo rumor,
y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
y á rezar parece en confuso són,

llegó de don Félix luego á los oídos,
y luego cien luces á lo lejos vió,
y luego en hileras largas divididos,
vió que murmurando con lúgubre voz,

enlutados bultos andando venían;
y luego más cerca con asombro ve,
que un féretro en medio y en hombros traían
y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,

infernal arcano parece encubrir.
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo,
cuando todo anuncia que habrá de morir,

al hombre, que loca la recia tormenta
corrió de la vida, del viento á merced,
cuando una voz triste las horas le cuenta,
y en lodo sus pompas convertidas ve,

forzoso es que tenga de diamante el alma
quien no sienta el pecho de horror palpitar,
quien como don Félix, con serena calma,
ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,
el lúgubre entierro ya cerca llegó,
y la blanca dama devota rezando,
entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pie, indiferente,
el féretro mira don Félix pasar,
y al paso pregunta con su aire insolente
los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
cuando horrorizado con espanto ve
que el uno don Diego de Pastrana era,
y el otro ¡Dios santo! y el otro era él!

El mismo, su imagen, su misma figura,
su mismo semblante, que él mismo era en fin
y duda, y se palpa, y fría pavura
un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
los nervios del hombre, y un punto temió;
mas pronto su antiguo vigor recobraron,
pronto su fiereza volvió al corazón.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,
bien pensado está el entierro;
mas es diligencia vana
enterrarme á mí, y mañana
me he de quejar de este yerro.

»Diga, señor enlutado,
¿A quién llevan á enterrar?

—Al estudiante endiablado
don Félix de Montemar,—
respondió el encapuchado.

«Mientes, truhán.—No por cierto.
—Pues decidme á mí quién soy,
si gustáis, porque no es cierto
cómo á un mismo tiempo estoy
aquí vivo y allí muerto.

—«Yo no os conozco.—Pardiez,
que si me llego á enojar,
tus burlas te hago llorar
de tal modo, que otra vez
conozcas ya á Montemar.

«¡Villano!... mas esto es
ilusión de los sentidos,
el mundo que anda al revés,
los diablos entretenidos
en hacerme dar traspiés.

«¡El fanfarrón de don Diego!
de sus mentiras reniego,
que cuando muerto cayó,
al infierno se fué luego
contando que me mató.»

Diciendo así, soltó una carcajada
y las espaldas con desdén volvió:
se hizo el bigote, requirió la espada,
y á la devota dama se acercó.

«Conque, en fin, ¿dónde vivís?
que se hace tarde, señora.
—Tarde, aun no; de aquí á una hora
lo será.—Verdad decís,
será más tarde que ahora.

«Esa voz con que hacéis miedo
de vos me enamora más:
yo me he echado el alma atrás;
juzgad si me dará un bledo
de Dios ni de Satanás.

—«Cada paso que avanzáis

lo adelantáis á la muerte,
don Félix. ¿Y no tembláis?
¿y el corazón no os advierte
que á la muerte camináis?»

Con eco melancólico y sombrío
dijo así la mujer, y el sordo acento,
sonando en torno del mancebo impío,
rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,
bajo sus pies la tierra retembló,
las aves de la noche se juntaron,
y sus alas crujir sobre él sintió:

y en la sombra unos ojos fulgurantes
vió en el aire vagar, que espanto inspiran,
siempre sobre él saltándose anhelantes:
ojos de horror que sin cesar le miran.

Y lo vió y no tembló: mano á la espada
puso y la sombra intrépida embistió,
y ni sombra encontró ni encontró nada;
sólo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,
y rechinó los dientes y maldijo,
y en él creciendo el infernal anhelo,
con voz de enojo blasfemando dijo:

«Seguid, señora, y adelante vamos:
tanto mejor si sois el diablo mismo,
y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
y acábese por fin tanto embolismo.

«Que de tanto sermón, de farsa tanta,
juro, pardiez, que fatigado estoy:
nada mi firme voluntad quebranta,
sabed en fin que donde vayáis voy.

«Un término no más tiene la vida:
término fijo; un paradero el alma:
ahora adelante.» Dijo, y en seguida
camina en pos con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,
y era una puerta altísima, y se abrieron

sus hojas en el punto en que llamó,
que un misterioso impulso obedecieron:
y tras la dama el estudiante entró:
ni paje ni doncellas acudieron:
y cruzan á la luz de unas bujías
fantásticas, desiertas galerías.

Y la visión como engañoso encanto,
por las losas deslízase sin ruido,
toda encubierta bajo el blanco manto
que barre el suelo en pliegues desprendido:
y por el largo corredor en tanto
sigue adelante, y síguela atrevido,
y su temeridad raya en locura,
resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
lánguida luz y cárdena esparcían,
y en torno y en movimientos desiguales
las sombras se alejaban ó venían;
arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
urnas allí y estatuas se veían,
rotas columnas, patios mal seguros,
hierbosos, tristes, húmedos y obscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,
edificio sin base ni cimiento
ondula cual fantástico navío
que anhelado mueve borrascoso viento.
En un silencio aterrador y frío
yace allí todo: ni rumor, ni aliento
humano nunca se escuchó: callado,
corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas
siguen en el reloj de aquella vida,
sombras de horror girando aterradoras
que allá aparecen en medrosa huída;
ellas solas y tristes moradoras
de aquella negra funeral guarida,

cual soñada fantástica quimera
vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
del fondo de la larga galería,
que brillan lejos cual carbones rojos,
y espantaran la misma valentía:
y muestran en su rostro sus enojos
al ver hollada su mansión sombría,
y ora en grupos delante se aparecen,
ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa satánica figura,
alta la frente, Montemar camina,
espíritu sublime en su locura,
provocando la cólera divina:
fábrica frágil de materia impura,
el alma que la alienta y la ilumina,
con Dios le iguala, y con osado vuelo
se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
del rayo vengador la frente herida,
alma rebelde que el temor no espanta,
hollada sí, pero jamás vencida:
el hombre en fin que en su ansiedad quebranta
su límite á la cárcel de su vida,
y á Dios llama ante él á darle cuenta
y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
cruza aquella quimérica morada,
con atrevida indiferencia andando,
mofa en los labios, y la vista osada,
y el rumor que sus pasos van formando,
y el golpe que al andar le da la espada,
tristes ecos, siguiéndole detrás,
repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único ruido
que de aquella mansión los ecos llena,

en el suelo y los techos repetido,
en su profunda soledad resuena:
y expira allá cual funeral gemido
que lanza en su dolor la ánima en pena,
que al fin del corredor largo y obscuro
salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,
mundo de sombras, vida que es un sueño;
vida, que con la muerte confundida,
ciñe sus sienes con letal beleño;
mundo, vaga ilusión descolorida
de nuestro mundo y vaporoso ensueño,
son aquel ruido y su locura insana,
la sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía
de la alma dicha la ilusión parece,
que ora acaricia la esperanza impía,
ora al tocarla ya se desvanece:
blanca, flotante nube, que en la umbría
noche, en alas del céfiro se mece,
su airosa ropa, desplegada al viento,
semeja en su callado movimiento:

Humo süave de quemado aroma
que al aire en ondas á perderse asciende,
rayo de luna que en la parda loma,
cual un broche su cima al éter prende;
silfa que con el alba envuelta asoma
y al nebuloso azul sus alas tiende,
de negras sombras y de luz teñidas,
entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
que apenas toca con los pies al suelo,
cruza aquella morada tenebrosa
la mágica visión del blanco velo:
imagen fiel de la ilusión dichosa
que acaso el hombre encontrará en el cielo,

pensamiento sin fórmula y sin nombre,
que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,
Montemar sigue á su callada guía,
y una de mármol negro va bajando
de caracol torcida gradería,
larga, estrecha y revuelta, y que girando
en torno de él y sin cesar veía
suspendida en el aire y con violento
veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterno expirar y en remolino
infinito prolóngase y se extiende,
y el juicio pone en loco desatino
á Montemar que en tumbos mil desciende,
y envuelto en el violento torbellino
al aire se imagina, y se desprende,
y sin que el raudo movimiento ceda,
mil vueltas dando, á los abismos rueda:

y de escalón en escalón cayendo,
blasfema y jura con lenguaje inmundo,
y su furioso vértigo creciendo,
y despeñado rápido al profundo,
los silbidos ya del huracán oyendo,
ya ante él pasando en confusión el mundo,
ya oyendo gritos, voces y palmadas,
y aplausos y brutales carcajadas;

llantos y ayes, y quejas y gemidos,
mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
y en mil grupos acá y allá reunidos,
viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
hombres, mujeres todos confundidos,
con sandia pena, con alegres gestos,
que con asombro estúpido le miran
y en el perpetuo remolino giran.

Siente por fin que de repente pára,
y un punto sin sentido se quedó;

mas luego valeroso se repara,
abrió los ojos y de pie se alzó:
y fué el primer objeto en que pensara
la blanca dama, y alredor miró,
y al pie de un triste monumento hallóla
sentada en medio de la estancia sola.

Era un negro solemne monumento
que en medio de la estancia se elevaba,
y á un tiempo Montemar ¡raro portento!
una tumba y un lecho semejaba;
ya imaginó su loco pensamiento
que abierta aquella tumba le aguardaba;
ya imaginó también que el lecho era
tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,
y á terminar resuelto su aventura,
al cielo y al infierno desafía
con firme pecho y decisión segura:
á la blanca visión su planta guía,
y á descubrirse el rostro la conjura,
y á sus pies Montemar tomando asiento,
así la habló con animoso acento:

«Diablo, mujer ó visión,
que, á juzgar por el camino
que conduce á esta mansión,
eres puro desatino
ó diabólica invención:

«si quier de parte de Dios,
si quier de parte del diablo,
¿quién nos trajo aquí á los dos?
Decidme en fin, ¿quién sois vos?
y sepa yo con quién hablo:

«que más que nunca palpita
resuelto mi corazón,
cuando en tanta confusión,
y en tanto arcano que irrita,
me descubre mi razón

«que un poder aquí supremo,
invisible, se ha mezclado,
poder que siento y no temo,
á llevar determinado
esta aventura al extremo.»

Fúnebre
llanto
de amor,
óyese
en tanto
un son

flébil, blando,
cual quejido
dolorido
que del alma
se arrancó:
cual profundo
¡ay! que exhala
moribundo
corazón.

Música triste,
lánguida y vaga,
que al par lastima
y el alma halaga;
dulce armonía
que inspira al pecho
melancolía,
como el murmullo
de algún recuerdo
de antiguo amor,
á un tiempo arrullo
y amarga pena
del corazón.

Mágico embeleso
cántico ideal,
que en los aires vaga
y en sonoras ráfagas
aumentando va:
sublime y obscuro,

rumor prodigioso
sordo acento lúgubre,
eco sepulcral,
músicas lejanas,
de enlutado parche
redoble monótono
cercano huracán
que apenas la copa
del árbol menea
y bramando está:
olas alteradas
de la mar bravía,
en noche sombría
los vientos en paz,
y cuyo rugido
se mezcla al gemido
del muro que trémulo
las siente llegar:
pavoroso estrépito,
infalible présago
de la tempestad.

Y en rápido *crescendo*,
los lúgubres sonidos
más cerca vanse oyendo
y en ronco rebramar;
cual trueno en las montañas
que retumbando va,
cual rugen las entrañas
de horrísono volcán.

Y algazara y gritería,
crujir de afilados huesos,
rechinamiento de dientes
y retemblar los cimientos,
y en pavoroso estallido
las losas del pavimento
separando sus junturas
irse poco á poco abriendo.

Siente Montemar, y el ruido
más cerca crece, y á un tiempo

escucha chocarse cráneos.
ya descarnados y secos,
temblar en torno la tierra,
bramar combatidos vientos,
rugir las airadas olas,
estallar el ronco trueno,
exhalar tristes quejidos
y prorrumpir en lamentos.
Todo en furiosa armonía,
todo en frenético estruendo.
todo en confuso trastorno,
todo mezclado y diverso.

Y luego el estrépito crece
confuso y mezclado en un són,
que ronco en las bóvedas hondas
tronando furioso zumbó;
y un eco que agudo parece
del ángel del juicio la voz,
en tiple, punzante alarido.
medroso y sonoro se alzó:
sintió, removidas las tumbas,
crujir á sus pies con fragor,
chocar en las piedras los cráneos
con rabia y ahinco feroz,
romper intentando la losa.
y huir de su eterna mansión.
los muertos, de súbito oyendo
el alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido
desquiciarse la estancia sintió,
y al tremendo tartáreo ruido
cien espectros alzarse miró:
de sus ojos los huecos fijaron
y sus dedos enjutos en él;
y después entre sí se miraron,
y á mostrarle tornaron después;
y enlazadas las manos siniestras
con dudoso, espantado ademán
contemplando, y tendidas sus diestras

con asombro al osado mortal,
se acercaron despacio, y la seca
calavera, mostrando temor,
con inmóvil, irónica mueca
inclinaron, formando en redor.

Y entonces la visión del blanco velo
al fiero Montemar tendió una mano,
y era su tacto de crispante hielo,
y resistirlo audaz intentó en vano:

galvánica, cruel, nerviosa y fría,
histérica y horrible sensación
toda la sangre coagulada envía
agolpada y helada el corazón...

Y á su despecho y maldiciendo al cielo,
de ella apartó su mano Montemar,
y temerario alzándole su velo,
tirando de él la descubrió la faz.

¡*Es su esposo*! los ecos retumbaron.
¡*La esposa al fin que su consorte halló*!
los espectros con júbilo gritaron:
¡*Es el esposo de su eterno amor*!

Y ella entonces gritó: ¡*Mi esposo*! Y era
(¡desengaño fatal! ¡triste verdad!)
una sórdida, horrible calavera,
la blanca dama del gallardo andar!...

Luego un caballero de espuela dorada,
airoso, aunque el rostro con mortal color,
traspasado el pecho de fiera estocada,
aun brotando sangre de su corazón,

se acerca y le dice, su diestra tendida,
que impávido estrecha también Montemar:
—«Al fin la palabra que dísteis cumplida,
doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

«mi muerte os perdono.—Por cierto, don Diego
repuso don Félix tranquilo á su vez,
me alegro de veros con tanto sosiego,
que á fe no esperaba volveros á ver.



...y con su boca cavernosa busca
la boca á Montemar, y á su mejilla...

El estudiante de Salamanca.—(*Pág. 159*)

«En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,
raro casamiento venísme á ofrecer:
su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;
mas no se os figure que os quiera ofender:

«por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
y espero no salga fallido mi plan,
que en caso tan raro y mi esposa muerta,
tanto como viva no me cansará.

«Mas antes decidme si Dios ó el demonio
me trajo á este sitio, que quisiera ver
al uno ó al otro, y en mi matrimonio
tener por padrino siquiera á Luzbel;

«Cualquiera ó entrambos con su corte toda
estando estos nobles espectros aquí,
no perdiera mucho viniendo á mi boda...
Hermano don Diego, ¿no pensáis así?»

Tal dijo don Félix con fruncido ceño,
en torno arrojando con fiero ademán
miradas audaces de altivo desdeño,
al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado lívido esqueleto,
los fríos, largos y asquerosos brazos,
le enreda en tanto en apretados lazos,
y ávido le acaricia en su ansiedad:
y con su boca cavernosa busca
la boca á Montemar, y á su mejilla
la árida, descarnada y amarilla
junta y refriega, repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,
aun más sus nudos que se aprietan siente,
baña un mar de sudor su ardida frente
y crece en su impotencia su furor;
pugna con ansia á desasirse en vano,
y cuanto más airado forcejea;
tanto más se le junta y le desea
el rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,
y en aérea fantástica danza,
que la mente del hombre no alcanza
en su rápido curso á seguir,
los espectros su ronda empezaron
cual en círculos raudos el viento
remolinos de polvo violento
y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos
resonando cual lúgubre eco,
levantóse en su cóncavo hueco
semejante á un aullido una voz
pavorosa, monótona, informe,
que pronuncia sin lengua su boca,
cual la voz que del áspera roca
en los senos del viento formó.

«Cantemos, dijeron sus gritos,
la gloria, el amor de la esposa,
que enlaza en sus brazos dichosa
por siempre al esposo que amó:
su boca á su boca se junte,
y selle su eterna delicia,
suave, amorosa caricia
y lánguido beso de amor.

«Y en mutuos abrazos unidos,
y en blando y eterno reposo,
la esposa enlazada al esposo
por siempre descansen en paz:
y en fúnebre luz ilumine
sus bodas fatídica tea,
les brinde deleites y sea
la tumba su lecho nupcial.»

Mientras, la ronda frenética
que en raudo giro se agita,
más cada vez precipita
su vértigo sin ceder,
más cada vez se atropella,

más cada vez se arrebata,
y en círculos se desata
violentos más cada vez:

y escapa en rueda quimérica
y negro punto parece
que en torno se desvanece
á la fantástica luz,
y sus lúgubres aullidos
que pavorosos se extienden,
los aires rápidos hienden
más prolongados aún.

Y á tan continuo vértigo
á tan funesto encanto,
á tan horrible canto,
á tan tremenda lid;
entre los brazos lúbricos
que apremianle sujeto,
del hórrido esqueleto,
entre caricias mil,

jamás vencido el ánimo,
su cuerpo ya rendido,
sintió desfallecido
faltarle Montemar;
y á par que más su espíritu
desmiente su miseria,
la flaca, vil materia
comienza á desmayar.

Y siente un confuso
loco devaneo,
languidez, mareo
y angustioso afán:
y sombras y luces,
la estancia que gira,
y espíritus mira
que vienen y van.

Y luego á lo lejos,
flébil en su oído,
eco dolorido
lánguido sonó,
cual la melodía
que el aura amorosa,
y el aura armoniosa
de noche formó.

Y siente luego
su pecho ahogado,
y desmayado,
turbios sus ojos,
sus graves párpados,
flojos caer:
la frente inclina
sobre su pecho,
y á su despecho,
siente sus brazos
lánguidos, débiles
desfallecer.

Y vió luego
una llama
que se inflama
y murió;
y perdido,
oyó el eco
de un gemido
que expiró.

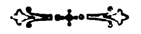
Tal dulce
suspira
la lira
que hirió
en blando
concento
del viento
la voz,

leve,
breve
són.

En tanto en nubes de carmín y grana
su luz el alba arrebolada envía,
y alegre regocija y engalana
las altas torres el naciente día:
sereno el cielo, calma la mañana,
blanda la brisa, trasparente y fría,
vierte á la tierra el sol con su hermosura
rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huían
sus sombras y quiméricas mujeres,
y á su silencio y calma sucedían
el bullicio y rumor de los talleres:
y á su trabajo y á su afán volvían
los hombres y á sus frívolos placeres,
algunos hoy volviendo á su faena
de zozobra y temor el alma llena.

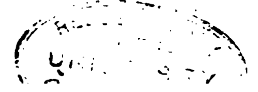
¡Que era pública voz, que llanto arranca
del pecho pecador y empedernido,
que en forma de mujer y en una blanca
túnica misteriosa revestido,
aquella noche el diablo á Salamanca
había en fin por Montemar venido!...
Y si, lector, dijeres ser comento,
como me lo contaron, te lo cuento.



EL DIABLO MUNDO

PRÓLOGO

La humanidad entra en los períodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida: infancia, virilidad y madurez; admiración y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza en la segunda, reflexión y examen en la tercera; y en tanto, el poeta es



en el orden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda y allí ya, para el poeta y sus coetáneos, se levanta un muro de ignorancia que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reune todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz, cantó las sombras, el amor instintivo, la amistad sencilla, las flores, los torrentes y las aves.

De esta poesía oral que, obrada la época de transición, debió perderse naturalmente, nos quedan los libros de la Biblia, llenos de sencilla sublimidad; y luego después una civilización más adelantada formuló la égloga, el idilio y el himno, que no son, en nuestro sentir, otra cosa que reminiscencias cultivadas de aquella poesía patriarcal y campestre, natural á los primeros tiempos.

Tras el período inocente pastoril, entró el mundo en la edad heroica, y Homero, trocando el caramillo por la trompa, se anunció cantando los dioses, las pasiones, el valor, las venganzas y la guerra.

La poesía *épica* quedó escrita, el pensamiento de aquellas generaciones formulado. Homero pasó á la posteridad junto con sus obras; el genio de Smirna fué inmediatamente admirado como un semidios, y su libro, cual un espejo mágico, donde vieron reflejarse lo pasado, lo que no existía, con todas sus fases y colores.

Homero es la pirámide que arranca de los tiempos heroicos, monumento eminentísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulises, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y virtudes en conjunto de una época grande.

El síntoma de desvirtuación se apoderó de la sociedad aquella, y la Grecia conquistadora fué sojuzgada á su vez.

La civilización, la creencia, el entusiasmo y la fuerza pasaron á Italia; pero la era romana fué ya heterogénea hasta cierto punto, y de transición hacia el cristianismo.

Quiso Virgilio ponerse al frente de su época; pero no consiguió ciertamente más que colocarse á espaldas de Homero.

Roma en primer lugar sabía más que Virgilio, y la Eneida, hecha esclava voluntaria de la Odisea, se afana en su seguimiento, sin advertirse el poeta de que canta un nuevo pueblo, una filosofía distinta y de que el genio, en su independencia, prescribe una regla donde quiera que estampa la huella.

Es la Eneida, sin embargo, un poema, artísticamente hablando, más meditado, un libro más correcto y aunque siempre sobre la pauta del poeta griego, es el amor de Dios más espiritual, un sentimiento mil veces más justo y elevado que el amor de Homero pinta, resultado de una época más adelantada en cultura.

Radió por fin el cristianismo revolucionando la sociedad, y de aquella lucha de ideas confusas que se controvertían entre la neblina de la ignorancia, de aquella fe ardiente y de aquel desarrollo del alma, debía resultar una época aparte de los siglos anteriores, y fué la *Edad media* del mundo.

Un poeta espiritualista podía ser sólo la expresión fiel y el producto de una nueva era, y ésta brotó á Dante con todo el saber de su tiempo, arrollando mil preocupaciones, sólo con el presentimiento de su genio, que dentro del corazón lo empujaba por la extraña senda que siguió, contraviniendo la voluntad de los sabios y los nobles para ilustrar después á su pueblo, á los nobles y á los sabios de su tiempo, dando norma á un nuevo lenguaje, fórmula al sentimiento, y elevación é impulso de progreso á las ideas.

Dante es, pues, la pirámide de la Edad media, y su *Divina comedia*, es un faro que domina resplandeciendo sobre las tinieblas de una época nueva, para más allá disiparlas... Así Homero y Dante, el uno á igual altura enfrente al otro, se divisan como dos «términos», entre el vacío de los siglos que los separan.

Inmediato á Dante produjo Inglaterra á Shakespeare, pero este autor, por la naturaleza de su talento, encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro, y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo,

se ve cómo el poeta tuvo que reposarse á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo donde la humanidad se revuelve mal contenta.

Shakespeare, sin embargo, con más genio que saber, con mayor presentimiento que cálculo, adelantó la forma del poema dramático, que se había atrevido Dante á indicar sólo muy ligeramente; Shakespeare presintió sin duda que el drama, sin las cortapisas de las bambalinas y de los bastidores, llegaría á producir el poema dramático, que la mayor ilustración y la filosofía aceptarían como la fórmula más adelantada en los siglos venideros.

Así es que Gœthe ha cultivado este género después en el *Fausto*, y Byron lo impulsó á la perfección en el *Manfredo*.

El poema más aventajado de este siglo, que ofrecernos pueden entre su repertorio literario los franceses, es sin duda el *Genio del Cristianismo*, y nosotros se lo concedemos, á la par que les negamos tenga aquel mérito tan en alto grado como ellos pretenden. El *Genio del Cristianismo* está escrito con más poesía teológica que sentimiento poético, y por eso no convence siempre que el autor conspira á convencer. La obra de M. de Chateaubriand no está madurada en el corazón, sino en el invernáculo del entendimiento; es un libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado; dictado sí por la conveniencia y ayudado por la erudición y por el cálculo... Creemos no obstante que, si bien no es un poema como los que hemos indicado de pasada, es por lo menos el mejor arte poético que se ha escrito jamás. M. de Chateaubriand nos ha demostrado que la teología lleva infinitas ventajas á la mitología para tratar la poesía. Hay además bellezas de primer orden que imitar, explicadas con la práctica de ellas mismas en la obra del profundo literato francés, y nos condolemos de haber traslucido en ella una cosa que no será, pero que nos induce á creer que allí se ve al cristiano de oficio y al escritor de profesión.

La sociedad se encuentra ya en su madurez: nuestra época es la de *reflexión* y *examen*, como las de Homero y Dante fuéronlo de *entusiasmo* y *fuerza*; pero, *que el corazón manda el mundo*, es una máxima irrefutable; con él

han dominado los héroes, y con él los filósofos ardientes que lograron imprimir su sello en la humanidad propagaron sus respectivas doctrinas.

La cabeza por sí sola, por más fuerza lógica que encierre, no dará más que la disertación escolástica, y sus productos carecerán de los divinos vuelos del entusiasmo, que tras de sí arrastra y conduce hasta la verdad que preconiza.

El corazón impresionable, unido al vigor intelectual, la unión de sentimientos é ideas elevadas, la meditación y la inspiración, juntas con la magia de estilo y cierta revelación que recorre lo pasado, que desvela en el porvenir, y que sondea lo presente, ingenio fértil que agrupa los contrastes, que crea la acción y la desenlaza, concluído el objeto que se propone, en una palabra, la concepción en el desempeño de un plan tan grande é ilustrado que abarque nuestra sociedad entera, son calidades imprescindibles para el poeta que pretenda elevarse sobre tantos millones de hombres como el mundo moderno encierra.

El joven don José de Espronceda se levanta con la osadía del genio para escalar adonde nadie se ha atrevido á mirar de hito en hito sin confundirse.

Aspira nuestro poeta á compendiar la humanidad en un libro, y lo primero que al empezarlo ha hecho, ha sido romper todos los preceptos establecidos, excepto el de la unidad lógica.

En el prólogo del *Diablo mundo* se ven recorridos todos los tonos de la poesía, los del sentimiento y los de la metrificación, con un desempeño que asombra, y desde luego se anuncia un pensamiento colosal en medio de una fuerte tempestad de dudas, que Espronceda, con la magia que posee, amontona sobre el lector con objeto, tal vez, de disiparlas más adelante.

El poeta se coloca también en mitad de esa atmósfera de dudas; pero cuando él levanta la cabeza para mirarlas y suelta la voz para analizarlas, medidas tendrá de antemano sus gigantescas fuerzas.

Empieza el poeta suponiendo que, enajenado en la meditación, durante las horas silenciosas de la noche, siente un rumor extraño, el cual llama á sus sentidos y los

despierta. Aquel rumor informe, aquella música augusta, aquel estrépito solemne son todas las pasiones del mundo, son todos los intereses encontrados de la vida; las afecciones, los odios, el amor, la gloria, la riqueza, los vicios y las virtudes; son el quejido en fin del universo entero que llega en revuelto torbellino á la par con la inspiración, y esta despliega ante la fantasía mil monstruos alegóricos trazados con inimitable facilidad y pasmosa valentía.

Las visiones pasan, el ruido va gradualmente perdiéndose en lontananza hasta que cesa donde acaba la introducción del poema.

El primer canto es la exposición del gran drama que se propone desenvolver Espronceda.

Un hombre agobiado por la edad, amargado por la dolorosa é inútil experiencia, cierra desesperado un libro en que leía y convencido tristemente de la esterilidad de la ciencia, se queda dormido.

Entonces se le presenta la muerte y le entona un himno que convida á la paz del sepulcro. Con placer siente el anciano aterirse sus entumecidos miembros; y gozándose está en la enervación de su espíritu, cuando la inmortalidad súbito se ostenta ante sus ojos, y canta otro himno, en oposición al de la muerte; y así como la primera se le brindó, ella también se ofrece al moribundo.

La elección es inmediata; el hombre opta por la inmortalidad y rejuvenece. El cántico de esta deidad no se encamina á inmortalizar el espíritu; es la inmortalidad de la materia lo que ella da, y lo que el hombre recibe.

La imagen de la muerte tiene la novedad que presta este filósofo á cuanto sale de su pluma; está vestida de melancólica belleza, es dulce y apacible, es la muerte que se hace desear cuando, exentos ya de preocupaciones, sentimos el corazón cansado y el alma descontenta.

La inmortalidad, como hemos dicho, se alza luego y se adelanta sobre el horizonte pálido de la muerte, para borrarlo con su magnificencia deslumbradora.

Imposible se hace que acerquemos siquiera nuestras palabras al lujo de pensamiento, de expresión y de saber que despliega Espronceda en esta descripción sublime,

la más afortunada acaso de cuantas se han visto hasta hoy en lengua castellana.

La variedad de tonos que á su arbitrio emplea el poeta, tonos ya humildes, ya elevados, áridos ó festivos, placenteros, sombríos, desesperados é inocentes, son como la faz del mundo, sobre la cual está condenado á discurrir su héroe. Esa *sinuosidad del Diablo mundo* es la superficie de la tierra: aquí un valle, más adelante un monte, flores y espinas, aridez y verdura, chozas y palacios, pozas inmundas, arroyos serenos y ríos despeñados.

Espronceda, en la poesía, con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificación. Antes la *armonía imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra, por ejemplo, y hoy nuestro aventajado poeta expresa con los tonos, en todo un poema, no sólo lo que sus palabras retratan, sino hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos de que se ocupa... Esta es la *armonía del sentimiento*, llevada á la perfección por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.

Como por el rugido se conoce al león, como por el plañido se infiere del que padece cuál será el grado de su dolor, así por las entonaciones de que se vale Espronceda en el *Diablo mundo*, inferimos las palabras y los conceptos que de éstas van á resultar.

Grande, dilatado, inmenso es el campo poético que el poeta ha desplegado á su frente, para trazar carrera al héroe del poema en cuestión.

Repetimos que en nuestro juicio es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un poema. Su héroe ha rejuvenecido ya como el *doctor Fausto*, pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino, por la hipoteca y la enajenación del alma; el protagonista del *Diablo mundo*, sin nombre hasta ahora, ha aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones.

En el drama de Gœthe, *Fausto* no es más que un mancebo á medias, porque su corazón es siempre el del doctor, y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazón, antes por el contrario están siempre emponzoñados por el juicio.

Acaso fué esto el pensamiento de Gœthe, y nosotros nos guardaremos de tildarlo, porque esa continuada carcoma de *Fausto* es una sublimidad del talento que lo creó.

Mas si Espronceda se propone enseñarnos el mundo físico y moral para probarnos que la inmortalidad de la materia es el hastío y la condenación sobre la tierra, juzgamos que su héroe, al retroceder en la carrera de la vida, debe hacerlo por completo, volviéndole la virginidad al alma, la inexperiencia al juicio, y dándole unas sensaciones no gastadas.

La experiencia, la moralidad y el saber deben pertenecer al poeta, que no es personaje de acción en el drama, sino el disertador y el genio que penetra en las entrañas de su obra.

Con fundada esperanza nos lisonjeamos de que el poema *El Diablo mundo* despertará en la Europa civilizada un respetuoso recuerdo de la patria de Cervantes.

Si el joven autor, con cuya leal amistad nos honramos, no decae en ese maravilloso vuelo que ha sabido dar á los dos primeros cantos de *El Diablo mundo*, viva penetrado de que, si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él.

La posteridad solamente hace pública justicia al talento que no domina por las armas.

ANTONIO ROS DE OLANO.





EL DIABLO MUNDO

INTRODUCCIÓN AL POEMA

A mi amigo D. ANTONIO ROS DE OLANO

el autor JOSÉ DE ESPRONCEDA.

*

CORO DE DEMONIOS

Boguemos, boguemos.
la barca empujad,
que rompa las nubes,
que rompa las nieblas,
los aires, las llamas,
las densas tinieblas,
las olas del mar.

Boguemos, crucemos.
del mundo el confín;
que hoy su triste cárcel quiebran
libres los diablos en fin,
y con música y estruendo
los condenados celebran,
juntos cantando y bebiendo,
un diabólico festín.

EL POETA

¿Qué rumor
lejos suena,
que el silencio
en la serena
negra noche interrumpió?

¿Es del caballo la veloz carrera,
tendido en el escape volador,
ó el áspero rugir de hambrienta fiera,
ó el silbido tal vez del aquilón?

¿O el eco ronco de lejano trueno
que en las hondas cavernas retumbó,
ó el mar que amaga con su hinchado seno,
nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

Densa niebla
cubre el cielo,
y de espíritus
se puebla
vagarosos,
que aquí el viento
y allí cruzan
vaporosos
y sin cuento.

Y aquí tornan,
y allí giran,
ya se juntan,
se retiran,
ya se ocultan,
ya aparecen,
vagan, vuelan,
pasan, huyen,
vuelven crecen,
disminuyen,
se evaporan,
se coloran,
y entre sombras

y reflejos,
cerca y lejos
ya se pierden;
ya me invitan
con temor.
ya se agitan
con furor.
en aérea danza fantástica
á mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas
de formas diversas de vario color,
en cabras y sierpes montados y en cuervos,
y en palos de escobas, con sordo rumor:

Baladros lanzan y aullidos.
silbos, relinchos, chirridos.
y en desacordado estrépito,
el fantástico escuadrón
mueve horrenda algarabía.
con espantosa armonía
y horrísona confusión.

Del toro ardiente al mugido,
responde en ronco graznar
la malhadada corneja,
y al agorero cantar
de alguna hechicera vieja.
el gato bufa y maúlla.
el lobo erizado aúlla.
ladra furioso el mastín:
y ruidos. voces y acentos
mil se mezclan y confunden.
y pavor y miedo infunden.
los ladridos de los vientos:
que al mundo amagan su fin
en guerra los elementos.

Relámpago rápido
del cielo las bóvedas
con luz rasga cárdena.
y encima descúbrese

jinete fantástico,
quizá el genio indómito
de la tempestad.

De cien truenos retumba el fragor
en bosques, montañas, cavernas, torrentes:
quizá son del miedo los genios potentes
que el cántico entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos hórridos,
y tronchando añosos árboles,
irresistible su ímpetu
teñida en colores lívidos,
gigante forma flamígera
cabalga en el huracán.
Quizá el genio de la guerra,
cuya frente tornasola
con roja vaga aureola
el relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra,
allí rebrama la mar,
altísima catarata
zumba y despéñase allá;

allí torrentes de lava
lanza mugiente el volcán:
aquí temerosa tromba
se agita en la tempestad.

y agua, fuego, peñas, árboles
ávida sorbe al pasar;
allí colgada la luna,
con torva, cárdena faz,

triste, fatídica, inmóvil
en la inmensa obscuridad,
más entristece que alumbra,
cual lámpara sepulcral:

allí bramidos de guerra
se escucha, y el golpear
del acero, y de las trompas
el estrépito marcial;

aquí relinchar caballos
y estruendo de pelear;
allí retumban cañones,
lamentos suenan allá,

y alaridos, voces, ayes
y súplicas y llorar;
aquí desgarradas músicas
y cantares; acullá

ruido de gentes que danzan
con bullicioso compás;
acá risas y murmullos;
riñas y gritos allá;

allí el estruendo se escucha
de amotinada ciudad,
carcajadas, orgías, brindis,
y maldecir y jurar;

aquí el susurro entre flores
del cefirillo galán;
allí el eco interrumpido
de algún suspiro fugaz.

Ora un beso, una palabra,
de alguna trova el final;
todo en confusa discordia
se oye á un tiempo resonar,

breve compendio del mundo,
la tartárea bacanal
y trastornan y confunden
tanto estrépito á la par:

y aturden, turban, marean
tanta visión, tanto afán.

UN CORO. Allá va la nave:
¿quién sabe dó va?
¡Ay! triste el que fía
del viento y la mar!

UNA VOZ. ¿Qué importa? el destino
su rumbo marcó.
¿Quién nunca sus leyes
mudar alcanzó?

Allá va la nave:
bogad sin temor,
ya el aura le arrulle,
ya silbe Aquilón.

CORO 2.º Venid, levantemos
segunda Babel,
el velo arranquemos
que esconde el saber.

UNA VOZ. Verdad, te buscamos,
osamos subir
al último cielo
volando tras ti,
con noble avaricia
y en ansia sin fin
de ver cuanto ha sido
y está por venir.

CORO 3.º Mentira, tú eres
luciente cristal
color de oro y nácar
que encanta mirar.

UNA VOZ. Feliz á quien meces
mentira, en tus sueños
tú sola halagüeños
placeres nos das.
¡Ay! ¡nunca busquemos
la triste verdad!
La más escondida
tal vez, ¿qué traerá?
¡Traerá un desengaño!
¡Con él un pesar!

VARIAS VOCES

VOZ 1.ª Yo combato por la gloria
su corona es de laurel,
cántame versos, poeta,
póstrate, mundo, á mis pies.

VOZ 2.ª Yo levantaré un palacio
que oro y perlas ornarán;

príncipes serán mis siervos;
el pueblo, Dios me creará.

Voz 3.ª Venid hermosas á mí,
dadme deleite y amor,
voluptuosa pereza,
besos de dulce sabor;
y entre perfumes y aromas,
bullentes vinos y al son
del arpa, blanda me arrulle
armoniosa vuestra voz.

Voz 4.ª Venid empujadme,
la cima toqué,
subidme, que luego
la mano os daré.

Voz 5.ª ¡Ay! yo caí de la elevada cumbre
en honda sima que á mis pies se abrió:
¡grande es mi pena, larga mi agonía!
¡Una mano! ¡ayudadme! ¡compasión!

Voz 6.ª Errante y amarrado á mi destino,
vago solo y en densa obscuridad.
¡Siempre viajando estoy, y mi camino
ni descanso ni término tendrá!

Voz 7.ª Sin pena vivamos
en calma feliz,
gozar es mi estrella,
cantar y reír.

Voz 8.ª ¿Quién calmará mi dolor?
¿Quién enjugará mi llanto?
¿No habrá alivio á mi quebranto?
¿Nadie escucha mi clamor?

EL POETA

¿Dónde estoy? Tal vez bajé
á la mansión del espanto,
tal vez yo mismo creé
tanta visión, sueño tanto,
que dónde estoy ya no sé.

Hórrida turba, quizá
que en tormenta y confusión,
á anunciar al mundo va
su ruina y desolación,
mensajeros de Jehová:

¿Quiénes sois, genios sombríos
que junto á mí os agolpáis?
¿Sois vanos delirios míos,
ó sois verdad? ¿Qué buscáis?
¿Qué queréis? ¿adónde vais?

Mas de la célica cumbre
llameante catarata
en hondas de viva lumbre
súbito miro saltar.

Y ola tras ola de fuego
vuela en el aire y se alcanza
con estruendo y furor ciego,
como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida
se precipita y se pierde
la catarata encendida
que en arco rápido cae.

Océano inmenso volcado
rojos los aires incendia,
en tumbos arrebatado
recia tormenta lo trae,

y en medio negra figura
levantada en pie se mece,
de colosal estatura
y de imponente ademán.

Sierpes son su cabellera
que sobre su frente silban,
su boca espantosa y fiera
como el cráter de un volcán.

De duendes y trasgos
muchedumbre vana
se agita y se afana
en pos su señor.

Y allí entre las llamas
resbalan, se lanzan,
y juegan y danzan
saltando en redor.

Bullicioso séquito
ilusión quizá.
visiones fosfóricas.
que vienen y van,

Trémulas imágenes
sin marcada faz.
su voz sordo estrépito
que se oye sonar,
cual zumbido unísono
de mosca tenaz.

Allí entre las llamas
hirviendo en montón.
no cesa su ronco
monótono són,
murmurando á un tiempo mismo
todos juntos y á una voz,
y apareciéndose súbito
ora fuego, ora vapor.

Tendió una mano el infernal gigante
y la turba calló, y oyóse sólo
en silencio el estrépito atronante
del flamígero mar: luego un acento
claro, distinto, rápido y sonoro
por la vaga región cruzó del viento
con rara melancólica armonía,
que brotara doquiera,
y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa,
viene de allá del alto firmamento,
crece bajo la tierra temblorosa,
vaga en las alas del callado viento.
Voz de amargo placer, voz dolorosa,
incomprensible mágico portento,
voz que recuerda al alma conmovida
el bien pasado y la ilusión perdida.

«¡Ay!» exclamó, con lamentable queja,
y en torno resonó triste gemido,
como el recuerdo que en el alma deja
la voz de la mujer que hemos querido.
«¡Ay!» ¡cuán terrible condición me aqueja,
para llorar y maldecir nacido,
víctima yo de mi fatal deseo,
que cumplirse jamás mis ansias veo!

«¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre
de eterna luz que altísima se ostenta,
tal vez en trono de celeste lumbre
su incomprensible majestad se asienta:
de mundos mil la inmensa pesadumbre
con su mano tal vez rige y sustenta,
sempiterno, infinito, omnipotente,
invisible doquier, doquier presente.

»Y allá en la gran Jerusalén divina
tal vez escucha en holocausto santo
del querub que á sus pies la frente inclina,
voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
del mundo rueda en derredor en tanto,
y entre aromas, y gloria, y resplandores,
recibe humilde adoración y amores.

»*Santo*, *Santo*, los ángeles le cantan,
Hosanna, *Hosanna* en las alturas suena,
rayos de luz perfilan y abrillantan
nube de incienso y trasparencia llena;
y en ella con murmullo se levantan,
paz demandando á la mansión serena,
las preces de los hombres en su duelo,
y paz les vuelve y bendición el cielo.

»¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
y hierve el rayo en su irritada mano,
y la angustia, el dolor, la muerte lanza
al inocente que le implora en vano?
¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,

frívolo, injusto y sin piedad tirano,
del corazón del hombre y le encadena,
y á eterna muerte al pecador condena?

»Extasiado en su inmenso poderío,
¿es Dios el Dios que goza en su hermosura,
que arrojó el universo en el vacío,
leyes les dió y abandonó su hechura?
¿Fué vanidad del hombre y desvarío
soñarse imagen de su imagen pura?
¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego
ni vió su llanto ni escuchó su ruego?

»¿Tal vez secreto espíritu del mundo,
el universo anima y alimenta,
y derramando su hálito fecundo
alborota la mar y el cielo argenta,
y á cuanto el orbe en su ámbito profundo
tímido esconde ó vanidoso ostenta,
presta con su virtud desconocida
alma, razón, entendimiento y vida?

»¿Y es Dios tal vez la inteligencia osada
del hombre siempre en ansias insaciable,
siempre volando y siempre aprisionada
de vil materia en cárcel deleznable?
¿A esclavitud eterna condenada,
á fiera lucha, á guerra interminable,
tal vez estás, divinidad sublime,
que otra divinidad de inercia oprime?

»¿Y es en su vida el universo entero
ilimitado campo de pelea,
cada elemento un triste prisionero
que su cadena quebrantar desea,
y ardes en todo, espíritu altanero,
lumbre matíz, devoradora tea,
como el que oculto, misterioso aliento,
mueve la mar con loco movimiento?

»¿Cuándo tu guerra término tendrá,
y romperá tu lóbrega prisión?

¿Su faz el universo cambiará?
¿Creará otros seres de inmortal blasón,
ó la muerte silencio te impondrá?
¿Volarás fugitivo á otra región,
ó disipando la materia impura,
el mundo inundarás de tu hermosura?»

«¿Quién sabe? acaso yo soy
el espíritu del hombre
cuando remonta su vuelo
á un mundo que desconoce,
cuando osa apartar los rayos
que á Dios misterioso esconden,
y analizarle atrevido
frente á frente se propone.
Y entre tanto que impasibles
giran cien mundos y soles
bajo la ley que gobierna
sus movimientos acordes,
traspasa su estrecho límite
la imaginación del hombre,
jinete sobre las alas
de mi espíritu veloces,
y otra vez va á mover guerra,
á alzar rebeldes pendones,
y hasta el origen creador
causa por causa recorre;
y otra vez se hunde conmigo
en los abismos, en donde
en tiniebla y lobreguez
maldice á su dios entonces.
¡Ay! su corazón se seca,
y huyen de él sus ilusiones:
delirio son engañoso
sus placeres, sus amores,
es su ciencia vanidad,
y mentira son sus goces:
sólo es verdad su impotencia,
su amargura y sus dolores!

Tú me engendraste, mortal,
y hasta me otorgaste un nombre.

pusiste en mí tus tormentos.
en mi alma tus rencores.
en mi mente tu ansiedad.
en mi pecho tus furores.
en mi labio tus blasfemias
é impotentes maldiciones:
me erigiste en tu verdugo.
me tributaste temores.
y entre Dios y yo partiste
el imperio de los orbes.
Y yo soy parte de ti.
soy ese espíritu insomne
que te excita y te levanta
de tu nada á otras regiones.
con pensamientos de ángel,
con mezquindades de hombre.

»Tú te agitas como el mar
que alza sus olas enormes.
humanidad, en oleadas
por quebrantar tus prisiones.
¿Y en vano será que empujes.
que ondas con ondas agolpes.
y de tu cárcel el linde
con vehemente furia azotes?
¿Será en vano que tu mente
á otras esferas remontes,
sin que los negros arcanos
de vida y de muerte ahondes?
¿Viajas tal vez hacia atrás?
¿Adelante tal vez corres?
¿Quizá una ley te subyuga?
¿Quizá vas sin saber dónde?
Las creencias que abandonas.
los templos. las religiones
que pasaron. y que luego
por mentira reconoces.
¿son quizá menos mentira
que las que ahora te forjes?
¿No serán tal vez verdades
los que tú juzgas errores?

»Mas tú como yo impulsada
por una mano de bronce,
allá vas, y en vano, en vano
descanso pides á voces:
los siglos se precipitan,
se hunden cien generaciones,
piérdense imperios y pueblos,
y el olvido los esconde;
y tú allá vas, allá vas
abandonada y sin norte,
despeñada y de tropel
y en aparente desorden:
y ora inundas la llanura,
allanas luego los montes,
no hay hondo abismo ni cielo
que á descubrir no te arrojes!
¡Pobre ciega! loca, errante,
aquí sagaz, allí torpe,
tú misma para ti misma
toda arcano y confusiones.

»Y ya por senda trazada
viajes sometida y dócil,
y sigas crédula en paz
las huellas de tus mayores;
ya nuevas galas te vistas,
y de las antiguas mofes,
y rebelde de tus hierros
muerdas ya los eslabones,
yo siempre marcho contigo,
y ese gusano que roe
tu corazón, esa sombra
que anubla tus ilusiones,
soy yo, el lucero caído,
el ángel de los dolores,
el rey del mal, y mi infierno
es el corazón del hombre.
Feliz mientras la esperanza
¡ay! tus delirios adorne;
infeliz cuando tu mente
los recuerdos emponzoñen

y á la mar sin rumbo fijo
desesperado te arrojes:
ni un astro te alumbrará,
será en vano que á Dios nombres,
ora le reces sin fe,
ora su enojo provoques.
Sólo el huracán y el trueno
responderán á tus voces,
sin hallar puerto ni playa
por más que anhelante bogues.
Y al fin la materia muere;
pero el espíritu ¿á dónde
volará? ¿Quién sabe? ¡Acaso
jamás sus cadenas rompe!»

Dijo, y la ígnea luminosa frente
dejó caer desesperado y triste,
y corrió de sus ojos larga fuente
de emponzoñadas lágrimas: profundo
silencio en torno dominó un momento:
luego en aéreo modulado acento
cien coros resonaron,
y allá en el aire en confusión cantaron.

CORO 1.º Genios, venid, venid
vuestro mal con el hombre á repartir.

CORO 2.º Ya la esperanza á los hombres
para siempre abandonó,
los recuerdos son tan sólo
pasto de su corazón.

CORO 3.º Nosotros, genios del mal,
aunque en nosotros no cré,
somos su Dios, condenado
nuestro influjo á obedecer.

CORO 1.º Genios, venid, venid
vuestro mal con el hombre á repartir.

UNA VOZ. Yo turbaré sus amores,
disiparé su ilusión,
atizaré sus rencores,

y haré eternos sus dolores,
mal llagado el corazón.

Voz 2.ª

Yo confundiré á sus ojos
la mentira y la verdad,
y la ciencia y los sucesos
su mente confundirán.

Voz 3.ª

Marchitaré la hermosura,
rugaré la juventud;
el alma que nació pura
renegará la virtud,
maldecirá de su hechura.

Voz 4.ª

Yo haré dudar del cariño
que muestra al tímido niño
el corazón maternal;
y haré vislumbre al través
del amor el interés
como su vil manantial.

Voz 5.ª

Una barra de oro
su Dios será,
la avaricia del hombre
la adorará:
viles pasiones
gobernarán tan sólo
sus corazones.

Genios, venid, venid
nuestro mal con el hombre á repartir.

Voz 6.ª

Mi lanza impávida
derribará
ese Dios mísero
de vil metal.

Sobre sus aras
me asentaré,
y esclavo al hombre
dominaré.

Genios, venid, venid
y esos esclavos á mi carro uncid.

Voz 7.ª

Yo romperé las cadenas,
daré paz y libertad.

y abriré un nuevo sendero
á la errante humanidad.

CORO. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!
Quizá ensueños son,
mentidos delirios,
dorada ilusión.

Genios, venid, venid
nuestro mal con el hombre á repartir.

EL POETA

—

Como en nubes que en negra tormenta
precipita violento huracán,
y en confuso montón apiñadas,
de tropel y siguiéndose van,

y visiones y horrendos fantasmas,
monstruos raros de formas sin fin,
y palacios, ciudades y templos,
nuestros ojos figuran allí;

y entre masas espesas de polvo
desparece la tierra tal vez,
cual gigante cadáver que cubre
vil mortaja de lienzo soez:

como zumba sonante á lo lejos
el doliente rugido del mar,
cuando rompe en las rocas sus olas
fatigadas de tanto luchar;

y la brisa en la noche serena
en sus ráfagas trae la canción,
que al compás de los remos entona,
mar adentro quizá un pescador:

así en turbio veloz remolino
el diabólico ejército huyó;
vagarosas pasaron sus sombras,
y el crujir de sus alas sonó.

Y en el yermo fantástico espacio,
largo tiempo se oyó su cantar.

y á lo lejos el flébil quejido
poco á poco armonioso expirar.

Embargada y absorta la mente,
en incierto delirio quedó,
y abrumada sentí que mi frente
un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasía
sus clamores y cántico oí,
y el tumulto y su inquieta porfía
encerrado en mí mismo sentí.

Así al són agudo de bélica trompa,
y al compas del golpe que marca el tambor
brioso en alarde, y magnífica pompa,
en órden desfila guerrero escuadrón.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones
pasan, y los ojos en confuso ven,
brillar aun las armas, ondear los pendones,
fantásticas plumas del viento al vaivén,

relumbrar corazas, y el polvo y la gente,
y se oye á lo lejos un vago rumor,
y queda en su encanto suspensa la mente,
y oir y ver piensa despues que pasó.

Mas ya del primer albor
la luz para tiñe el cielo,
y al naciente resplandor,
Naturaleza su velo
pinta con vario color.

Y se esparce por el mundo
un armonioso contento,
un confuso movimiento
que en pensamiento profundo
[illegible]

¿Es verdad lo que ver creo?
¿Fué un ensueño lo que vi?
[illegible]
[illegible]
[illegible]

CANTO I

Sobre una mesa de pintado pino
melancólica luz lanza un quinqué,
y un cuarto ni lujoso ni mezquino
á su reflejo pálido se ve:
suenan las doce de un reloj vecino
y el libro cierra que anhelante lé
un hombre ya caduco, y cuenta atento
del cansado reloj el golpe lento.

Carga después sobre la diestra mano
la ya rugosa y abrumada frente,
y un pensamiento fúnebre, tirano,
fija y domina, al parecer, su mente:
borrarle intenta en su ansiedad en vano;
vuelve á leer, y en tanto que obediente
se somete su vista á su porfía,
lánzase á otra región su fantasía.

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!»
con sonrisa sarcástica exclamó:
y en la silla tomando otra postura,
de golpe el libro y con desdén cerró:
lóbrega tempestad su frente obscura
en remolinos densos anubló:
y los áridos ojos quemó luego
una sangrienta lágrima de fuego.

«¡Ay! para siempre, dijo, la ufanía
pasó ya de la hermosa juventud,
la música del alma y melodía,
los sueños de entusiasmo y de virtud!...
Pasaron ¡ay! las horas de alegría
y abre su seno hambriento el ataúd,
y único porvenir, sola esperanza,
la muerte á paso de gigante avanza.

«¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?
¡Un misterio también!... Corren los años
su rápida carrera, y escondida
la vejez llega envuelta en sus engaños;
vano es llorar la juventud perdida,
vano buscar remedio á nuestros daños:
¡un sueño es lo presente de un momento,
muerte es el porvenir, lo que fué, un cuento!...

«Los siglos á los siglos se atropellan,
los hombres á los hombres se suceden:
en la vejez sus cálculos se estrellan,
su pompa y glorias á la muerte ceden:
la luz que sus espíritus destellan
muere en la niebla que vencer no pueden,
y es la historia del hombre y su locura
una estrecha y hedionda sepultura!

«¡Oh! si el hombre tal vez lograr pudiera
ser para siempre joven é inmortal,
y de la vida el sol le sonriera,
eterno de la vida el manantial!
¡Oh! ¡cómo entonces venturoso fuera,
roto un cristal, alzarse otro cristal
de ilusiones sin fin, contemplaría
claro y eterno sol de un bello día!...

«Necio, dirán, tu espíritu altanero
¿dónde te arrastra, que insensato quiere
en un mundo infeliz, perecedero,
vivir eterno mientras todo muere?
¿Qué hay inmortal ni aun firme y duradero?
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?
¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?
¡Loco es tu afán, inútil tu lamento!...

Todos más de una vez hemos pensado
como el honrado viejo en este punto;
y mucho nuestros frailes han hablado,
y Séneca y Platón sobre el asunto:
yo, por no ser prolijo ni cansado

(que ya impaciente á mi lector barrunto),
diré que al cabo, de pensar rendido,
tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana
irse á dormir á lo mejor del cuento,
y cortado dejar para mañana
el hilo que anudaba el pensamiento.
Dicen que el sueño del olvido mana,
blando licor que calma el sentimiento;
mas ¡ay! que á veces fijo en una idea,
bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño, y luego
una visión...—¡Visión! frunciendo el labio,
oigo que clama, de despecho ciego,
un crítico feroz.—Perdona ¡oh sabio!
sabio sublime, espérate, te ruego,
y yo te juro por mi honor, ¡oh Fabio!...
si no es Fabio tu nombre, en este instante
á dártelo me obliga el consonante;

juro que escribo para darte gusto
á ti solo, y al mundo entero enojo,
un libro en que á Aristóteles me ajusto
como se ajusta la pupila al ojo:
mis reflexiones sobre el hombre justo
que sirve á su razón, nunca á su antojo,
publicaré después para que el mundo
mejor se vuelva, ¡oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta
un paso más en su inmortal carrera,
cuando algún escritor como yo canta
lo primero que salta en su mollera;
pero no es eso lo que más me espanta,
ni lo que acaso espantará á cualquiera:
terco escribo en mi loco desvarío
sin ton ni son y para gusto mío.

La zozobra del alma enamorada,
la dulce vaguedad del sentimiento,

la esperanza de nubes rodeada,
de la memoria el dolorido acento,
los sueños de la mente arrebatada,
la fábrica del mundo y su portento,
sin regla ni compás canta mi lira:
¡sólo mi ardiente corazón me inspira!

Y á la extraña visión volviendo ahora
que al triste viejo apareció en su sueño
(que algunas veces cuando el alma llora,
la mente en consolarnos pone empeño,
y bienes y delirios atesora
que hacen más duro el despertar, el ceño
de la suerte fatal que en esta vida
nos persigue con alma empedernida),

es fama que soñó... y hé aquí una prueba
de que nunca el espíritu reposa,
y esto otra vez á digresar me lleva
de la historia del viejo milagrosa:
y á nadie asombre que á afirmar me atreva
que siendo al alma la materia odiosa,
aquí para vivir en santa calma,
ó sobra la materia, ó sobra el alma.

Quiere aquélla el descanso, y en el lodo
nos hunde perezosa y encenaga:
ésta presume adivinarlo todo,
y en la región del infinito vaga:
flojo, torpe, á traspiés como un beodo
que con sueños su mente el vino estraga,
la materia al espíritu obedece
hasta que, yerta al fin, cede y fallece.

Llaman pensar así, filosofía,
y al que piensa, filósofo, y ya siento
haberme dedicado á la poesía
con tan raro y profundo entendimiento.
Yo con erudición ¡cuánto sabría!...
Mas vuelta á la visión y vuelta al cuento,
aunque ahora que hasta un sastre es *esprit fort*,
no hay ya visión que nos inspire horror.

Más me valiera el campo lisonjero
correr de la política, y revista
pasar con tanto sabio y financiero,
diplomático, ecónomo, hacendista,
estadista, filósofo, guerrero,
orador, erudito y periodista
que honran el siglo: ¡espléndidos varones,
dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho más sin duda me valiera,
que no andar por el mundo componiendo,
de niño, haber seguido una carrera
de más provecho y de menor estruendo:
que, si no sabio, periodista fuera,
que es punto menos: mas ¡dolor tremendo!
¡mis estudios dejé á los quince años,
y me entregué del mundo á los engaños!

¡Oh padres! ¡Oh tutores! ¡Oh maestros,
los que educáis la juventud sencilla!
Sigan senda mejor los hijos vuestros
donde la antorcha de las ciencias brilla;
tenderos ricos, abogados diestros,
del foro y de la bolsa maravilla,
pueden ser, y si no, sean diputados
graves, serios, rabiosos moderados.

Y si llega á ministro el tierno infante,
llanto de gozo ¡oh padres! derramad
al contemplarle demandar triunfante
á las Cortes un bill de indemnidad.—
Perdón, lector, mi pensamiento errante
flota en medio á la turbia tempestad
de locas reprensibles digresiones.—
¡Siempre juguete fuí de mis pasiones!

Por la inerte materia, vaga incierta
el alma en nuestra fábrica escondida,
á otra vida durmiendo nos despierta,
vida inmortal, á un punto reducida.

De la esperanza la sabrosa puerta
el espíritu abre, y la perdida
memoria renovando, allí en un punto
cuanto fué, es y será, presenta junto.

¿Será que el alma su inmortal esencia,
entre sueños revela, y desatada
del tiempo y la medida su existencia,
la eternidad formula á la espantada
mente obscura del hombre? ¡Oh ciencia! ¡Oh ciencia
tan grave, tan profunda y estirada!
Vergüenza ten y permanece muda:
¿puedes tú acaso resolver mi duda?

Duerme entre tanto el venerable anciano,
mientras que yo discurro sin provecho,
figuras mil en su delirio insano
fingiendo en torno á su encantado lecho.
El sueño su invencible y grave mano
posando silencioso sobre el pecho,
formas de luz y de color sombrío
arroja al huracán del desvarío.

Y como el polvo en nubes que levanta
en remolinos rápidos el viento
formas sin forma, en confusión que espanta
alza el sueño en su vértigo violento,
del vano reino el límite quebranta,
vago escuadrón de imágenes sin cuento,
y otros mundos al viejo aparecían,
y esto los ojos de su mente vían.

En lóbrego abismo que sombras eternas
envuelven en densa tiniebla y horror
do reina un silencio que nunca se altera,
y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,

con lástima y pena, mirando al anciano,
vaporosa sombra de un lejano bien,
de vagos contornos confusa figura,
cual bello cadáver, se alzó una mujer:



de vagos contornos confusa figura,
cual bello cadáver, se alzó una mujer:

El diablo mundo.—*(Pág 194)*

y oyóse en seguida lánguida armonía,
música suave, y luego una voz
cantó, que el oído no la percibía,
sino que tan sólo la oyó el corazón.

«Débil mortal, no te asuste
mi obscuridad ni mi nombre;
en mi seno encuentra el hombre
un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
lejos del mundo un asilo,
donde á mi sombra tranquilo
para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo
en medio el mar de la vida,
y el marinero allí olvida
la tormenta que pasó;
allí convidan al sueño
aguas puras sin murmullo;
allí, se duerme al arrullo
de una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauce
que su ramaje doliente
inclina sobre la frente
que arrugará el padecer:
y duerme al hombre, y sus sienes
con fresco jugo rocía,
mientras el ala sombría
bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa
de los últimos amores,
y ofrezco un lecho de flores
sin espinas ni dolor,
y amante doy mi cariño
sin vanidad ni falsía;
no doy placer ni alegría,
mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,
en mí concluye la duda,
y árida, clara y desnuda
enseño yo la verdad;
y de la vida y la muerte
al sabio muestro el arcano
cuando al fin abre mi mano
la puerta á la eternidad.

Ven, y tu ardiente cabeza
entre mis brazos reposa;
tu sueño, madre amorosa,
eterno regalaré:
ven y yace para siempre
en blanda cama mullida
donde el silencio convida
al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,
que loco al mundo se lanza,
mentiras de la esperanza,
recuerdos del bien que huyó:
mentira son sus amores,
mentiras son sus victorias,
y son mentira sus glorias,
y mentira su ilusión.

Cierre mi mano piadosa
tus ojos al blando sueño,
y empape suave beleño
tus lágrimas de dolor,
yo calmaré tu quebranto
y tus dolientes gemidos,
apagando los latidos
de tu herido corazón.

¿Visteis la luna reflejar serena
entre las aguas de la mar sombría,
cuando se calma nuestra amarga pena,
y siente el corazón melancolía?

¿Y el mar que allá á lo lejos se dilata,
imagen de la obscura eternidad,
y el horizonte azul bañado en plata.
rico dosel que desvanece el mar?

¿Y del aura sutil que se desliza
por las aguas, oísteis el murmullo:
cuando las olas argentadas riza
con blanda queja y con doliente arrullo?

¿Y sentísteis tal vez un tierno encanto,
una voz que regala el corazón,
dulce, inefable y misterioso canto
de vago afán é incomprensible amor?

Blanda así la quimérica armonía
sonó del melancólico cantar:
vibraciones del alma y melodía
de un corazón que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura
los amarillos brazos extendió,
y sus lánguidos ojos de dulzura
al triste viejo con piedad volvió.

Ojos sin luz que su mirada hiela,
íntima, intensa el corazón domina,
en densa sombra los sentidos vela,
en mudo pasmo la razón fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente
poco á poco en sus venas con sabroso
desmayo, y que se trueca su impaciente
afán en un letargo vaporoso:

entorpece sus miembros y embriaga
su mente aquella mágica figura,
la breve luz de su existencia apaga
con su mirada de fatal ternura.

Sus labios besa con mortal anhelo
cariñosa la pálida visión,
y á las entrañas se desprende el hielo
de sus áridos labios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos
desvanecidos de mirar sentía.

los rayos de su luz yertos despojos
que la mirada mágica absorbía.

Por su cuerpo un deleite serpeaba,
sus nervios suavemente entumeciendo,
y el espíritu dentro resbalaba,
grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano
sobre su pecho á reposarla extiende,
y exánime mirándola el anciano,
yerto é inmóvil su destino atiende.

Así el viajero fatigado, cuando
el sueño los sentidos entorpece,
las fuerzas poco á poco van faltando,
y el cuerpo perezoso desfallece,

y perdido en el áspera montaña,
sobre la nieve desplomado cae,
su juicio se devana y enmaraña,
gratas visiones su desmayo trae,

y lenta y muellemente adormecida
la máquina mortal, lánguidamente
bostezar torpe la ondulante vida
entre los brazos de la muerte siente.

¿Será que consumida por los años
sienta placer la vida fatigada,
en dejar de este mundo los engaños,
el término al tocar de su jornada?

¿La trabazón de la materia inerte
desatada, disuelto el campo expira,
y el espíritu, cerca ya la muerte,
por la perdida libertad suspira?

Rendido en tanto el moribundo anciano,
con deleite la eterna paz espera:
su mano estrecha la aterida mano
que marca el fin de su vital carrera,

cuando á otra parte con estruendo el suelo
crujir y el muro de su estancia siente,
y ven sus ojos un inmenso cielo
desarrollarse en luz de oro candente.

Rico manto de lumbre y pedrería
tachonado de soles á millares,
olas de aljofarada argentería,
meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona
en torno á una deidad orlan su frente,
y los rayos de luz de su corona
en un velo la envuelven trasparente.

Majestuosa, diáfana y radiante
su hermosura en su lumbre se confunde,
agitada columna coruscante,
júbilo y vida por doquier difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,
armas, coronas de oro y de laurel,
triunfos, placeres, esplendor, victorias,
ilusiones, riquezas y poder:

eterna vida, eterno movimiento,
los sueños de la dulce poesía,
el sonoro y quimérico concento
de la rica extasiada fantasía:

el eco blando del primer suspiro,
la dulce queja del primer amor,
la primera esperanza y el respiro,
que pura exhala la amorosa flor:

la faz hermosa de la noche en calma
y el son del melancólico laúd,
los devaneos plácidos del alma,
el sosiego y la paz y la virtud:

la santa dicha del hogar paterno,
del amigo la plática sabrosa,
el blando sueño en el regazo tierno
de la feliz, enamorada esposa:

el puro beso del alegre niño
que en torno de sus padres juguetea,
prenda de amor, emblema del cariño
en que el alma gozosa se recrea:

la fe, la religión, bálsamo suave
que vierte en el espíritu consuelo,

y de las ciencias el estudio grave
que alza la mente á la región del cielo:

la máquina del mundo y su hermosura,
que arrobado el espíritu contempla,
la augusta soledad que la amargura
tal vez del alma combatida templa:

de la pasión el goce turbulento,
siguiendo atropellado á la esperanza,
ligero tamo que arrebata el viento
y despeñado á su ilusión se lanza:

el aplauso del mundo y la tormenta,
y el afán y el horrísono vaivén,
el noble orgullo y la ambición sangrienta
de nombre avara y de esplendente prez:

del tronante cañón el estampido,
el lujo y el furor de la batalla,
del corazón el bélico latido,
que hace que hierva la abrasante malla:

el oro que famélico codicia
el hombre, y en montones lo atesora,
alimento infernal de la avaricia,
que hambre más siente cuanto más devora:

la crápula, el escándalo y mareo
de en vicios rica, estrepitosa orgía;
el pudor resistiéndose al deseo,
y mezclándose el vino en la porfía,

la alegre danza en movimiento blando,
que orna voluptuosa liviandad,
al goce, al apetito convidando
con sus mórbidas formas la beldad:

cuanto fingió é imaginó la mente,
cuanto del hombre la ilusión alcanza,
cuanto creara la ansiedad demente,
cuanto acaricia en sueños la esperanza;

la radiante visión maravillosa
brinda con mano pródiga en montón,
y en óptica ilusoria y prodigiosa
pasar el viejo ante sus ojos vió.

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,
y de ella en pos la humanidad entera,
y en torno de ella armónica volviendo
en giro eterno la argentada esfera:

suenan voces y cánticos sonoros
que el aire en ecos derramados hienden,
y ángeles mil en matizados coros
el aire rasgan y en fulgor lo encienden.

Y una voz como ráfaga de viento,
palpitando de vida y de armonía
sobre el vario, magnífico concento,
así cantando resonar se oía:

Salve, llama creadora del mundo,
lengua ardiente de eterno saber:
puro germen, principio fecundo
que encadenas la muerte á tus pies.

Tú la inerte materia espoleas,
tú la ordenas juntarse y vivir,
tú su lodo modelas y creas
miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano
vencedora la muerte tal vez,
de sus restos levanta tu mano
nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,
tú revistes los cielos de azul,
tú la luna en las sombras argentas,
tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,
verde pompa á los árboles das,
melancólica música al río,
ronco grito á las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,
en los valles suspiras de amor,
tú murmuras del aura en las alas,
en el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
en arroyos de hirviente metal,

tú abrillantas la perla que encierra
en su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,
negro manto que agita Aquilón,
con tu aliento los aires enciendes,
tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,
manantial sempiterno de bien,
luz del mismo Hacedor desprendida,
juventud y hermosura es tu sér.

Tú eres fuerza secreta que el mundo
en sus ejes impulsa á rodar,
sentimiento armonioso y profundo
de los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan
incansables artífices son,
del espíritu ardiente cincelan
y embellecen la estrecha prisión.

Tú, en violento, veloz torbellino
los empujas enérgica, y van:
y adelante en tu raudo camino
á otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,
desparecen y llegan sin fin
y en su eterno trabajo se alcanzan,
y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
en tu inmenso taller sin cesar
y en la tosca materia golpean,
y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo oceano
flota el hombre en perpetuo vaivén,
y derrama abundante tu mano
la creadora semilla en su sér.

Hombre débil, levanta la frente,
pon tu labio en su eterno raudal,
tú serás como el sol en Oriente,
tú serás como el mundo inmortal.

Calló la voz, y el armonioso coro
y el estruendo y la música siguió,
y repitiendo el cántico sonoro,
turbas inmensas pasan en montón.

Sus alas lanzan luminosa estela,
como la nave en la serena mar,
y entre su viva luz la luz riéla
más pura de la imagen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba
su cortejo magnífico en redor,
y el viento rompe cual lanzada bomba
sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,
como el que vuelve en sí en el ataúd,
con ansia, angustia y con delirio insano
aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no ser dormido
el alto estruendo en su estupor, sintió,
el intrépido canto hirió su oído,
y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría
que vierte al corazón hielo mortal,
aparta con su afán en su agonía,
volar ansiando á la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,
atento el canto animador escucha,
de la visión de muerte se desprende,
y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,
la luz buscando con su luz excita;
sienten grato calor sus miembros muertos,
con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,
siente volver los juveniles bríos,
y ahuyentan de su frente albas serenas
los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre
su cuerpo bañan y su sien circundan;
torrentes mil de la argentada cumbre,
vertiendo vida, en su esplendor la inundan.

Y bajando la diosa encantadora,
mecida en olas de encendido viento,
en torno de él la tropa voladora
esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,
viste su corazón la fortaleza,
brilla en su frente juvenil tersura,
negros rizos coronan su cabeza.

El alma en su mirar se trasparenta,
mirar sereno, vívido y ardiente,
y su robusta máquina alimenta
la eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,
y en su velo le envuelve y le ilumina,
y á su ruina y su destino enlaza
el destino del mundo y su ruina.

Tú los siglos hollarás,
sonó la voz de la altura,
pasar los hombres verás,
del mundo la edad futura
como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente
y que ilumina tu frente,
pasarán edades cien,
y cual hoy resplandeciente
la iluminará también.

El crudo invierno sombrío,
del pintado abril las flores,
las galas del bosque umbrío,
los rigurosos calores
de los meses del estío

pasarán, y contarás
hora á hora y mes á mes,

y un año y otro verás,
y un siglo y otro después,
sin que se acabe jamás.

Y eternamente bogando,
y navegando contino,
sin hallar descanso, andando
irás siempre, caminando,
sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán,
en perpetuo movimiento,
las naciones morirán,
y se escuchará tu acento
en los siglos que vendrán.

Pero si acaso algún día
lloras tal vez tu orfandad,
y al cielo clamas piedad,
y en lastimosa agonía
maldices tu eternidad,

acuérdate que tú fuiste
el que fijó tu destino,
que ser inmortal pediste,
y arrojarte al torbellino
de las edades quisiste.

Y que el mundo te dará
cuanto el mundo en sí contiene,
que tuyo el mundo será,
y ya para ti previene
cuanto ha tenido y tendrá.

En tanto el luciente coro
repitió luego el cantar,
y remontándose al cielo,
la luz plegándose va
entre nubes de oro y nácar
que esconden á la deidad,
y las voces en los aires
perdidas se escuchan ya

allá en lejana armonía
como un eco resonar:
«Y que el mundo te dará
cuanto el mundo en sí contiene,
que tuyo el mundo será,
y ya para ti previene
cuanto ha tenido y tendrá».

Dicha es soñar cuando despierto sueña
el corazón del hombre su esperanza,
su mente halaga la ilusión risueña,
y el bien presente al venidero alcanza:
y tras la aérea y luminosa enseña
del entusiasmo, el ánimo se lanza
bajo un cielo de luz y de colores,
campos pintando de fragantes flores.

Dicha es soñar, porque la vida es sueño
lo que fingió tal vez la fantasía,
cuando embriagada en lánguido beleño
á las regiones del placer nos guía:
dicha es soñar, y el riguroso ceño
no ver jamás de la verdad impía:
dicha es soñar y en el mundano ruido
vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño á la verdad pasa la vida,
sueño al principio de dorada lumbre,
senda de flores mil, fácil subida
que á un monte lleva de lozana cumbre;
después vereda áspera y torcida,
monte de insuperable pesadumbre,
donde cansada de una en otra breña,
llora la vida y lo pasado sueña.

Sueños son los deleites, los amores,
la juventud, la gloria y la hermosura;
sueños las dichas son, sueños las flores,
la esperanza, el dolor, la desventura:

triunfos, caídas, bienes y rigores
el sueño son que hasta la muerte dura,
y en incierto y continuo movimiento
agita el ambicioso pensamiento.

Siento no sea nuevo lo que digo,
que el tema es viejo y la palabra rancia,
y es trillado sendero el que ahora sigo,
y caminar por él ya es arrogancia.
En la mente, lector, se abre un postigo,
sale una idea y el licor escancia
que brota el labio y que la pluma vierte,
y en palabras y frases la convierte.

Nihil novum sub sole, dijo el sabio.
Nada hay nuevo en el mundo: harto lo siento;
que, como dicen vulgarmente, rabio
yo por probar un nuevo sentimiento:
palabras nuevas pronunciar mi labio,
renovado sentir mi pensamiento
ansío, y girando en dulce desvarío,
ver nuevo siempre el mundo en torno mío.

Uniforme, monótono y cansado
es sin duda este mundo en que vivimos:
en Oriente de rayos coronado,
el sol que vemos hoy, ayer lo vimos:
de flores vuelve á engalanarse el prado,
vuelve el Otoño pródigo en racimos,
y tras los hielos del invierno frío,
coronado de espigas el Estío.

¿Y no habré yo de repetirme á veces,
decir también lo que otros ya dijeron,
á mí á quien quedan ya sólo las heces
del rico manantial en que bebieron?
¿Qué habré yo de decir que ya con creces
no hayan dicho tal vez los que murieron,
Byron y Calderón, Shakespeare, Cervantes,
y tantos otros que vivieron antes?

¿Y aun asimismo acertaré á decirlo?
¿Saldré de tanto enredo en que me he puesto?
¿Ya que en mi cuento entré. podré seguirlo
y el término tocar que me he propuesto?
Y aunque en mi empeño logre concluirlo,
¿á ti no te será nunca molesto,
¡oh caro comprador! que con zozobra
imploro en mi favor, comprar mi obra?

Nada menos te ofrezco que un poema
con lances raros y revuelto asunto,
de nuestro mundo y sociedad emblema,
que hemos de recorrer punto por punto:
si logro yo desenvolver mi tema,
fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
de la vida del hombre y la quimera
tras de que va la humanidad entera.

Batallas, tempestades, amoríos,
por mar y tierra, lances, descripciones
de campos y ciudades, desafíos,
y el desastre y furor de las pasiones;
goces, dichas, aciertos, desvaríos,
con algunas morales reflexiones
acerca de la vida y de la muerte
de mi propia cosecha, que es mi fuerte.

En varias formas, con diverso estilo,
en diferentes géneros, calzando
ora el coturno trágico de Esquilo,
ora la trompa épica sonando:
ora cantando plácido y tranquilo,
ora en trivial lenguaje, ora burlando
conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector, á nuestro humilde anciano,
que inmortal de su lecho se levanta,
lanzarse al mundo, de su dicha ufano,
rico de la esperanza que le encanta:
verás luego también... pero ¿á qué en vano

me canso en ofrecerte empresa tanta,
si hasta que el uno al otro nos cansemos,
tú y yo en campaña caminando iremos?

Más vale prometerte poco ahora,
y algo después cumplirte, lector mío,
no empiece yo con voz atronadora,
y luego acabe desmayado y frío:
no una altiva columna vencedora
que jamás rinda con su planta, impío,
el tiempo destructor, alzar intento:
yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado á todos alcanzar la gloria
de alzar un monumento suntuoso,
que eternice á los siglos la memoria
de algún hecho pasado grandioso:
quédale tanto al que escribió la historia
de nuestro pueblo, al escritor lujoso,
al conde que del público tesoro
se alzó á sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento
(que tal le llama en su modestia suma) (1)
premio dar á su gran merecimiento,
y en pluma de oro convertir su pluma,
al ilustre asturiano, al gran talento,
flor de la historia y de la hacienda espuma;
al necio audaz de corazón de cieno,
á quien llaman el CONDE DE TORENO.

¡Oh gloria! ¡oh gloria! lisonjero engaño
que á tanta gente honrada precipitas!
tú al mercader pacífico, en extraño
guerrero truecas, y á lidiar le excitas;
su rostro vuelves bigotudo, huraño,
con entusiasmo militar le agitas,

(1) En una de las sesiones de esta última legislatura tuvo el egregio conde la llaneza de decir que había erigido á la gloria de su patria un monumento en su Historia de la Revolución de 1808.

y haces que sea su mirada horrenda
susto de su familia y de su tienda.

Tú, al que otros tiempos acertaba apenas
á escribir con fatigas una carta,
animas á dictar páginas llenas
de verso y prosa en abundante sarta:
político profundo en sus faenas,
folletos traza, artículos ensarta,
suda y trabaja, y en manchar se emplea
resmas para envolver alcarabea.

Otros ¡oh gloria! sin aliento vagan
solícitos huyendo acá y allá,
suponen clubs, y con recelo indagan
cuando el gobierno á prisionarlos va:
á éstos si los destierran, los halagan;
nadie en ellos pensó ni pensará,
y andan ocultos y mudando trajes,
creyéndose terribles personajes.

Estos por lo común son buena gente,
son á los que llamamos *infelices*,
hombres todo entusiasmo y poca mente,
que no ven más allá de sus narices:
raza que el pecho denodado siente
antes que ¡oh fiero mandarín! atices
uno de tus legales ramalazos,
que les dobla ante el rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,
que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,
que creyéndose dignos de la historia,
varones de gobierno y de experiencia,
ansiosos de alcanzar alta memoria,
y abusos corregir con su elocuencia,
diputados al fin se hacen nombrar,
tontos de buena fe para callar.

Estos viven después desesperados,
del ministro además desatendidos,

en el mundo político ignorados
y del pueblo también desconocidos:
andan en la cuestión extraviados,
siempre sin tino, torpes los sentidos;
dando á saber con pruebas tan acerbas,
que pierden fuerzas en mudando hierbas.

A todos, gloria, tu pendón nos guía,
y á todos nos excita tu deseo:
apellidarse socio ¿quién no ansía
y en las listas estar del Ateneo?
¿Y quién, aficionado á la poesía,
no asiste á las reuniones del Liceo,
do la luz brilla dividida en partes
de tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van también profanos
en busca de las lindas profesoras,
hombres sin duda en su pensar liviano,
que de todo hacen burla á todas horas,
sin gravedad, de entendimiento vanos,
gentes de natural murmuradoras,
que se mofaran de Villena mismo (1),
invocando los diablos del abismo.

Y yo ¡pobre de mí! sigo tu lumbre
también ¡oh gloria! en busca de renombre
trepar ansiando al templo de tu cumbre,
donde mi fama al universo asombre:
quiero que de tu rayo á la vislumbre
brille grabado en mármoles mi nombre,
y espero que mi busto adorne un día
algún salón, café ó peluquería.

O el lindo tocador de alguna hermosa
coronaré en figura de botella,
lleno mi hueco vientre de olorosa
agua que pula el rostro á la doncella;

(1) Todo el mundo sabe que el marqués de Villena se hizo picar y encerrar en una redoma para renacer inmortal: tengo para mí que ha de ser fastidioso y dulzón al paladar el picadillo de sabio.

L'eau véritable de colonia y rosa;
el rótulo en francés dirá á mi huella:
que de su vida al fin tanto blasón
ha logrado alcanzar Napoleón.

En tanto ablanda, oh público severo,
y muéstrame la cara lisonjera;
esto le pido á Dios, y algún dinero,
mientras sigo en el mundo mi carrera:
y porque fatigarte más no quiero,
caro lector, al otro canto espera,
el cual sin falta seguirá, se entiende
si este te gusta y la edición se vende.

CANTO II (1)

A TERESA

DESCANSA EN PAZ

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
como de Dios al fin obra maestra
por todas partes de delicias lleno,
de que Dios ama al hombre hermosa muestra;
salga la voz alegre de mi seno
á celebrar esta vivienda nuestra;
¡paz á los hombres! ¡gloria en las alturas!
¡cantad en vuestra jaula criaturas!

(*María*, por don *Miguel de los Santos Alvarez*.)

¿Por qué volvéis á la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
á aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?
¡Ay! que de aquellas horas de alegría
le quedó al corazón sólo un gemido,
y el llanto que al dolor los ojos niegan,
lágrimas son de hiel que al alma anegan!

(1) Este canto es un desahogo de mi corazón: sáltelo el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna con el poema. (*N. del A.*)

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
sus alas de carmín y nieve pura,
al sol de mi esperanza desplegando,
pasaban ¡ay! á mi alredor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
el sol iluminaba mi alegría,
el aura susurraba entre las flores,
el bosque mansamente respondía,
las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡oh! ¡cuán suave resonó en mi oído
el bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces cual guerrera nave
que el puerto deja por la vez primera,
y al soplo de los céfiros suave,
orgullosa desplega su bandera.
y al mar dejando que á sus pies alabe
su triunfo en roncos cantos, va velera,
una ola tras otra bramadora
hollando y dividiendo vencedora;

¡ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
de amor volaba, el sol de la mañana
llevaba yo sobre mi tersa frente,
y el alma pura de su dicha ufana:
dentro de ella el amor cual rica fuente,
que entre frescura y arboledas mana,
brotaba entonces abundante río
de ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
exaltaba mi ánimo, y sentía
en mi pecho un secreto movimiento,
de grandes hechos generoso guía:
la libertad con su inmortal aliento

santa diosa mi espíritu encendía
contino imaginando en mi fe pura
sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
del noble Bruto, la constancia fiera
y el arrojo de Scévola valiente,
la doctrina de Sócrates severa,
la voz atronadora y elocuente
del orador de Atenas, la bandera
contra el tirano macedonio alzando,
y al espantado pueblo arrebatando.

El valor y la fe de caballero,
del trovador el arpa y los cantares,
del gótico castillo el altanero
antiguo torreón do sus pesares
cantó tal vez con eco lastimero,
¡ay! arrancada de sus patrios lares,
joven cautiva, al rayo de la luna,
lamentando su ausencia y su fortuna;

el dulce anhelo del amor que guarda
tal vez inquieto y con mortal recelo,
la forma bella que cruzó gallarda,
allá en la noche, entre el medroso velo;
la ansiada cita que en llegar se tarda
al impaciente y amoroso anhelo,
la mujer y la voz de su dulzura,
que inspira al alma celestial ternura;

á un tiempo mismo en rápida tormenta,
mi alma alborotaban de contino,
cual las olas que azota con violenta
cólera, impetuoso torbellino;
soñaba al héroe ya, la plebe atenta
en mi voz escuchaba su destino,
ya al caballero, al trovador soñaba,
y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
que el alma sólo recogida entiende,
un sentimiento misterioso y santo,
que del barro al espíritu desprende:
agreste, vago y solitario encanto,
que en inefable amor el alma enciende,
volando tras la imagen peregrina
el corazón de su ilusión divina.

Yo desterrado en extranjera playa
con los ojos extáticos seguía
la nave audaz que en argentada raya
volaba al puerto de la patria mía:
yo cuando en Occidente el sol desmaya,
solo y perdido en la arboleda umbría,
oír pensaba el armonioso acento
de una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
de la mágica luna se colora,
del sol poniente el lánguido desmayo,
lejos entre las nubes se evapora:
sobre las cumbres que florece el mayo,
brilla fugaz al despuntar la aurora,
cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslízase en el cielo
allá en la noche desprendida estrella:
si aroma el aire recogió en el suelo,
es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
cruza la esfera, y que su planta huella,
y en la tarde la mar olas la ofrece
de plata y de zafir donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura;
mujer que nada dice á los sentidos,
ensueño de suavísima ternura,
eco que regaló nuestros oídos:
de amor la llama generosa y pura,

los goces dulces del placer cumplidos,
que engalana la rica fantasía,
goces que avaro el corazón ansía.

¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella
tanto delirio á realizar alcanza,
y esa mujer tan cándida y tan bella,
es mentida ilusión de la esperanza:
es el alma que vívida destella
su luz al mundo cuando en él se lanza
y el mundo con su magia y galanura
es espejo no más de su hermosura.

Es el amor que al mismo amor adora,
el que creó las sílfides y ondinas,
la sacra ninfa que bordando mora
debajo de las aguas cristalinas:
es el amor que recordando llora
las arboledas del Edén divinas,
amor de allí arrancado, allí nacido,
que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!
¡sentimiento purísimo! ¡memoria
acaso triste de un perdido cielo,
quizá esperanza de futura gloria!
¡huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer! que en imagen ilusoria
tan pura, tan feliz, tan placentera,
brindó el amor á mi ilusión primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
¡ah! ¡dónde estáis que no corréis á mares!
¿Por qué, por qué como en mejores días
no consoláis vosotras mis pesares?
¡Oh! los que no sabéis las agonías
de un corazón, que penas á millares
¡ay! desgarraron, y que ya no llora,
¡piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh! ¡dichosos mil veces! sí, dichosos
los que podéis llorar, y ¡ay! ¡sin ventura
de mí, que entre suspiros angustiosos,
ahogarme siento en infernal tortura!
¡Retuércese entre nudos dolorosos
mi corazón gimiendo de amargura!...
También tu corazón hecho pavesa,
¡ay! llegó á no llorar ¡pobre Teresa!

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,
que fuera eterno manantial de llanto,
tanto inocente amor, tanta alegría,
tantas delicias, y delirio tanto?
¿Quién pensara jamás llegase un día,
en que perdido el celestial encanto
y caída la venda de los ojos,
cuanto diera placer causara enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo
aérea como dorada mariposa,
en sueño delicioso del deseo,
sobre tallo gentil temprana rosa,
del amor venturoso devaneo,
angélica, purísima y dichosa,
y oigo tu voz dulcísima y respiro
tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron
á los cielos su azul y las rosadas
tintas sobre la nieve, que envidiaron
las de mayo serenas alboradas;
y aquellas horas dulces que pasaron
tan breves ¡ay! como después lloradas,
horas de confianza y de delicias,
de abandono, de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
y pasaba á la par nuestra ventura;
y nunca nuestras ansias las contaban,
tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:
las horas ¡ay! huyendo nos miraban,

llanto tal vez vertiendo de ternura,
que nuestro amor y juventud veían,
y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin... ¡Oh! ¿quién impío
¡ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
manantial de purísima limpieza:
después torrente de color sombrío,
rompiendo entre peñascos y maleza,
y estanque en fin de aguas corrompidas,
entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caiste despeñado al suelo,
astro de la mañana luminoso?
Angel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
á este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
del serafín, y en ondas fulgoroso,
rayos al mundo tu esplendor vertía
y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído
ó mujer nada más y lodo inmundo,
hermoso sér para llorar nacido,
ó vivir como autómata en el mundo:
sí, que el Demonio en el Edén perdido,
abrasara con fuego del profundo
la primera mujer, y ¡ay! aquel fuego,
la herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente
que á fecundar el universo mana,
y en la tierra su límpida corriente
sus márgenes con flores engalana:
mas ¡ay! huid: el corazón ardiente
que el agua clara por beber se afana,
lágrimas verterá de duelo eterno,
que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no queréis que llegue un día
en que enredado en retorcidos lazos
el corazón, con bárbara porfía
luchéis por arrancároslo á pedazos:
en que al cielo en histérica agonía
frenéticos alcéis entrambos brazos,
para en vuestra impotencia maldecirle,
y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;
las dulces esperanzas que trajeron,
con sus blancos ensueños se llevaron,
y el porvenir de obscuridad vistieron:
las rosas del amor se marchitaron,
las flores en abrojos convirtieron,
y de afán tanto y tan soñada gloria,
sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡al recordarte siento
un pesar tan intenso!... embarga impío
mi quebrantada voz mi sentimiento,
y suspira tu nombre el labio mío:
pára allí su carrera el pensamiento,
hiela mi corazón punzante frío,
ante mis ojos la funesta losa,
donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte
sombra á que descansar en tu camino
cuando llegabas mísera á perderte,
y era llorar tu único destino:
¡cuando en tu frente la implacable suerte
grababa de los réprobos el sino!...
¡Feliz! la muerte te arrancó del suelo,
y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,
árido el corazón sin ilusiones,
la delicada flor de tu hermosura
ajaron del dolor los aquilones:

sola, y envilecida, y sin ventura,
tu corazón secaron las pasiones;
tus hijos ¡ay! de ti se avergonzaran,
y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
tu rostro cadavérico y hundido,
único desahogo en tu quebranto,
el histérico ¡ay! de tu gemido:
¿quién, quién pudiera en infortunio tanto,
envolver tu desdicha en el olvido,
disipar tu dolor y recogerte
en su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
en ti, mezquina sociedad, lanzada
á romper tus barreras turbulenta;
nave contra las rocas quebrantada,
allá vaga, á merced de la tormenta,
en las olas tal vez náufraga tabla,
que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
y está en mi corazón, un lastimero
tierno quejido que en el alma hiere,
eco suave de su amor primero:
¡ay! de tu luz en tanto yo viviere
quedará un rayo en mí, blanco lucero,
que iluminaste con tu luz querida
la dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
abre su cáliz al naciente día,
¡ay! al amor abrí tu alma temprana
y exalté tu inocente fantasía:
yo inocente también: ¡oh! ¡cuán ufana
al porvenir mi mente sonreía,
y en alas de mi amor con cuánto anhelo
pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
en tus brazos en lánguido abandono,
de glorias y deleites rodeado,
levantar para ti soñé yo un trono:
y allí tú venturosa y yo á tu lado,
vencer del mundo el implacable encono,
y en un tiempo sin horas y medida
ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
áridos ni una lágrima brotaban;
cuando ya su color tus labios rojos
en cárdenos matices cambiaban;
cuando de tu dolor tristes despojos
la vida y su ilusión te abandonaban
y consumía lenta calentura
tu corazón al par de tu amargura:

si en tu penosa y última agonía
volviste á lo pasado el pensamiento;
si comparaste á tu existencia un día
tu triste soledad y tu aislamiento;
si arrojó á tu dolor tu fantasía
tus hijos ¡ay! en tu postrer momento,
á otra mujer tal vez acariciando,
madre tal vez á otra mujer llamando;

si el cuadro de tus breves glorias viste
pasar como fantástica quimera,
y si la voz de tu conciencia oiste
dentro de ti gritándote severa;
si en fin entonces tú llorar quisiste,
y no brotó una lágrima siquiera
tu seco corazón, y á Dios llamaste,
y no te escuchó Dios y blasfemaste;

¡oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!
¡Espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo
morir el corazón desesperado!

Tus mismas manos de dolor mordiendo,
presente á tu conciencia lo pasado,
buscando en vano con los ojos fijos
y extendiendo tus brazos á tus hijos!

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡Ah! yo entre tanto
dentro del pecho mi dolor oculto,
enjugo de mis párpados el llanto
y doy al mundo el exigido culto:
yo escondo con vergüenza mi quebranto
mi propia pena con mi risa insulto.
y me divierto en arrancar del pecho
mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, sí; la cristalina esfera
gira bañada en luz: ¡bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
los campos pinta en la estación florida:
truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

CANTO III

«¡Cuán fugaces los años
¡ay! se deslizan, Póstumo!» gritaba
el lírico latino, que sentía
cómo el tiempo cruel le envejecía,
y el ánimo y las fuerzas le robaba.
Y es triste á la verdad ver cómo huyen
para siempre las horas y con ellas
las dulces esperanzas que destruyen
sin escuchar jamás nuestras querellas.
¡Fatalidad! ¡fatalidad impía!
pasa la juventud, la vejez viene,
y nuestro pie, que nunca se detiene,

recto camina hacia la tumba fría!
Así yo meditaba
en tanto me afeitaba
esta mañana mismo, lamentando
cómo mi negra cabellera riza,
seca ya como cálida ceniza
iba por varias partes blanqueando:
y un triste adiós mi corazón sentido
daba á mi juventud, mientras la historia
corría mi memoria,
del tiempo alegre por mi mal perdido,
y un doliente gemido
mi dolor tributaba á mis cabellos
que canos se teñían,
pensando que ya nunca volverían
hermosas manos á jugar con ellos.

¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!

Perdonad, hombres graves, mi locura,
vosotros los que veis sin amargura
como cosa corriente,
que siga un año al año antecedente,
y nunca os rebeláis contra el destino:
¡oh! será un desatino,
mas yo no me resigno á hallarme viejo
al mirarme al espejo,
y la razón averiguar quisiera
que en este nuestro mundo misterioso
sin encontrar reposo
nos obliga á viajar de esta manera.

Y luego las mujeres, todavía
son mi dulce manía:
ellas la senda de ásperos abrojos
de la vida suavizan y coloran,
y á las mujeres los llorosos ojos
y los cabellos blancos no enamoran!
¡Griegos liceos! ¡Célebres hospicios!
(exclamaba también Lope de Vega

llorando la vejez de su sotana)
que apenas de haber sido dais indicios,
si moristeis del tiempo en la refriega
y ejemplo sois de la locura humana,
¡ah! no es extraño que el que á treinta llega
llegue á encontrarse la cabeza cana!

Adiós, amores, juventud, placeres,
adiós vosotras, las de hermosos ojos,
hechiceras mujeres,
que en vuestros labios rojos,
brindáis amor al alma enamorada;
dichoso el que suspira
y oye de vuestra boca regalada,
siquiera una dulcísima mentira
en vuestro aliento mágico bañada.
¡Ah! para siempre adiós: mi pecho llora
al deciros adiós: ¡ilusión vana!
Mi tierno corazón siempre os adora,
mas mi cabeza se me vuelve cana.

Coloraba en Oriente
el sol resplandeciente
los campos de zafir con rayos de oro
y su rico tesoro
del faldellín de plata derramaba
la aurora y esmaltaba
la esmeralda del prado con mil flores,
brotando aromas y vertiendo amores,
y llenaban el mundo de armonía,
la mar serena y la arboleda umbría,
rizando aquélla sus lascivas olas,
y éstas las verdes copas ondeando,
coronadas de vagas aureolas
á los rayos del sol que se va alzando.

Y era el año cuarenta en que yo escribo
de este siglo que llaman positivo:
cuando el que viejo fué, por la mañana
en vez de hallarse la cabeza cana
y arrugada la frente,

se encontró de repente
joven al despertar, fuerte y brioso,
y el antes fatigoso
del triste corazón flaco latido,
en vigoroso golpe convertido,
y palpitantes conteniendo apenas
la hirviente sangre las hinchadas venas;
y sintió nueva fuerza en los nervudos
músculos antes de calor desnudos,
mientras en su agitada fantasía
volando con locura el pensamiento,
en vaga tropa imágenes sin cuento
de oro y azul el porvenir traía.

El corazón henchido de esperanza,
sin temor de mudanza
mecida el alma en el placer futuro,
el ánimo seguro
tras su ilusión lanzándose á la gloria,
y libre de recuerdos la memoria,
y el alma y todo nuevo,
todo esperanzas al feliz mancebo.

La nube más ligera
no empañaba la atmósfera siquiera
de su nuevo atrevido pensamiento;
nuevo su sentimiento
y pura y nueva su esperanza era:
á su espalda las aguas del olvido
sus antiguos recuerdos se llevaron,
y de la vida con raudal crecido
correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido
que daba el corazón, y era el primero
pensamiento ligero
que formaba la mente, y la primera
nacarada ilusión del alma era:
sus ojos á mirar no se volvían
los recuerdos que huían

y el denso velo de la mente ocultà,
porque muertos habían,
muerto ya está el recuerdo de su nombre
que allá también la eternidad sepulta,
y al despertar amaneció otro hombre.

¿Quién dudará que el nombre es un tormento?
Todo el tiempo pasado
va para siempre atado
al nombre que conserva el pensamiento,
y trae á la memoria
un solo nombre, una doliente historia.
Hilo tal vez de la madeja suelto,
en el nombre va envuelto
el despecho, el placer, las ilusiones
de cien generaciones
que su historia acabaron
y cuyos nombres sólo nos quedaron.

Clavo de donde cuelgan nuestras vidas
en mil jirones pálidos rompidas,
que traen á la memoria
cual rota enseña de pasada gloria:
porque el nombre es el hombre
y es su primer fatalidad su nombre,
y en él se encarna á su existencia unido,
y en su mortal espíritu se infunde,
y en su sér se confunde,
y arranca su memoria del olvido.
Y viviendo de ajena y propia vida,
alma de los que fueron, desprendida
júntanse al alma del que vive y lleva
cual parte de su vida en su memoria
la ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura
metafísica pura,
puro disparatar, y ya no entiendo,
lector, te juro, lo que voy diciendo.

Vuelvo á mi cuento, y digo
que el viejo nuestro amigo

amaneció tan otro y tan ufano,
tan orondo y lozano,
que envidia y gloria diera
á un jerónimo antiguo si le viera.
No hablo de los jerónimos de hoy día,
que, flacos, macilentos,
tal vez recuerdan con la panza fría
la abundancia y la paz de sus conventos.

Tersa y luciente brilla
la morena mejilla:
los afilados dientes
unidos, trasparentes,
entre sus labios de carmín blanquean,
y en negros rizos, por su espalda ondean
los cabellos de ébano bruñido,
en tanto que encendido
fuego sus negros ojos centellean;
y su frente diáfana ilumina
su raudo pensamiento,
prestando á su semblante movimiento
vívido rayo de la luz divina.
Ancha la espalda, levantado el pecho
de férreos nervios hecho
el vigoroso cuerpo, y la belleza
junto á la fortaleza:
maravillosa máquina formada
por ingenio divino
de siglos mil á resistir lanzada
el choque y torbellino.

¡Y el alma! ¡el corazón! ¡la fantasía!
¡Oh! la aurora más pura y más serena
de abril florido en la estación amena
fuera junto á su luz noche sombría.

Nosotros ¡ah! los que al nacer lloramos,
que paso á paso á la razón seguimos,
que una impresión tras otra recibimos,
que ora á la infancia, á la niñez llegamos,

luego á la juventud: ¡ah! no alcanzamos
á imaginar la dicha y la limpieza
del alma en su pureza.
¿Quién no lleva escondido
un rayo de dolor dentro del pecho?
¿Por cuál dichoso rostro no han corrido
lágrimas de amargura y de despecho?
¿Quién no lleva en su alma
¡ay! por muy joven y feliz que sea,
un penoso recuerdo, alguna idea,
que nublando su luz turba su calma?

Tal nuestro padre Adán... Pero dejando
comparaciones frías
que el alma atormentando
nos traen recuerdos de mejores días,
y de aquella fatal, negra mañana
de la flaqueza ó robustez de Eva,
cuando alargó la mano á la manzana
y... pero pluma, queda...
¿á que vuelvo otra vez al Paraíso
cuando la suerte quiso
que no fuera yo Adán, sino Espronceda?
Ni el primer hombre, ni el varón segundo,
sino Dios sabe el cuántos, que no tengo
número conocido, y me entretengo
en este mundo tan alegre y vario
como en jaula de alambres el canario
divertido en cantar mi «Diablo Mundo»,
grandilocuo poema y elocuente,
en vez de hablar allí con la serpiente...
reptil sin instrucción, poco profundo,
poco «espiritual», y al cabo un ente
de fe traidora y de melosa lengua,
el cual tal vez me hubiera pervertido,
y como á Eva, para eterna mengua,
deshonrado además y seducido:
y al fin allí no había
cátedras ni colegios todavía.

Y dejando también mis digresiones,
más largas cada vez, más enojosas,

que para mí son tachas y borrones
de las mejores obras, fastidiosas
haciéndolas, llevando al pacienzudo
lector confuso siempre, aunque es defecto
de escritor concienzudo
que perdona el efecto,
con la intención de mejorar conciencias
con sus disertaciones y advertencias.

El hombre, en fin, se levantó del lecho,
mancebo ardiente y vigoroso hecho,
fuera de sí de esfuerzo y de alegría,
rebosándole el gozo
al rostro y en el alma el alborozo
al impulso secreto que sentía.

Era en el mes de abril una mañana;
con un rayo de sol dorado el viento
alegraba el cristal de su ventana,
y mecidas en blando movimiento
de varios tiestos las pintadas flores,
sus corolas seguían
y al trasparente céfiro esparcían
juveniles aromas y colores.

Desplegaba ligera
entre las flores y el cristal sus alas,
ninfa de la galana primavera,
de su color vestida y ricas galas,
en círculos volando bulliciosa
alegre mariposa,
sus alas dando al sol rico tesoro
de nieve y de zafir con polvos de oro.
Y la aromosa flor que se mecía,
y el aliento del aura enamorada,
y la brillante luz que se bullía,
y el inquieto volar de la encantada
mariposa feliz girando en torno,
imágenes doradas de la vida
eran y rico adorno
que á la ilusión del porvenir convida.

Flores, luces, aromas y colores,
que sueña el alma enamorada cuando
guardan su sueño á su alredor cantando
la virtud, la esperanza y los amores.

Y un alegre rumor que el vago viento
en confundido acento
de la calle elevaba
bullicio de la gente que pasaba
cada cual acudiendo á sus quehaceres,
acá y allá esparcidos,
su afán mezclando y diferentes ruidos
al confuso rumor de los talleres:
escalando á la estancia del mancebo
con estrépito alegre y armonía,
á su encantado pensamiento nuevo
regocijo añadía.

¡Oh mundo encubridor, mundo embustero!
¡quién en la calle de Alcalá creyera
tanta felicidad que se escondiera
y en un piso tercero!
Mas todos son jardines de hermosura,
si con su varia tinta
el alma en su ventura
y mágica ilusión el cuadro pinta:
y el más bello pensil trueca y convierte
del alma la amargura
en páramo erial de luto y muerte!

«¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!»
ha cantado un poeta amigo mío;
mas es fuerza mirarlo así de lleno,
el cielo, el campo, el mar, la gente, el río,
sin entrarse jamás en pormenores
ni detenerse á examinar despacio
que espinas llevan las lozanas flores
y el más blanco y diáfano topacio
y la perla más fina
manchas descubrirá si se examina.

Pero ¿qué hemos de hacer, no examinar?
¿y el mundo que ande como quiera andar?
Pasar por todo y darlo de barato
fuera vivir cual sandio mentecato;
elegir la virtud en un buen medio
es un continuo tedio:
lanzarse á descubrir y alzarse al cielo
cuando apenas alcanza nuestro vuelo
á elevarnos un palmo de la tierra,
miserables enanos,
y con voces hacer mezquina guerra
y levantar las impotentes manos,
es ridículo asaz y harto indiscreto:
vamos andando pues y haciendo ruido,
llevando por el mundo el esqueleto
de carne y nervios y de piel vestido.
¡Y el alma que no sé yo dó se esconde!
Vamos andando sin saber á dónde.

Vagaba en tanto por la estancia, en cueros,
sin respeto al pudor, como un salvaje,
ó como andaba allá por los oteros
floridos del Edén, ó por los llanos,
sin arcabuz ni paje
el padre universal de los humanos,
que sin duda andaría
solo y sin su mujer el primer día;
ó como van aún en las aldeas,
sucias las caras feas
y el cuerpo del color de la morcilla,
los chicos de la Mancha y de Castilla,
nuestro héroe gritando,
gestos haciendo y cabriolas dando,
hasta que al fin al ruido
entró allí su patrón, medio dormido.
Frisaba ya el patrón en los cincuenta,
hombre grave y sesudo,
tenido entre sus gentes por agudo,
con lonja de algodones por su cuenta:
elector, del sensato movimiento

partidario en política, y nombrado
regidor del heroico Ayuntamiento
por fama de hombre honrado,
y odiar en sus doctrinas reformistas
no menos al partido moderado
que á los cuatro anarquistas,
aunque éstos le incomodan mucho más:
por no verlos se diera á Barrabás,
y tiene persuadida á su mujer
que es gente que no tiene qué perder.

Leyendo está «Las ruinas de Palmira»
detrás del mostrador á aquellas horas
que cuenta libres, y á educarse aspira
en la buena moral,
y á la patria á ser útil en su oficio
habiendo ya elegido en su buen juicio,
en cuanto á religión, la natural:
y mirando con lástima á su abuelo
que fué al fin un esclavo,
y el mezquino desvelo
de los pasados hombres y porfías,
rinde gracias á Dios, que el mundo al cabo
ha logrado alcanzar mejores días.
Así filosofando y discurriendo,
sus cuentas componiendo,
cuidando de la villa y su limpieza,
sólo tal vez alguna ligereza
turba su paz doméstica que ha dado
en darle celos su mujer furiosa,
y aunque sobremanera
los celos sin razón ella exagera,
suena en el barrio como cierta cosa,
que aunque viejo, es de fuego,
corriente en una broma y mujeriego.

En la estancia al estruendo y algazara
entra el discreto concejal gruñendo,
y con muy mala cara

de las bromas del huésped maldiciendo;
bromas de un hombre de su edad ajenas,
con un pie en el sepulcro, dando voces,
haciendo el niño y disparando coces...
Mas lo que puede el regidor apenas
(don Liborio) llegar á comprender,
es cómo á tanto escándalo se atreve
un hombre que le debe
cuatro meses lo menos de alquiler.

«¿Es posible, al entrar, dijo don Pablo,
(sin reparar siquiera
que su huésped el mismo ya no era)
que os tiene así tan de mañana el diablo?
¡Vive Dios que os encuentro divertido!...
Parece bien que un viejo que ya tiene
más años que un palmar, hecho un orate
arme él solo más ruido
que cien chiquillos juntos... ¡Botarate!
Más valiera que tantas alegrías
fueran pagar contado
mis cuatro meses y dieciocho días!»

Tal, con rostro indigesto
dijo, y en ademán de hombre enojado,
con desdén la cabeza torció á un lado
y empujó el labio con severo gesto.

Con una interjección y un fiero brinco
digno de Auriol el saltarín payaso,
al grave regidor le salta al paso,
colgándose á su cuello con ahinco
y amorosa locura,
su improvisado huésped, que se afana
(tal simpatiza la familia humana)
por conocer aquel confuso ente
de tan rara figura
que aparece á sus ojos de repente:
y ambas manos le planta
en los carrillos y su faz levanta
por verle bien, y en la nariz le arroja

tan súbita y ruidosa carcajada,
fijando en él su vívida mirada,
que al pequeñuelo regidor enoja.

—¡Cómo! ¡á mí! ¡voto á tal!—gritó en su ira
furioso el pobre concejal en tanto,
viendo aquel taragote con espanto
que con salvaje júbilo le mira,
que le acaricia rudo,
Hércules sin pudor, Sansón desnudo,
con atención tan rara y tan prolija
que al contemplar sus gestos y oir su voz
cada vez más se alegra y regocija
con delirio feroz.
Crujiéndole de cólera los huesos,
en su impotencia don Liborio en vano
á remediar se esfuerza los excesos
de aquel bárbaro audaz y casquivano:
confuso y sin saber quién le ha traído,
ni por dónde ha venido,
ni cómo ni por qué arte prodigioso
su pacífico viejo en tan furioso
huésped se ha convertido.

Su alegre huésped, que le palpa y ríe
como á juguete vil contempla el niño,
que en su brutal cariño
ni un punto le permite se desvíe:
que imperturbable, en tanto que murmulla
el patrón amenazas y razones,
súplicas, maldiciones,
gritos inortográficos le aúlla.

¡Qué hombre formal se vió
en situación jamás tan apurada!
¡Su grave dignidad comprometida,
y aquí la autoridad desconocida
yace además y ajada
con que la sociedad le revistió!

Ya le levanta en alto y examina,
y al verle mal formado y tan pequeño,
le contempla risueño
entre cariño y burla con ternura,
y que un poder providencial le envía
(¡oh presunción del hombre!)se figura
á servirle y hacerle compañía.

En fin los gritos fueron
tales y tantas del patrón las voces,
que todos los vecinos acudieron
al estruendo y estrépito feroces.
Acudió, como era
de su deber, al punto, la primera,
su mujer con vestido de mañana
y tres moños no más en la marmota,
dos de color de rosa, otro de grana,
que aunque el afán de ver quién alborota
la hizo subir con el vestido abierto,
la negra espalda al aire y sin concierto,
la marmota y los lazos con descuido
por el bien parecer se los ha puesto,
que un traje limpio y un semblante honesto
decoro en la mujer dan al marido.
Acudió á la par de ella
un pintor joven, cuya mala estrella
trajo á Madrid con más saber que Apeles,
mas no llegó á pintar, porque el dinero
á su llegada le ganó un fullero
y no compró ni lienzo ni pinceles;
y en la buhardilla vive,
lejos del ruido y pompas de este mundo
junto á Dios nada menos, que el profundo
genio de Dios la inspiración recibe;
mas tanto genio por labor tan fútil
estéril es, la inspiración inútil
y ¡oh prosa! ¡oh mundo vil! no inspiraciones
pide el pintor á Dios, sino doblones.

Un cachazudo médico vecino
del cuarto principal, materialista,

sin turbarse subió, y entre otros vino
un romántico joven periodista,
que en escribir se ocupa folletines,
de alma gastada y botas de charol,
que ora canta á los muertos paladines,
ora escribe noticias del Mogol,
cada línea á real, y anda buscando
mundo adelante nuevas sensaciones,
las ilusiones que perdió llorando,
lanzando á las mujeres maldiciones.

En tanto le ha quitado su gorreta
griega al patrón el héroe, y decidido
sobre su noble frente la encasqueta,
ancho de vanidad, de gozo henchido:
y en cueros con su gorro se pasea
por el cuarto, y gentil se pavonea,
que es natural al más crudo varón
ser algo retrechero y coquetón,
echándole al patrón con desparpajo,
miradas que le miden de alto á bajo
sin hacer caso de sus voces fieras
creyéndole en su estado natural,
ni atender al estrépito infernal
de los que suben ya las escaleras.

Se abrió de golpe la entornada puerta
y de tropel entraron los vecinos,
y hallaron al patrón que hablar no acierta
y al Hércules haciendo desatinos:
su esposa la primera, medio muerta
de espanto y de dolor, gritó: ¡asesino!
porque tiene el amor ojos de aumento
y quita la pasión conocimiento.

Fué del patrón cuando llegó socorro
echarla lo primero de valiente,
y recobrar su dignidad y el gorro,
tomando un ademán correspondiente
y así mirando indiferente el corro,
que es máxima que tiene muy presente



se abrió de golpe la entornada puerta
y de tropel entraron los vecinos...

El diablo mundo.—(*Pág.* 23[illegible])

la de «nihil admirari», y la halló un día
en un tratado de filosofía,

tendió la mano al loco señalando,
y al mismo punto su inocente esposa,
la misma infausta dirección, temblando
con los ojos siguió toda azarosa.
«¡Oh terrible visu!» ¡cuadro infando!
¡Oh! la casta matrona ruborosa
vió... ¿mas qué vió, que de matices rojos,
cubrió el marfil y se tapó los ojos?

Musas, decid qué vió... La Biblia cuenta
que hizo á su imagen el Señor al hombre
y Adán desnudo á su mujer presenta
sin que ella se sonroje ni se asombre,
después se le ha llamado y á mi cuenta,
mientras peritos prácticos no nombre
la familia animal, está dudoso,
entre todos al hombre el más hermoso.

Y muy cara se vende una pintura
de una mujer ó un hombre en siendo buena,
y estimamos desnudo en la escultura
un atleta en su rústica faena:
mas eso no: la natural figura
es menester cubrirla y darla ajena
forma, bajo un sombrero de castor,
con guantes, fraque y botas por pudor.

No que me queje yo de andar vestido,
y ahora mucho menos en invierno,
y que el pudor se dé por ofendido
de ver desnudo á un hombre, lo discierno:
y mucho más si el hombre no es marido,
ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,
que entonces la mujer no tiene culpa
y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí que aquella dama
mujer del concejal... ¡oh! sin lisonja,

¿cómo diré la edad que le reclama
el tiempo que hace ya vive en la lonja,
yo que me precio de galán? la fama,
viéndola hacer escrúpulos de monja,
á los presentes reveló la cuenta
y hubo vecino que la echó cincuenta.

¡Tanto pudor á los cincuenta años!
¡Oh incansable virtud de la matrona!
Después de tanto ataque y desengaños,
en este mundo pícaro que abona
el vicio con sus crímenes y amaños,
el tiempo que peñascos desmorona
no pudo su virtud jamás vencer:
¡oh feliz don Liborio! ¡oh gran mujer!

¿Y habrá de irse sin mirar siquiera
á un monstruo, á un loco? ¿y dejará en el riesgo
á su Liborio con aquella fiera
en trance que ha tomado tan mal sesgo?
No lo permita Dios: Liborio muera
y ella también con él. Y aquí yo arriesgo
por seguir en octavas este canto
débilmente contar «dévouement» tanto.

Ella, la pobre, á su pesar forzada
á ver un hombre en cueros que no es
su esposo, con rubor una mirada
le echó de la cabeza hasta los pies;
y aunque fuerte, y honesta, y recatada,
un pensamiento la ocurrió después;
que la mujer al cabo menos lista
tiene en su corazón algo de artista.

Y al contemplar las formas majestuosas,
la robustez del loco y carnes blancas,
recordó suspirando las garrosas
del pobre regidor groseras zancas.
Son las comparaciones siempre odiosas,
siempre, y en el archivo de Simancas,

si no me engaño, pienso haber leído
que en el símil perdió siempre el marido.

¡Oh cuán dañosas son las bellas artes!
¡Y aun más dañosa la afición á ellas!
A sus maridos estudiar por partes
¡cuántas extravió mujeres bellas!
No pensó más moléculas Descartes,
ni en más rayos se parten las estrellas,
que en partes ¡ay! una mujer destriza
á su esposo infeliz y lo analiza.

Y á par que en él aplica el analítico,
al ajeno varón le echa el sintético,
y al más fuerte marido encuentra estítico,
y al más débil galán encuentra atlético:
juzga al primero un corazón raquítico
halla en el otro un corazón poético,
la palabra de aquél ruda y narcótica
y la del otro tímida y erótica.

Y á mí este juicio me parece exacto,
y parézcales mal á los maridos,
que ellos han hecho con el mundo un pacto
y sus derechos son reconocidos;
y si tienen mujer, justo «ipso facto»
es que su condición lleven sufridos,
que habla con su mujer el que se casa
y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente
de la honrada mujer del concejal,
fué sin pasión juzgado estrictamente
cuando más un pecado venial:
la honrada dueña que no sea siente
(y este es su sentimiento natural)
tan membrudo, tan noble y vigoroso
como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa además siente también
que no se ha de saber por mí tampoco,
ya que ella la reserva y hace bien,
que al cabo el hombre aquel no es más que un loco:

hay quien dice además que con desdén
vió desde entonces y le tiene en poco
(tal impresión en ella el huésped hizo)
á un mozo de la tienda asaz rollizo,

«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»
mas la verdad (si la verdad se puede
en materia decir tan espinosa)
es (y perdón la pido si se excede
mi pluma, en lo demás tan respetuosa)
—y esto ¡oh lector! entre nosotros quede—
mas no lo he de decir, que es un secreto
y siempre me he preciado de discreto.

¿Quién es el hombre aquél? ¿quién le ha traído?
¿á dónde el viejo está que allí vivía?
¿cómo y de donde en cueros ha venido?
La noche antes don Liborio había
visto en su cuarto al viejo recogido,
su cuenta preparada le tenía,
y cuando el ruido á averiguar hoy entra,
desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos entre tanto,
que por tal al momento le tuvieron,
y tal belleza y desenfado tanto
confiesan entre sí que nunca vieron:
viéranlo con deleite si el espanto
que al encontrarlo súbito sintieron
les dejara admirarle, pero el susto
hasta á la dueña le acibara el gusto.

El los mira también entre gustoso
y extrañado, con plácido semblante,
con benévola risa cariñoso
señalando al patrón que está delante,
y festejar queriéndole amoroso
fija la vista en él, y al mismo instante
la mano alarga y el patrón la evita,
se echa hacia atrás amedrentado y grita.

Y su desvío y desdeñoso acento
sin comprender tal vez y ya impaciente
el nuevo mozo, entre jovial y atento,
de un salto avanza á la agolpada gente;
en pronta retirada un movimiento
todos hicieron, y hasta el más valiente,
el audaz regidor lo menos cinco
escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura
fuera trabar tan desigual combate
con un loco de atlética figura
capaz de cometer un disparate:
gritando «¡atarlo!» bajan con presura;
gran medida, mas falta quien le ate;
veloz el loco y más veloz que un gamo
prepárase á saltar de un brinco un tramo.

¡Oh confusión! que al verle de repente,
rápido desprenderse de lo alto,
cada cual baja atropelladamente,
con gritos de terror, de aliento falto:
rueda en montón la acobardada gente,
y el regidor, queriendo dar un salto,
entre los pies del médico se enreda,
se ase á su esposa, y con su esposa rueda.

Y el médico también rueda detrás,
á un tobillo cogido del patrón;
entrégase el pintor á Barrabás,
que en un callo le han dado un pisotón;
ármase un estridor de Satanás,
el poeta ha perdido una ilusión,
que ha visto de la dama no sé qué
y á más acaba de torcerse un pie.

Y acude gente, y el rumor aumenta,
y llénase el portal, crece el tumulto,
su juicio cada cual por cierto cuenta,
y se pregunta y se responde á bulto:

dicen que es un ladrón, hay quien sustenta
que al pueblo de Madrid se hace un insulto,
prendiendo á un regidor, y que él resiste
á la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola
al sitio en que se alzaba Mariblanca,
y la nueva fatal de que tremola
ya su pendón, y que asomó una zanca
el espantoso monstruo que atortola
al más audaz ministro, y lo abarranca,
el «Bú» de los gobiernos, la anarquía,
llegó aterrado á la secretaría.

Ordenes dan que apresten los cañones,
salgan patrullas, dóblense los puestos,
no se permitan públicas reuniones,
pesquisas ejecútense y arrestos;
quedan prohibidas tales expresiones,
obsérvense los trajes y los gestos
de los enmascarados anarquistas
y de sus nombres que se formen listas.

Que luego al son de guerra se publique
la ley marcial, y á todo ciudadano,
cuyo carácter no le justifique,
luego por criminal que le echen mano;
que á vigilar la autoridad se aplique
la mansión del congreso soberano,
y bajo pena y pérdida de empleos,
sobre todo, la casa de Correos.

Pásense á las provincias circulares,
y en la «Gaceta» en lastimoso tono
imprímanse discursos á millares
contra los clubs y su rabioso encono:
píntense derribados los altares,
rota la sociedad, minado el trono,
y á los cuatro malévolos de horrendas
miras, mandando y destrozando haciendas.

¡Oh cuadro horrible! ¡pavoroso cuadro!
pintado tantas veces y á porfía
al sonar el horrísono baladro
del monstruo que han llamado la anarquía.
Aquí tu elogio para siempre encuadro,
que á ser llegaste el pan de cada día,
cartilla eterna, universal registro
que aprende al gobernar todo ministro.

¡Oh cuánto susto y miedos diferentes,
cuánto de afán durante algunos años
con vuestras peroratas elocuentes
habéis causado á propios y aun á extraños!
Mal anda el mundo, pero ya las gentes
han llegado á palpar los desengaños,
y aunque cien tronos caigan en ruina
no menos bien la sociedad camina.

¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
turba de viejos que ha mandado y manda!
Ruinas soñar os hace y precipicios
vuestra codicia vil que así os demanda.
¿Pensáis tal vez que los robustos quicios
del mundo saltarán si aprisa anda
porque son torpes vuestros pasos viles,
tropel asustadizo de reptiles?

¿Qué vasto plan, qué noble pensamiento
vuestra mente raquítica ha engendrado?
¿Qué altivo y generoso sentimiento
en ese corazón respuesta ha hallado?
¿Cuál de esperanza vigoroso acento
vuestra podrida boca ha pronunciado?
¿Qué noble porvenir promete al mundo
vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,
gusanos que roéis nuestra semilla,
vuestra letal respiración apaga
la luz del entusiasmo, apenas brilla:

pasad, huid, que vuestro tacto estraga
cuanto toca, corrompe y lo mancilla;
sólo nos podéis dar, canalla odiosa,
miseria y hambre y mezquindad y prosa.

Basta, silencio, hipócritas parleros,
turba de charlatanes eruditos,
tan cortos en hazañas y rastreros
como en palabras vanas infinitos;
ministros de escribientes y porteros,
de la nación eternos parásitos;
basta, que el corazón airado salta,
la lengua calla y la paciencia falta.

Mientras alarma el ministerio toca
y se junta la tropa en los cuarteles,
y ve la gente con abierta boca
edecanes á escape en sus corceles
cruzar las calles, y al motín provoca
el gobierno con bandos y carteles,
y andan por la ciudad jefes diversos
cuyos nombres no caben en mis versos,

como el jefe político y sus rondas,
capitán general, gobernador,
los que por mucho ¡oh monstruo! que te escondas
darán contigo en tu mansión de horror;
como del mar las agolpadas ondas,
al ímpetu del viento bramador,
la calle entera de Alcalá ocupando
se va la gente en multitud juntando.

Y ya el discorde estrépito aumentaba
y la mentira y el afán crecía
y la gente á la gente se empujaba,
codeaba, pisaba y resistía:
el semblante y los ojos empinaba
cada cual para ver si algo veía,
y en larga hilera están ya detenidos
gentes, carros y coches confundidos.

Como bosque de palmas que al violento
ímpetu dobla la gallarda copa,
cuando apiñado lo recoge el viento
y con su manto anchísimo lo arropa,
así ondula con sordo movimiento
en la ancha calle la agolpada tropa,
y la apiñada muchedumbre ruge
al vaivén rudo de su propio empuje.

Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,
la agitación del popular tumulto,
y un pánico terror entre el gentío
con asombro común resbala oculto:
y en tan revuelto y congojoso lío,
con ronca voz y con violento insulto
contrarios intereses y pasiones
se abren plaza á codazos y empujones.

Y como negra nube en el verano,
desátase en violento torbellino,
y piedras llueve, y el dorado grano,
arroja al viento en raudo remolino;
súbito rompe el populacho insano,
se esparce y atropéllase sin tino,
y huyen acá y allá, y allá y acá
corre la gente sin saber do vá.

Ya habrá el lector, si como yo del ruido
y bulla popular y movimiento
alguna vez aficionado ha sido,
y con juicio observó y detenimiento,
visto alguno tal vez tan aturdido
de la fuga en el crítico momento,
que dos horas después si lo ha encontrado,
del ímpetu primero aun no ha aflojado.

Y en bandadas derrámase y se extiende
la antes amontonada muchedumbre,
como gorriones que el gañán sorprende
vuelan del llano á la lejana cumbre:

nadie á la voz del compañero atiende,
nadie acude á la ajena pesadumbre,
nadie presta favor y todos gritan
y en confuso tropel se precipitan.

Y allí la voz aguardentosa truena,
grita asustada la afligida dama,
ladran los perros y las calles llena
la gente que en tumulto se derrama:
suspende el artesano su faena,
cuidoso el mercader sus gentes llama,
puertas y tiendas ciérranse añadiendo
nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura
cada cual su comercio y mercancía,
y como alguno entre el tropel procura
mostrar serenidad y valentía,
y en torno de él la multitud conjura,
á reunirse con calma, y sangre fría
aconseja, mirando alrededor
con ojos que desmienten su valor.

Y otros audaces de intención dañina,
gózanse en el tumulto y de repente
donde la gente más se arremolina
prontos acuden á aturdir la gente:
y huyen para aumentar la tremolina
y confusión, y contra el más paciente
espectador pacífico se estrellan,
y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan
perora aquél y el otro hazañas cuenta,
páranse en corro y furibundos votan,
y un solo grito acaso el corro ahuyenta;
y aquéllos de placer las palmas frotan,
y éste el sombrero estropeado tienta,
páranse y el aliento ahogado exhala,
y el tambor va tocando generala.

Y algunos nacionales van saliendo,
el ánimo á la muerte apercibido,
el motín y su suerte maldiciendo
con torvo ceño y gesto desabrido;
y con voz militar, *Adiós*, diciendo
á su aterrada cónyuge el marido,
al són del parche y á la voz de alarma
carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones
y órdenes mil el ministerio expide,
envuelta en mil diversas confusiones
la autoridad en fin nada decide;
y hay quien demanda á gritos los cañones,
y quien las cargas de lanceros pide,
y tal vez otro cavilando calla
si escogerá la lanza ó la metralla.

Y en tanto que en Madrid, cual se derraman
por las faldas del rojo Mongibelo
de lava mil torrentes, que recaman
con ígneas cintas el cremante suelo,
turbas de gente alborotadas braman
y se derraman con insano anhelo,
en turbiones las calles inundando
los unos á los otros espantando:

súbito con asombro ve la gente
que aun al portal del regidor espera,
salir desnudo á un hombre de repente
con veloz, violentísima carrera;
y otro tras él con cólera impotente,
chico y gordo y vestido á la ligera,
afligido, empolvado y sin aliento,
todos los pelos de la calva al viento;

y á una mujer también desaliñada,
y seis ó siete más llenos de espanto,
todos tras él gritando con turbada
voz, *que tengan al loco*, y entre tanto

por la calle, la faz alborozada,
el loco va con regocijo tanto,
que causa gusto el verle tan esbelto
andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente, viendo la figura
desnuda de aquel hombre que corría
rápido como el viento, y la premura
de la turba que ansiosa la seguía,
y las voces oyendo, y la locura
temiendo del que loco parecía,
sin otra reflexión viento tomaron,
y hasta tomar distancia no pararon.

Mas luego que la calma sobrevino
y los más animosos acudieron,
y que era huír un necio desatino
los menos advertidos conocieron,
y á todos de saber el caso vino
curiosidad, hacia el patrón corrieron,
que eran el nuevo joven y el patrón
de tanto laberinto la ocasión.

Y en corro el caso del patrón indagan,
y discuten tal vez puntos sutiles,
y los magines desvariando vagan
perdidos de la historia en los perfiles;
y oyen discursos sin que satisfagan
los discursos las mentes varoniles
que ansían profundizar, y nadie entiende
el caso que el patrón contar pretende.

—Es pues el caso, el regidor decía,
que este viejo es un loco huésped mío,
trocado en joven de la noche al día.
—Mirad que estáis diciendo un desvarío.
—Yo cuento la verdad.—¡Necia porfía!
Está loco.—Señores no me río,
Yo no discurro nunca á troche y moche,
era un viejo á las doce de la noche.

—Vamos, el regidor perdió un sentido.
—Si eso no puede ser.—¡No hay quien me asista!
gritaba la mujer, es un perdido,
un servil, un ladrón, un anarquista:
ha querido matar á mi marido.
—Y á vos os viola si no andáis tan lista,
la repuso un chuzón cara de pillo
que alegraba con chistes el corrillo.

—Yo dije que era un viejo, ahora no digo
que no sea joven.—Id y el diablo os lleve.
—Y ahora se me va...—Sois un bodigo.
—Con más de cuatro meses que me debe.
—Vos os contradecís.—Me contradigo
y no me contradigo.—Que lo pruebe,
gritaba el chusco de la faz burlona;
idos, buen hombre, á reposar la mona.

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,
párase, corre, alborozado grita,
mira alegre en redor, nada recela,
cuanto le cerca su entusiasmo excita:
palpar, gritar, examinar anhela
cuanto mira y en torno de él se agita,
como al amor del maternal cariño
mira la luz embelesado el niño.

¡Pobre inocente, alma que entretiene
el mundo, le divierte cual gracioso
juguete, y á mirarle se detiene
con pueril regocijo candoroso!
La luz, las gentes en conjunto viene
todo á herirle, cual juego luminoso
de prodigioso mágico que alzara
ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad, y el sol, y sus colores,
la gente, y el tumulto, y los sonidos
en grata confusión de resplandores
y de armonías llega á sus sentidos,

cual las que esmaltan diferentes flores,
los verdes prados por abril floridos
confunden con sonoro movimiento
ruido y colores, si las mece el viento.

Y les presta su alma su hermosura,
y el corazón su amor y lozanía,
su mente les regala su frescura,
y su rico color su fantasía:
les da su novedad luz y tersura,
regocijo les presta su alegría,
que el alma gozo al contemplarse siente
del mundo en el espejo transparente.

Y en continuo cambio y movimiento,
y algazara, y bullicio alegre y vario,
movido por recóndito portento
ve el mundo cual magnífico escenario:
lámpara el sol meciéndose en el viento,
y obras de artificio estatuario
las figuras que en rápido tumulto
cruzan, y anima algún resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho
que en sí propia su alma se alimenta,
latir sintiendo alborozado el pecho,
nada se explica ni explicarse intenta:
corre al placer de su ilusión derecho,
de su mismo placer sin darse cuenta,
que del placer que se gozó sin tasa,
nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre inocente, alma que no sabe
que sólo al niño su inocencia abona,
y que en el mundo compasión no cabe
que en la inocencia mofador se encona.
Alma llena de fe, cándida ave
que dulces trinos en el bosque entona:
que sencilla de rama en rama vuela,
sin que su gracia al cazador conduela.

Alma que en la aflicción y la agonía
del alboroto popular y estruendo,
grata danza de amor y de alegría
con indecible júbilo está viendo:
cánticos la espantosa gritería
piensa tal vez, en su ilusión creyendo:
animadas escenas placenteras
el susto de la gente y las carreras.

Y á tomar parte en el común contento
lánzase y rompe, y en mitad se arroja
del bullicio más rápido que el viento,
y en torno de él la gente se amanoja:
ni cura del ajeno sentimiento,
ni de verse desnudo se sonroja,
y ora forman en torno de él corrillos,
ora le sigue multitud de pillos.

Fué aquel día el asombro de la villa
y escándalo de todo hombre sesudo,
yendo tras él de gente una traílla
que aterra á veces su ademán forzudo:
allí corren los chicos, aquí chilla
una mujer al verle andar desnudo,
y algunas que los ojos se taparon
por pronto que acudieron le miraron.

Y andando así, la gente ya le acosa,
y alguno allí de condición liviana,
quiere que pruebe la intención graciosa
y el trato afable de la especie humana:
y arrojándole piedras con donosa
burla por gusto é intención villana,
le hizo el dolor sentir para que sepa
que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro mozo apenas
y su dicha y el mundo bendecía,
é inocentes miradas y serenas
vertiendo en torno afable sonreía,

cuando la bruta gente á manos llenas
lanzaba en él cuanto dolor podía,
que en traspasar disfrutan los humanos
su dolor en el alma á sus hermanos.

Sintió el dolor, y el rostro placentero
súbito coloró de azul la ira,
y ya el semblante demudado y fiero
con ojos torvos á la gente mira,
huye el cobarde vulgo á lo primero,
piedras después sin compasión le tira,
gritan: *al loco*, y con temor villano
huyen y le señalan con la mano.

¿Quién de nosotros la ilusión primera
recuerda acaso en su niñez perdida?
¿Cuál fué el primer dolor, la mano fiera
que abrió en el alma la primera herida?
¡Ay! desde entonces, sin dejar siquiera
un solo día, siempre combatida
el alma de encontrados sentimientos,
ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ¡ay! que aquel dolor fué tan agudo,
que el alma atravesó sin duda alguna;
fué de todos los golpes el más rudo
que injusta nos descarga la fortuna,
cuando inocente el corazón desnudo,
en el primer columpio de la cuna,
se abre el amor en su ilusión divina,
y en él se clava inesperada espina.

¡Y después! ¡y después!... Así el mancebo,
hombre en el cuerpo y en el alma niño,
todo á sus ojos reluciente y nuevo,
todo adornado con gentil aliño,
del falso mundo el engañoso cebo
corre y brinda bondad, brinda cariño,
y el mundo, que al placer falaz provoca,
dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje: el mundo por su amor se encarga
como un chorizo de curarla al humo,
y de hiel rica quinta esencia amarga
sacar para bañarla con su zumo:
luego la ensancha más, luego la alarga,
la esquina, en fin, con artificio sumo,
hasta que endurecida y hecha callo,
suave al tacto le parece un rallo.

Grave dolor el del mancebo ha sido,
grave dolor, porque de aquella gente
la injusticia y crueldad ha comprendido
con que paga su amor tan inocente:
no en el cuerpo, en el alma le han herido,
que es niña el alma y varonil la mente
y de juicio y razón Dios le ha dotado
para que juzgue el mal que le ha tocado.

Sintió primero cólera, y pasando
el físico dolor al pensamiento,
volvió los ojos tristes implorando
piedad con amoroso sentimiento,
madre tal vez en su dolor buscando,
que temple con caricias su tormento;
mas los hombres no sirven para madres,
y aun apenas si valen para padres.

Cuando llegó un piquete, y bien le avino,
que la gente ahuyentó con su llegada,
y el mozo agradecido á su destino
miraba con placer la gente armada:
pregúntanle después de dónde vino,
cómo va en cueros, dónde es su morada,
y él, que no sabe hablar, nada responde,
los mira, y sigue sin saber adónde.

¿Y adónde va? á la cárcel prisionero,
que andar desnudo es ser ya delincuente;
él entre tanto observa placentero
los colores que viste aquella gente:
y de una bayoneta lo primero,

al mirarla tan tersa y reluciente,
tocó la punta en su delirio insano,
y en su inocente afán se hirió una mano.

Y éste fué entonces el dolor segundo,
y dejaremos ya de llevar cuenta,
que para algo Dios nos echa al mundo,
y la letra con sangre entra y se asienta;
y así la razón gana, así el profundo
juicio con la experiencia se alimenta,
y porque aprenda, el mundo así recibe
al que no sabe cómo en él se vive.

CANTO IV

Rizados copos de nevada espuma
forma el arroyo que jugando salta,
ricos países de vistosa pluma
en campos de aire el pajarillo esmalta:
álzase lejos nebulosa bruma,
de sombra rica, si de luces falta;
y el verde prado y el lejano monte
muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
su manto en el Oriente el alba tiende,
y blanca, y pura, y regalada lumbre
de su frente de nácares desprende:
cándida silfa á su fugaz vislumbre
el aire en torno sonrosado enciende,
y en su fuente la ondina voluptuosa
se mece al són del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina
del hondo mar sobre la rubia espalda,
ráfagas dando de su luz divina,
mécese el sol en lechos de esmeralda:

la niebla á trozos quema y la ilumina
del terso azul por la tendida falda,
y de naranja, y oro, y fuego pinta
sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena
y en la de flores mil fértil llanura,
y en el seno del agua que serena
se desliza entre franjas de verdura,
el ruido alegre y bullicioso suena
de seres mil que cantan su ventura,
prestando su algazara y movimiento
voz á las flores, y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan
coronadas de gotas de rocío,
las avecillas revolando cantan
al blando són del murmurar del río:
chispas de luz los aires abrillantan,
salpicando de oro el bosque umbrío;
y si el aura á la flor murmura amores,
la flor le brinda aromas y colores.

Y resonando... etcétera; que creo
basta para contar que ha amanecido,
y tanta frase inútil y rodeo,
á mi corto entender no es más que ruido:
pero también á mí me entra deseo
de echarla de poeta, y el oído,
palabra tras palabra colocada,
con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecía,
y ni el prado ni el bosque vienen bien,
que este segundo Adán no verá el día
nacer en los pensiles del Edén,
sino en la cárcel lóbrega y sombría,
que su pecado cometió también,
viniendo al mundo por extraño hechizo,
y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió entre tanto por Madrid la fama
de aquella aparición del hombre nuevo,
de como viejo se acostó en su cama,
y al despertar se levantó mancebo.
Nueva de que era causa se derrama
del gran tumulto que contado llevo,
cuando atento el patrón, subiendo al ruido,
halló en otro á su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo,
muchos que ni aun se ocupan de sí mismos;
otros, que las desgracias de un rey godo
leen en la historia, y sufren paroxismos:
quien por saber la cosa, y de qué modo
pasó, y contarla luego, á los abismos
es capaz de bajar, quien nunca sabe
si no es de aquello en que interés le cabe.

Quien por saber lo que á ninguno importa
anda desempolvando manuscritos,
para luego dejar la gente absorta
con citas y con textos eruditos;
otro almacena provisión no corta
de hechos recientes, cuentos infinitos
y mentiras apaña, y cuanto pasa,
se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento,
aquí en la capital ha sucedido,
y es tanta la jarana y movimiento
en que su vecindario anda metido
que muchos no tendrán conocimiento
de un caso no hace mucho acontecido;
y á otros tal vez tan verdadera historia
se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo, como escritor muy concienzudo
incapaz de forjar una mentira,
confesaré al lector que mucho dudo
de la verdad del caso que le admira:

contaré el cuento con mi estilo rudo
al bronco són de mi cansada lira,
y el hecho á otros afirmar les dejo,
de haberse el mozo convertido en viejo.

Como me lo contaron te lo cuento,
y yo de la verdad sólo respondo
de que el mozo salvaje del portento
anda alegre por ahí mondo y lirondo;
raro misterio que en conciencia siento
no poder descifrar por más que ahondo;
mas ¿qué mucho si necio me confundo
sin saber para qué vine yo al mundo?

Que no es menor misterio este incesante
flujo y reflujo de hombres, que aparecen
con su cuerpo y su espíritu flotante,
que se animan y nacen, hablan, crecen,
se agitan con anhelo delirante,
para siempre después desaparecen,
ignorando de dónde procedieron,
y adónde luego para siempre fueron.

Basta saber que nuestro héroe existe,
sin entrarse á indagar arcano tanto,
que tiene para estar alegre ó triste
risa en los labios y en sus ojos llanto,
que come, bebe, duerme, calza y viste
ya más civil en este cuarto canto,
y que Adán en la cárcel le pusieron
cuando desnudo como Adán le vieron.

Basta saber que el Diario, en su importante
sección que casos de la corte cuenta,
en estilo variado y elegante
que el interés del sucedido aumenta,
refiere este suceso interesante
al número dos mil seiscientos treinta,
y como sigue causa, el parte dado,
no me acuerdo qué juez de qué juzgado.

Y todos los de todos los colores
periódicos (¡amable cofradía!)
que se apellidan ya conservadores,
ya progresistas, y que en lucha impía,
cebo de los políticos rencores,
mondan y pulen la cuestión del día,
de ilustración vertiendo ricas fuentes
en caudales fructíferos torrentes.

Ahondando la cuestión de estrago tanto,
buscando el móvil de motín tan fiero,
hallaron unos y otros con espanto
que era un pagado y vil aventurero,
no disfrazado bajo el noble manto
de la santa virtud, sino altanero,
agente digno de la trampa impía,
saliendo en carnes á la luz del día.

Y acusó cada cual á su contrario
de haber pagado y encerrado al loco,
y del absurdo cuento estrafalario
que honra por cierto su invención muy poco:
cuál al gobierno acusa atrabiliario,
cuál supone en los clubs que se halla el foco,
sin que ninguno ser quiera en su ira
autor de tan *ridícula mentira.*

Y con lógica sana y juicio recto
probaron, como cuatro y tres son siete,
que no cabe en el más rudo intelecto
que se convierta un viejo en mozalbete:
y alguno, á los milagros poco afecto,
con odio á todo clerical bonete,
probó que nada, en un sabio discurso,
basta del mundo á trastornar el curso.

Y yo quedé de entonces convencido
casi de que era mentiroso el cuento,
aunque siempre mis dudas he tenido,
que es muy dado á dudar mi entendimiento:

y cuanto llevo hasta ahora referido
ni lo afirmo, oh lector, ni lo desmiento,
que por mi honor te juro lo quisiera
que nadie mentiroso me creyera.

Y casi casi arrepentido estoy
de haber tomado tan dudoso asunto,
y de á pública luz sacarlo hoy,
que la incredulidad llega á tal punto;
mas ya adelante con mi cuento voy
al són de mi enredado contrapunto,
que es mi historia tan cierta y verdadera
como lo fué jamás otra cualquiera.

Es el caso que Adán, preso y desnudo,
hace ya un año que en la corte vive,
do con áspero trato y ceño rudo
áspera y ruda educación recibe:
es cada cual allí doctor sesudo
que practicando de su ciencia vive,
tomos que enseñan más filosofía
que cien años de estudio en sólo un día.

Sociedad de filósofos aquella,
andar allí desnudo á nadie espanta,
antes más bien pondrán pleito y querella
al que lleve chaqueta, capa ó manta;
y así á nadie extrañó cuando su estrella
trajo allí al joven que mi lira canta;
y un año desde entonces ha corrido
y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto á traje y nada más se entiende
que la sana razón su juicio aploma,
sus sentidos aviva y los enciende,
y su rústico ardor desbrava y doma.
La gracia y ademán del jaque aprende,
las más punzantes voces del idioma,
y á sufrir y á callar, y á caso hecho,
guardarse la intención dentro del pecho.

Y como el juicio su talento rija,
comprende de derechos y deberes
el intrincado código que fija
los goces de aquel mundo y padeceres:
y el noble ardor que el corazón le aguija
en ansia de dominio y de placeres
y su hercúlea simpática figura
del ajeno respeto le asegura.

Ni chispa ni pillada se le escapa,
ni gracia alguna sin respuesta queda,
ni las cartas mejor ninguno tapa
cuando entre amigos el cané se enreda:
revuelta al brazo con desdén la capa,
con él, navaja en mano, no hay quien pueda,
que en la cárcel ahora ya no hay pillo
que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni lo hay más suelto y agil, ni quien sea
más diestro á la pelota y á la barra,
ni más vivo y sereno en la pelea,
ni de apostura tal ni tan bizarra;
y á tanto va su gracia que puntea
de modo que hace hablar una guitarra,
y para acompañar se pinta solo
su acento varonil cantando un polo.

Y áspero á par que juguetón y atento,
sin que de su derecho un punto ceda,
hombre de pelo en pecho y mucho aliento,
con los *ternes* y *jaques* entra en rueda:
y creciendo en arrojo y valimiento,
en juez se erige y los insultos veda
del fuerte al débil, y animoso arguye
y á su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso
que es poco tiempo, para tanto, un año,
y poco fuera, cierto, si dichoso
vivido hubiera en lisonjero engaño:

mas allí donde el látigo furioso
la suerte vibra con semblante huraño,
donde ninguno de ninguno cuida,
pronto se aprende á conocer la vida.

Allí do hierve en ciego remolino
la sociedad, y títulos ni honores
son del respeto formulado sino,
ni sirven al que entra sus mayores,
tienen todos que abrirse su camino,
breve mundo de más grandes dolores,
do lucha el triste en su afligido centro
contra la sociedad de fuera y dentro.

Siempre en eterna tempestad, impura
mar donde el mundo su sobrante arroja,
lucha náufrago el hombre á la ventura
sin puerto amigo que en su mal le acoja:
pechos que endureció la desventura
y que el castigo de piedad despoja;
cada cual de su propio pesar lleno,
nadie se duele del dolor ajeno.

Y ¿en qué parte del mundo, entre qué gente
no alcanza estimación, manda y domina
un joven de alma enérgica y valiente,
clara razón y fuerza diamantina?
Apura el jarro del licor hirviente,
cuando el más esforzado desatina
y trastornado y balbuciente bebe,
y aun él cien jarros á apurar se atreve.

Y es su malicia la malicia aquella
viva y gentil del despejado niño,
luz y candor su corazón destella
en medio de su alegre desaliño,
su noble frente y su figura bella,
su audacia inspira al corazón cariño,
que aquella fiera gente, en su rudeza,
admiran el valor y la grandeza.

Y aunque es su lengua rústica y profana
y es su ademán de jaque y pendenciero,
pura se guarda aún su alma temprana
como la luz del matinal lucero:
bate gentil, cual mariposa ufana,
el corazón sus alas placentero,
que abrillantan aún los polvos de oro
de inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo,
sólo á su instinto generoso atiende,
y un abismo de crímenes inmundo
cruza y el crimen por virtud aprende:
y aquel pecho que es noble sin segundo
y que el valor y el entusiasmo enciende,
aplica al crimen la virtud que alienta
y puro es si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza,
y hacerse el hombre en su candor presume,
y la echa de ánimo y de fuerza,
miente blasfemias, fuma aunque no fume,
no hay nadie sobre él que imperio ejerza,
y habla de mozas; tal, grato perfume
vertiendo en torno de inocencia pura,
al más bandido remedar procura.

Y como en mente y en valor les gana
y aventaja en nobleza y bizarría,
tanto les vence cuanto más se afana
en mostrarles mayor su gallardía;
y aquellas almas viejas su alma ufana
con noble anhelo superar ansía,
sin cuidarse en los lances que le empeñan
de si es vicio ó virtud lo que le enseñan.

Y por amor á adornos y colores
y entender que lo exige su decoro,
bordado un marsellés con mil primores
cuelga de su hombro izquierdo con desdoro:

charro un pañuelo de estampadas flores
ciñe á su cuello una sortija de oro,
calzón corto, la faja á la cintura,
botín abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo á jugar ganó dinero,
y allí á la reja la Salada viene,
moza que vive de su propio fuero
y en cuidar á los presos se entretiene:
el parecer, tal vez, la *hizo salero;*
y ella que es libre y que á ninguno tiene
cuenta que dar, dineros y comida
le trae, de amores por su Adán perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho
la pobre moza de su amor prendada,
que aunque de rumbo y garbo y franco pecho
y en su modo y palabras desgarrada,
y aunque le mira en cueros, que es bien hecho,
con dulce encanto y alma enamorada,
le aconsejó vestirse por decencia,
y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando va confuso el pensamiento
en torno á la mujer del mozo ardiente,
sin poderse explicar el sentimiento
que por sus nervios esparcido siente;
mas su vista le da dulce contento,
respira en ella un codicioso ambiente,
que mágico embelesa sus sentidos
tras la ilusión de su placer perdidos.

Y su voz aunque áspera que suena
grata á su oído, el corazón le adula,
y de ansiedad confusa su alma llena,
ni su ilusión ni su placer formula:
lejano són de amante cantilena,
que entre la brisa perfumada ondula,
al aire de su dulce devaneo
perdido vaga su genial deseo.

Y cuando ella con amor le mira,
en la ansiedad vehemente que le aqueja
y en el ardor violento que le inspira,
quiere romper la maldecida reja;
y la sacude con violenta ira
porque acercarse á ella no le deja;
trémulos de furor sus miembros laten
y sus arterias dolorosas baten.

Látigo y grillos y penoso encierro,
pronto á saltar sobre él la muchedumbre
tratado allí como indomable perro,
le impusieron forzada mansedumbre:
cual vigoroso potro tasca el hierro,
bota y arranca de las piedras lumbre,
el mozo así sujeto á su despecho
siente un dolor que le desgarra el pecho.

Fiero león que á la leona siente
en la cercana jaula de amor llena,
que con lascivo ardor ruge demente
de cólera erizando la melena,
y la garra clavando en la inclemente
reja, en torno los ámbitos atruena,
y el duro hierro sacudido cruje
de tanto esfuerzo á tan tremendo empuje.

Que al placer le convida su hermosura,
más á sus ojos mágica que el cielo
con su sereno azul bañado en pura
luz que colora el trasparente velo;
placer que inspira al corazón bravura,
fuerza á sus nervios y valiente anhelo,
su máquina impulsada y sacudida
al ignorado goce á que convida.

Que los ardientes ojos de la bella,
y el que mayo pintó de rosa y nieve
semblante alegre que salud destella,
redondas formas y cintura leve,

y gallardo ademán, ligera huella,
pie recogido en el zapato breve,
y blanca media que al tobillo pinta
de negro á trechos la revuelta cinta;

y el hueco traje que flotante vaga
en rica de lujuria y vaporosa
atmósfera de amor, que el alma halaga,
y excita los sentidos codiciosa,
y que enseñar al movimiento amaga
cuanto finge tal vez la mente ansiosa,
que allá penetra en la belleza interna
tras la pulida descubierta pierna:

sácanle al rostro en torbellinos rojos
el fuego del volcán que el pecho asila,
lanzando llamas sus avaros ojos,
encendida la lúbrica pupila:
¡mísero del que entonces sus enojos
¡ay! provocara; la ira que destila
su impotencia en su alma, rebosando,
sobre él cayera su dolor vengando!

¿Vísteis al toro que celoso brama,
la cola ondeando sacudida al viento,
que el polvo en torno levantando inflama,
envuelto en nube de vagoso aliento
y ora á su amada palpitante llama,
ora busca en su cólera violento,
con erizado cerro y frente torva,
quién el deseo de su amor estorba?

Así el mancebo en derredor revuelve
la vista en ansia de feroz pelea,
de nuevo á sacudir la reja vuelve,
que trémula á su empuje titubea;
calmarse, en fin, á su pesar resuelve,
siente que en vano lucha y forcejea,
y ella le habla, y él triste la mira,
y sin saber qué responder, suspira.

Que él no sabe con ella hablar de amores,
sino sentir en su locura ciego:
suspiros son la voz de sus dolores
y son sus ansias en sus ojos fuego:
ella entretanto calma sus furores,
que él siempre cede á su amoroso ruego,
y en sus salvajes ojos se desliza
dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es á un tiempo la manola airosa
gachona y blanda como altiva y fiera,
y sabe con su Adán ser amorosa,
y esquiva con los otros y altanera;
paloma fiel, cordera cariñosa,
aunque de rompe y rasga, y de quimera,
y mal hablada, y de apostura maja,
y que lleva en la liga la navaja.

Y está de su pasión tan satisfecha,
tan ancha está de su gallardo amante,
que hasta la tierra le parece estrecha
y no hay dicha á su dicha semejante:
cuando á la espalda la mantilla echa,
y las calles se lleva por delante,
pensando en el gachón que su alma adora,
en su propia hermosura se enamora.

Corazón toda ella, y alma y vida,
y gracia, y juventud, desprecio siente
hacia la sociedad, libre y erguida,
hollándola con planta independiente:
dejando á su pasión franca salida,
un *pues mejor* rasgado é insolente,
con cara osada por respuesta arroja,
si alguno reprendiéndola la enoja.

Pobre mujer para sufrir criada,
vil la marcó la sociedad impía,
viviendo en medio de ella condenada
á perpetua batalla y rebeldía:

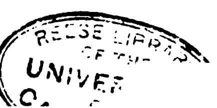
hija del crimen, sola, abandonada
á su propia experiencia y su energía,
sin más lazo en el mundo ni consejo
que un padre preso, criminal y viejo.

Era el tío Lucas, padre de la bella,
hombre de áspero trato y de torcida
condición, dura y de perversa estrella,
sin cesar por su boca maldecida;
pocas palabras, de indolente huella,
mal encarado y de intención dormida;
chico y ancho de espaldas, y cargado,
largo de brazos y patiestevado.

De chata y abultada catadura,
de entrecana y revuelta espesa ceja,
ojos saltones y mirada dura,
blanca patilla á trechos y bermeja,
la frente estrecha y de color obscura,
rojo el pelo, como áspera guedeja
inaccesible al peine, aborrascado,
en vedijas la cubre enmarañado.

No hay cárcel ni presidio en las Españas
que no conserve de él alta memoria,
ciudad que no atestigüe de sus mañas,
ni camino sin muestras de su gloria;
y consignada está de sus hazañas,
en procesos sin fin, su ínclita historia,
aunque obscura y truncada, que á la pluma
fió muy poco su modestia suma.

Lleva á rastra los pies andando, y mueve
pesada y vacilante la cabeza,
su pensamiento é intención aleve
mostrando en su abandono y su pereza:
mosquito insigne por azumbres bebe
sin vacilar un punto su firmeza,
siempre fumando el labio ya tostado
con el tabaco negro y requemado.



Raya en sesenta años y cincuenta
hace ya que empezó sus correrías;
quiénes fueron sus padres no se cuenta,
ni dónde ha visto sus primeros días:
siempre sagaz, diversa historia inventa
de sus viajes, familia y fechorías,
cambia su nombre y patria, dando largas
así á las horas de su vida amargas.

Este honrado varón, cuando desnudo
Adán entró en la cárcel, y la gente
le examinaba con anhelo rudo,
explicó el caso con sesuda mente:
«¿No habéis, les dijo, visto nunca un mudo?
¿qué diablos os *chungáis* de un inocente?»
y apartó á todos, con afecto raro,
dando á su mudo protección y amparo.

Y como luego el inocente diera
pruebas de su vigor y valentía,
y abriera á uno en desigual quimera
contra las piedras la cabeza un día,
tanto amor le cogió, que la severa
faz desplegando que jamás reía,
hablaba siempre dél guiñando el ojo
con cierta sonrisita de reojo.

«El chaval, el chaval», decía entre sí,
«meterle mano, que mejor gazapo
no ha regalado el líbano al buchí; (1)
vamos con él á quién es el más guapo».
Y cuando vió que el mozo hecho un zahorí
camina viento en popa á todo trapo,
y aprende á hablar y en ardimiento crece
y hacerse un hombre de provecho ofrece,

fundó esperanzas el astuto viejo
y comenzó á formarle á su manera,
y le oye el joven con sagaz despejo

(1) El escribano al verdugo en la jerga de la cárcel.

y con más atención que conviniera:
á él y á nadie más pide consejo,
sometida al talento su alma fiera,
que en las cosas del mundo el viejo es ducho
y al candoroso Adán le tiene en mucho.

Su observación profunda y su experiencia
ha reducido á máximas la vida,
es cada frase suya, una sentencia,
cada palabra una ilusión perdida:
torpe y lento en hablar, vierte su ciencia
en truncados períodos sin medida,
más en su gesto su intención marcada
que en el valor de la palabra hablada.

Como entreabierta garra alza la mano,
siempre de quite al frente el movimiento,
y habla gruñendo como perro alano
con ojos de través y sordo acento:
sobre la frente el pelo rojicano,
la barba sobre el pelo, al mozo atento
que su doctrina codicioso espera,
una noche le habló de esta manera:

Hijo mío, pocos años
me quedan ya que matar,
porque á mí me han de acabar
la *viuda* (1) ó mis desengaños.

A ti mañana, á mí hoy:
yo soy punta y tú eres mango,
este mundo es un fandango,
tú vienes y yo me voy.

Mira, de nadie te fíes,
hijo Adán, vive en acecho,
lo que guardes en tu pecho
ni aun á ti mismo confíes.

La gente... no hay un amigo:
al que cae, la caridad...

(1) Viuda, la horca.

de una mala voluntad
tienes un falso testigo.

Si mojas (1) á alguno, cuida
de endiñarle al corazón...
No se olvida una intención
y un beneficio se olvida.

Eres mozo, al mundo sales,
de los montes se hacen llanos:
buena suerte y muchas manos,
y callar y vengan males.

A malos trances más bríos:
como la mar es en suma
el mundo, pero en su espuma
se sustentan los navíos.

Las mujeres... la mejor
es una *lumia* (2): en el suelo
el diablo no tiene anzuelo
más seguro ni peor.

Ellas te chupan el jugo
y te espantan los parnés (3);
cuando carne comer crees
estás comiendo besugo.

El hombre aquí ha de enredar
sin que le enrede el enredo;
tú no te chupes el dedo,
que no hay que pestañear.

Mala siembra, mala siega:
nada me vá, nada sé.
quien más mira menos ve,
y dí la verdad, Juan Niega.

Esto es negro para ti,
pero ya lo entenderás,
y acaso te acordarás,
cuando lo entiendas, de mí.

(1) Mojar, dar puñaladas.
(2) Lumia, mujer de mala vida.
(3) Parnés, el dinero.

Poco en verdad el candoroso mozo
de tan profundas máximas comprende,
con tal misterio y maleante embozo
hablándole de un mundo que no entiende:
y al través de su rústico rebozo,
si el sentido tal vez sagaz trasciende
de alguna frase, en su profundo empeño
cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina,
que viste y cubre un tan hermoso cielo,
¿mansión habrá de ser donde camina
el hombre siempre con mortal recelo?
¿Y será la mujer, creación divina,
vida del alma, generoso anhelo,
brillante de placer y de hermosura,
enemiga también, también impura?...

¿Será del hombre el hombre el enemigo,
y en medio de los hombres solitario,
él su sola esperanza y solo amigo
verá en su hermano su mayor contrario?
¿Grillos, cadenas, hambre y desabrigo
siempre serán el lúgubre sudario
que viste al entregarle á su abandono
el hombre al hombre en su implacable encono?

¿Será tal vez que en bandos dividida,
lucha furiosa en obstinada guerra
la raza de los hombres fratricida
alterando el reposo de la tierra?
¿Qué brazo audaz que justo se apellida
contra su voluntad allí le encierra?
¿Quién llama criminal á aquella gente
á quien oye decir que es inocente?

Y él que recuerda como en sueño apenas
de su vida el primer dulce momento
¿por qué á vivir en ásperas cadenas
vino y cruel con bárbaro tormento
el hombre, de dolor las manos llenas,

en su inocencia lo arrojó violento,
castigando con grillos y prisiones
el natural vigor de sus pasiones?

Estas y otras reflexiones rudas
hierven en su ofuscada fantasía,
como aparece entre las sombras mudas
incierto rayo de la luz del día:
turbio su juicio, amontonando dudas,
sin fórmula vagando en la sombría
nube de que su mente está cubierta,
ni acierta á hablar, ni á preguntar acierta.

Tosió entre tanto su Mentor que arranca
del pulmón á pedazos su catarro,
y remoja la voz que se le atranca
sorbiéndose de vino medio jarro:
de un negro torcidón como una tranca
pica, lía y enciende su cigarro,
chupa y empuja con la uña el fuego
y en su discurso así prosiguió luego:

¿Tú qué has hecho? no has salido
chibato (1) del cascarón:
sin razón ó con razón
á la sombra te han traído.

Es sino de criaturas:
no te gruñirá el barí (2):
á mí me tienen aquí
un chota (3) y mis desventuras.

Se berreó (4) el maldecido,
y dos señores muy llanos
vinieron con cuatro alanos
á sorprenderme en mi nido.

Yo, como soy muy cortés,
excusé su compañía,

(1) Joven nuevo.
(2) Juez. «No te gruñirá el barí,» el juez poco te ha de hacer.
(3) Delator.
(4) Hablar más de lo que conviene.

hasta que vi no podía
ni por manos ni por pies.

No se llevaron mal chasco:
seis pobretes... la del humo...
que por ahí andan presumo:
yo aquí á la sombra me rasco.

Por ellos me dí á partido;
dando largas ello irá,
que no los traigan acá
y nada se habrá perdido.

Tú, pobrecito, reserva
lo que ahora vas á saber,
que en el mundo hay que aprender
á sentir crecer la hierba.

El que lo gana lo jama (1)
á buscársela, hijo mío,
á hacer tú mismo tu avío,
que el que no llora no mama.

Y tú, para ti has de hacer,
yo te pondré en buen camino:
hijo, si tienes buen sino,
pan te queda que roer.

Los seis pobretes... más plata
valen que ha dado el Perú:
son muy gentes: verás tú
seis meloncitos de cata.

Muy hombres, muy campechanos,
no porque yo los alabe,
pero es cosa que se sabe,
como las suyas no hay manos.

Saladilla te dirá
lo que has de hacer: malos mengues (2)
te lleven á ti y sus dengues,
que tan derretida está.

Los seis pobretes reciben
también de este pobre viejo

(1) Comer.
(2) Diablos.

de cuando en cuando un consejo,
y, Adán, como pueden viven.

Yo bien te quisiera dar
rentas y capellanía,
pero el que no tiene usía
se lo tiene que ganar.

El refrán dice, hijo Adán,
que Dios es omnipotente,
y el dinero es su teniente,
y que sin el din no hay dan.

Con que salud, y andar vivo,
que por tu bien tengo empeño,
y adiós que ya viene el sueño,
cada mochuelo á su olivo.

Quedóse Adán, mientras espera el día,
rumiando las palabras del bandido;
pasar el mundo en confusión veía,
con loca fiebre y delirante ruido;
luego en grata embriaguez su fantasía,
embargándole el sueño su sentido,
la imagen en visión encantadora
le trajo amor de la mujer que adora.

Grata vision que venturosa calma
su loco enajenado pensamiento,
que trae regalo y esperanza al alma,
ignorado deleite y sentimiento:
en mitad del desierto umbrosa palma
que templa su calor calenturiento,
y á cuyo pie el viajero se reposa
en paz de amor y languidez sabrosa.

Visión en cuyos brazos descansando
su obscura cárcel y ansiedad olvida,
en jardines de rosas respirando
el encantado aroma de la vida:
el alma allí con movimiento blando
en el columpio mágico mecida

de su propia ilusión, cuenta un tesoro
de esperanzas sin fin, de sueños de oro.

Alma joven y pura que suspende
en la región del aire un devaneo,
y que en su propia luz, la luz enciende
y da forma y visión á su deseo:
la atmósfera tal vez ruda le ofende
del ignorado mundo y su mareo,
mas si siente sus puntas dolorida
su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita
sus áureas alas, una fuente pura,
que alegre riega la ilusión marchita
y renueva su fuerza y su hermosura:
bebiendo de ella el corazón palpita
hasta que al fin secándose la apura,
y en vez de la ilusión se alza la pena
que el manantial purísimo envenena.

Así en su propia alma su consuelo
halla el mancebo, y de la pura fuente
con las aguas de vida su desvelo
templa, y el sueño perezoso siente:
y luego en alas de su propio anhelo
de la amada mujer, cruza en su mente
la blanca imagen que por más delicia
amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede
que brilla en una cárcel nunca el día,
donde á su luz la sombra nunca cede
ni un rayo el sol al corazón envía;
donde la tregua que al dolor concede
un breve sueño con crueldad impía
rompe la aurora, y vuelve á su faena
el cautivo amarrado á su cadena.

Donde las horas hilan su tejido
sin enredar tal vez una esperanza,

y el tiempo al parecer pasa dormido
sin señales de alivio ni mudanza:
donde tal vez el término cumplido
que la ilusión del desdichado alcanza,
ês en su ruda, inexorable suerte
en un suplicio una penosa muerte.

Donde... pero también el hombre olvida
allí su pena en su locura insana,
ríe, y canta, y devánase su vida
que entre el ayer se enreda y el mañana:
la llaga del dolor adormecida
templa un olvido, una esperanza vana,
que es el presente un algo alborotado,
do el porvenir se enturbia y lo pasado.

La causa en tanto en un rincón dormía,
sin cuidarse de Adán el escribano,
y un año largo su prisión corría,
y nadie de él se acuerda: y un verano,
y otro pasara, y ciento, y pasaría
un siglo entero, y mil, y todo en vano,
situación en las cárceles no extraña,
gracias al modo de enjuiciar de España.

Cuando la hermosa que al mancebo adora,
quién sabe cómo, acaso malamente,
logró, de la pereza vencedora
del juez, que diese á Adán por inocente;
vista la causa en fin, llegó la hora
de darle libertad, y delincuente
no pudiéndole hallar, le sentenciaron
las costas á pagar que otros causaron.

Las costas, pues, con otras bagatelas
pagó de sus ahorros la Salada,
cálzase el escribano las espuelas,
la causa aviva, y la dejó *zanjada*.
¡Oh, cuánto amor, el corazón desvelas
de una hermosa mujer enamorada!

¡Cómo voló á la cárcel aquel día,
rebosando la nueva en su alegría!

Párase ante la cárcel, precipita
acá y allá agitada sus paseos,
frenético su espíritu se agita,
sueña su alma amantes devaneos:
un siglo en su ansiedad loca, infinita,
cuentan cada minuto sus deseos,
allí esperando á que el escriba venga
y oír gritar: «Adán con lo que tenga» (1).

Llegó por fin el anhelado instante,
corrió á la reja la infeliz manola;
toda turbada látele el semblante,
que amor con mil colores arrebola:
y trémula la mano, y anhelante
con un ansia no más y una idea sola,
entre la verja entrándola la agita
y con el gesto y con la voz le grita.

Y como tigre que acechando hambriento
tal vez descubre presa en la llanura
y en arco el cuerpo arrójase violento,
salta, y entre sus garras la asegura,
no con ansia menor al dulce acento
que entrando hasta en sus tuétanos murmura,
el mozo corre á donde ve á su bella
que al través de la reja se atropella.

¡Oh del primer amor dulces escenas
que presencia risueño un escribano,
palomas inocentes de amor llenas
que se huelgan delante del milano!
Romped, en fin, romped esas cadenas
con que el destino os separó tirano,
y otras os teja de aromosas flores
el buen Dios protector de los amores.

---

(1) Grito con que en la cárcel llaman al preso que ponen en libertad. El mismo grito sirve para llamarlo y ponerlo en capilla.

Abrazó Adán al redomado viejo,
honrado padre de su amada prenda,
el cual frunciendo el rígido entrecejo
le apartó donde nadie los entienda;
y á solas repitiéndole el consejo
de la noche anterior, le recomienda
prudencia y tino y ánimo en la vida
y le abraza otra vez por despedida.

¡Cuánto júbilo al alma y alborozo,
cuánto loco placer, cuánta alegría
sintió alterado el indomable mozo
libre al mirarse y á la luz del día!
Las arterias palpítanle de gozo,
baña la luz su audaz fisonomía,
y de contento el corazón deshecho
suena á sus golpes conmovido el pecho.

Y ella veloz con su ademán de maja,
su planta firme y su gentil soltura,
la calle al lado de su amante baja
llamando la atención su donosura:
y ambos en medio á la común baraja
de gentes que atraviesan con presura,
y que á su garbo y gentileza atienden,
ojos á un tiempo y corazón suspenden.

Y él al mirarse al lado de su bella
y al tocarla tal vez su tacto es fuego,
fuego que lanza vívida centella
que el alma y corazón penetra luego;
páranle á un tiempo su ignorancia y ella
que contiene su ardor con blando ruego
y acaso su ardimiento también doma
cuando recuerda la pasada broma.

Que ha comprendido Adán que aquella gente
que él con recelo y cuidadoso mira,
es acaso la misma que inclemente
piedras y lodo al inocente tira:

y cual furioso loco va impaciente
junto al loquero que temor le inspira,
así la rienda puesta á sus arrojos,
gira enredor sus recelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa
pobre, la moza en Avapiés habita,
de baja planta y de fachada escasa,
limpia por dentro y de esmerada cuita:
la llave con incierta mano pasa,
y el mancebo feliz se precipita
tras ella en la mansión que amor ahora
con tintas mil de su ilusión colora.

Tintas que bañan en su lumbre pura
la pobre estancia con celeste encanto,
vertiendo en torno aromas de dulzura
que amor derrama de su aéreo manto:
morada acaso triste, acaso impura,
mas de la dicha ahora templo santo,
convertido en Edén de ricas flores
al soplo germinal de los amores.

Que sólo allí con la mujer que adora,
cuya hermosura la mansión encanta,
bastan apenas al mancebo ahora
los ojos á admirar belleza tanta:
y el fuego que frenético atesora
el corazón y su vigor levanta,
y su inquietud redobla, fulminante
en ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémula su mano,
sus labios devorándose encendidos,
al rudo impulso y al furor tirano
de sus tirantes nervios sacudidos,
él, ignorante en su delirio insano,
respondiendo latidos á latidos,
al corazón la aprieta, el juicio pierde,
la besa hambriento y con placer la muerde.

Y una nube quimérica ya vela
sus sentidos, y vaga y vaporosa;
placer, deleites y delirios cela
y confunde su dicha vagarosa:
y la hermosura disipada vuela
de la mujer que espárcese amorosa,
y donde quiera él gusta, toca y mira,
dicha, hermosura é ilusión respira.

Aire que con riquísimos olores
baña su negra cabellera riza,
luz vagarosa y blanda que de amores
en los húmedos ojos se desliza:
voluptuosa niebla de colores
que un deliquio dulcísimo matiza
los cerca en derredor embebecidos
en su lánguida magia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,
y en sus ojos de amor amor respira,
afán de amores en su frente loca
latir contempla si á su hermosa mira;
furor ardiente que el amor provoca
él en su aliento abrasador aspira,
y ella á su furia y su pasión demente
doblar su amor al estrecharle siente.

Y amor en voluntad se desvanece
y va á perderse en el remoto cielo,
que hasta allí disipándose parece
que elevan sus espíritus su vuelo;
y el aura del deleite que las mece
y confunde sus almas en un velo
cubriéndolas de gloria y de ventura,
allá las alza en sueños de dulzura.

Sueños que en torno en formas nacaradas
vagos acá y allá revolotean,
y en las venas latiendo arrebatadas
entre la sangre trémulos serpean;

en los rígidos nervios desplegadas
sus alas placidísimas ondean,
sobre la frente bulle su armonía
y ofuscan con su luz la fantasía.

Genios de amor, deidades de hermosura,
donde la juventud, nuevas creaciones,
que en el primer placer el alma pura
llueve desde su cielo de ilusiones;
inmenso amor, riquísima ventura
que ignoran los mortales corazones
que el varonil vigor aun no han sentido
y está el candor de su niñez perdido.

¡Oh! á su inocencia, á su infantil pureza
la fuerza juvenil junta el mancebo,
nueva á sus ojos es tanta belleza,
nuevas sus ansias y su gozo nuevo;
antes que la ilusión en su cabeza
seque el deseo con picante cebo,
dicha, ilusión, amores y delicias
se atropellan en él con sus caricias.

Y allí en tropel, cual vierte su rocío
en las mañanas del abril la aurora
sobre las verdes ramas del sombrío
y en las pintadas flores que enamora,
al alma y cuerpo con amante brío
la turba de placeres voladora,
que en torno en algazara se levantan,
en círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente
son sus alborotados pensamientos,
confusos todos en tumulto ardiente
brotando el corazón sus sentimientos;
y al armonioso estrépito latente
absortos los sentidos, los violentos
impulsos del amor muestran pasmados
en éxtasis de gozo arrebatados.

¡Oh! ¡cómo vibra y en acorde canto
el alma de ella al alma de su amante!
¡Oh! ¡cómo tanto amor, delirio tanto
se retrata en su célico semblante!
¡Oh! ¡cuál le presta su ignorado encanto
su espíritu á su espíritu flotante,
como el arco del músico se agita
cuando violenta inspiración le excita!

Que, como cuando arrebatado azota
al muelle mar el huracán violento,
las apiñadas olas que alborota
á merced van del combatido viento,
así en la llama eléctrica que brota
el alma en cada nuevo sentimiento,
envuelta el alma ajena y sacudida
vaga á merced de la pasión perdida.

Y ahora que así las almas considero
prestándose placer, gloria y ternura,
pararme un punto y lastimarme quiero
de mi propio disgusto y desventura:
que ya gastado de mi ardor primero
el tesoro riquísimo se apura,
y en mi amargo dolor continuo lloro
perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela
no tener ya que ir como iba un día,
á escape con el alma y dando espuela
al alma que en mi curso antecogía:
ni soñada esperanza me desvela,
ni doy crédito ya á mi fantasía,
y si de amor no late el pecho mío
también en cambio á mi placer me hastío.

¡Oh! ¡bendita mil veces la experiencia
y benditos también los desengaños!
Piérdase en ilusión, gánese en ciencia,
gastas la juventud, maduras años,
tanta profundidad, tanta sentencia,

tantos remedios contra tantos daños,
¿á qué los debes, mundo, en tanta copia
sino á la edad y á la experiencia propia?

¿Y habrá tal vez alguno que sostenga
que no vale la ciencia para nada?
¿Y habrá menguado que á probarnos venga
que está la dicha en la ilusión cifrada?
¿Pues hay cosa que más nos entretenga
que medir de los astros la jornada,
y saber que la luna es cuerpo obscuro,
y aire ese cielo al parecer tan puro?

Viva la ciencia, viva, y si en el mundo
perdiste ya del alma la energía,
y en ella guardas con dolor profundo
algún recuerdo de un dichoso día,
con viva aplicación, meditabundo
engólfate en los libros á porfía,
que aunque ellos nunca calmarán tu pena,
al menos te dirán qué es luna llena.

Y entre tanto, vosotros los que ahora
pinté embriagados de placer y amores,
gozad en tanto, vuestras almas dora
la primera ilusión con sus colores,
gozad, que os brinda la primera aurora
con el jardín de sus primeras flores:
coged de amor las rosas y azucenas,
de granos de oro y de perfumes llenas.

Y sed vosotros isla de verdura
donde repose yo, cansado y yerto
del sol que ennegreció mi frente pura
y del árido viento del desierto:
idea de suavísima dulzura
vosotros sed do el pensamiento incierto
fije su vuelo, y vuestro aroma blando
venga á mi corazón su afán templando.

CANTO V

CUADRO PRIMERO

Interior de una taberna en el Avapiés.

En un rincón, junto á una mesa, Adán con la Salada: ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraído: grupos de majos á un lado: grupo de manolos y manolas que danzan. Un hombre con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño y el pellejo arrugado, pelo pobre y rojizo, chisgarabís repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

UN MANOLO. Buen ánimo, padre cura,
vamos á otra seguidilla.
MANOLA 1.ª ¡Qué seria está Saladilla!
MANOLA 2.ª Chica, por poco se apura.
MANOLA 1.ª Diga usted, cara de fuelle *(al cura)*
¿no canta usted?
EL CURA. ¡Salerosa!

(Con ademán salado que le sienta muy mal).

MANOLA 1.ª ¡Viva la gracia!
MANOLA 2.ª Mohosa,
mala mano te desuelle.
EL CURA. *(Apurando el vaso).*
¡Sangre de Cristo! al avío.
MANOLA 2.ª Vamos pues, toque usté aprisa.
EL CURA. Consumé: siga la misa,
y ayúdamela, hijo mío.

(A un mozalbete que alternará con él cantando).
(Mientras rasga la guitarra, desaparece la fisonomía del cura escuerzo entre millares de innobles gestos).

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos, especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará tan bien como nosotros de haber hallado en su vida alguno que, haciendo gala de su [illegible]nza, se parecía quizás al mezquino ente que aquí tratamos de

(*Canta*). No hay religión más santa
que la de Cristo,
que señala los moros
como enemigos.
Guerra á los cueros,
porque matando moros
se gana el cielo. (*Danzan*).

SALADA. ¿Estás triste, dueño mío?
¿No respondes?

ADÁN. (*Distraído*). No sé, siento
una ansiedad, un tormento...

SALADA. Me matas con tu desvío:
mira, Adán, me miro en ti
como en Dios: ¿qué mal te oprime?
Por Dios, Adán, por Dios dime
que también me amas así.

ADÁN. (*Con frialdad*).
Sí, te amo.

SALADA. (*Con ternura*).
¿No es verdad?
Yo con locura: ¿suspiras?
¿No respondes? ¿No me miras?

(*Adán recorre con los dedos la mesa, y los ojos bajos, profundamente pensativo; ella con zozobra le mira fijamente y los ojos húmedos de lágrimas. Sigue la danza*).

MANOLA 1.ª (*Con desgarro*).
¡Jalea de Navidad!
¿Quién me la compra?

MANOLA 2.ª (*Señalando á Adán y á la Salada*).
¡Qué par!
¡La romántica! ya llora:
traigan agua á la señora,
porque se va á desmayar.

EL CURA. (*Canta*).
La mujer y las flores
son parecidas,
mucha gala á los ojos

y al tacto espinas:
y yo que tengo
el corazón herido
nunca escarmiento.
(Coro de guapos).

GUAPO 1.º ¿Conque es aquél?
(Señalando á Adán con el gesto).
GUAPO 2.º Aquél es.
GUAPO 3.º Un trago, que pase el miedo.
GUAPO 2.º Señor Matorrales, quedo,
que es muy hombre.
GUAPO 3.º ¿Por los pies?
GUAPO 2.º Y por las manos.
GUAPO 1.º Amigo,
dice el refrán que su silla
pierde el que se va á Sevilla.
GUAPO 2.º Y es natural.
GUAPO 3.º Pues yo digo
que la cortaré la cara.
(Manolos bailando).
MANOLO 1.º Coja usted tierra, salero.
MANOLA 2.ª Estoy por decir no quiero.
EL CURA. *(Mirando de reojo á los majos).*
Buena danza se prepara.
(Canta).
Tienes una boquirris
tan chiquitirris,
yo me la comeriba
con tomatirris.
EL CHICO. *(Canta).*
Y en tus ojillos,
¡ay! se me baila el alma
que me derrito.
GUAPO 1.º ¿No te ha conocido?
GUAPO 3.º No:
está ella muy distraída.
GUAPO 2.º Quien bien quiso tarde olvida.
GUAPO 3.º Pues ella pronto olvidó.
TABERNERO. Una azumbre se me debe.

GUAPO 3.º Eche usted otra, que quiero
que ei mozo aquel tan salero
y aquella niña lo pruebe.

ADÁN. *(A la Salada).*
¡Me ahogo! siento un deseo,
Salada, no sé de qué:
un afán.....

SALADA. Yo sí lo sé;
no me quieres: bien lo veo.

ADÁN. ¿Has visto aquel pez dorado
que en tu casa en un fanal,
breve lago de cristal,
da vueltas aprisionado,
y en la ventana al sol mira
tejiendo en torno colores,
y en las macetas las flores
donde la brisa suspira:
y ya escucha su rumor
que le encanta, y le suspende
ya la llama que se enciende,
ya la beldad de la flor;
y en su cárcel cristalina
nada con más ligereza
por gozar de la belleza
que los ojos le fascina?
Pues así yo, dueño mío,
la tierra, la luz, el cielo,
disfrutar con loco anhelo,
y sin saber cómo, ansío.

SALADA. Mira, si tú, vida mía,
me amaras como yo á ti,
todo eso hallaras en mí
y tu ansiedad calmaría.
Yo, que tu amor sólo anhelo,
para templar mis enojos,
busco mi luz en tus ojos,
hallo en tu frente mi cielo:
y estando á tu lado, Adán,
ni ese sol ni el cielo veo;
que eres todo mi deseo

y eres tú todo mi afán.
Decir ternuras ignoro,
ruda y salvaje nací,
no sé qué pasa por mí
ni tampoco por qué lloro:
fuego en mi amargo dolor,
fuego de Dios en mi estrella,
que no me formó más bella
para aumentarte tu amor.
Mal haya, mal haya amén
cuando te vi, ¿quién te viera
que al mirarte no aprendiera
al momento á querer bien?

ADÁN. ¿Ves tú cuando tornasola
los cielos la luz del día,
y huye la noche sombría,
y en tintas mil arrebola
la aurora el blanco celaje,
y cantan, á la alborada
las aves en la enramada,
luciendo el vario plumaje?
Más placer, más luz, más vida,
más amor vierte á torrentes
ese estrépito de gentes
que en multitud confundida
ayer vi cuando á tu lado,
con tanto afán, tanto gozo,
tanta gala y alborozo,
bajaban tantos al Prado.
Adornos tan relucientes,
ricos trajes y colores,
coches, caballos, primores
y gustos tan diferentes;
y el lujo y la gentileza
de aquellos tan altaneros
que llamas tú caballeros
y damas de la nobleza;
¿cómo pueden no admirar
al que siquiera los mire?
¿Quién habrá que no suspire
por su grandeza igualar?

SALADA. ¿Quién mejor que tú entre ellos?
Por el mejor de más brío
no trocara yo, Adán mío,
un rizo de tus cabellos.

ADÁN. O estoy loco, vive Dios,
ó no me entiendes, Salada.

GUAPO 3.º *(Se acerca al primero con el jarro de vino).*
Vé y dales la cambiada
y brinda tú por los dos.

(Quedan en observación en el rincón opuesto los dos guapos).

Dios bendiga lo que cría
bueno y lo estoy yo mirando.

SALADA. *(Con desgarro).*
Vaya un don Necio.

GUAPO 1.º Estimando,
mi prenda, más cortesía.
Mocito, un sorbo siquiera.
(A Adán).
(Adán sin mirarle continúa distraido).

GUAPO 1.º ¿Y usted, niña?

SALADA. Me hace mal
la espuma.

GUAPO 1.º *(Acercándose al oído de ella).*
¡Viva la sal!
¿Está el gaché de quimera?

SALADA. ¿Sabe usted los mandamientos?
Pues el quinto no moler.

GUAPO 1.º Se me olvidan sin querer
á veces.

GUAPO 3.º *(Al segundo en acecho desde el rincón opuesto).*
Bebo los vientos
de pura cólera.

GUAPO 2.º El majo
de monos sin duda está.

(Corro de baile).

MANOLA 1.ª ¡Un soponcio, que me da!

MANOLO 1.º ¡Olé por el desparpajo!

EL CURA. *(Canta).*
Nunca mató á los hombres
la pena negra.
Desventuras y males
y penas vengan:
¡ay! ¡las mujeres
á los hombres mejores
les dan la muerte!

GUAPO 1.º *(A Adán).* Mocito, ¿usted ha perdido
el habla?

SALADA. Vaya un moscón.

ADÁN. No gasto conversación.

GUAPO 1.º ¿Se da usted por ofendido?
Pues lo siento.

ADÁN. *(Con calma).* Se acabó.

SALADA. ¿Lo quiere usted claro?

GUAPO 1.º Sí.

SALADA. Que está usted de más aquí.

GUAPO 1.º *(Se rasca con sorna y menos truhanescos).*
No entiendo indirectas yo.

GUAPO 3.º *(Al segundo).* El demonio me retienta,
compañero. *(Continúan en acecho).*

GUAPO 2.º Críe usted pecho.

GUAPO 3.º ¡Tengo una sangre!

GUAPO 2.º El despecho.

GUAPO 3.º Y la indina que lo aumenta.

(Corro de baile).

MANOLA 1.ª Pae cura. usté se enronquece.

MANOLA 2.ª Hija, dale un caramelo.

EL CURA. De verte á ti me amartelo.
pichona.

MANOLA 2.ª Me lo parece.

EL CURA. *(Canta).* Arrecógete y brinca,
menéate y salta,
porque tanto meneo
me lleva el alma.

EL CHICO. ¡Jesús. qué liga!

Y es lo bueno que nunca
miente la pinta.

SALADA. ¿Conque no?

GUAPO 1.º Pues por su puesto.

(Adán se levanta y lo coge con fuerza del brazo).

ADÁN. Buen amigo, basta ya.

(Le separa sujetándole sin trabajo y vuelve á sentarse).

GUAPO 1.º *(Echa mano á la navaja).*
Un demonio bastará,
que el brazo me ha descompuesto.

GUAPO 3.º *(Al segundo, echándose ya en medio).*
Compañero, me perdí.

GUAPO 2.º *(Siguiéndole).*
Ya se armó.

GUAPO 3.º *(Desembozándose y presentándose á la Salada).* Mala carcoma,
dí, ¿me conoces? pues toma.

(Le tira una navajada á la cara que no le da).

SALADA. Esas se dan siempre así.
(Le entra el cuchillo junto al corazón).

GUAPO 3.º ¡La unción! ¡favor! ¡me han herido!

TABERNERO. ¡En mi casa!

EL CURA. Las lió.
(Tira la guitarra y sale á escape).

(Huyen todos precipitadamente, coge á Adán la Salada del brazo, y salen juntos por la puerta de la trastienda).

ADÁN. ¿Qué has hecho tú?

SALADA. ¿Qué sé yo?
Corre pronto.

TABERNERO. Me han perdido.
(Gente, justicia que acude, etc.)

Tú el espíritu, amor, tú eres la vida
de la mujer que en tu ilusión se ceba,
y halla en ti sólo la ansiedad cumplida
la que tu dardo penetrante prueba:

el viento en remolinos sacudida
acá y allá incostante el alma lleva
del hombre, y pasajero devaneo
eres no más de su primer deseo.

Inmenso mar que brinda al navegante
con mansas olas y sereno viento,
y una playa riquísima y distante
que ilumina á su gusto el pensamiento,
y una luz que se pierde rutilante
y brilla con inquieto movimiento.
glorias, tesoros, la esperanza ofrece
á su ambición que en su delirio crece.

¡Cuánto en la juventud la vida es bella!
Con músicas regala nuestro oído,
los ojos guía reluciente estrella,
brinda la flor aromas al sentido:
lánzase el hombre con ardor tras ella,
como al dejar el águila su nido,
buscando el sol, y con seguro vuelo
volando á hallarle en el remoto cielo.

¿Quién parará su rápida carrera?
¿Quién pondrá coto á su afanar ardiente?
Corre campo á buscar, como la fiera
que se lanza en el circo de repente:
arrebata tal vez en su primera
locura al que se opuso, indiferente
lo abandona después. ¡Ay! ¡desdichada
la mujer que se oponga á su pasada!

Flor que arrebata de su tallo el viento
la roba enamorado y se la lleva,
bésala y acaríciala violento
con nuevo ardor y con locura nueva:
bebe su aroma de su olor sediento,
y las hojas le arranca: en ella ceba
su amoroso furor, y al fin la arroja
cuando marchita y sin olor le enoja.

Y sigue, y allá va, y allá se lanza,
y allá acomete, la región buscando,
que la imaginación casi no alcanza
á pintarse, su vuelo remontando;
y él allá va, y ardiente se abalanza,
cayendo despeñado, y tropezando,
á merced de su propia fantasía,
tras la engañosa estrella que le guía.

CUADRO II

ESCENA PRIMERA

Habitación de la Salada

ADÁN Y LA SALADA

SALADA. *(Acariciándole).*
Gachón mío, dí, ¿no das
un beso á tu pobre amante?
ADÁN. ¿Por qué has herido á aquel hombre?
SALADA. ¿Por qué? porque yo á mi padre
le he oído decir, que gana
el pleito quien pega antes.
ADÁN. No sé por qué no me gusta
ver esas manos con sangre:
¡son tan lindas! llevar flores
mejor que un puñal les cae.
SALADA. Bien puede ser, y si quieres,
tan sólo por agradarte,
nunca cogeré un cuchillo,
y aun dejaré que me maten.
(Con gachonería)
ADÁN. ¡Qué hermosa es! *(La da un beso).*
(La Salada juega con sus rizos).
SALADA. ¡Cómo en ondas
los negros rizos le caen!

Quisiera tener millones
de almas para adorarte,
y en cada cabello tuyo
enredar una. ¡No sabes
cómo te amo, Adán mío!
Y en esos ojos que arden,
quisiera ser mariposa
para en su luz abrasarme:
échate, Adán, en mi falda,
así. ¿Está bien? ¡Cuál te late
el corazón! ¿no es verdad
que es sólo mío? ¡Ah! dame
otro beso; mas ¿qué tienes?
¿No me escuchas?

ADÁN. *(Entre sí)* ¿Por qué nacen
pobres como yo los unos,
y nacen los otros grandes?

SALADA. ¿Qué murmuras?

ADÁN. Tú que has visto
esos ricos tan galanes,
que en poderosos caballos,
con jaeces tan brillantes
galopan, ó reclinados
en magníficos carruajes
parece que se desdeñan
en su soberbia insultante
de mirar á los que cruzan
á pie como yo las calles;
tú, en fin, que el mundo, aunque en vano
quisiste ayer explicarme,
mundo que en mil confusiones
más me enreda á cada instante,
dime, ¿esas damas tan bellas
con esos garbos y trajes,
viven así? dime, ¿hablan
como nosotros? ¿qué hacen?

SALADA. *(Con gesto desabrido).*
Dueño mío, somos hijas
toditas de un mismo padre,

y la mejor es tan buena
como yo, y ¡gracias!...

ADÁN. Me hablaste
de eso de un padre común
también ayer.

SALADA. Son de carne
y hueso como tú y yo.

ADÁN. Es inútil que me canse:
ni yo te acierto á entender,
ni tú aciertas á explicarte.
Pero dime, ¿cuáles son
sus diversiones, sus bailes,
su vida, sus alegrías,
sus casas? ¿cómo se hace
para juntarse con ellos,
con ellos vivir, hablarles,
y en lujo, poder y galas
a su grandeza igualarse?

SALADA. ¿Te acuerdas, Adán, del pez
dorado, que entre cristales
gira admirando del sol
los rayos en que se parte,
y oyendo el rumor de el aura
entre las flores suaves,
embebecido en su música
ansía quebrantar su cárcel
por gozar de la armonía
de luces, flores y aires?
Pues, pobre pez si cumpliera
su voluntad, que al hallarse
en otro ajeno elemento
del elemento en que nace,
céfiros, luces y flores
le dieran muerte al instante.
Sueños son esos, Adán,
los que tu mente distraen,
aire que anhelas coger,
porque los sueños son aire:
entre esas gentes altivas
quien más de nosotros vale,
no alcanza sino desprecios

en premio de su donaire.
Nuestros enemigos son,
y el modo de ser iguales,
es en la misma moneda
en que nos pagan, pagarles.
Y piensa... pero no quiero
pensar en ello, ni caben
pensamientos de otro amor
en tú corazón de ángel:
pero... si acaso esas damas...
(Con ira celosa).
las de las blondas y encajes..
tal vez... si tú en tu delirio
de mi olvidado... no sabes,
Adán, de lo que es capaz
una mujer por vengarse:
pero no, no: no es verdad:
tu amor es mío: Adán, dame
mil besos, uno tan sólo
que mis inquietudes calme.

ADÁN. Puede ser; pero ¿por qué
riquezas que son palpables,
galas que miran mis ojos,
no han de estar nunca á mi alcance?
Tanta ansiedad me fatiga,
mil pensamientos combaten
dentro de mí, pasan, huyen...
un beso mi bien.
(Le besa la Salada con amor).
Regale
tu boca mi corazón:
y entre tus brazos descanse
de tanto afán. *(Se duerme).*

(La Salada le contempla dormido con ternura íntima, y le hace aire con un abanico, mientras le guarda el sueño. Besa de cuando en cuando la frente hermosa y serena de Adán, y le separa los rizos que el aire suele traer á vagar sobre ella).

SALADA. Se ha dormido.
¡Qué hermoso es! ¡qué suaves

sobre sus cerrados ojos
las negras pestañas caen!
¡Cómo respira! No hay flores
que tan rico olor exhalen
como para mí su boca:
¡cómo en su frente se esparcen
tanta belleza, reunida
á tan varonil y grave
majestad! ¡Qué diferente
de los otros hombres! ¡Nadie
más feliz que yo!... ¡amor mío!
¡Ah! ¡Déjame que te ame
toda mi vida, y me muera,
mi bien, así, contemplándote!
Pero ¿por qué esta zozobra
con que el corazón me late?
¿por qué de súbito siento
ira y locura, y matarle,
á veces cuando le miro,
quisiera, y luego matarme
á mí también? ¿Porque sea
mío sólo? ¿Quién robarme
mi dicha y mi amor intenta?
El es mío, no ama á nadie,
ni puede amar sino á mí:
á mí sola, á mí; ¿y quién sabe
si siempre así me amará?
¡Oh! ¡el corazón se me parte
de sólo dudarlo! entonces...
¡Triste la que me arrebate
su corazón! ¡Oh! ¡morir
sólo me queda en tal trance!
¡Matarle y morir, y luego
idolatrar su cadáver!
¿Y qué mujer de mis brazos
será capaz de robarte,
Adán mío? *(Con ternura).*
¡Cómo suda!
(Le enjuga la frete con un pañuelo blanco).
¡Oh! sean mis manos cárcel

de ese corazón que es mío;
que no me lo robe nadie.

(Le pone ambas manos sobre el pecho, como para aprisionarle el corazón).

¡Oh! deshojad sobre su frente flores
del noble mozo en su primer mañana,
guardad su sueño, amores,
mimad conmigo su beldad temprana.
Dejadme en mi alegría
cuidar yo sola de la flor que es mía.

ADÁN. *(Despierta)*
¡Qué calor! ¿dónde estoy?

SALADA. Aquí, bien mío.
¿No me ves? á mi lado.

ADÁN. ¡Oh! sí, soñaba;
pero un sueño tan dulce, un desvarío
tan alegre que el alma me robaba.

SALADA. *(Reconviniéndole dulcemente).*
No hay sueño alguno, por feliz que sea,
que yo no cambie por mirar tus ojos,
y tú el sueño al dejar que te recrea,
viéndome al despertar sientes enojos.

ADÁN.

Era un sueño... Sabrás, hermosa mía,
que era una tarde en el florido abril,
cuando viste del campo la alegría
hojas al bosque, flores al jardín:

vagaba solo yo por la ribera
del Manzanares: lo que fué de ti
no sé. Salada mía, ni siquiera
cómo yo solo me encontraba allí.

Cuando de pronto á la azulada cumbre
de un monte lejos me sentí volar,
y un hilo suelto al aire en viva lumbre
vi ante mis ojos fúlgido ondear.

Y, asido al hilo, trepo á la montaña.
¡Oh! ¡cuánto entonces á mis plantas vi!

¡Cuántos acentos y algazara extraña
alzarse alegre de repente oí!

Luciendo generosa gentileza,
cien caballeros rápidos pasar,
ágiles vi, domando la fiereza
de sus caballos que al galope van.

Y entre la luz de remolinos de oro
que deslumbran los ojos como el sol,
mujeres, de beldad rico tesoro,
brindando glorias y vertiendo amor:

y danzas, juego, y algazara y vida,
magnífico tropel y movimiento,
riqueza abandonada y esparcida
cuanta puede crear el pensamiento.

Y yo también con ellos me juntaba,
y con oro y con trajes de colores
ya cual aquella gente me adornaba,
y era también señor entre señores.

Y también mis caballos á mi brío...

SALADA

¡Y ni un recuerdo para mí entre tanto,
ni un recuerdo guardabas, Adán mío,
á esta pobre mujer que te ama tanto!

ADÁN.

Y en un caballo con la crín tendida,
la cola suelta vagarosa al viento,
y la abierta nariz de fuego henchida,
en alas iba yo de mi contento.

Y zanjas, montes, valles y espesuras,
y ramblas y torrentes traspasaba,
y otros montes después, y otras llanuras,
y nunca fin á mi carrera hallaba.

Y siguiendo á mi loca fantasía,
jinete alborozado en mi bridón,
latiendo de entusiasmo y alegría,
mi anhelo redoblaba su furor.

Mi frente sudorosa palpitando,
azotaba mi rostro el huracán,
mis ojos fuego en su inquietud lanzando,
campo adelante devorando van.

¡Oh! ¡qué placer! En medio al torbellino,
oir el trueno rebramar y el viento,
siguiendo en polvoroso remolino
el ímpetu veloz del pensamiento:

¡Y en incesante vértigo y locura,
desvanecida en confusión la mente,
cuanto el deseo y la ilusión figura
arrojarse á alcanzarlo de repente!

¡Oh! yo entendía voces y cantares,
y vi mujeres ante mí volar,
y atrás quedaban gentes á millares,
y encontraba otras gentes más allá.

¡Oh! si me amas, si tu amor es cierto,
llévame al punto donde yo soñé:
¡un caballo! ¡un caballo! ¡campo abierto!
y déjame frenético correr.

Viento que en torno de mi frente brame,
rayos que sienta sobre mí tronar,
triunfos, y glorias, y riquezas dame
que derramen mis manos sin cesar.

SALADA

¡Oh! ¡Adán, Adán! ¡Tu corazón no es mío!
¡Oh! Tu ambicioso corazón delira;
¡ay! ¡que me lo robó tu desvarío,
y por sólo mi amor ya no suspira!

Pobre mujer, ¿qué puedo yo ofrecerte,
ni qué te puedo en mi desdicha dar?
Ten compasión de mí, dame la muerte;
¡oh! no me dejes sin tu amor llorar.

¡Ah! dime, ¿dónde, dónde yo podría
hallar esas venturas para ti?
¿Dónde? mas ¡ah! que la desdicha mía
en mi impotencia me arrojó á morir!

Jamás, jamás, Adán, nunca hasta ahora
mi bajeza en el mundo he conocido;
¡mi corazón que desgarrado llora
tan amargo dolor nunca ha sentido!

¡Oh! ¿qué me da mi condición villana?
Despreciable mujer, juguete vil,
arrojada en el mundo una mañana
cuando la luz entre miserias vi.

Cuando entre bosques que el viajero ignora
mi madre moribunda me parió,
nacida al mundo en maldecida hora,
fruto podrido, hija de un ladrón.

¿Sabes, Adán, lo que le guarda el mundo
á la que nace como yo nací?
En una cárcel un rincón inmundo,
y un hospital quizá donde morir.

una belleza, infame mercancía,
que una pobre mujer por oro trueca,
y gozando en su propia villanía
un corazón que el infortunio seca.

Y en pecado y vergüenza concebida,
y en la frente el escándalo, marchar
á abrirse campo en su azarosa vida
con lucha eterna é incesante afán.

¡Miserable de mí! ¡yo había vivido
contenta con mi orgullo en mi bajeza!
Tú no lo sabes, pero tú has herido
un alma, en fin, que á comprenderse empieza.

Tú, Adán mío, sin querer has hecho
pedazos mi amargado corazón,
perdida ya la que guardó mi pecho
ilusión dulce de un dichoso amor.

¡Oh! ven acá, te estreche entre mis brazos;
déjame en mi dolor llorar así:
¡fueran, Adán, eternos estos lazos,
y yo llorara en mi aflicción feliz!

¡Déjame que te bese con locura,
déjame que te apriete al corazón!

No sé qué voz secreta en mi amargura,
Adán me dice que á perderte voy.

¡Perderte! ¡y para siempre! y yo que nada
quiero ya sino á ti ¿voy á perderte?
Déjame así morir, así abrazada,
¡muriendo yo bendeciré mi muerte!

Mira, Adán mío, alma de mi vida.
yo no soy más que una infeliz mujer,
pobre en el mundo, una mujer perdida,
con solo desventuras que ofrecer.

No tengo nada; ¡pero te amo tanto!
¡tengo un tesoro para ti de amor!
¡oh! no me dejes, muévate mi llanto,
muévate mi afligido corazón.

¡Oh! ¡no me dejes! y pues ansías oro
y dichas que no alcanzo á darte yo,
el mundo te prodigue su tesoro,
y yo, tu esclava, te daré mi amor.

Y sufriré en silencio tus desvíos.
Yo, tu criada, partiré tu pan,
y una mirada de esos ojos míos
hará mi dicha, premiará mi afán.

¡Ay! ¡no me dejes nunca!

ADÁN

¿Yo dejarte?
¿Y para qué, y por qué? ¡tú, mi querida!
¿Ni cómo, aunque quisiera, abandonarte,
juntos tú y yo lanzados en la vida?

Tu desdicha en tus quejas adivino:
¿y habrá de ser eterno tu dolor?
¡Qué poderosa mano á ese destino
para siempre, Salada, te amarró!

¡Oh! en esas tierras donde yo soñaba,
allí, do todo es glorias y placer,
allí, do nunca de gozar se acaba,
ven, mi Salada, ven, y te amaré.

Un caballo, un camino, y ese cielo
yo escalaré; yo siento dentro en mí
fuerza bastante en mi ambicioso anhelo
para cambiar, ¡quién sabe! el porvenir.

SALADA

(Dejándose arrebatar del entusiasmo de Adán)

¡Juntos! ¡juntos los dos! ¡Oh! sí, marchemos,
rompamos del destino las cadenas;
el mundo no es Madrid, juntos volemos
á otras gentes hallar y otras escenas.

¡Qué! ¿á dónde quiera llevará mi frente
grabado el sello de vergüenza? No:
que en otras tierras, y entre nueva gente
ennoblecida brillaré en tu amor.

Huyamos, sí, de la laguna impura
donde entre cieno sin tu amor viví;
huyamos á esas tierras de ventura
que á entrambos nos ofrece el porvenir.

¡Gracias! ¡gracias! amor, bendito seas,
que mi bajeza me revelas tú:
huyamos luego, Adán, donde deseas,
á otro país que alumbrará otra luz!

—

ESCENA II

Dichos y el CURA

(**Poco después hasta seis hombres de malas catadura y modales rústicos.**)

EL CURA *(Frotándose las manos).*
¡Albricias! ¡no hemos salido
de mala! por la tetilla
derecha le entró, y si acierta
á entrarle más una línea,
pax Christi.

ADÁN (*Aparte á la Salada*).
No sé por qué
me irrita sólo la vista
de ese sapo.

SALADA Adán, huyamos.
(*Aparte*). Y yo contenta vivía.

EL CURA (*Con tono truhanesco*).
Vive Dios, señor Adán,
que tiene usted una niña
que da la vida á un cristiano,
lo mismo que se la quita:
tan buena para un barrido
como un fregado: ¡que vivan
esos ojuelos que matan,
princesa, y esas manitas!

ADÁN (*Con impaciencia*).
¡Ea, basta, ¿qué queréis?

EL CURA Si incomoda mi visita
me iré: mas ya me hago cargo,
la gente se divertía
como Dios manda: ¡solitos!
¡El demonio me maldiga!
Más siento yo interrumpir...
pero... vamos... yo creía
que para todo había tiempo...
Luego como corre prisa
nuestro negocio, y los otros
van á acudir á la cita...
y según me han dicho, usted
es también de la partida...
Yo, por eso... La señora..
que me conoce hace días,
sabe muy bien que no soy
yo mosca nunca: en mi vida
la he estorbado para nada...
Cada cual allá se avía,
y á vivir. ¿Qué, no es verdad,
señora Salada?

SALADA (*Aparte*) Grima
me da de oirle.

EL CURA Lo otro
no es cosa que á usted le aflija:
él ya habrá muerto á estas horas,
y la señora justicia,
como no sabe quién fué
quien le apagó, ni en su vida
sabrá tampoco á quién tiene
que acudir, queda *per istam:*
aquí no hay nada que hacer
sino apandarse unos días,
y aguardar que Dios mejore
sus horas. Tiberio viva,
y el pan á dos cuartos. ¡Prenda!

(Acercándose al oído con instancia y picardigüela).

Vamos, una preguntilla:
¿qué le ha dado usté al mocito
que está que parece quina?

SALADA *(Con desabrimiento).*
Oiga usted, padre curiana,
á un ladito, que me tizna.

(Entran los seis).

PRIMERO La paz de Dios, caballeros.

(Van entrando, unos se sientan, otros se quedan de pie, algunos sacan tabaco).

EL CURA Ya está la gente reunida.

(Da un silbido, y se asoma á una reja á donde acude un chico con quien habla).

Pupas, ya sabes la seña
corre á tu puesto y avisa.

SEGUNDO ¿Conque es la cosa esta noche?
(Al primero, señalando á Adán).

TERCERO. ¿Es este el mocito, Chispas,
que recomendó su padre?

PRIMERO Pues el mismo.

CUARTO A Saladilla
el diablo le ha vuelto el juicio.

TERCERO Padre cura, ¿qué noticias
tiene?

EL CURA — Muchas y muy buenas.
PRIMERO — Pues desembucha.
QUINTO — *(Señalando á Adán)* La pinta
es de un elefante en leche.
Mocito, ¿hay ánimo?
ADÁN — Y diga,
¿para qué me ha de faltar?
SEXTO — Como es la primer cabrita
que desuella...
ADÁN — La primera
vez que he pensado en mi vida,
pensé alcanzar con la mano
donde alcanzaba la vista.
PRIMERO — Bien dicho.
(El padre cura entre tanto ha estado hablando á los otros).
CUARTO — ¿Y en eso está?
EL CURA — Luego que quedó Chiripas
en abrir por la cochera
y darnos entrada arriba,
dije para mi capote:
recemos la letanía
y entonemos un *Te Deum*,
porque la ocasión la pintan
calva; y para sosegar
mi conciencia, dije á un quídam
que en la taberna de enfrente
estaba, que hiciese esquina
sin quitar ojo á la casa,
y pagara por Chiripas
cuando bebiese, que yo
esta noche volvería
con mi guitarra y mi acólito
á echar cuatro seguidillas
y alegrar el barrio.
TERCERO — Y oiga:
¿entra en el ajo Chiripas?
EL CURA — Él, como es muy natural
no quiere que nunca digan
que fué capaz de vender

ni hacer una alevosía
á la que le da su pan:
eso no, bueno es Chiripas...
No digo yo á su ama, á nadie
hará una mala partida.

PRIMERO Y hace bien.

EL CURA Pero es distinto
que en estando ya dormida
la gente, que entréis vosotros
y le atéis, y luego os sirva,
llevándoos sin hacer ruido,
ni ver a nadie, á la misma
alcoba donde su ama
que no espera la visita,
dormirá: y así ha quedado
en que la cosa se haría,
para no tener que ver
después él con la justicia,
cumplir como buen criado
y hombre de bien. Yo en la esquina
mientras, haré la deshecha,
y allí con mi guitarrilla,
(Hace gesto de jaleador).
y cuatro coplas, y alza
que se te ve hasta la liga,
y toma y vuelve por otra,
tendré la gente reunida
de la calle: por si acaso
cacarea la gallina
que no se oiga y que en paz
vosotros hagáis la limpia.

TERCERO ¿Y habrá fango?

EL CURA Hasta los codos.
Es la condesa de Alcira
viuda con muchos millones,
y alhajas y piedras finas,
y más condados y rentas
y tierras que el mapa pinta.

PRIMERO Moneda acuñada, padre,
déjese de baratijas.

SEGUNDO (*Refregándose las manos*).
¿Y es buena moza?
TERCERO Me gusta
la pregunta: que sea rica
y haya donde entrar la mano,
y más que tenga comida
la cara de lamparones.
ADÁN (*Con interés*).
¿Y es de esas damas que habitan
palacios?
EL CURA Uno tan grande
que en entrando no se atina
á salir: pero no hay miedo,
que para esto está Chiripas,
el lacayo incorruptible
y fiel, que hallará salida
al laberinto de Creta.

(*Se va haciendo de noche. La Salada entra con un velón encendido*).

ADÁN ¿Tendrá coches?
EL CURA Y berlinas,
y cabriolés, y oro y plata
más que producen las Indias.
PRIMERO ¡El chibato! de oirlo sólo
los ojos se le encandilan.
SALADA (*Aparte*).
(*Con los ojos llenos de lágrimas*).
¡Pobre de mí!
PRIMERO Chica, ¿lloras?
SEGUNDO ¿Por qué llora usted, mi vida?
ADÁN (*Sin reparar en ella*).
Vamos pronto, vean mis ojos
cuanto vió mi fantasía:
toquen mis manos en fin
los sueños de mi codicia.
TERCERO Buen pollo; que á este le pongan
donde haya.
PRIMERO Bien se explica.

SEGUNDO (*A la Salada*).
Pero ¿por qué llora usted?
PRIMERO Cosas de mujeres.
SEGUNDO Niña,
¿le duele á usted algo?
SALADA El alma
y el corazón; Adán, mira,
(*Se adelanta con energía á Adán*).
¿ves estas lágrimas? son
las primeras que en mi vida
me ha hecho derramar un hombre;
no hagas tú que mi desdicha
se trueque en rabia, y se cambie,
Adán, mi ternura en ira:
no quiero, no, tú no irás
porque yo no quiero.
EL CURA ¡Chispas!
¡Qué mala hierba ha pisado
la mocita!
SALADA Tú imaginas
que esa mujer es hermosa:
¿pensabas que yo querría,
que lo imagino también,
dejarte ir? ¡Ah! ¿tú olvidas
que yo te amo y te finges
ilusiones y alegrías
en otra parte, sin mí,
con otra mujer? ¿La hija
del ladrón cambiar presumes
con desprecio por la altiva
condesa, por la señora
que arrastra coche? deliras.
Sí, tú te has dicho á ti mismo:
es una mujer perdida;
la que ha nacido en el fango
que llore en el fango y viva.
Tú has olvidado mi amor,
mi delirio, mis caricias...
¡Ingrato! que sin tu amor,
(*Con ternura y saltándosele las lágrimas*)

sin ti detesto la vida,
que no tengo más que á ti,
que te amo: ¡oh! de rodillas
yo te lo ruego, Adán mío,
no vayas, te lo suplica
tu pobre Salada, no...
Perdona, Adán, alma mía,
no vayas, no, el corazón
me da que alguna desdicha
nos va á suceder... no vayas.
¿No harás lo que yo te pida?

ADÁN

¿No ir? Salada, ¿no ir yo
cuando fortuna me brinda,
y en realidad mis ensueños,
en verdad mi fantasía
trueca? ¿quién? ¿yo, yo no ir?
¿Yo no ir?... tú desvarías.

PRIMERO

Pero ven acá; ¿tú quieres
que tu galán sea un gallina?

SALADA

¿Tú á qué has de ir? ¡Si supieras,
Adán mío, cuán indigna
hazaña van á emprender
estos hombres! ¡Ah! tú huirías
de ellos. Tu corazón
tan noble, dí, ¿no te avisa
de la bajeza del hecho?

EL CURA

Vaya una rara salida:
el demonio predicándonos
un sermón de moralista.

ADÁN

Mira, Salada, no sé
si la acción que se medita
es buena ó mala, ni entiendo
qué es mal ni bien todavía:
yo allá voy: cualquier que sea
el hecho, dicha ó desdicha
nos traiga, yo he de seguir
la inspiración que me anima.
¿Acaso he nacido yo
para vivir en continua
agitación? ¿No podré
seguir á mi fantasía

jamás? No. Salada, no:
glorias y triunfos me pinta
mi deseo; la fortuna
á mi anhelo campo brinda
donde cumplirlo: yo quiero
ver, palpar cuanto imagina
mi mente; de una ojeada
ver todo el mundo que gira
á mi alrededor: allí luego
tú vendrás: donde yo elija
un sitio para los dos.
¡Oh! si me amaras, tú misma
me llevarías.—¿Y quién
habrá jamás que me impida,
volar donde yo desee?
¡Fuera injusto! y romperían
mis manos, sí, las cadenas
que aprisionaran mis iras.

PRIMERO Bien dicho.

SALADA *(Con mimo).* Dime, Adán mío,
si me amas; ¿por qué te irritas?
¡Oh! ¡no te enojes conmigo!
Dame un beso, una caricia:
ya que te empeñas en ir...
otro beso. ¿No podrías
ir otra vez, dueño mío,
dejarlo para otro día?
las horas se me hacen siglos
sin ti, todo me fastidia
¡Yo que pensaba esta noche
pasarla en tu compañía
tan feliz, y acariciarte
tanto! no hay mayor desdicha,
tú ya lo sabes, Adán,
que una esperanza fallida.
Si te vas ¿qué haré? llorar.
Otro beso: no hay delicia
igual: los dos aquí solos
entre amores y caricias
corriendo las horas: yo

te contaré mis fatigas;
mi amor cuando estabas preso.
¡A ti no te cansa oirlas!
¿No es verdad, mi bien? ¡Ah! dame
otro beso...

ADÁN (*Conmovido*). ¡Vida mía!
No llores, no, yo te amo...
yo haré lo que tú me pidas.

TERCERO Eso es, ya está hecho un mandria.

SEGUNDO ¡Y lo que sabe la indina!...

EL CURA Señores, aquí se quede
el que quiera, que maldita
la falta que nadie hace.
Nuestra condesa de Alcira
(*Con intención á Adán*).
nos aguarda con sus coches,
su palacio y joyerías:
nosotros vamos allá,
conque, amigo, hasta la vista.
(*Dándole á Adán en el hombro*).

SALADA ¡Maldita sea tu lengua
que me arrebata mi dicha!

ADÁN ¡Oh, es verdad! y yo olvidaba...

SALADA (*Arrojándose en sus brazos*).
¡Adán mío!

ADÁN (*Con aspereza*).
Mujer, quita.

(*Se arranca de ella, la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adán el primero*).

CANTO VI

Era noche de danza y de verbena,
cuando alegra las calles el gentío,
y en grupos mil estrepitosos suena
música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reloj la una,
la paz reinaba en el sereno azul;
bañaba en tanto la dormida luna
las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento
de soberbia fachada, en un balcón
penetraba su rayo macilento
entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,
áureos sofás de blanco terciopelo,
sillas de nácar y marfil indianos,
los pabellones del color del cielo.

caprichos raros de la industria humana,
relieves y elegantes doraduras,
jarrones de alabastro y porcelana,
magníficas estatuas y pinturas,

ornan confusas la soberbia estancia
que allá se pierde en mágica crujía,
salones tras salones y á distancia
se abre de mármol ancha gradería.

Y allá á un jardín, mansión encantadora
de las fadas, conduce, y mil olores
esparce en los salones, voladora
la brisa que los roba de las flores.

¿Quién la deidad, el ídolo dichoso
de aquel templo magnífico será?
¡Templo soberbio, alcázar grandioso
que con oro amasó la vanidad!

Bella como la luz de la serena
tarde que á la ilusión de amor convida,
el alma acaso de amarguras llena,
hermosa en el verano de la vida,

una mujer dormida sobre un lecho
riquísimo allí está, los brazos fuera;
palpítale desnudo el blanco pecho,
vaga suelta su negra cabellera;

la almohada á un lado, la cabeza hermosa
en un escorzo lánguido caída,

turbios ensueños á su frente ansiosa
vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella
su tibia luz en rayos adormidos,
en desorden brillando en torno de ella
mil lujosos adornos esparcidos.

Aquí un vestido de francesa blonda,
la piocha allí de espléndidos brillantes,
la diadema de piedras de Golconda,
sobre el sofá los aromados guantes:

de flores ya marchita la guirnalda,
allí sortijas de oro y pedrería,
arrojada en la alfombra rica banda
bordada de vistosa argentería...

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,
no os quejéis si os arroja con desdén:
¡El placer, la esperanza y los amores
ella arrojó del corazón también!

¡Ay! que los años de la edad primera
pasaron luego y la ilusión voló,
y al partirse dejó la primavera
al sol de julio que agostó la flor.

Y al alma sólo le quedó un deseo
y un sueño le quedó á su fantasía,
loco afán y engañoso devaneo
que en vano en este mundo hallar porfía:

y el corazón que palpitaba ufano
henchido de esperanza y de ventura,
donde placer halló, lo busca en vano,
perdida para siempre su frescura:

y en vano en lechos de plumón mullidos,
en rica estancia de dorado techo,
se reclinan sus miembros adormidos
mientras despierto le palpita el pecho:

y en él inquieto el corazón se agita,
y un tropel de deseos y memorias
su mente á trastornar se precipita
volando ansiosa tras mentidas glorias:

y en vano busca con avaro empeño
paz para el corazón en sus rigores;
sus ojos cerrará piadoso el sueño,
pero no el corazón á sus dolores.

Despierta cuenta con mortal hastío
las horas en su espléndida mansión,
lánzase al mundo y con afán sombrío
huye otra vez de su enojoso ardor:

todo le cansa, en su delirio inventa
cuanto el capricho forja á su placer;
y ya cumplido, su fastidio aumenta
y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

¡Oh! que no hay un artífice en el mundo
que sepa fabricar un corazón,
ni sabio hay ni químico profundo
que encuentre medicina á su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores,
aquellos oros por allí esparcidos,
extranjeros riquísimos primores
á que eligiese á su placer traídos,

vióles apenas y arrojóles luego
acá y allá lanzados con desdén;
que harta su alma y el sentido ciego
todo le cansa cuanto en torno ve:

y duerme ahora, y su entreabierta boca
donde entre rosas se entrevé el marfil,
respira del afán que la sofoca
fuego que el corazón lanza al latir;

sus labios mueve y en su hermosa frente
rasgos inquietos crúzanse en montón;
cual detrás de la nube transparente
sus rayos lanza moribundo el sol:

y acaso entre una lánguida sonrisa
resbalar una lágrima se ve,
cual suele al movimiento de la brisa
diáfana gota por la flor correr.

¿Por qué esa angustia y respirar violento?
¿Por qué soñando con dolor suspira?

Tan hermosa y con tanto sentimiento,
¡ay! ¿por qué al corazón lástima inspira?

Un hombre en tanto de feroz semblante,
de repugnante y rústico ademán,
y en la diestra un puñal, con vigilante
faz cuidadosa y temeroso andar,

súbito entró en la estancia y silencioso
á la dormida dama se acercó,
contemplóla un momento receloso
y por sus pasos á salir volvió.

«Duerme como un lirón», dijo en voz baja
á otros que afuera en ansiedad están,
y añadió mientras cierra su navaja:—
«Manos pues á la obra y despachar».

Y con destreza y silencioso tino
abren y descerrajan á porfía,
alegre el corazón del buen destino
que sus intentos favorece y guía:

y aquí amontonan y acullá recogen,
rompen allí y arrojan con desdén,
y aquí los unos con cuidado escogen,
despedazan los otros cuanto ven;

y con ansia brutal oro buscando
con insaciables ojos la codicia,
riquezas y tesoros anhelando,
riquezas y tesoros desperdicia.

Estremécese el alma al menor ruido
de temeroso sobresalto llena,
párase un punto, aplican el oído,
y vuelven otra vez á su faena.

Y en medio á su azaroso y mudo empeño
rompe el silencio súbito rumor,
y vuelven todos con airado ceño
los ojos con afán donde sonó;

y llenos de infantil, sandia alegría
miran á Adán que escucha embelesado
la estrepitosa súbita armonía
que oculta en un reloj de pronto hallado.



...Súbito entró en la estancia y silencioso
á la dormida dama se acercó...

El diablo mundo.—*(Pá*

De gozo el alma y de esperanzas llena
y ávido de sorpresa el corazón,
indiferente actor de aquella escena
registra todo con pueril candor:

y aquí contempla y palpa los colores
del rico pabellón de oro bordado;
allí admira los nítidos primores
del limpio nácar y el marfil labrado:

más allá en la pared le maravilla
aparecida mágica figura,
en cuyos ojos animados brilla
cándida luz de celestial dulzura:

formas aéreas que copió en el cielo
la mente de Murillo y Rafael,
Virgen divina, y celestial consuelo
que trasladó á la tierra su pincel.

Y un caballero vió que le miraba,
que vivo allí lo trasladó Van Dyck,
que altivo y con desdén le contemplaba
de noble aspecto y ademán gentil:

y el tierno amor que el rostro de hermosura,
de la Virgen purísima le inspira,
trocó luego en orgullo la bravura
del caballero aquel que adusto mira.

Intrépidos en él clavó sus ojos
brillantes de belleza y juventud,
y provocar queriendo sus enojos
llegóse á él y le acercó la luz.

Tocóle en fin é imaginóse luego
que sombra nada más la imagen era:
y al irse despechado y con despego
lanzó al retrato una mirada fiera.

Y volviendo la espalda vió arrogante
un mancebo galán que hacia él venía,
de negros ojos y gentil semblante
que al suyo reparó se parecía:

y sonrióse, y vió con gusto extraño
su figura airosísima allí dentro,

que tan terso cristal de aquel tamaño
nunca hasta entonces la copió en su centro.

Y alegre el corazón miróse al punto,
de sí agradado y reparó en su traje,
y volviendo al retrato cejijunto
luego lo comparó con su ropaje:

y parecióle que mejor cayera
aquel vestido en él que el que tenía,
y mejor que su daga considera
aquella larga espada que ceñía.

Y una ninfa después blanca y desnuda
al aire ve que suelta se desprende,
gentil guirnalda que su salto ayuda
en sus manos purísimas suspende:

suavísima figura y hechicera
en escogido mármol de Carrara,
que al aire desprendida va ligera,
el juicio pasma y los sentidos pára.

Todo lo mira Adán, todo lo toca,
todo lo corre con prolijo afán,
y allá en los sueños de su mente loca
ser gran señor imaginando está:

y carrozas, y triunfos, y contentos,
raudos caballos de indomables bríos,
y raros y magníficos portentos,
brindan á su ansiedad sus desvaríos.

Y ésto deja entre tanto, aquello toma,
destapa un pomo de dorada china,
viértese encima su fragante aroma,
allá otro objeto su atención inclina:

toca y enciende un rico pebetero,
báñase en ámbar súbito la estancia;
y en un sillón sentándose frontero
gózase en su dulcísima fragancia.

Más allá relumbrante joyería
sobre una mesa derramada está,
y se prende una flor de pedrería:
luego al espejo á contemplarse va:

niño inocente que encantado vaga
en medio al crimen que acompaña ciego,
que cuanto en torno ve todo le halaga
y á todo codicioso acude luego:

que de la cárcel á los dulces lazos
pasó encantado en su primer amor,
y la bella Salada entre sus brazos
enamorada de él, le aprisionó:

que luego el mundo apareció á sus ojos
adornado de gala y de alegría,
y su vista creó nuevos antojos,
nuevos ensueños que gozar ansía:

y libre allí cual caprichoso niño,
que alegre corre y libre se figura,
si burló acaso el maternal cariño
y por campo y ciudad va á la aventura,

así la dulce libertad sentida,
Adán huyó de su infeliz manola;
y allí en su gozo embebecido olvida
la que le llora enamorada y sola:

y así mirando y revolviento todo
párase ante un magnífico reloj,
y de gozarlo imaginando modo
toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos
volvieron todos, y mirando á Adán,
saltaron á sus rostros los enojos
y aun alguno echó mano á su puñal:

—«Clávale ahí: maldita sea la hora
que ese menguado con nosotros vino.»—
—«Por poco, señor Curro, se acalora,»—
repuso Adán mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdeño
señalando al puñal se sonrió,
dobló el bandido á su sonrisa el ceño
y colérico á herirle se arrojó.

Trabárase la lid si un alarido,
un agudo chillido penetrante

no se hubiera escuchado en el instante
parando el movimiento al foragido,

. . . .

—«Alto, dijo volviéndose, hablad quedo,
voy á tapar la boca á esa mujer:
nadie se mueva, no hay que tener miedo;
hacer el hato vivo y recoger.»

—«¡Favor, favor!» con afanoso acento
una mujer, en su desorden, bella,
súbito en el salón falta de aliento,
y que en sus propios pasos se atropella,

preséntase, y mirando á los bandidos
siente la voz helársele y suspira
y piedad implorando entre gemidos
los bellos ojos temerosos gira.

Ojos que vierten lágrimas, que velan
su clara luz realzando su ternura,
mientras suspiros de sus labios vuelan
con fatiga que aumenta su hermosura;

y mientras caen los agitados rizos
que la sofocan á su ansiosa faz,
aumenta en su congoja sus hechizos
la blanca mano que á apartarlos va:

y su voz que se ahoga entre suspiros
simpática enternece el corazón,
ecos suaves, regalados tiros
que al corazón de Adán lanza el amor.

Sintió piedad mirándola afligida,
que era su hermoso rostro como el cielo,
cuando si llueve en la estación florida
colora el sol el transparente velo.

¿Qué ciegos ojos la beldad no encanta?
¿Qué duro corazón no vuelven blando
los ojos lastimeros que levanta
al cielo la mujer que está llorando?

Los ladrones allí y en torno de ella,
los estúpidos rostros agitados,

y ella postrada y en extremo bella
los ojos y los brazos levantados.

—«¡Silencio, juro á Dios!» con mano ruda
dijo asiéndola un brazo el capataz,
«átale ese pañuelo, atrás lo anuda,
y que hable para sí si quiere hablar,»

díjole á otro que á la dama hermosa
un pañuelo doblando se acercó,
mientras el capataz con su callosa
mano, la boca á la infeliz tapó.

Miraba Adán, miraba á la hermosura
de la gentil y dolorida dama:
miraba luego á la cuadrilla impura
que á su belleza con su aliento infama,

y cuando el bruto bandolero mira
poner su mano rústica en su boca,
arrebatado en generosa ira
que fiera lid su corazón provoca,

tira de su cuchillo y se adelanta
saltando en medio al círculo, y cogió
del cuello al capataz con fuerza tanta
que en el suelo de espaldas le arrojó:

y en la diestra el puñal, la izquierda tiende
describiendo una línea circular,
y la turba que al verle se sorprende
dos ó tres pasos échase hacia atrás.

¡Oh! ¡Cuán hermoso en su gallardo empeño
palpitante la faz, vivos los ojos,
vuelve el bizarro mozo, y cuál su ceño
añade gentileza á sus enojos!

Aquellos rizos que en sus hombros flotan
tirada atrás la juvenil cabeza,
las venas que en su frente se alborotan,
su ademán de bravura y ligereza,

y aquella dama que postrada llora,
yerta á sus pies y la razón perdida,

y que azorada y temerosa ahora
yace temblando á su rodilla asida;

y en torno de él las levantadas diestras
de sus contrarios, de cuchillo armadas,
con ademanes y feroces muestras
su muerte á un tiempo amenazando airadas;

en medio aquel desorden y el despojo,
¡cuán grande en ardimiento y gallardía
muestran al mozo que en su noble arrojo
un genio fabuloso parecía!

Alzase en tanto la navaja en mano,
los labios comprimidos de la ira,
como pisada víbora, el villano
que cayó al suelo y que rencor respira:

y él y los otros al mancebo saltan,
salta el mancebo que los ve llegar,
y antes que á él lleguen los que así le asaltan
logra la espalda en la pared guardar.

Quieto allí contra el ángulo resiste
ojo avizor el ímpetu primero,
y á veces salta y á la turba embiste
con presto brinco y con puñal certero.

Y en silencio que sólo algún rugido
sordo rompe ó mascada maldición,
sigue la lucha, y el mancebo ardido
la vil canalla acosa en derredor.

Como trailla de feroces perros
sobre el cerdoso jabalí que espera,
con diente avaro y encrespados cerros
se arrojan á cebar su saña fiera:

y aquí y allá con ávida porfía
le acosan, y el colérico animal
en cada horrible dentellada envía
la muerte al enemigo más audaz.

Así, pero no así, sino más fieros,
con mayor furia y sin igual rencor
acometen á Adán los bandoleros,
crece la lucha y crece su furor;

y cual ligero corzo que aparece
saltando zanjas que en el aire va,
salta si un golpe á su intención se ofrece
y vuelve á la pared cuando lo da:

y entre ellos luchando, en medio de ellos
revuélvese y barájase y desliza
su cuerpo, y fatigados los resuellos
pueden apenas sostener la liza,

y aquí derriba al uno, al otro hiere,
y como *terne* diestro se repara,
y á todos á uso de la cárcel quiere
marcarles las heridas en la cara;

y unos turbados de manejo tanto,
y otros caídos de vencida van,
cuando los gritos á aumentar su espanto
llegan de gente que se acerca ya.

—La justicia—dijeron, y el violento
choque suspenden, corren al balcón,
y Adán corre también, y huye al momento
que la palabra de *justicia* oyó.

¡Fatal palabra! La primera ha sido
que oyó en su vida pronunciar tal vez,
hospedado en la cárcel la ha aprendido
y ni en sus sueños la olvidó después.

Oyó *justicia* y olvidó á la hermosa
dama que generoso defendió,
riquezas, lujo, estancia suntuosa,
y allá á la calle del balcón saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura,
unos tras otros á la calle van:
ninguno allí del compañero cura,
sálvase como puede cada cual:

pero hubo alguno que en tamaño aprieto
más práctico y sereno, haciendo un lío
de cuanto recoger pudo en secreto,
sin curar las palabras tuyo y mío,

saltó á la calle con sagaz donaire
apretada su prenda al corazón:

y desprendido se soltaba al aire
cuando la gente en el salón entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo,
como en Madrid tan nuevo,
corrió dos ó tres calles sin destino
y huyendo acá y allá y á la aventura
solo se halló y en una calle obscura
al saltar del balcón, perdido el tino.
Y luego se asegura,
y mira en derredor si alguien le sigue,
y tranquilo prosigue,
mas sin saber á dónde su camino
iba despacio andando...

Súbita hirió su oído
la bulla y bailoteo
de una cercana casa, y al ruido
dirigió nuestro héroe su paseo.
Rumor de gente y música se oía
y voces en confusa algarabía,
y al estrépito alegre se juntaba
choque gentil de vasos y botellas,
y al són de la guitarra acompañaba
alguno que cantaba,
y con lascivos movimientos ellas.

Dió la vuelta á la esquina,
y en la casa del baile y la jarana
vió con sorpresa que á calmar no atina
de par en par abierta una ventana,
y en una estancia solitaria y triste
entre dos hachas de amarilla cera
un fúnebre ataúd, y en él tendida
una joven sin vida,
que aun en la muerte interesante era.
Sobre su rostro de dolor la huella
honda grabado había
doliente el alma al arrancarse de ella
en su congoja y última agonía.

Y allí cual rosa que pisó el villano
y de barro manchó su planta impura,
marcada está la mano
que la robó su aroma y su frescura.

Una mujer la vela,
vieja la pobre, y llora dolorida
junto al cadáver, y volverle anhela
con besos á la vida:
y ora llorando olvida
hasta el estruendo y fiesta bulliciosa,
que á alterar de la estancia dolorosa
la lúgubre paz viene,
y en darla dulces nombres cariñosa
y en besar á la muerta se entretiene:
y á veces abren súbito la puerta
que á dentro lleva á donde suena danza,
y sin respeto y de tropel se lanza
un escuadrón de mozos que la muerta
con impureza loca contemplando
búrlanse de la vieja, profanando
con torpes agudezas la sombría
mísera imagen de la muerte fría.

Y allí es de ver, la vieja codiciosa
en medio de su amarga
y sincera aflicción, cual la rugosa
mano al dinero alarga,
y á los mozos impíos
los llama entre sollozos «hijos míos»
y de llorar ya rojos
enjuga en tanto sus hinchados ojos.
Y entre suspiros mil echa su cuenta
y luego se lamenta
de nuevo, y á su mísero quebranto
volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.

Y en tanto alegre suena
en la cercana sala el vocerío,
la danza, el canto y bacanal faena,
regocijo, guitarra y desvarío.

Miraba Adán escena tan extraña
con piadoso interés desde la reja,
y á la cuitada vieja,
que en agradar sus huéspedes se amaña,
á par que en llanto de amargura baña
el cadáver aquel que parecía
que con toda su alma lo quería.
Y el baile y la alegría
de la cercana estancia le admiraba,
y el bullicioso y placentero ruido
que confuso llegaba
á mezclarse á deshora á su gemido.

Y de saber y averiguar curioso
el caso doloroso
que unos celebran tanto,
y aquella mujer llora,
llamó luego á la puerta, y desfadada
con tan amargo llanto,
una moza la abrió toda escotada,
el traje descompuesto,
con desgarrado modo y deshonesto.
Y entró en un cuarto donde vió una mesa
entre la niebla espesa
de humo de los cigarros medio envueltos,
seis hombres asentados
con otras tantas mozas acoplados,
en liviana postura,
que beben y alborotan á porfía,
y aquél el vaso apura,
y el otro canta y en inmunda orgía,
con loco desatino
al aire arrojan vasos y botellas,
ellos gritando y en desorden ellas,
y con semblantes que acalora el vino.
Y aquél perdido el tino
tiéndese allí en el suelo,
y éste bailando con la moza á vuelo
á las vueltas que traen
tropezando en su cuerpo de repente,
ella y él juntamente

sobre él riendo á carcajadas caen.
Bebe tranquilo aquél, disputan otros,
brincan aquéllos como ardientes potros
que roto el freno por los campos botan,
y mientras todos juntos alborotan,
alguno, con el juicio ya perdido,
murmura en un rincón, medio dormido.

Solícita una moza al forastero
llegóse y preguntóle qué quería,
llamándole «buen mozo» lo primero.
—«Quisiera yo, alma mía,
Adán le respondió, si se me deja,
ver á esa pobre vieja
que está en ese aposento
velando á la difunta.»—«¡Ay, es su hija!
A las seis se murió: buen sentimiento
nos ha dado la pobre: era una rosa:
¡todas nosotras la queríamos tanto!
Dios la tenga consigo: tan hermosa
y ahora muerta, vea usted, ¡pobre Lucía!
Razón tiene en llorar doña María.
Entre usted por aquí.»—Y abrió una puerta
y hallóse Adán con la afligida madre,
y el cadáver miró, y hablar no acierta.
Reina siempre en redor del cuerpo muerto
una tan honda soledad y olvido,
tan inmensa orfandad, allí tendido,
desamparado ya del trato humano,
sin voluntad, sin voz, sin movimiento
que en vano el pensamiento
presume ahondar tan misterioso arcano,
y recogido su ambicioso giro
pliégase al corazón que ahoga un suspiro.

Miraba Adán, miraba los despojos
de aquella un tiempo que animó la vida,
sobre el cadáver los innobles ojos
y el alma con angustia y dolorida:
y turbia y embebida
la mente contemplándola allí atento,

embargó sus sentidos
un mudo inexplicable sentimiento,
en el vacío del no ser perdidos.
Y olvidó donde estaba,
parado y aturdido el pensamiento,
y miraba y callaba
sin hacer ademán ni movimiento,
más que de cuando en cuando suspiraba.

Rompió el silencio la angustiada vieja
con lastimada voz, y entre quebrantos,
que encuentra eco á su doliente queja
y halla un consuelo entre pesares tantos,
viendo al mancebo aquél desconocido
lloroso como ella y dolorido.

—«¡Véala usted, señor, cuando cumplía
apenas quince años!... ¡hija mía!»

—«Buena mujer, repuso con ternura
volviendo Adán en sí de su letargo.
¿Cómo en tanta tristura,
en tanto duelo y sentimiento amargo,
permitís ese estrépito á deshora
y danza y bulla tanta.
mientras dolor tan íntimo quebranta
vuestro llagado corazón que llora?»

—«¡Ay! respondió la vieja desolada,
vivo de eso, señor, no tienen nada
que hacer esos señores
conmigo y mis dolores!
Vivan ellos allá con sus placeres,
y mientras besan el ardiente seno
de esas locas mujeres,
yo con el corazón de angustias lleno,
beso aquí, solitaria en mi agonía,
la boca de mi hija muda y fría.
¡Hija mía, hija mía!
¡Ah, para el mundo demasiado buena!
Dios te llevó consigo:

mas es dura mi pena,
y cruel, aunque justo, mi castigo.»
Dijo, y rompió con tan amargo llanto
que la voz le robó su sentimiento,
y en su mortal quebranto,
convertido en sollozo su lamento,
el llanto que hilo á hilo le caía,
por sus mejillas pálidas corría.

—«Yo, buena madre, ignoro,
nuevo en el mundo aun, lo que es la muerte,
—Adán le respondió—pero ¿quién pudo
arrebatar sañudo
la que fué vuestro encanto de esa suerte?
¿Será imposible ya darle la vida?
La antorcha ahora encendida
si la apaga mi soplo de repente
juntándola otra luz, resplandeciente
torna al punto á alumbrar: ¿y aquella llama
que en la existencia de esa niña ardía
no hay otra luz que renovarla pueda?
¿Acaso inmóvil para siempre y fría
con el aliento de la muerte queda?
Vos sois pobre tal vez... ¡ah! con dinero
quizá se compre; débil y afligida,
los muchos años vuestro ardor primero
gastaron ya; el elixir de la vida
se halla lejos de aquí... decidme dónde,
decidme dó se esconde,
y yo allá volaré, sí, yo un tesoro
robaré al mundo y compraré la vida,
y la apagada luz, luego encendida,
veréis brillar, y enjugaré ese lloro,
volviendo al mundo la que os fué querida.

¿Dónde, decidme, encontraré yo fuego
que haga á esos ojos recobrar su ardor,
dónde las aguas cuyo fértil riego
levante fresca la marchita flor?»

Dijo así Adán con entusiasmo tanto,
con tan profunda fe, con tanto celo,

que la vieja, á pesar de su quebranto,
alzó á él los ojos con curioso anhelo.
—«¡Pobre mozo, deliras!
Si comprar esa vida se pudiera,
esta vieja infeliz que yerta miras,
por una hora siquiera,
por un solo momento
de ver abrir los ojos celestiales,
y otra vez escuchar el dulce acento
de la hija querida de su alma,
¿qué puedes figurarte que no haría?
¿Qué crimen, qué castigo
por recobrarla yo no arrostraría,
y otra vez verla palpitar conmigo?
¿Sabes tú que una hija es un pedazo
de las entrañas mismas de su madre?
Por un beso no más, por un abrazo,
y morirme después, el mundo entero
pidiendo una limosna correría,
y con los pies desnudos y mi llanto,
piedras enterneciera en mi quebranto
y al mundo mi dolor lastimaría.
¡Oh! que del alma mía,
pobre Lucía, te arrancó la muerte,
y el corazón contigo de mi pecho
arrancó de esa suerte,
á tantos males y aflicciones hecho!
¡Hora fatal, maldita
por siempre la hora aquella
que el hombre aquel te contempló tan bella.
¡El señor me la dió y él me la quita!
¡Cómo ha de ser!...»—Y el corazón partido,
secos los ojos, exhaló un gemido.

En remolinos mil su pensamiento
vagando Adán por su cabeza siente
que no acierta á explicarse el sentimiento
que á par que el corazón turba su mente.
—¡El Señor me la dió y él me la quita!
repite luego en su delirio insano,

y penetrar tan insondable arcano
su mente embarga y su ansiedad irrita.

El Dios, ese que habita
omnipotente en la región del cielo,
¿quién es que inunda á veces de alegría,
y otras veces cruel con mano impía
llena de angustia y de dolor el suelo?
Nombrar se oye doquiera,
y á todas horas el mortal le invoca,
ora con ruego ó queja lastimera,
ora también con maldiciente boca.
Tal devanaba Adán su pensamiento
que en vano ansioso comprender desea,
y en medio al rudo afán que le marea
los hombros encogió: dudas sin cuento
de su ignorancia y su candor nacidas,
no del alma lloradas y sentidas,
sueño de su confuso entendimiento,
su mente asaltan, y por vez primera
Adán súbito siente
volar queriendo, sin saber á dónde,
del corazón ardiente
la perpetua ansiedad que en él se esconde.
—«¿Cómo en vuestro dolor—dijo inocente,—
madre infeliz, la cana cabellera
tendida al aire, los quemados ojos
con muestra lastimera,
y bañados de lágrimas, de hinojos
no os postráis ante Dios? ¡Ah! si él os viera
desdichada á sus pies cual yo á los míos
y los ojos de lágrimas dos ríos,
y ese del corazón hondo lamento
de amarga melancólica querella
oyera, y el profundo sentimiento
que en esa seca faz marcó su huella
y en vuestro corazón fijó su asiento,
contemplara cual yo: ¿por qué á la rosa
que súbita secó ráfaga impura
no renovara su color hermosa,
y volviera su aroma y su frescura?

Desdichada mujer, ¡oh! ven conmigo,
juntos lloremos á sus pies tus penas,
él nos dará su bondadoso abrigo;
á la fuente volemos
eterno manantial de eterna vida,
y la rica simiente allí escondida
juntos recogeremos.
Seca, buena mujer, tu inútil llanto,
vuélvate la esperanza tu energía,
y el cuadro de tu mísero quebranto,
soledad y agonía,
muestra á ese Dios, y con humilde ruego
que no será, confía,
sordo á tus quejas, ni á tu llanto ciego.»

La vieja en tanto levantó los ojos
al techo, y murmuró luego entre dientes,
quizá sordas palabras maldicientes,
ó quizá una oración; el más sufrido
suele echar en olvido
á veces la paciencia, y darse al diablo,
y usar por desahogo
refunfuñando como perro dogo
de algún blasfemador rudo vocablo:
mas todo se compone
con un «Dios me perdone,»
que así mil veces yo salí del paso
si falto de paciencia juré acaso,
y cierto, vive Dios, si no jurara
que el diablo me llevara,
que cuando ahoga el pecho un sentimiento
y el ánimo se achica, porque crezca,
y el corazón se ensanche y se engrandezca,
no hay suspiro mejor que un juramento.
Y aun es mejor remedio
para aliviar el tedio,
mezclarlo con humildes oraciones,
como al són blando de acordada lira
la voz de melancólicas canciones,
confundida suspira;
y así también se dobla la esperanza,

que adonde falta Dios, el diablo alcanza.
Yo á cada cual en su costumbre dejo,
que á nadie doy consejo,
y así como el placer y la tristeza
mezclados vagan por el ancho mundo,
y en su cauce profundo
á un tiempo arrastran flores y maleza,
así suelen también mezclarse á veces
maldiciones y preces,
y yo tan sólo lo que observo cuento,
y á fe no es culpa mía
que la gente sea impía
y mezcle á una oración un juramento.
Testigo aquella vieja
de la antigua conseja
que á San Miguel dos velas le ponía,
y dos al diablo que á sus pies estaba,
por si el uno fallaba
que remediase el otro su agonía.
Mas juro, vive Dios, que estoy cansado
ya de seguir á un pensamiento atado
y referir mi historia de seguida,
sin darme á mis queridas digresiones
y sabias reflexiones
verter de cuando en cuando, y estoy harto
de tanta gravedad, lisura y tino
con que mi historia ensarto.
¡Oh, cómo cansa el orden! no hay locura
igual á la del lógico severo;
y aquí renegar quiero
de la literatura
y de aquellos que buscan proporciones
en la humana figura
y miden á compás sus perfecciones.
¿La música no oís y la armonía
del mundo, donde, al apacible ruido
del viento entre los árboles y flores,
se oye la voz del agua y melodía,
y del grillo y las ranas el chirrido
y al dulce ruiseñor cantando amores:
y las de mil colores,

nubes blancas, y azules, y de oro,
que el cielo á trechos pintan;
la blanca luna, el estrellado coro
no veis, y negras sombras á lo lejos,
y entre luz y tinieblas confundidos
el horizonte terminar perdidos
negros velos y espléndidos reflejos?
Y la noche y la aurora...
pues entonces... Me basta, que yo ahora
del rezo ó juramento
que allá entre dientes pronunció la vieja,
así como el que deja
senda escabrosa que acabó su aliento,
al llegar á este punto me prevalgo
y de este canto y de su historia salgo.



APENDICE

Fragmentos del canto VII de «El Diablo Mundo».

. . . .

«¡Ven más cerca de mí, más cerca... ahora!
¡tú eres, oh joven, mi mayor consuelo!
¡Triste del alma cuando sola llora!
¡Tú aun no has probado tan amargo duelo!
¡ojalá que con mano veladora
tus pasos guíe providente el cielo,
y nunca aislado en tu dolor profundo
solo te mires en mitad del mundo!

«¡Solo!... ¡Si tú supieras qué amargura
esta palabra encierra, llorarías!...
¡Mi abandono, mi mal, mi desventura
y mi inmenso dolor comprenderías!...

A esa gente que en torno se apresura,
¿qué le importan jamás las penas mías?
Solo está el corazón, blasfeme ó llore,
maldiga á Dios, ó su piedad implore!

«¡Y yo más sola!... Que el que á mí me vea,
á mí, maldita, á mí, cieno del mundo,
segura estoy de que en mi pena crea,
ni compadezca mi dolor profundo!
No me verá, ninguno, sin que sea
para tratar como animal inmundo
á esta pobre mujer, que esconde herida
su alma solitaria y dolorida!

«¡Dame tu mano, déjame, hijo mío,
que la bese en mi llanto y que te mire,
y te llame mi hijo, y que en mi impío
tormento contemplándote respire!...
¡Tú eres bueno, tú lloras, y desvío
¡ah! no me muestras; deja que delire
y me llame tu madre; y no te infame
que una mujer tan vil su hijo te llame!

«¿Quién eres tú, que á descifrar no acierto,
joven, de tus palabras el sentido?
¿Cómo presumes tú dar vida á un muerto,
ni hablar con Dios, si el juicio no has perdido?...
Si en medio á tu lenguaje y desconcierto
no respirara un corazón herido,
creyera acaso que con burla impía
viniste aquí á mofar de mi agonía...

«¡Ah! que estoy ya tan avezada á eso!
¡A causar risa con mi amargo llanto!...
¡A llevar sola y de continuo el peso
de mi arrastrada vida y mi quebranto!...
¡A ser juguete vil del que en su exceso
desprecia y escarnece dolor tanto!...
¡Que si tu voz de mí también mofara,
ni me doliera más, ni me extrañara!

«¿Ni qué burla tampoco ya podría
herir mi alma de amarguras llena?...
¡Ahora que agota en mí la suerte impía
su rabia y la esperanza me envenena!...
Ahora que te perdí ¡dulce hija mía!
¿habrá dicha tal vez que no sea pena
ni otro mayor pesar, ni otro quebranto,
para tu madre que te amaba tanto?

«¡Oh, no! ¡ninguno!... que ningún tormento
cabe en mi pecho ya, jamás impío
sentimiento igualó á mi sentimiento,
ni otro ningún dolor al dolor mío!...
¡Mas tú lloras oyendo mi lamento,
lloras mirando su cadáver frío!...
¡Dios te bendiga, oh joven, que la queja
oyes piadoso, de esta pobre vieja!...

. . . .
. . . .

«¡Ella otro tiempo, cuando Dios quería,
con dulce voz su madre me llamaba,
y mi pecho llamándola ¡hija mía!
de cualquiera pesar se desahogaba.
Abrazándome ayer ¡oh! todavía
moribunda, su madre me llamaba:
¡Ayer! ¡Ayer aun! ¡Mísera! ¡Hoy
madre tan sólo de un cadáver soy!

«Dime, ¿comprendes todo mi quebranto,
mi desesperación, toda mi pena?
¡Verla morir yo que la amaba tanto,
sin poderla valer, de angustias llena!
Mis ojos, escaldados con el llanto,
al cielo levantando, y con faena
mortal ansiando á su respiro frío
prestar calor con el aliento mío!

«Era mi corazón que se rompía,
era mi vida la que en mi locura
con mis esfuerzos detener quería.

Y era mi alma y toda mi ventura,
la hija de mis entrañas, mi alegría,
mi única esperanza y la flor pura
único mimo de mi pobre huerto,
ahora sin ella lúgubre y desierto».

Tal hablaba la vieja, y entretanto
callado Adán confuso la miraba,
dejándose abrazar y en tierno llanto
sus manos inundar que ella besaba:
y tregua dando á su mortal quebranto
el llanto que la triste derramaba,
antes que Adán interrumpirla intente,
á proseguir volvió con voz doliente:

«Sólo una madre ¡oh joven! sólo sabe
cuánto á un hijo se ama: sólo ella
cuánto es al corazón su amor sũave
saber puede y sentir. La lumbre bella
de los cielos es sombra, y triste el ave
que canta al sol cuando á su luz destella,
si las comparo á la delicia pura
que inspira una inocente criatura.

«Verla dormida en el regazo blando
con un ceño pueril como reposa,
sus entreabiertos labios respirando
el olor de azucena y de la rosa;
y verla sonreirse despertando
al beso de la madre cariñosa,
que inquieta vela siempre, y siempre cuida
la vida en ella de su propia vida.

«¡Oh! no hay placer igual!...

. . . .

EL ANGEL Y EL POETA

Fragmento inédito de **"El Diablo Mundo,,**

ANGEL

¿Osas trepar, poeta, á la montaña
de oro del zenit?

POETA

Quien quier seas,
ángel sublime del empíreo cielo,
radiante aparición, ó del profundo
príncipe condenado á eterno duelo
y á llanto eterno; dame que del mundo
rompa mi alma la prisión sombría,
mis pies desprende de su lodo inmundo,
y en alas de Aquilón álzame y guía!

ANGEL

¡Oh hijo de Caín! sobre tu frente
tu orgullo irreverente
grabado está, y tu loco desatino:
de tus negros informes pensamientos,
las nubes que en obscuro remolino
sobre ella apiñan encontrados vientos,
y el raudo surco de amarilla lumbre,
que en pálida vislumbre,
ráfaga incierta de la luz divina,
sus sombras ilumina,
muéstrame en ti al poeta,
el alma en guerra con su cuerpo inquieta!
¡Muéstrame en ti la descendencia al fin
rebelde y generosa de Caín!

Tú más alto, poeta, que los reyes,
tú cuyas santas leyes
son las de tu conciencia y sentimiento
que á penetrar el pensamiento arcano
osas alzar tu noble pensamiento,
del mismo Dios, en tu delirio insano!
Y sientes en tu espíritu la grave,
maravillosa música suave,
y del mundo sonoro la armonía!
Que ineficiente y fría
sientes vil la palabra á tu deseo,
y en vértigo perpetuo y devaneo,
y en insomnio te agitas
y en pos de tu ansiedad te precipitas!
Que ora tras la esperanza,
que acaso finges, tu ilusión se lanza,
ora piedad imploras
y con la hiel de los recuerdos lloras,
ora desesperando desafías
rebelde á Dios, y en su rencor porfías!
Alzate en fin y rompe tu cadena,
y el alma noble y de despecho llena
á las regiones célicas levanta,
y rueden en montón bajo tu planta
los cetros, las tiaras, las coronas,
la hermosura y el oro, el barro inmundo,
cuanto es escoria y resplandor del mundo,
y en tu mente magnífica eslabonas!

Poeta

Sí, levántame, sí; sobre las alas
cabalgue yo del huracán sombrío,
cruce mi mente las etéreas salas,
llene mi alma el seno del vacío!
Sobre mi frente el rayo se desprenda,
mi frente en Dios, mi planta en el profundo
y al contemplar al Hacedor del mundo,
mi espíritu en su espíritu se encienda!

¡Oh ángel! yo he vivido
en la inmensa baraja confundido

de los hombres; y títulos y honores
mi orgullo desdeñó; sobre mi frente
reflejaba tal vez ricos colores,
la luz de la esplendente poesía,
y esta marca divina que llevaba
de los hombres tal vez me distinguía
y sobre ellos tal vez me levantaba.

Un vago indefinible sentimiento
como el sutil aliento
del aura leve del abril florido,
en mi espíritu insomne se agitaba
y en doliente gemido,
sólo del triste corazón sentido,
pasando por mi alma suspiraba!
Ni palabra, ni grito, ni lamento,
hallé á expresar bastante
esta secreta voz del pensamiento,
este vertiginoso é incesante
movimiento del ánima y trastorno!
Yo apostrofaba al mundo en su carrera,
giraba el mundo indiferente en torno,
y vano y débil mi lamento era!
¡Oh! mi triste lamento
era un leve sonido en la armonía
del eterno tormento
del mundo y su agonía!

Cada grano de arena, cada planta,
el vil insecto, la indomable fiera
que con rugidos el desierto espanta,
el águila altanera
que el sol á mirar sube
sobre el vellón de la remota nube,
oí lanzaban la doliente queja
de su eterno dolor y su amargura!
Marañada madeja
este mundo de duelo y desventura!...
Las aguas de las fuentes suspiraban;
las copas de los árboles gemían,

las olas de la mar se querellaban,
los aquilones de dolor rugían!...

POESIAS VARIAS

A LA TRASLACIÓN DE LAS CENIZAS DE NAPOLEÓN

Miseria y avidez, dinero y prosa,
en vil mercado convertido el mundo,
los arranques del alma generosa
poniendo á precio inmundo;
cuando tu suerte y esplendor preside
un mercader que con su vara mide
el genio y la virtud, mísera Europa,
y entre lienzo vulgar que bordó de oro,
muerto tu antiguo lustre y tu decoro,
como un cadáver fétido te arropa;

cuando á los ojos blanqueada tumba,
centro es tu corazón de podredumbre,
cuando la voz en ti ya no retumba,
vieja Europa, del héroe ni el profeta,
ni en ti refleja su encantada lumbre
el audaz entusiasmo del poeta;
yerta su alma y sordos sus oídos,
con prosaico afanar en tu miseria,
arrastrando en el lodo tu materia,
solo abiertos al lucro tus sentidos:
¿quién te despertará? ¿Qué nuevo acento,
cual la trompeta del extremo día,
dará á tu inerte cuerpo movimiento,
y entusiasmo á tu alma y lozanía?

¡Ah! solitario entre cenizas frías,
mudas ruinas, aras profanadas,
y antiguos derruidos monumentos,
me sentaré, segundo Jeremías.

mis mejillas con lágrimas bañadas,
y romperé en estériles lamentos!,
No, que la inútil soledad dejando,
la ciudad populosa;
con férrea voz recorreré cantando,
y agitará la gente temerosa,
como el bramido de huracán los mares,
el són de mis fatídicos cantares.

No, yo alzaré la voz de los profetas,
tras mí la alborotada muchedumbre,
sonarán en mi acento las trompetas
que derriben la inmensa pesadumbre
de regio torreón que al vicio esconde.
Y el mundo me oirá donde
el precio vil de infame mercancía,
del agiotista en la podrida boca,
avaricioso oía:
¿qué importa si provoca
mi voz la befa de las almas viles?
¿Morir qué importa en tan gloriosa lucha?
¿Qué importa, envidia, que tu diente afiles?
Yo cantaré, la humanidad me escucha.

Yo volaré donde la tumba oculta
la antigua gloria y esplendor del mundo,
yo con mi mano arrancaré la losa,
removeré la tierra que sepulta,
semilla de virtud, polvo fecundo,
la ceniza de un héroe generosa:
y en medio el mundo, en la anchurosa plaza
de la gran capital, ante los ojos
de su dormida degradada raza,
arrojando sus pálidos despojos:
«¡Oh! ¡avergonzaos!» gritaré á la gente.
«¡Oh! ¡de los hombres despreciable escoria,
venid, doblad la envilecida frente,
un cadáver no más es nuestra gloria!»
. . . .

DOS DE MAYO

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
del hondo mar alborotado brama,
las esplendentes glorias españolas,
su antigua prez, su independencia clama.

¡Hombres, mujeres vuelan al combate,
el volcán de sus iras estalló!
Sin armas van, pero en sus pechos late
un corazón colérico español.

Los que al rápido Volga ensangrentaron,
los que humillaron á sus pies naciones
y sobre las pirámides pasaron
al galope veloz de sus bridones:

la frente coronada de laureles,
con el botín de la vencida Europa,
con sangre hasta la cincha los corceles;
en cien campañas veterana tropa:

á eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira;
su pueblo inerte allí entre la metralla
y entre los sables relucliando gira.

Graba en su frente luminosa huella
la lumbre que destella el corazón;
y á parar con sus pechos se atropella
el rayo del mortífero cañón.

¡Oh de sangre y valor glorioso día!
Mis padres cuando niño me contaron
sus hechos ¡ay! y en la memoria mía
santo recuerdo de virtud quedaron!

Entonces indignados me decían:
cayó el cetro español pedazos hecho;
por precio vil á extraños nos vendían,
desde el de Carlos profanado lecho.

La corte del monarca disoluta,
prosternada á las plantas de un privado,

sobre el seno de impura prostituta
al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras,
su orgullo sólo, y su capricho ley;
hordas de sangre y de conquista avaras,
cada soldado un absoluto rey;

fijo en España el ojo centelleante,
el Pirene á salvar pronto el bridón,
al rey de reyes, al audaz gigante
ciegos ensalzan, siguen en montón.

Y vosotros ¿qué hicisteis entre tanto
los de espíritu flaco y alta cuna?
derramar como hembras débil llanto
ó adular bajamente á la fortuna.

Buscar tras la extranjera bayoneta
seguro á vuestras vidas y muralla
y siervos viles á la plebe inquieta
con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla*! sí, vosotros los traidores,
los que negáis al entusiasmo ardiente
su gloria, y nunca visteis los fulgores
con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla*! sí, los que en la lid, alarde
hicieron de su infame villanía,
disfrazando su espíritu cobarde
con la sana razón segura y fría!

¡Oh! La *canalla*, la *canalla*, en tanto
arrojó el grito de venganza y guerra,
y arrebatada en su entusiasmo santo
quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
del suelo ensangrentados recogía,
y un nuevo trono en sus robustos brazos
levantando á su príncipe ofrecía.

Brilla el puñal en la irritada mano,
huye el cobarde y el traidor se esconde,
truena el cañón, y el grito castellano
de *Independencia* y *Libertad* responde.

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
sonó la hora y la venganza espera;
id y hartad vuestra sed en los torrentes
de sangre de Bailén y Talavera.

Id, saludad los héroes de Gerona,
alzad con ellos el radiante vuelo,
y á los de Zaragoza alta corona
ceñid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas ¡ay! ¿Por qué cuando los ojos brotan
lágrimas de entusiasmo y alegría
y el alma atropellados alborotan
tantos recuerdos de honra y valentía;

negra nube en el alma se levanta
que turba y obscurece los sentidos,
fiero dolor el corazón quebranta
y se ahoga la voz entre gemidos?

¡Oh! ¡Levantad la frente carcomida,
mártires de la gloria,
que aun arde en ella con eterna vida
la luz de la victoria!

¡Oh! ¡Levantadla del eterno sueño,
y con los huecos de los ojos fijos,
contemplad una vez con torvo ceño
la vergüenza y baldón de vuestros hijos!

Quizá en vosotros donde el fuego arde,
del castellano honor aun sobre vida,
para alentar el corazón cobarde
y abrazar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿Cuál fué el galardón de vuestros celos,
de tanta sangre y bárbaro quebranto,
de tanta heroica lucha y tanto anhelo,
tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura
sobre huesos de héroes levantado,
un rey ingrato de memoria impura
con eterno baldón dejó manchado.

¡Ay! Para hollar la libertad sagrada
el príncipe, borrón de nuestra historia,

llamó en su auxilio la francesa espada
que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron
y esa sagrada tumba abandonaron,
hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron,
y hollarla á los franceses les dejaron.

Como la mar tempestuosa ruge
la losa al choque de los cráneos duros,
trono se alzó con indignado empuje
del galo audaz bajo los pies impuros.

Y aun hoy hélos allí que su semblante
con hipócrita máscara cubrieron,
y á Luis Felipe en muestra suplicante
ambos brazos, imbéciles tendieron.

Hoy esa raza degradada, espuria,
pobre nación, que esclavizarte anhela,
busca también por renovar tu injuria
de extranjeros monarcas la tutela.

La vil palabra ¡intervención! gritaron,
y del rey-mercader la reclamaban;
de vuestros timbres sin honor mojaron,
mientras en su pudor se encenagaban.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
de la antigua hidalguía,
del castellano honor, que la memoria
sólo nos queda hoy día.

Verted, juntando las dolientes manos,
lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
mares de eterno llanto, castellanos,
no bastan á borrar vuestra mancilla.

Llorad como mujeres, vuestra lengua
no osa lanzar el grito de venganza;
apáticos vivís en tanta mengua
y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! En el dolor eterno que me inspira
el pueblo en torno avergonzado calle,
y estallando las cuerdas de mi lira,
roto también mi corazón estalle.



Y húmedos ver sus ojos de ternura
que abren al alma enamorada un cielo...

Fragmento.—*(P*



FRAGMENTO

Y á la luz del crepúsculo serena
solos vagar por la desierta playa,
cuando allá mar adentro en su faena
cantos de amor el marinero ensaya,
y besa blandamente el mar la arena,
la luna en calma al horizonte raya,
y la brisa que tímida suspira,
dulces aromas y frescor respira.

Y húmedos ver sus ojos de ternura
que abren al alma enamorada un cielo,
extáticos de amor y de dulzura
con blando, vago y doloroso anhelo:
magia el amor prestando á su hermosura
y el pensamiento deteniendo el vuelo
allí donde encontró la fantasía
ciertas las dichas que soñó algún día.

Y respirar su perfumado aliento,
y al tacto palpitar de sus vestidos,
penetrar su amoroso pensamiento
y contar de su pecho los latidos,
exhalar de molicie y sentimiento
tiernos suspiros, lánguidos gemidos,
mientras al beso y al placer provoca
con dulce anhelo la entreabierta boca.

A MATILDE

Londres, 1832.

Aromosa, blanca viola
pura y sola en el pensil,
embalsama regalada
la alborada del abril.

Tal, Matilde, brilla pura
tu hermosura celestial,
y es más cándida tu risa
que la brisa matinal.

Junto al margen florecido
de escondido manantial,
sólo avisa de su estancia
su fragancia virginal.
Allí el aura sosegada
con callada timidez,
hiere apenas cariñosa
su donosa candidez.
Silencioso el arroyuelo
con recelo pasa al pie,
y ni dice su ternura,
ni murmura su desdén.
Y su imagen mira en ella
la doncella con rubor:
que es la viola pudorosa
flor hermosa del candor.
Nunca turben esos ojos
los enojos del amor,
siempre añada tu alegría
lozanía á tu esplendor.
Y el que brilla refulgente
claro oriente de tu edad,
nube impura no mancille:
siempre brille tu beldad.
Mas si gala al valle umbrío
el rocío suele dar,
porque aumente así tu encanto
vierte el llanto de piedad.
Y venida tú del cielo
por consuelo al infeliz,
brillarás modesta y sola
cual la viola del abril.

A..... (1)

MADRIGAL

Son tus labios un rubí
partido por gala en dos.
arrancado para ti
de la corona de Dios.

A UN RUISEÑOR

SONETO

Canta en la noche, canta en la mañana,
ruiseñor, en el bosque tus amores,
canta, que llorará cuando tu llores
el alba perlas en la flor temprana.

(1) Se cree que este madrigal iba dirigido á la eminente actriz doña Matilde Díaz.

Teñido el cielo de amaranto y grana,
la brisa de la tarde entre las flores
suspirará también á los rigores
de tu amor triste y tu esperanza vana.

Y en la noche serena, al puro rayo
de la callada luna, tus cantares
los ecos sonarán del bosque umbrío:

y vertiendo dulcísimo desmayo
cual bálsamo suave en mis pesares,
endulzará tu acento el llanto mío.

BRINDIS

IMPROVISACIÓN (1).

El estandarte ved que en Cerinola
el gran Gonzalo desplegó triunfante,
la noble enseña ilustre y española
que al indio domeñó y al mar de Atlante,
regio pendón que al aire se tremola,
donde *Cristina*, enseña relumbrante,
verla podremos en la lid reñida
rasgada sí, pero jamás vencida.

A GUARDIA

Astro de libertad brilla en el cielo
y aumenta el lustre á la española gloria,
tú, que de esta morada transitoria
á morada mejor alzaste el vuelo,

los ojos vuelve á nuestro amargo duelo,
tributo merecido á tu memoria,

(1) Esta octava real la improvisó en un banquete celebrado el 10 de Octubre de 1831, con motivo de haber entregado la reina Cristina las banderas á los cuerpos de la guarnición de Madrid, entre los cuales se contaba el de guardias de la Real Persona, de que formaba parte Espronceda.

tú, cuyo nombre vivirá en la historia
timbre y honor del madrileño suelo.

Descansa ¡oh Guardia! en paz; la tiranía
cayó vencida en la inmortal refriega,
é imitar tu valor ansiamos fieles;

descansa, y tiemble la caterva impía,
que en los sagrados túmulos que riega
el llanto popular, crecen laureles.

A UNA CIEGA

IMPROVISACIÓN (1)

Sobre inmensa montaña de vapores
hay, hermosa, un gigante bienhechor,
que rige mundos y que inspira amores,
y pisa estrellas, de la luz señor.

Cíñele un cielo la encendida frente,
nubes le dan espléndido festín.
y en él, dormido entre fulgor candente
gózase Dios...

Campos colora al derramarse en oro,
oro del manto del excelso Dios,
ó al inundar de aljofarado lloro
mar por la tierra dividido en dos.

¡El mar! ¡El mar! tendido sobre el mundo
cual movediza faja de cristal,
sube á los cielos, lánzase al profundo,
ó manso brilla como azul cendal.

Se aira al verse de color sangriento
teñido el manto por el sol cruel;
llega la noche, sórbelo sediento,
véngase así del enemigo aquel.

(1) Esta composición fué publicada como inédita en 1853 en «La Ilustración.»

Y cuando silba el aquilón bravío,
tirando el guante de discordia atroz,
muge rabioso, acepta el desafío
llama á sus ondas y álzase feroz.

El espacio es palenque, ellos guerreros,
el orbe concurrencia, Dios el juez;
suena el clarín, empuñan los aceros,
y avánzase á alcanzar victoria y prez.

. . . .

No llores, no, hermosa mía,
porque no ves ora el día,
ni con sus olas de plata
el mar que el cielo retrata.

No llores, no, mujer, ángel del cielo,
mientras pueda mi lira hacerse oir,
porque cubra á tus ojos denso velo
de negras sombras su oriental zafir.

Yo sobre el mundo, sobre el mar y el viento,
sobre los cielos y la tierra estoy,
mundos y cielos sin cesar invento,
porque hacia el mundo de los vates voy.

¿Quieres ver, al fulgor de ardiente rayo,
lucir el sol, dormir la tempestad,
zumbar el trueno y florecer á mayo,
todo á un tiempo radiante de verdad?

¿O quieres ver en el dormido espacio,
sólo, deidad, para servirte á ti,
de cristal y de mármol un palacio
coronado de záfiros por mí?

¡Todo á tus pies! y en tanto ¿qué te importan
esos seres que vagan en montón,
y entre el placer y entre el festín acortan
su torpe vida en torpe confusión?

Hermosa ciega, con tu fiel poeta
ven en valle magnífico á habitar;
valle que el gozo y el dolor respeta,
¡Donde puedes reir!... ¡puedes llorar!...

Yo te diré cuando al nacer la aurora
derrama por el campo su fulgor;
yo te diré cuando la noche llora
lágrimas de tinieblas y de horror.

Mas descúbrese el velo de escarlata
que á tus ojos de amor tirano fué:
¿Lloras? ¿Lloras? El gozo te arrebata:
¡Gracias! ¡gracias, gran Dios! ¡mi amada ve!

¿Me dices que estoy pálido? No, hermosa,
no te contriste mi amarilla faz;
tus ojos, tú, la teñiréis de rosa,
color de vida, de placer y paz.

Llamas bello al jardín; está bien, vélo;
bello será, pero se olvida al fin,
si no está allí con tu hermosura el cielo,
si tú no estás ¡oh flor! en el jardín.

LA MAGA Y SU HIJO (1)

El teatro representa el campo; á la derecha está el castillo, prisión de Blanca, con rejas de hierro salientes; á la izquierda se eleva una montaña escabrosa, toda coronada de rocas, entre las cuales, á cierta altura, se ve la boca de una caverna. De la cima de esta montaña, así como alrededor y al lado del castillo, siguen (sic) dos bosques, dejando un claro, por donde se descubre el Guadalquivir. El fondo del teatro es la otra orilla del rio.—Una tempestad.—Es de noche.

(Abenfarrax sentado en una roca.—La maga con una antorcha en la mano).

MAGA *(canta)*

¡Oh! Salve, obscuro genio
del hórrido huracán!
Ceñudo tú te sientas
allá en la tempestad,

(1) Tomándolo del extracto que de la tragedia *Blanca de Borbon* publicó el Excelentísimo Sr. D. Patricio de la Escosura con el apéndice del discurso que leyó en la Academia Española en la sesión inaugural de 1870 al referirse á los tres poetas contemporáneos, Pardo, Vega y Espronceda; reproducimos el cuadro primero del acto quinto de la tragedia *Blanca de Borbon*.

tu augusto trono velan
la noche y el horror,
tu voz, en silbo y trueno
retumba en derredor.
las ígneas alas tiendes
por cima al aquilón;
y, en torno, el aire ciñe
relámpago veloz.
¡Salud, salud mil veces,
espíritu infernal!
Desciende á mí en las alas
Del hórrido huracán.

(Representa)

¡Hoy festeja el Averno; hoy, hijo mío,
la luz del rayo su festín alumbra;
y en la noche, los lívidos espectros
al trueno aterrador sus gritos juntan!
¡Noche de muerte!—¡Regocija el pecho,
hijo de Satanás! ¡Sí, ya vislumbra,
á la luz del relámpago, tu daga,
teñida en sangre la azulada punta!
¡Noche de muerte es! ¡Vuela, hijo mío,
con sangre ya mi paladar endulza!

ABENFARRAX

¡Dame, oh, madre, el puñal! ¿Llegó la hora?

MAGA

¡Pronto va á sonar ya! la noche obscura
sirve á encubrir tus silenciosos pasos:
el genio del Averno te conduzca:
¡yo te doy mi puñal; marcha al castillo!

ABENFARRAX

¡Yo juro allí satisfacer tu furia!

(Váse de modo que se le vea abrir la puerta del castillo y entra en él).

MAGA *(cantando).*

En medio á la tormenta
la hora sonará;
¡la muerte acechadora
su presa guarda ya!
¡Genios del Tártaro,
venid á mí!
¡Venid, mi júbilo
á compartir!

(Arrójase en la caverna).

ANTE LA MUERTE (1)

Cuando á las puertas de la tumba helada
el hombre lucha con la parca insana,
viendo vagar el alma entre la nada
y sintiendo morir tal vez mañana;
el hombre entonces desespera en tanto,
de dolor ¡ay! vertiendo acerbo llanto.

. . . .

—¡Qué pena y qué agonía
el corazón y el pecho me devora!
¡Cómo siento vacila el alma mía
en la terrible y postrimera hora!

. . . .

Y es tan triste morir cuando aun la vida
nos brinda con sus galas y sus flores,
cuando dejamos la mujer querida,

(1) Estos fragmentos de una improvisación que dictó Espronceda durante una aguda enfermedad que padeció en Granada, fueron recogidos por algunos de sus amigos.

venturosa cantando sus amores,
que el corazón transido
hasta su mismo Dios le da al olvido.

. . . .

¡Dichoso una y mil veces el que muere
en dichas y placeres embriagado,
el que ve en sueños la mujer que adora
en torno de su pecho enamorado:
porque su alma, gozosa en dicha tanta,
ante el trono de Dios sonríe y canta!

. . . .

Yo, queriendo buscar aún anhelante
al ángel celestial que imaginara,
corrí el mundo cual águila rapante
sin encontrar á la mujer que amara;
y vagué por desiertos, en los cuales
hasta las mismas flores vierten llanto,
y crucé por inmensos arenales
sin encontrar á la que adoro tanto.

. . . .

Y rendido de pena y moribundo,
y aun pensando encontrarla todavía,
corrí fogoso en el inmenso mundo,
cual halcón que los aires desafía,
sin que una buena estrella me guiara
al camino que anduvo la que amara.

. . . .



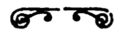
ATRIBUIDAS

Escudadas con el nombre de Espronceda, se han publicado algunas composiciones indignas de nuestro poeta, y de las cuales á continuación damos las dos mas vulgarizadas y menos malas, tituladas «Desesperación y Arrepentimiento,» expurgándolas, sin embargo, de algunas estrofas que no merecen ser estampadas.

DESESPERACION

Me gusta ver el cielo
con negros nubarrones
y oír los aquilones
horrísonos bramar;
me gusta ver la noche
sin luna y sin estrellas,
y sólo las centellas
la tierra iluminar.
Me agrada un cementerio
de muertos bien relleno,
manando sangre y cieno
que impida el respirar;
y allí un sepulturero
de tétrica mirada,
con mano despiadada
los cráneos machacar.
Me gusta ver la bomba
caer mansa del cielo,
inmóvil en el suelo,
sin mecha al parecer;
y luego embravecida
que estalle y que se agite
y en rayos mil, vomite
la muerte por doquier.
Que el trueno me despierte
con su ronco estampido,
y al mundo adormecido
hiciera estremecer,
rayos á cada instante
lanzando en él sin cuento
y hundirse el firmamento
me agradaría ver.
La llama de un incendio
que corra devorando,
escombros apilando,
deseo yo encender;
tostarse allí un anciano,
volverse todo tea,
y oír cómo chirrea...
¡Qué gusto! ¡Qué placer!
Me gusta la campiña
de nieve tapizada,
de flores despojada,
sin fruto, sin verdor,
sin pájaros que canten,
y sin sol que la alumbre;
que sólo se vislumbre
la muerte en derredor.
Allá en sombrío monte,
solar desmantelado
me place en sumo grado,
la luna reflejar;
moverse las veletas
con áspero chirrido
igual al alarido
que anuncia el expirar.
Me gusta que al Averno
lleven á los mortales
y allí todos los males
les hagan padecer;
les abran las entrañas
les rompan los tendones,
rasguen los corazones
sin de ayes caso hacer.
Los gritos y las risas,
el juego, las botellas,
en torno de las bellas
alegres apurar.
. . . .
Romper después las copas

los platos, las barajas,
y abiertas las navajas,
buscando el corazón;
oír luego los brindis
mezclados con quejidos
que lanzan los heridos,
en llanto y confusión.
. . . .



ARREPENTIMIENTO

(A mi madre).

Triste es la vida cuando piensa el alma,
triste es vivir si siente el corazón
nunca se goza de ventura y calma
si se piensa del mundo en la ficción.

No hay que buscar del mundo los placeres
pues que ninguno existe en realidad;
no hay que buscar amigos ni mujeres,
que es mentira el placer y la amistad.

Es inútil que busque el desgraciado
quien quiera su dolor con él partir:
sordo el mundo le deja abandonado
sin endulzar su mísero vivir.

La virtud y el honor, sólo de nombre,
existen en el mundo engañador;
un juego la virtud es para el hombre,
un fantasma, no más, es el honor.

No hay que buscar palabras de ternura
que le presten al alma algún solaz;
no hay que pensar que dure la ventura,
que en el mundo el placer siempre es fugaz.

Esa falsa deidad que llaman gloria,
es del hombre tan sólo una ilusión,
que siempre está patente en su memoria
halagando traidora el corazón.

Todo es mentira lo que el mundo encierra,
que el niño no conoce por su bien,

entonces la niñez sus ojos cierra,
que un tiempo á mí me los cerró también.

En aquel tiempo el maternal cariño
como un edén el mundo me pintó;
yo lo miré como lo mira un niño,
y mejor que un edén me pareció.

Lleno lo vi de fiestas y jardines,
donde tranquilo imaginé gozar;
oí cantar pintados colorines
y escuché de la fuente el murmurar.

Yo apresaba la blanca mariposa,
persiguiéndola ansioso en el jardín,
bien al pararse en la encarnada rosa,
ó al posarse después en el jazmín.

Miraba al sol sin que jamás su fuego
quemase mis pupilas ni mi tez:
que entonces lo miré con el sosiego
y con la paz que infunde la niñez.

Mi vida resbalaba entre delicias
prodigadas ¡oh madre! por tu amor;
¡cuántas veces entonces tus caricias
acallaron mi llanto y mi clamor!

¡Cuántas veces durmiendo en tu regazo
en pájaros y flores yo soñé!
¡Cuántas me diste ¡oh madre! un tierno abrazo
porque alegre y risueño te miré!

Mis caricias pagaste con exceso,
como pagan las flores al abril;
mil besos ¡ay! me dabas por un beso,
por un abrazo tú me dabas mil.

Pero yo te abandoné
por seguir la juventud;
en el mundo me interné,
y al primer paso se fué
de la infancia la quietud.

Que aunque tu voz me anunciaba
los escondidos abrojos

del camino que pisaba,
mi oído no te escuchaba
ni te miraban mis ojos.

¡Sí, madre! yo no creí
que fuese cierto tu aviso;
tan hechicero lo vi,
que al principio, para mí
era el mundo un paraíso.

Así viví sin temor
disfrutando los placeres
de mundo tan seductor;
en él encontré el amor
al encontrar las mujeres.

Mis oídos las oyeron,
y mis ojos las miraron,
y ángeles me parecieron;
mis ojos ¡ay! me engañaron
y mis oídos mintieron.

Entre placeres y amores
fueron pasando mis años
sin recelos ni temores,
mi corazón sin engaños,
mi espíritu sin dolores.

Mas hoy ya mi corazón
por su bien ha conocido
de los hombres la traición,
y mi alma ha descorrido
el velo de la ilusión.

Ayer vi el mundo risueño
y hoy triste le miro ya;
para mí no es halagüeño,
mis años han sido un sueño
que disipándose va.

Por estar durmiendo ayer
de este mundo la maldad,
ni pude ni quise ver,
ni del amigo y mujer
conocí la falsedad.

Por el sueño, no miraron
mis ojos teñido un río
de sangre, que derramaron
hermanos que se mataron
llevados de un desvarío.

Por el sueño, madre mía,
del porvenir sin temor,
ayer con loca alegría
entonaba en una orgía
cantos de placer y amor.

Por el sueño fuí perjuro
con las mujeres allí
y en lugar de tu amor puro,
amor frenético, impuro,
de impuros labios bebí.

Mi corazón fascinaste
cuando me ofreciste el bien;
pero ¡oh mundo! me engañaste,
porque en infierno trocaste
lo que yo juzgaba edén.

Tú me mostraste unos seres
con rostros de querubines
y con nombres de mujeres;
tú me brindaste placeres
en ciudades y festines.

Tus mujeres me engañaron;
que al brindarme su cariño
en engañarme pensaron,
y sin compasión jugaron
con mi corazón de niño.

En tus pueblos no hay clemencia,
la virtud no tiene abrigo;
por eso con insolencia
los ricos con su opulencia
escarnecen al mendigo.

Y en vez de arroyos y flores
y fuentes y ruiseñores,

se escuchan en tus jardines
los gritos y los clamores
que salen de los festines.

Por eso perdí el reposo
de mis infantiles años;
dime, mundo peligroso,
¿por qué siendo tan hermoso
contienes tantos engaños?

Héme á tus pies llorando arrepentido,
fría la frente y seco el corazón;
¡ah! si supieras cuánto he padecido,
me tuvieras ¡oh madre! compasión.

No te admires de hallarme en este estado
sin luz los ojos, sin color la tez;
porque mis labios ¡ay! han apurado
el cáliz del dolor hasta la hez.

¡Que es veneno el amor de las mujeres
que en el mundo gozoso yo bebí!
Pero á pesar de todos los placeres
jamás pude olvidarme yo de ti.

Siempre extasiado recordó mi mente
aquellos días de ventura y paz,
que á tu lado viví tranquilamente
ajeno de ese mundo tan falaz.

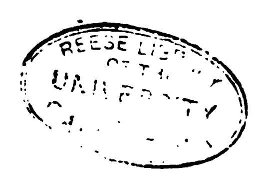
Todo el amor que tiene es pasajero,
nocivo, receloso, engañador;
no hay otro, no, más puro y verdadero,
que dure más que el maternal amor.

Vuelve ¡oh madre! á mirarme con cariño,
tus caricias y halagos tórname;
yo de ti me alejé, pero era un niño
y el mundo me engañó, perdóname.

Yo pagaré tu amor con el exceso
con que pagan las flores al abril;
mil besos te daré por sólo un beso,
por un abrazo yo te daré mil.

Dejemos que prosigan engañando
los hombres y mujeres á la par;
de nuestro amor sigamos disfrutando,
en sus engaños, madre, sin pensar.

Porque es triste vivir si piensa el alma
y mucho más si siente el corazón;
nunca se goza de ventura y calma
si se piensa del mundo en la ficción.



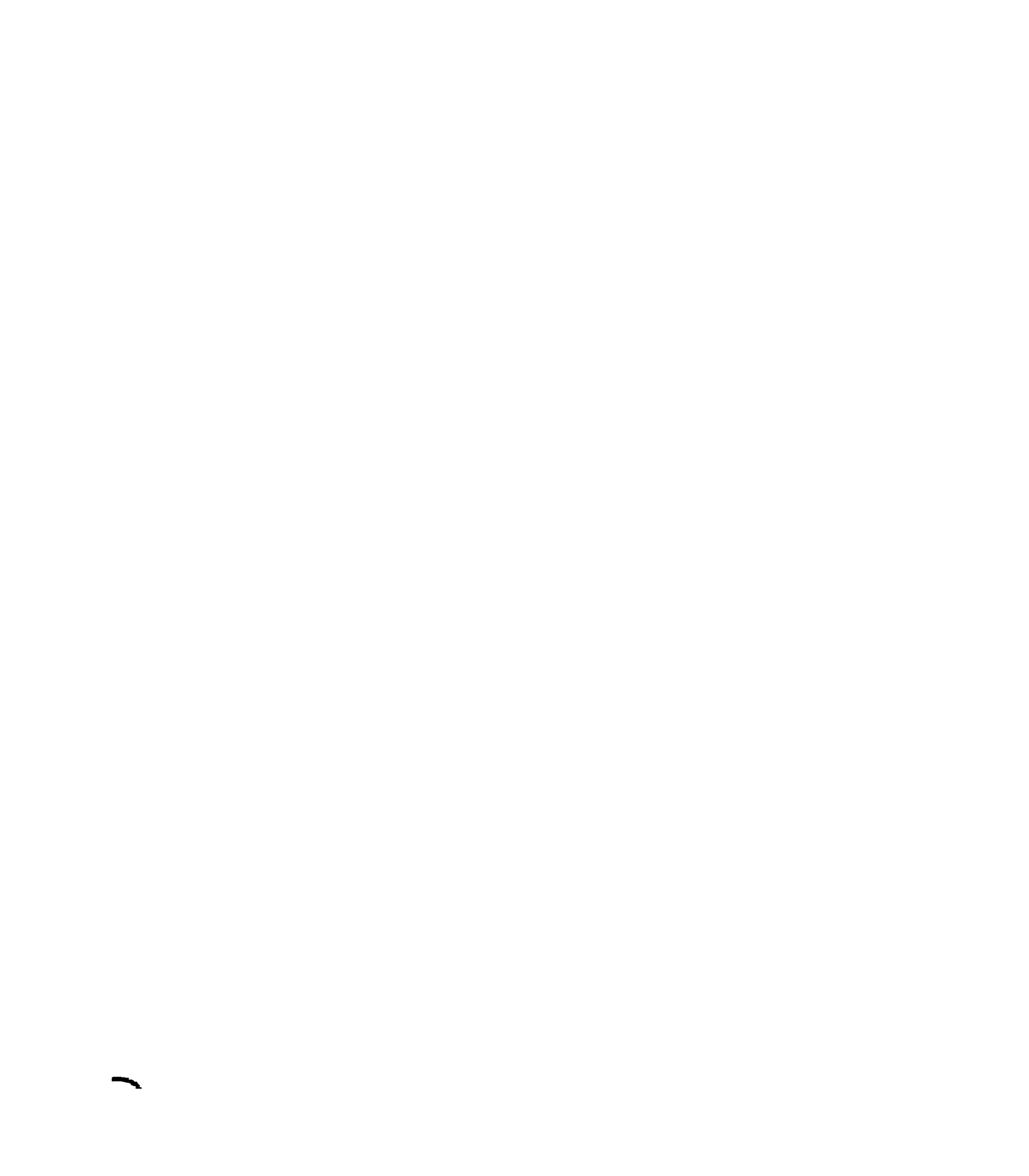
FIN

ÍNDICE

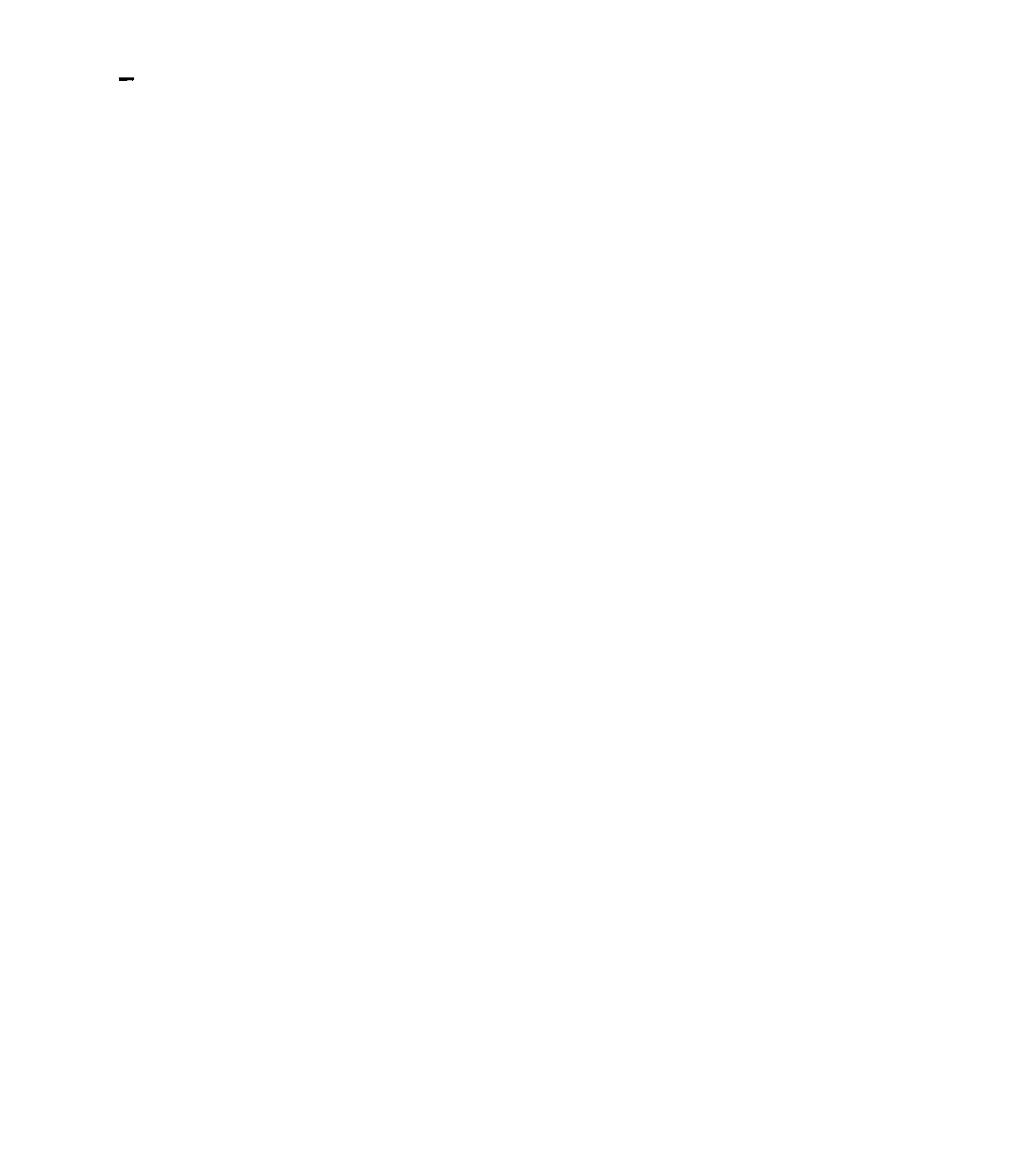
Páginas

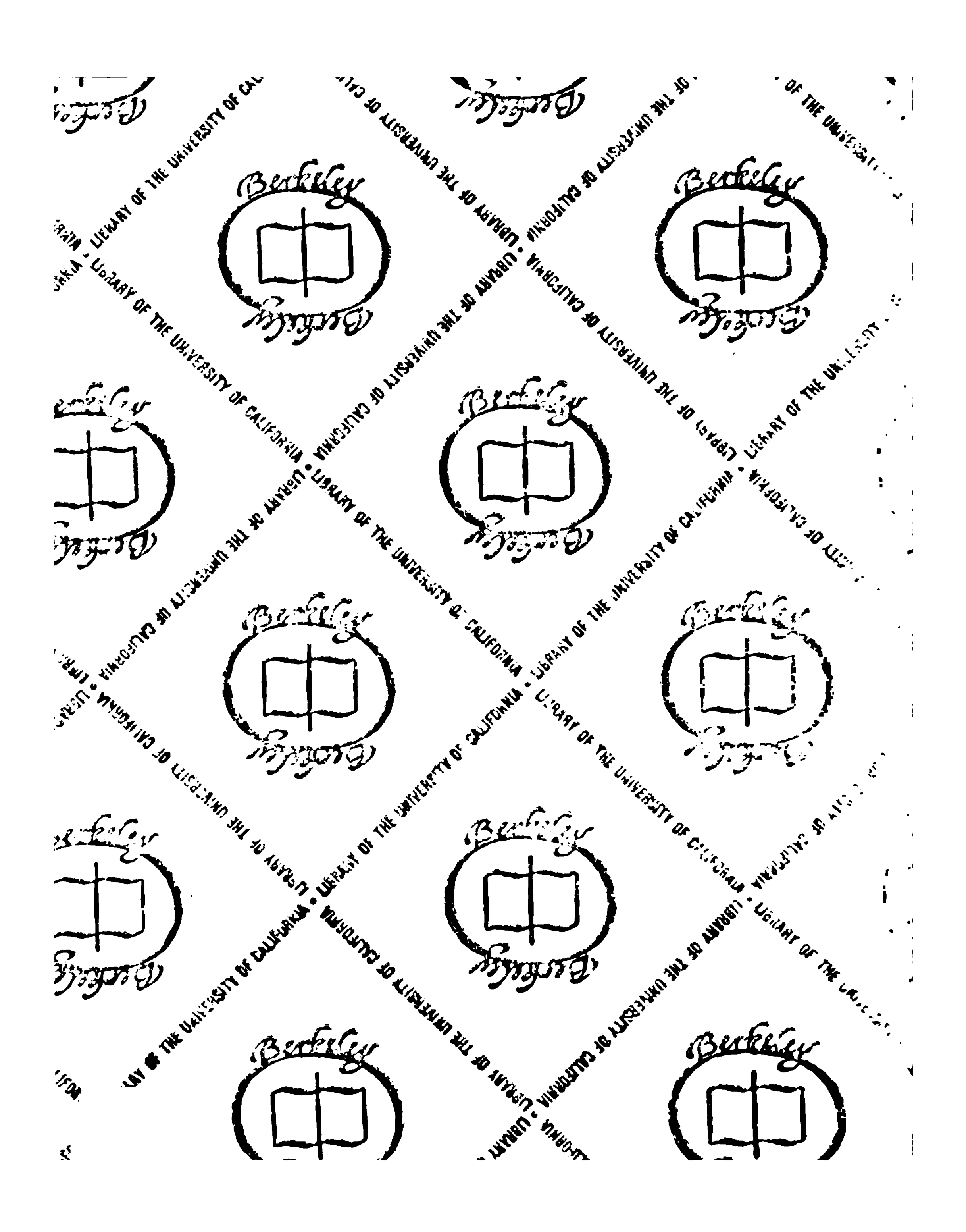
Páginas

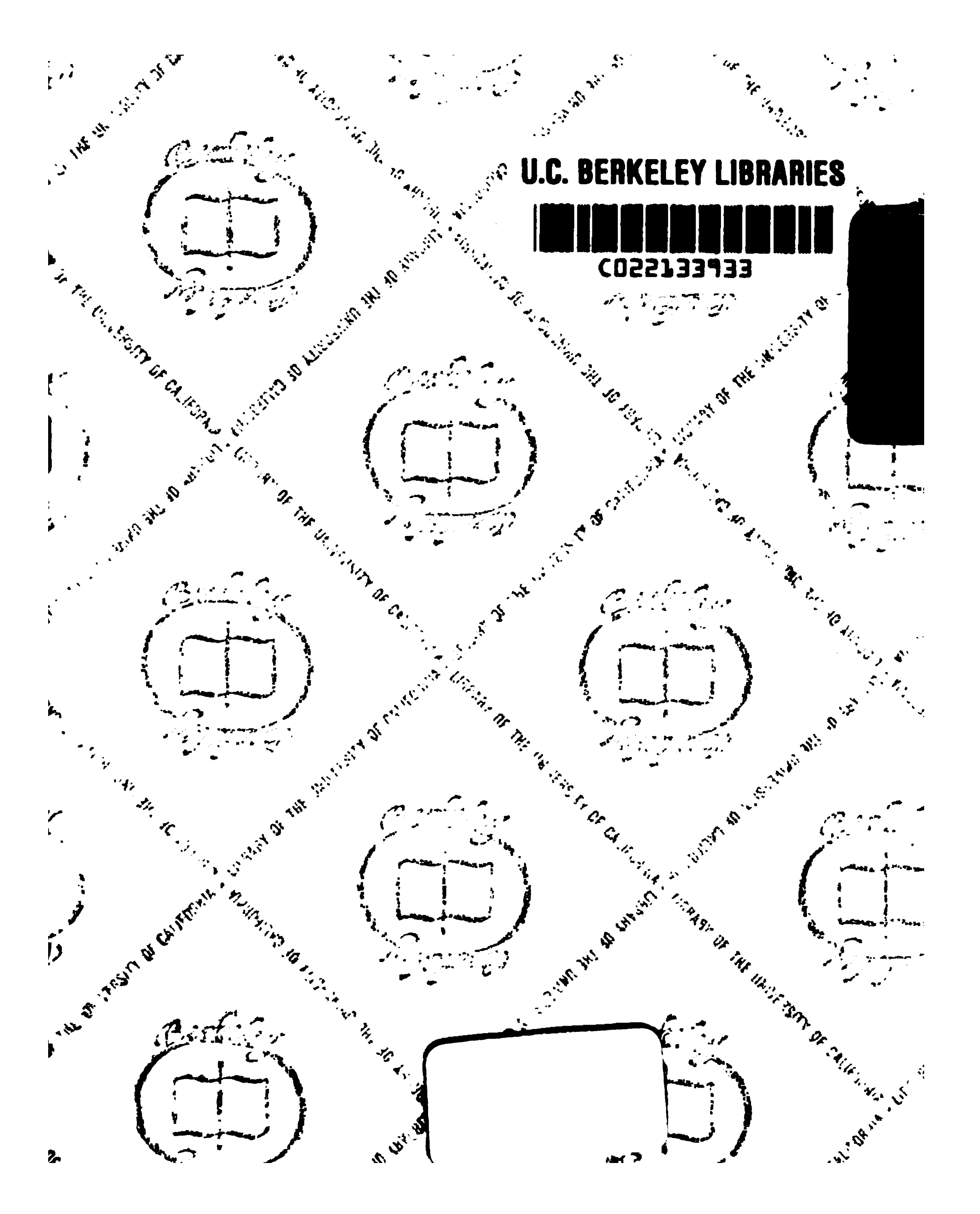









LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Berkeley


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C022133933

